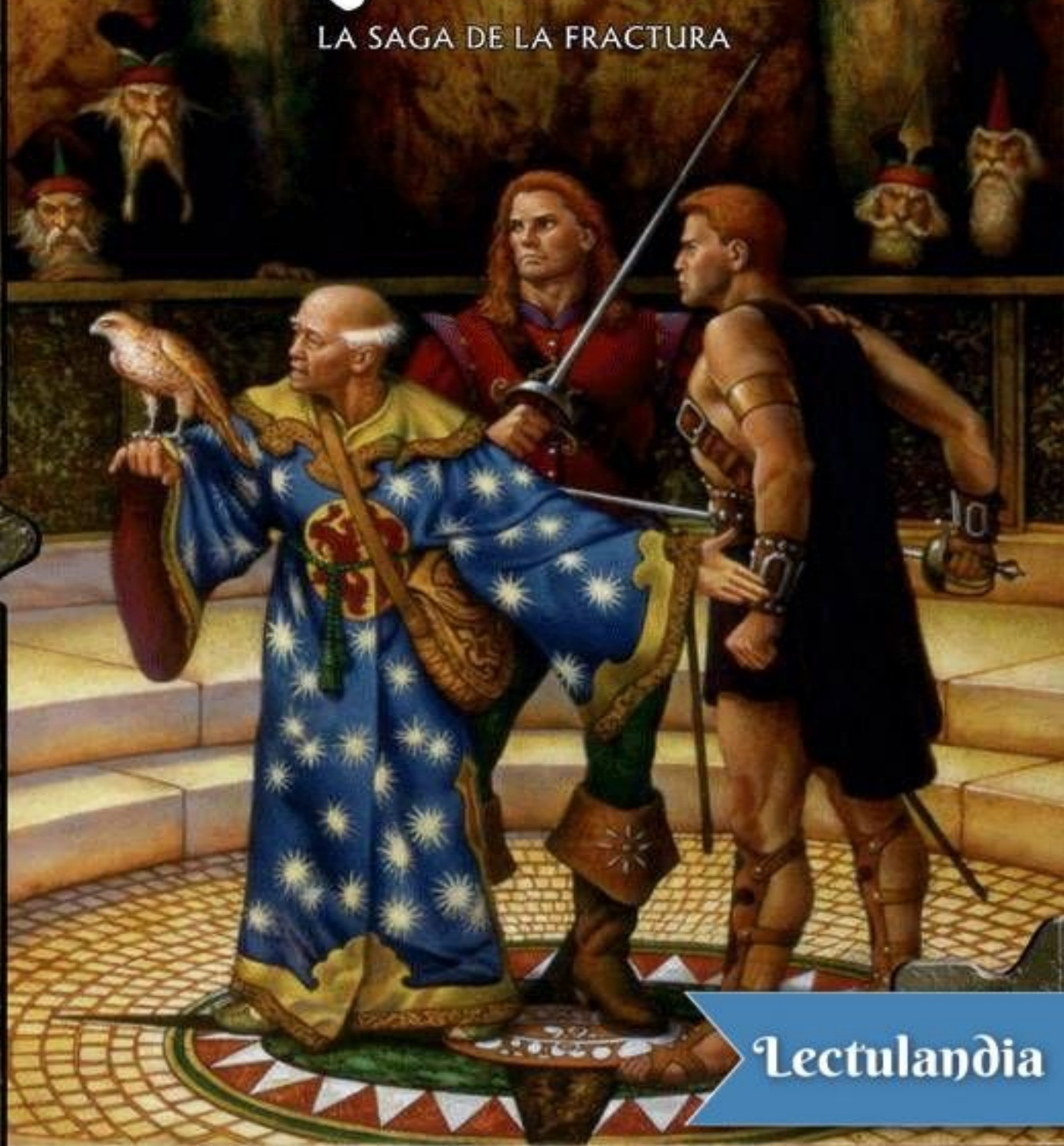


RAYMOND E. FEIST

ESTIRPE DE REYES

LA SAGA DE LA FRACTURA



Lectulandia

Desde el final de la guerra de la Fractura, el reino de Midkemia ha gozado de paz y tranquilidad. Ahora, sin embargo, esa paz se ve amenazada. El príncipe Arutha, heredero de la corona, ha renunciado a sus derechos al trono. A fin de adiestrar a sus hijos en las responsabilidades que pronto habrán de asumir, Arutha los envía a Kesh en misión diplomática, sin sospechar que la rebelión se agita en las provincias orientales. Tras sufrir un intento de asesinato, los gemelos se ven arrastrados a una azarosa aventura que los conducirá a las regiones más oscuras de Kesh, donde a cada paso les acechan la magia negra y graves peligros.

Lectulandia

Raymond E. Feist

Estirpe de Reyes

Saga de la Fractura. Hijos de Krondor 01

ePub r1.0

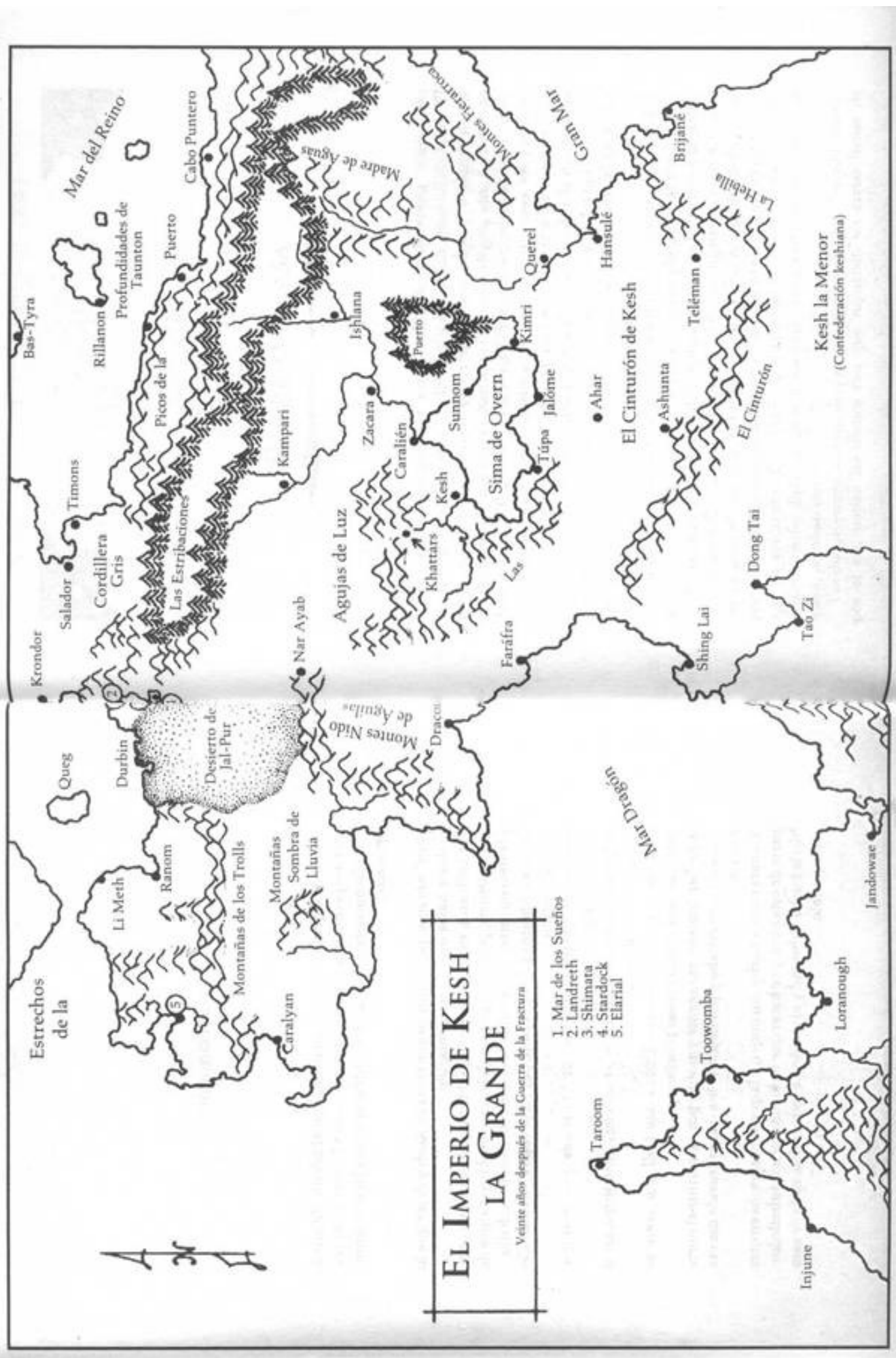
Titivillus 01.09.16

Título original: *Prince of the Blood*
Raymond E. Feist, 1989
Traducción: Victoria Horrillo Ledesma

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Este libro está dedicado con amor a mi esposa,
Kathlyn Starbuck, que hace que todo tenga sentido.*



EL IMPERIO DE KESH LA GRANDE

Veinte años después de la Guerra de la Fractura

1. Mar de los Sueños
2. Landreth
3. Shimata
4. Stardock
5. Elarial



Regreso a casa



La hostería estaba en calma.

Las paredes ennegrecidas por el hollín de la chimenea, acumulado durante años, absorbían la luz del farol y reflejaban tenuemente la luz. El fuego mortecino del hogar procuraba escaso calor y, a juzgar por la conducta de quienes se sentaban ante él, menos alegría aún. A diferencia del ambiente reinante en la mayoría de los establecimientos de su estilo, aquella hostería era casi sombría. En lóbregos rincones los hombres hablaban en susurros de cosas que no convenía oír a los extraños. Un gruñido de asentimiento a una proposición murmurada o la risa amarga de una mujer de negociable virtud eran los únicos sonidos que perturbaban el silencio. La mayoría de los parroquianos de la posada del Estibador Dormido observaba atentamente la partida.

Se jugaba al *pokiir*, un juego muy común en el imperio meridional de Kesh la Grande y que poco a poco iba reemplazando al *lin-lan* y al *pashawa* en las preferencias de los jugadores de las hosterías y tabernas de la Región Occidental del reino. Uno de los jugadores sostenía cinco cartas ante sí, los ojos entornados por la concentración. Soldado de permiso, estaba atento a cualquier señal de altercado, y era evidente que uno se avecinaba. El soldado simulaba estudiar sus cartas mientras inspeccionaba discretamente a los cinco hombres que, sentados a la mesa, jugaban con él.

Los dos primeros, a su izquierda, eran hombres rudos. Tostados ambos por el sol, tenían las manos con que sujetaban las cartas llenas de callosidades y las camisas de lino descoloridas. Los pantalones de algodón colgaban holgadamente sobre sus figuras enjutas pero musculosas. Ninguno de los dos llevaba botas, ni sandalias; iban descalzos pese al relente nocturno, señal segura de que eran marineros a la espera de un nuevo destino. Tales hombres acostumbraban a perder rápidamente su paga y

estaban abocados de nuevo al mar, pero, por el modo en que llevaban apostando toda la noche, el soldado estaba seguro de que trabajaban para el hombre sentado a su derecha.

Aquel hombre permanecía sentado pacientemente, esperando a ver si el soldado veía su apuesta o dejaba sus cartas, renunciando así a la ocasión de pedir tres nuevos naipes. El soldado había visto muchas veces antes a otros como él: hijos de mercaderes ricos, o segundones de algún noble de poca monta, con mucho tiempo en las manos y pocas luces. Iba elegantemente vestido, a la última moda entre la juventud de Krondor, con calzas cortas remetidas en las medias, de modo que las perneras de los pantalones se abullonaban por encima de la pantorrilla. Llevaba la sencilla camisa blanca recamada con perlas y piedras semipreciosas, y la chaqueta, acuchillada según el estilo en boga, era de un amarillo más bien chabacano, con brocado blanco y plata en cuello y puños. Era el típico dandi. Y por el aspecto de la *Slamanca rodesia* que colgaba del holgado tahalí de su hombro, era también un sujeto de cuidado. Aquella espada solo la usaba un maestro o alguien que buscara una muerte rápida: en manos de un experto, era un arma temible; en manos de un novato, equivalía a un suicidio.

Aquel hombre probablemente había perdido grandes sumas de dinero antes y buscaba ahora compensar sus pérdidas haciendo trampas a las cartas. Un marinero o el otro ganaban de cuando en cuando una mano, pero el soldado estaba seguro de que estaba todo planeado para evitar que las sospechas recayeran sobre el joven dandi. El soldado suspiró, como si le preocupara qué escoger. Los otros dos jugadores aguardaban pacientemente a que hiciera su jugada.

Eran hermanos gemelos, altos (metro ochenta y siete, calculaba el soldado) y de apariencia atlética. Se habían sentado a la mesa armados con floretes, arma que, de nuevo, solo habría elegido un experto o un imbécil. Desde la llegada del príncipe Arutha al trono de Krondor veinte años atrás, el florete se había convertido en el arma predilecta de quienes iban armados más por cuestión de moda que de supervivencia. Aquellos dos, sin embargo, no parecían de los que llevaban armas como quien llevaba una fruslería decorativa. Vestían como mercenarios corrientes que, a juzgar por su aspecto, acababan de llegar con una caravana. El polvo se adhería aún a sus túnicas y a sus chalecos de cuero, y su cabello, marrón rojizo, estaba ligeramente enmarañado. Los dos necesitaban afeitarse. Sin embargo, y a pesar de su atuendo corriente y desaseado, no había nada que pareciera descuidado en su armadura y sus armas; quizá no se pararan a bañarse tras pasar semanas en una caravana, pero pasarían una hora engrasando sus cueros y lustrando su acero. Parecían auténticos mercenarios, de no ser por una impresión de vaga familiaridad que suscitaba un leve malestar en el soldado: hablaban ambos no con la tosquedad común a los mercenarios, sino más bien con la educada delicadeza de aquellos acostumbrados a pasar su vida en la corte, no luchando contra bandidos. Y eran jóvenes, poco más que unos crios.

Los hermanos habían comenzado la partida con alborozo, pidiendo jarra tras jarra de cerveza y dejando que las pérdidas les regocijaran tanto como las ganancias, pero ahora que las apuestas habían subido, se habían puesto sombríos. De vez en cuando se miraban, y el soldado estaba seguro de que se comunicaban en silencio, como a menudo hacían los gemelos.

El soldado meneó la cabeza.

—Yo no voy. —Arrojó sus cartas, una de las cuales se volteó completamente un instante antes de caer sobre la mesa—. Dentro de una hora entro de servicio; será mejor que vuelva al cuartel.

Sabía, en realidad, que la pelea era inminente y que, si seguía allí cuando empezara, no llegaría al paso de revista. Y el sargento de guardia no era hombre dado a tomarse a bien las excusas.

Los ojos del dandi se volvieron hacia el primero de los dos hermanos.

—¿Tú vas?

Al llegar a la puerta de la hostería, el soldado reparó en dos hombres que permanecían de pie, en silencio, en el rincón. Iban envueltos en grandes mantos, las caras oscurecidas levemente por la sombra de sus capuchas, pese a que la noche era calurosa. Fingían observar tranquilamente la partida, pero no perdían detalle de lo que sucedía en la hostería. Al soldado también le resultaron familiares, pero no logró situarlos. Y había algo en su actitud, como si estuvieran listos para ponerse en acción de un salto, que reafirmó su determinación de llegar temprano al cuartel de la ciudad. Abrió la puerta de la hostería, la cruzó y la cerró tras él.

El hombre más cercano a la puerta se volvió hacia su compañero, la cara solo en parte iluminada por la luz de la lámpara del techo.

—Será mejor que salgas. Esto está a punto de estallar.

Su compañero asintió con una inclinación de cabeza. En los veinte años que hacía que eran amigos había aprendido a no dudar nunca del don de su compañero para presentir los problemas en la ciudad. Cruzó rápidamente la puerta detrás del soldado.

En la mesa, la ronda de apuestas llegó al primero de los dos hermanos. Hizo este una mueca, como si estuviera perplejo por la partida de naipes. El dandi dijo:

—¿Te quedas o te vas?

—Bueno —contestó el joven—, es una pregunta difícil. —Miró a su hermano—. Erland, yo juraría por Astalón el Juez que he visto volar una dama azul cuando ese soldado renunció a su mano.

—¿Y qué tiene eso de malo, Borric? —repuso su hermano con una sonrisa torcida.

—Que yo también tengo una dama azul.

Los hombres comenzaron a apartarse de la mesa cuando el tono de la conversación cambió. No se acostumbraba a hablar de las cartas que uno tenía.

—Sigo sin ver qué hay de malo en ello —observó Erland—. Hay dos damas azules en la baraja.

Con una sonrisa maliciosa, Borric dijo:

—Pero, verás, aquí nuestro amigo —señaló al dandi— también tiene una dama azul metida en la manga, aunque no lo bastante dentro.

Al instante la sala comenzó a bullir mientras los hombres ponían tanta distancia como era posible entre ellos y los combatientes. Borric se levantó de un salto, agarró el borde de la mesa y la volcó, obligando a retroceder al dandi y a sus secuaces. Erland sacó su florete y una daga larga, al tiempo que el dandi sacaba su *slamanca*.

Uno de los marineros trastabilló y cayó hacia delante. Mientras trataba de levantarse, su mentón topó con la puntera de la bota de Borric. Se desplomó, hecho un ovillo, a los pies del joven mercenario. El dandi se abalanzó hacia delante, lanzando un furioso mandoble a la cabeza de Erland. Este lo detuvo hábilmente con la daga y devolvió un golpe feroz que su oponente apenas logró esquivar.

Ambos sabían que se enfrentaban a un oponente de cuidado. El posadero daba vueltas por la habitación, armado con un grueso garrote con el que amenazaba a cualquiera que se atreviera a unirse a la refriega. Cuando se acercaba a la puerta, el encapuchado se adelantó con sorprendente velocidad y lo agarró de la muñeca. Habló brevemente y el rostro del posadero palideció. El dueño de la hostería asintió enérgicamente con la cabeza una sola vez y salió por la puerta a toda prisa.

Borric despachó sin dificultades al segundo marinero y al volverse descubrió a Erland enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo con el dandi.

—¡Erland! ¿Quieres que te eche una mano?

Erland gritó:

—Creo que no. Además, tú siempre dices que necesito práctica.

—Cierto —respondió su hermano con una sonrisa—. Pero no dejes que te mate. Tendría que vengarte.

El dandi intentó un ataque combinado: un mandoble alto, uno bajo y luego una serie de tajos por arriba. Erland se vio obligado a retroceder. En la noche se oía el sonido de los silbatos.

—Erland —dijo Borric.

—¿Qué? —contestó su apurado hermano gemelo mientras esquivaba otro ataque combinado ejecutado con maestría.

—Viene la guardia. Será mejor que lo mates pronto.

—Eso intento —respondió Erland—, pero no se deja. —Mientras hablaba, pisó con el tacón de la bota un charco de cerveza derramada y resbaló. De pronto cayó hacia atrás, indefenso.

Borric se movió en el mismo instante en que el dandi se abalanzaba hacia su hermano. Erland rodó por el suelo, pero la espada del dandi golpeó su costado. Un dolor agudo recorrió sus costillas. Al inclinarse hacia delante el hombre había dejado abierto su costado izquierdo al contragolpe. Sentado en el suelo, Erland levantó su florete, hundiéndoselo en el estómago. El dandi se puso rígido y dejó escapar un gemido al tiempo que una mancha roja comenzaba a extenderse sobre su túnica

amarilla. Entonces Borric lo golpeó desde atrás, usando la empuñadura de su espada para dejarlo inconsciente.

Desde el exterior les llegó el ruido de los hombres que se acercaban a la carrera. Borric dijo mientras ofrecía la mano a su hermano:

—Será mejor que salgamos de aquí. Padre ya va a enfadarse bastante con nosotros sin necesidad de que una pelea...

Erland hizo una mueca, dolorido.

—No hacía falta que le golpearas —interrumpió a su hermano—. Creo que lo habría matado enseguida.

—O él a ti. Y no me habría gustado enfrentarme a nuestro padre si hubiera dejado que eso ocurriera. Además, no lo habrías matado. No tienes instinto. Habrías intentado desarmarlo o algo igual de noble... —comentó Borric mientras tomaba aliento con un ligero gemido— y de estúpido. Ahora, salgamos de aquí.

Erland se agarró el costado herido mientras se dirigían hacia la puerta. Varios matones, al ver sangre en su costado, se apresuraron a cortarles el paso. Borric y Erland les apuntaron con sus espadas. Borric dijo:

—Mantente en guardia un momento. —Cogió una silla y la arrojó contra el ventanal que daba al bulevar. Una lluvia de cristal y plomo regó la calle y antes de que el tintineo de los pedazos al caer sobre el empedrado se apagara, los hermanos saltaron por lo que quedaba de la ventana. Erland se tambaleó y Borric tuvo que agarrarlo del brazo para impedir que se cayera.

Al erguirse notaron que se hallaban frente a unos caballos. Dos de los matones más osados saltaron por la ventana tras ellos. Borric golpeó a uno en la cabeza con la empuñadura de su espada mientras el otro se paraba en seco, apuntado por tres ballestas. En fila ante la puerta se hallaba la pequeña compañía de diez guardias fornidos y armados hasta los dientes conocida vulgarmente como «el pelotón de asalto». Pero lo que dejó boquiabiertos de asombro a la media docena de parroquianos del Estibador Dormido fue la visión de treinta jinetes tras el pelotón de asalto. Lucían la cota de Krondor y la insignia de la Guardia de la Casa Real del príncipe de Krondor. Desde dentro de la hostería, alguien salió de su asombro y gritó:

—¡La guardia real! —Y comenzó entonces una huida general por la puerta trasera de la taberna al tiempo que los asombrados de la ventana desaparecían.

Los dos hermanos miraban a los jinetes, todos ellos armados y dispuestos por si acaso surgían problemas. A su cabeza cabalgaba un hombre al que los dos jóvenes mercenarios conocían bien.

—Ah... Buenas noches, mi señor —dijo Borric, y una sonrisa se extendió lentamente por su rostro. El jefe del pelotón de asalto, al no ver a nadie más, se adelantó para hacerse cargo de los dos jóvenes.

El capitán de la Guardia Real le indicó que se apartara.

—Esto no te concierne, guardia. Tus hombres y tú podéis iros. —El jefe de los guardias hizo una leve reverencia y condujo a sus hombres de vuelta a su cuartel en el

corazón del Barrio Pobre.

Erland hizo una pequeña mueca al decir:

—Barón Locklear, qué gran placer.

El barón Locklear, caballero-mariscal de Krondor, sonrió sin ganas.

—Estoy seguro de que así es. —Pese a su rango, parecía apenas un año o dos mayor que los jóvenes, aunque les sacaba casi dieciséis años. Tenía el cabello rubio y rizado y unos enormes ojos azules que en ese instante observaban entornados a los gemelos con evidente desaprobación.

—Y supongo que eso significa que el barón James... —dijo Borric.

Locklear hizo un gesto.

—Está detrás de ti.

Los hermanos se volvieron y vieron al hombre del manto enmarcado por la puerta. Al echar hacia atrás su caperuza, dejó al descubierto un rostro todavía un tanto juvenil, pese a sus treinta y siete años de edad, y a que su pelo castaño y ensortijado estaba ligeramente salpicado de gris. Era aquella una cara que los hermanos conocían bien, pues aquel hombre había sido uno de sus maestros desde su niñez y, además, uno de sus amigos más íntimos. Miró a los hermanos con enojo mal disimulado y dijo:

—Vuestro padre os ordenó que volvierais derechos a casa. Recibí informes de vuestro paradero desde el momento en que salisteis de Highcastle hasta que cruzasteis las puertas de la ciudad... ¡hace dos días!

Los gemelos procuraron disimular su alegría por haber sido capaces de burlar a sus reales escoltas, pero fracasaron.

—Ignorad por un momento el hecho de que vuestros padres habían reunido formalmente a la corte para daros la bienvenida a casa. ¡Olvidad que estuvieron esperando tres horas! El que vuestro padre insistiera en que el barón Locklear y yo peinásemos toda la ciudad durante dos días buscándoos carece de importancia. — Observó a los dos jóvenes—. Pero confío en que recordéis esos pequeños detalles cuando vuestro padre tenga unas palabras con vosotros mañana, después del tribunal.

Les llevaron dos caballos y un soldado les alcanzó respetuosamente las riendas. Al ver la sangre que corría por el costado de Erland, un teniente de la guardia acercó su montura y dijo con burlona simpatía:

—¿Necesita ayuda su alteza?

Erland pisó como pudo el estribo y se encaramó a la silla sin ayuda. En tono irritado, respondió:

—Solo cuando vea a mi padre, primo Willy, y no creo que entonces puedas hacer mucho por mí.

El teniente William asintió con la cabeza y murmuró hoscamente:

—Dijo que volvierais a casa enseguida, Erland.

Erland asintió, resignado.

—Solo queríamos relajarnos uno o dos días antes de...

William no pudo evitar reírse del aprieto en que se hallaban sus primos. Había visto como a menudo hacían recaer la desgracia sobre sí mismos, como atraían el desastre frecuentemente, y no lograba entender su apetito de tal castigo. Dijo:

—Quizá podríais huir a la frontera. Me sentiría muy estúpido siguiéndoos.

Erland meneó la cabeza.

—Creo que desearé haber aceptado tu propuesta después del tribunal de mañana.

William se rió de nuevo.

—Vamos, esta reprimenda no será mucho peor que muchas otras que ya os han echado.

El barón James, canciller de Krondor y ayudante primero del duque de Krondor, montó rápidamente sobre su caballo.

—A palacio —ordenó, y la compañía dio media vuelta para escoltar a los príncipes gemelos, Borric y Erland, al palacio.

* * *

Arutha, príncipe de Krondor, caballero-mariscal de la Región Occidental y heredero real al trono del reino de las Islas, atendía en silencio a los negocios del tribunal real que se desarrollaba ante él. Había sido un hombre esbelto en su juventud y no había ganado la corpulencia comúnmente asociada a la madurez, sino que, por el contrario, se había hecho más duro, más anguloso de rasgos y había perdido la escasa suavidad que la juventud prestaba a su larguirucha apariencia. Su cabello seguía siendo oscuro, aunque los veinte años que llevaba gobernando Krondor y el oeste lo habían salpicado de gris. Sus reflejos se habían ralentizado solo levemente con los años, y todavía se le consideraba uno de los mejores espadachines del reino, a pesar de que rara vez tenía motivos para ejercitar su habilidad con el florete. Sus ojos, de color castaño oscuro, estaban entornados en un gesto de concentración, y nada, en opinión de muchos de quienes servían al príncipe, parecía escapar a su mirada. Pensativo, incluso taciturno a veces, Arutha era un brillante caudillo militar. Se había ganado por derecho su reputación durante los nueve años de la guerra de la Fractura, que había terminado el año anterior al nacimiento de los gemelos, tras tomar el mando de la guarnición de Crydee, el castillo de su familia, cuando era apenas unos meses mayor de lo que eran ahora sus hijos.

Era considerado un gobernante duro, pero justo; rápido a la hora de dispensar justicia cuando el delito lo justificaba, aunque dado a actos de clemencia por influencia de su esposa, la princesa Anita. Y esa relación, más que cualquier otra cosa, simbolizaba el gobierno de la Región Occidental: una justicia dura, lógica, imparcial, atemperada por la piedad. Aunque muy pocos cantaban abiertamente sus alabanzas, Arutha era honrado y respetado, y su esposa contaba con el cariño de sus

súbditos.

Anita permanecía sentada en silencio sobre su trono, sus ojos verdes perdidos en el infinito. Su porte regio ocultaba la preocupación por sus hijos a ojos de todos, excepto de aquellos que la conocían más íntimamente. El hecho de que su esposo hubiera ordenado que los muchachos fueran llevados al gran salón por la mañana, a la hora del tribunal, en lugar de a los aposentos privados de sus padres la noche anterior, demostraba más que cualquier otra cosa el enojo de Arutha. Anita se obligaba a prestar atención al discurso de un miembro del gremio de tejedores; era también su deber mostrar a quienes acudían ante el tribunal de su marido la deferencia de escuchar cada petición o cada súplica. En el tribunal de la mañana no solía ser precisa la presencia de los demás miembros de la familia real, pero desde que los gemelos habían vuelto de su servicio en la frontera, en Highcastle, el tribunal se había convertido en una reunión familiar.

La princesa Elena se hallaba de pie junto a su madre. Parecía, por su apariencia, un compromiso equitativo entre sus padres: tenía el cabello castaño rojizo y la tez clara de su madre, y los ojos oscuros e inteligentes de su padre. Quienes conocían bien a la familia real comentaban a menudo que si Borric y Erland se parecían a su tío, el rey, Elena se parecía a su tía, la baronesa Carline de Salador. Y Arutha había comentado en más de una ocasión que su hija poseía el afamado temperamento de Carline.

El príncipe Nicholas, el menor de los hijos de Arutha y Anita, se había escondido de la vista de su padre, eludiendo así la obligación de quedarse junto a su hermana. Se hallaba de pie tras el trono de su madre, fuera del alcance de la mirada paterna, en el primer escalón de la tarima. La puerta de los aposentos reales estaba oculta a ojos de quienes se hallaban en la sala, tres escalones más abajo, donde, en años pasados, los cuatro niños habían jugado a acurrucarse juntos en el primer peldaño y escuchar a su padre presidir el tribunal, disfrutando de la deliciosa sensación de espiar sus palabras. Nicky aguardaba la llegada de sus dos hermanos.

Anita miró a su alrededor con esa súbita intuición que tenían las madres cuando uno de sus hijos estaba donde no debía. Vio a Nicholas esperando junto a la puerta y le indicó que se acercara. Nicky idolatraba a Borric y Erland, pese a que ellos le dedicaban poco tiempo y se burlaban de él constantemente. Sencillamente no encontraban gran cosa en común con su hermano menor, puesto que era este doce años más joven.

El príncipe Nicholas subió renqueando los tres anchos escalones y se acercó a su madre y, como sucedía cada día desde su nacimiento, a Anita se le rompió el corazón. El chico tenía un pie deforme y ni los cuidados de los cirujanos ni los ensalmos de los sacerdotes habían surtido efecto alguno, excepto el de permitirle caminar. Remiso a exponer al bebé deforme al escrutinio público, Arutha había ignorado la costumbre y se había negado a mostrar al niño en la Presentación, la fiesta en honor de la primera aparición pública de un retoño de la familia real, una tradición que tal vez se hubiera

extinguido con el nacimiento de Nicholas.

Nicky se volvió al oír que la puerta se abría, y Erland se asomó por ella. El joven príncipe sonrió a sus hermanos cuando estos cruzaron precavidamente la puerta. Nicky bajó cojeando los tres escalones para salirles al paso y les abrazó. Erland hizo una mueca visible y Borric dio al chico una palmada distraída en el hombro.

Nicky siguió a los gemelos cuando subieron lentamente la escalinata de detrás de los tronos y se detuvieron tras su hermana. Esta miró por encima del hombro el tiempo justo para sacar la lengua y bizquear, haciendo que los tres hermanos tuvieran que contener la risa. Sabían que ninguna otra persona en la sala podía ver su fugaz pantomima. Los gemelos atormentaban desde hacía mucho tiempo a su hermana pequeña, que replicaba tan bien como podía. A Elena le importaría bien poco ponerles en ridículo en el tribunal del mismísimo rey.

Arutha, que había sentido un cambio entre sus hijos, miró hacia allí y obsequió a sus cuatro vástagos con una ojeada rápida y ceñuda que bastó para acallar cualquier brote de alegría. Su mirada se detuvo en sus hijos mayores y mostró su enfado en toda su extensión, aunque solo los más cercanos a él se habrían percatado de ello. Volvió luego a fijar su atención en el asunto que se dirimía ante el tribunal. Un noble de poca importancia estaba siendo ascendido a un nuevo puesto y aunque quizás a los cuatro infantes aquel puesto no les pareciera gran cosa, el hombre contaría aquello entre los momentos culminantes de su existencia. Arutha había intentado inculcar a sus hijos aquella noción a lo largo de los años, pero había fracasado constantemente.

Supervisando el tribunal del príncipe se hallaba lord Gardan, duque de Krondor. El viejo soldado había servido con Arutha, y su padre antes que él, más de treinta años. Su tez oscura contrastaba vivamente con su barba, de color casi blanco, pero tenía aún los ojos atentos de un hombre cuya mente no ha perdido nada de su agudeza y una sonrisa presta para los infantes. Plebeyo por nacimiento, Gardan había ascendido gracias a sus capacidades y pese a que a menudo expresaba el deseo de retirarse y de regresar a su hogar en el lejano Crydee, había permanecido al servicio de Arutha, primero como sargento de la guarnición de Crydee, luego como capitán de la Casa Real del príncipe y después como caballero-mariscal de Krondor. Cuando el anterior duque de Krondor, lord Volney, había muerto inesperadamente tras siete años de leal servicio en el desempeño de su oficio, Arutha había otorgado su puesto a Gardan como galardón. Pese a las protestas del viejo soldado de no estar hecho para la nobleza, había demostrado ser un administrador capaz, así como un soldado lleno de talento.

Gardan acabó de recitar el nuevo rango y los privilegios de aquel hombre y Arutha le entregó un enorme pergamino, repujado con cintas y sellos. El hombre tomó la cédula de su oficio y se retiró entre el gentío, entre las felicitaciones, pronunciadas en voz baja, de otros presentes en el tribunal.

Gardan hizo un gesto con la cabeza a Jerome, el maestro de ceremonias, y aquel hombre enjuto se irguió en toda su estatura. En otro tiempo rival de juventud del

barón James, aquel oficio convenía al engrandecimiento de su carácter. Era, según decían todos, un auténtico pelmazo, y su preocupación por las cosas más insignificantes le hacía el más propio para el puesto. Su amor por el detalle se manifestaba en las exquisitas puntadas del manto que usaba en el desempeño de su oficio y en la perilla puntiaguda que pasaba horas recortando. En tono pomposo dijo:

—Si place a su alteza, Su Excelencia lord Torum Sie, embajador de la Corte Real de Kesh la Grande.

El embajador, que había permanecido a un lado, conferenciando con sus consejeros, se acercó a la tarima e hizo una reverencia. Por su aspecto, estaba claro que pertenecía al verdadero pueblo keshiano, pues llevaba la cabeza afeitada. Su gabán, de color escarlata y acuchillado, dejaba al descubierto unos pantalones amarillos y unas babuchas blancas. Llevaba el pecho desnudo, al estilo keshiano, y el cuello adornado con el largo collar de oro de su oficio. Cada una de las prendas de su indumentaria estaba delicadamente acabada con puntadas casi imperceptibles, y gemas y perlas diminutas decoraban cada costura. Aquello le hacía parecer bañado en destellos titilantes cuando se movía. Era, quizá, la figura más espléndida de la corte.

—Alteza —dijo, su habla teñida por un leve acento cantarín—. Nuestra señora, Lakeisha, La que es Kesh, pregunta por la salud de sus altezas.

—Traslada nuestros más afectuosos saludos a la emperatriz —respondió Arutha—, y dile que estamos bien.

—Con sumo placer —repuso el embajador—. Ahora, he de rogar a su alteza una respuesta a la invitación enviada por mi señora. El setenta y cinco aniversario de Su Magnífico nacimiento es un acontecimiento de insuperable alegría para el imperio. Celebraremos un jubileo que se prolongará dos meses. ¿Se unirán sus majestades a nosotros?

El rey había enviado ya sus excusas, lo mismo que los gobernantes de todos los reinos vecinos, desde Queg a los Reinos Orientales. Aunque la paz entre el imperio y sus vecinos duraba ya más de lo que era habitual, habían pasado once años desde el último enfrentamiento fronterizo, ningún gobernante cometía la estupidez de franquear las fronteras de la nación más temida de Midkemia. Aquellas negativas se consideraban adecuadas. La invitación a los príncipes de Krondor era harina de otro costal.

La Región Occidental del reino de las Islas era casi una nación en sí misma, la responsabilidad de cuyo gobierno había recaído sobre el príncipe de Krondor. De la corte del rey en Rillanon solo procedían las directrices políticas más amplias. Y era Arutha quien, no pocas veces, había tratado con los embajadores de Kesh, pues la mayor parte de los posibles conflictos entre Kesh y el reino se daban en la frontera sur de la Región Occidental.

Arutha miró a su esposa y luego al embajador.

—Lo lamentamos, pero la presión de nuestros deberes oficiales nos impide emprender tan largo viaje, excelencia.

La expresión del embajador no se alteró, pero una leve contracción alrededor de los ojos indicó que el keshiano consideraba la negativa casi un insulto.

—Es una lástima, alteza. Mi señora considera vital vuestra presencia. Digamos, un gesto de amistad y buena voluntad.

Aquel extraño comentario no pasó inadvertido a Arutha. Asintió con la cabeza.

—Aun así, nos consideraríamos cicateros en nuestra amistad y nuestra buena voluntad para con nuestros vecinos del sur si no mandáramos a alguien en representación de la Casa Real de las Islas. —Los ojos del embajador se fijaron de inmediato en los gemelos—. El príncipe Borric, presunto heredero al trono de las Islas, será nuestro representante en el jubileo de la emperatriz, mi señor. —Borric, convertido de pronto en el centro de atención, se descubrió más erguido y sintió la inesperada necesidad de tirarse de la túnica—. Y su hermano, el príncipe Erland, lo acompañará.

Borric y Erland se miraron con sorpresa.

—¡Kesh! —susurró Erland con pasmo apenas contenido.

El embajador keshiano inclinó un instante la cabeza hacia los príncipes, admirado.

—Un gesto de respeto y amistad a la medida de las circunstancias, alteza. Mi señora quedará complacida.

La mirada de Arutha recorrió la estancia y se detuvo por un momento en un hombre que había al fondo; después, siguió adelante. Cuando el embajador keshiano se retiró, Arutha se levantó de su trono y dijo:

—Hoy tenemos muchos asuntos que tratar; el tribunal se reanudará mañana, a las diez en punto. —Ofreció la mano a su esposa, que la tomó mientras se levantaba. Al bajar de la tarima junto a la princesa, le susurró a Borric—: Tu hermano y tú, en mis aposentos, dentro de cinco minutos. —Los cuatros infantes hicieron una reverencia cuando pasaron sus padres y echaron luego a andar en procesión tras ellos.

Borric miró a Erland y encontró su propia curiosidad reflejada como en un espejo en el rostro de su hermano. Los gemelos esperaron a estar fuera de la sala, y entonces Erland se volvió y, agarrando a Elena, la abrazó con fuerza y la hizo girar con energía. Borric le dio un fuerte cachete en el trasero cuyo efecto suavizaron los pliegues de su vestido.

—¡Bestias! —exclamó Elena. Luego abrazó a uno y a otro—. Odio decirlo, pero me alegro de que hayáis vuelto. Esto ha estado espantosamente aburrido desde que os fuisteis.

Borric sonrió.

—No es eso lo que tengo entendido, hermanita.

Erland rodeó con el brazo el cuello de su hermana y susurró en tono de burlona complicidad:

—Me han dicho que dos escuderos del príncipe fueron sorprendidos riendo hace un mes, y parece ser que la razón fue resolver cuál de ellos acompañaría a nuestra

hermana al festival de Banapis.

Elena clavó en sus hermanos una mirada entornada.

—Yo no tuve nada que ver con que esos idiotas se pelearan. —Luego se animó—. Además, pasé el día con Thom, el hijo del barón Lowery.

Los dos hermanos rompieron a reír.

—Eso también lo hemos oído —dijo Borric—. ¡Tu reputación está llegando incluso a los barones de la frontera, hermanita! ¡Y todavía no tienes dieciséis años!

Elena se subió las faldas y pasó junto a sus hermanos.

—Bueno, tengo casi la edad que tenía nuestra madre cuando conoció a papá, y hablando de papá, si no os presentáis en su despacho, asará vuestros hígados para desayunar. —Se adelantó una docena de pasos, se volvió en medio de un revuelo de sedas y de nuevo sacó la lengua a sus hermanos.

Ellos se rieron; luego Erland notó que Nicky se había detenido allí cerca.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Borric miró exageradamente a su alrededor, por encima de la cabeza de Nicky.

—¿A qué te refieres? Yo no veo nada.

La expresión de Nicky se tornó angustiada.

—¡Borric! —exclamó, casi gimiendo.

Borric bajó la mirada.

—Vaya, pero si es... —Se volvió hacia su hermano—. ¿Qué es?

Erland rodeó lentamente a Nicky.

—No estoy seguro. Es demasiado pequeño para ser un duende y demasiado grande para ser un mono... aunque puede que sea un mono muy alto.

—No tiene la espalda lo bastante ancha para ser un enano y va muy bien vestido para ser un mendigo...

El rostro de Nicky se nubló. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—¡Lo prometisteis! —dij o, y la voz se le atascó en la garganta. Levantó los ojos hacia sus hermanos, que le sonreían, y luego, con lágrimas en las mejillas, dio a Borric una patada en la espinilla, se volvió y echó a correr por el pasillo, seguido por el sonido de sus sollozos, sin que su paso, entre cojo y bamboleante, le estorbara.

Borric se frotó la espinilla dolorida.

—¡Au! El chaval sabe dar patadas. —Miró a Erland—. ¿Qué fue lo que prometimos?

Erland elevó los ojos al cielo.

—No volver a burlarnos de él. —Exhaló un suspiro—. Otra ronda de sermones. Seguro que va a decírselo a mamá y ella hablará con nuestro padre y...

Borric hizo una mueca.

—Y tendremos otra ronda de sermones.

Luego dijeron los dos a una:

—¡Padre! —Y echaron a correr hacia los aposentos privados de Arutha. El guardia apostado a la entrada, al verlos acercarse, les abrió las puertas.

Una vez dentro, los gemelos encontraron a su padre sentado en su sillón favorito, un mueble de madera y cuero, ya viejo, pero que él prefería a cualquiera de los muchos otros que había en la espaciosa sala de reuniones. De pie, un poco a su izquierda, estaban los barones James y Locklear. Arutha dijo:

—Pasad los dos.

Los gemelos se detuvieron ante su padre; Erland se movía con cierta torpeza, como si su costado herido se hubiera puesto rígido de la noche a la mañana.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Arutha.

Sus hijos sonrieron débilmente. Había pocas cosas que su padre pasara por alto. Borric dijo:

—Intentó un golpe y una arremetida a la contra cuando debería haber parado el lance en seis. El otro tipo se metió en su guardia.

La voz de Arutha era fría.

—Peleándoos otra vez. Debí imaginarlo, como obviamente hizo el barón James.

—Dirigiéndose a James añadió—: ¿Algún muerto?

—No —contestó el barón—, pero faltó poco para que muriera el hijo de uno de los armadores más influyentes de la ciudad.

La ira de Arutha creció mientras se levantaba lentamente de su sillón. Hombre capaz de mantener a raya sus emociones, era raro ver aquello y, para quienes lo conocían bien, era también temible. Se detuvo ante los gemelos y por un instante pareció que iba a golpearles. Miró a ambos a los ojos. Mientras intentaba dominarse dijo escupiéndolo cada palabra:

—¿En qué demonios estabais pensando?

Erland dijo:

—Fue en defensa propia, padre. Ese tipo intentaba ensartarme en su brocheta.

—Estaba haciendo trampas —terció Borric—. Llevaba una dama azul escondida en la manga.

Arutha casi escupía al decir:

—Me trae sin cuidado que tuviera una baraja entera escondida en la manga. ¡No sois soldados corrientes, maldita sea! ¡Sois mis hijos!

Arutha les rodeó como si inspeccionara unos caballos o pasara revista a sus tropas. Los jóvenes soportaron su escrutinio, conscientes de que el humor de su padre no toleraba insolencias.

Al fin, Arutha levantó las manos con gesto resignado y dijo:

—Estos no son mis hijos. —Pasó junto a los gemelos y se detuvo junto a los dos barones—. Tienen que ser hijos de Lyam —dijo, invocando el nombre del rey. El hermano de Arutha había sido famoso en su juventud por su temperamento pendenciero—. Anita se casó conmigo, pero engendró de algún modo a los hijos del rey, esos dos rufianes. —James solo pudo asentir con la cabeza—. Ha de ser algún plan divino que no llevo a entender.

Fijando de nuevo su atención en sus hijos, añadió:

—Si vuestro abuelo estuviera vivo, os pondría encima de un barril con una tira de cuero en la mano, por grandes o altos que fuerais. Habéis vuelto a portaros como crios y deberíais ser tratados como tales.

Alzó la voz mientras caminaba ante ellos.

—¡Os envié orden de que regresarais a casa enseguida! Pero ¿obedecéis? ¡No! En lugar de venir directamente a palacio, desaparecéis en el Barrio Pobre. Dos días después, el barón James os encuentra peleándoos en una taberna. —Hizo una pausa y luego, casi gritando, exclamó—: ¡Podrían haberos matado!

Borric hizo intento de bromear.

—Solo si ese lance...

—¡Ya basta! —gritó Arutha, tan enfadado que le era imposible dominarse. Agarró la túnica de Borric y tiró de su hijo, haciéndole perder el equilibrio—. ¡No vas a ponerle fin a esto con una sonrisa y una broma! Es la última vez que me desafías. —Subrayó sus palabras con un empujón que arrojó a Borric, tambaleándose, contra su hermano. La actitud de Arutha demostraba que no tenía paciencia para las bobadas de su hijo, de las que solía hacer caso omiso—. No os mandé llamar porque la corte echara de menos vuestros líos. Creo que un año o dos más en la frontera podrían haberos hecho sentar la cabeza un poco, pero no me queda otra opción. Tenéis deberes principescos y se os necesita ahora.

Borric y Erland se miraron. Conocían bien el mal genio de Arutha y habían sufrido otras veces su ira, que solía ser justificada, pero esta vez sucedía algo serio.

—Lo sentimos, padre —dijo Borric—. No sabíamos que nos habías mandado llamar por un asunto relacionado con nuestros deberes.

—¡No se espera de vosotros que sepáis nada, se espera que obedezcáis! —replicó su padre. Evidentemente harto de la conversación, agregó—: He acabado con vosotros por ahora. Tengo que prepararme para hablar en privado con el embajador keshiano esta tarde. El barón James proseguirá esta conversación de mi parte. —Se detuvo en la puerta y dijo a James—: ¡Haz lo que tengas que hacer! Pero quiero que estos bribones estén impresionados por la gravedad de la situación cuando hable con ellos esta tarde. —Cerró la puerta sin aguardar respuesta.

James y Locklear se situaron cada uno a un lado de los príncipes y James dijo:

—Si sus altezas tienen la amabilidad de seguirnos...

Borric y Erland miraron a sus tutores y «tíos» y se miraron luego el uno al otro. Ambos intuían qué iba a ocurrir. Su padre nunca había pegado a sus hijos, ni con la mano ni con la correa, para profundo alivio de su esposa, pero eso no impedía que, cuando los muchachos se portaban mal, que era casi todo el tiempo, hubiera «ejercicios de lucha».

El teniente William, que esperaba fuera, echó a andar en silencio junto a los gemelos y los barones por el pasillo. Se apresuró a abrir la puerta que daba al gimnasio del príncipe Arutha, una espaciosa estancia donde la familia real podía ejercitar sus habilidades con la espada, la daga o el combate cuerpo a cuerpo.

El barón James abría la marcha por el pasillo. Al llegar a la puerta del gimnasio, William volvió a abrir la puerta, pues, aunque era primo segundo de los gemelos, en presencia de los nobles seguía siendo un simple soldado. Borric entró primero en la habitación, seguido por Erland y James, con Locklear y William a la zaga.

En el interior de la sala, Borric se volvió ágilmente y comenzó a recular, con las manos levantadas como un boxeador mientras decía:

—Ahora somos mucho mayores y más grandes, tío Jimmy. Y no vas a darme un puñetazo detrás de la oreja como hiciste la última vez.

Erland se inclinó hacia la izquierda, agarrándose exageradamente el costado, y de pronto comenzó a cojear.

—Y también somos más rápidos, tío Locky. —Sin previo aviso, lanzó un codazo a la cabeza de Locklear. El barón, un curtido soldado con casi veinte años de oficio, se hizo a un lado, dejando que Erland perdiera el equilibrio. Le hizo girar luego en círculo, asiéndolo de un brazo, y lo empujó hacia el centro del gimnasio.

Los barones se mantuvieron a distancia mientras los hermanos se aprestaban para la lucha con los puños en alto. Con una sonrisa burlona, James levantó las manos con las palmas hacia fuera y dijo:

—Sois demasiado jóvenes y rápidos para nosotros, sí. —Los muchachos advirtieron su tono sarcástico—. Pero, como nosotros sí tenemos que mantenernos con la cabeza despejada durante los próximos días, se nos ha ocurrido privarnos del placer de ver cuánto habéis progresado estos dos últimos años. —Señaló con el pulgar hacia atrás, indicando un rincón apartado—. Es decir, personalmente.

Dos soldados, vestidos únicamente con calzas, aguardaban en el rincón. Tenían ambos sus enormes brazos cruzados sobre sus pechos de impresionante musculatura. El barón James les indicó que se acercaran. Mientras lo hacían, los chicos se miraron.

Los soldados se movían con la agilidad de un purasangre; eran flexibles, pero llenos de potencia. Parecían ambos labrados en piedra, y Borric murmuró:

—¡No son humanos! —Erland sonrió, pues ambos soldados tenían grandes quijadas que recordaban las mandíbulas prominentes de los trolls de las montañas.

—Estos caballeros son de la guarnición de vuestro tío Lyam —dijo Locklear—. La semana pasada hubo una exhibición de los campeones de boxeo del reino y les pedimos que se quedaran con nosotros unos días. —Los dos hombres comenzaron a apartarse el uno del otro, rodeando a los príncipes en direcciones opuestas.

—El rubio —dijo Jimmy— es el sargento Obregon, de la guarnición de Rodez...

—Ha vencido a todos los hombres de menos de noventa kilos —intervino Locklear—. Erland debería ser tu pupilo, Obregon; tiene el costado herido. Sé amable con él.

—...Y el otro —prosiguió Jimmy— es el sargento Palmer, de Bas-Tyra.

Borric entornó los ojos mientras observaba acercarse al soldado.

—Déjame adivinar: ha ganado a todos los hombres por encima de noventa kilos.

—Sí —dijo el barón James con una sonrisa malévola.

Al instante, un puño llenó el campo de visión de Borric. Este intentó apartarse rápidamente, pero descubrió que otro puño se estrellaba contra un lado de su cabeza. Luego se puso a pensar quién había pintado los frescos del techo de la sala que su padre había convertido en gimnasio. Debía preguntárselo a alguien.

Mientras se sentaba lentamente, sacudiendo la cabeza, oyó decir a James:

—Vuestro padre quería que os hiciéramos entender la importancia de lo que afrontaréis mañana.

—¿Y qué es? —preguntó Borric, dejando que el sargento Palmer lo ayudara a levantarse. Pero el sargento no soltó su mano derecha, sino que la apretó con fuerza al tiempo que con la diestra golpeaba el estómago del príncipe. El teniente William hizo una mueca cuando Borric dejó escapar el aire de sus pulmones con un estallido y, cayendo al suelo una vez más, cruzó los ojos. Erland comenzó a apartarse cautelosamente del otro boxeador, que lo seguía por la habitación.

—Por si no lo habéis notado, vuestro tío el rey solo ha engendrado hijas desde que el joven príncipe Randolph murió.

Borric rechazó con un gesto la mano que le tendía el sargento Palmer y dijo:

—Gracias. Ya me levanto yo solo. —Al alzar una rodilla añadió—: No suelo pararme a pensar en la muerte de nuestro primo, pero soy consciente de que murió. —Luego, mientras empezaba a incorporarse, lanzó un golpe feroz al estómago del sargento Palmer.

El luchador, mayor y más recio, permaneció firme como una roca, se forzó a tomar aliento, sonrió luego con admiración y dijo:

—Buen golpe, alteza.

Borric levantó los ojos al cielo.

—Gracias. —Entonces otro puño llenó su visión y una vez más contempló la prodigiosa artesanía desplegada en el techo. ¿Por qué nunca antes se había tomado el tiempo de fijarse en ella?, se preguntaba.

Erland intentaba mantener las distancias entre él y el sargento Obregon, que iba acercándose. De pronto, el joven dejó de retroceder y atacó con un revuelo de golpes. El sargento, en lugar de dar marcha atrás, levantó los brazos delante de la cara y dejó que el joven le golpeará los brazos y los hombros.

—La falta de heredero de nuestro tío no es un hecho que nos sea desconocido, tío Jimmy —observó Erland cuando comenzaron a cansársele los brazos de aporrear inútilmente al musculoso sargento. Bruscamente, el sargento se arrimó a él y lanzó otro golpe al costado del muchacho. La cara de Erland perdió su color; sus ojos bizquearon y a continuación se desenfocaron.

Al ver su reacción, el sargento Obregon dijo:

—Perdón, alteza, pretendía golpearte en el costado sano.

La voz de Erland era apenas un susurro cuando contestó:

—Qué amable de tu parte.

Borric meneó la cabeza para despejarse, después rodó rápidamente hacia atrás y

se puso en pie, listo para pelear.

—Entonces, ¿esta insistencia en la falta de un príncipe real en nuestra familia tiene algún objeto?

—Pues sí —contestó James—. Sin descendencia masculina, el príncipe de Krondor sigue siendo el heredero.

—El príncipe de Krondor siempre es el heredero real —repuso Erland con voz estrangulada.

—Y vuestro padre es el príncipe de Krondor —terció Locklear.

Ejecutando una ingeniosa finta con la zurda, Borric encajó la diestra en la mandíbula del sargento Palmer, que se tambaleó momentáneamente. Otro puñetazo al tronco y el boxeador comenzó a retroceder. Borric se confió y dio un paso adelante para asestar el golpe definitivo, y de pronto el mundo se volvió del revés.

La visión de Borric se tiñó de amarillo y luego de rojo durante largo rato y, mientras pendía de la nada, el suelo se elevó para golpearlo en la parte de atrás de la cabeza. Después, la oscuridad se agolpó en los márgenes de su visión y vio un círculo de caras que lo observaban desde lo alto de un pozo profundo. Parecían rostros amigables, y le pareció reconocerlos, pero no sentía ninguna necesidad de preocuparse por ello, pues estaba sumamente a gusto hundiéndose en la fresca penumbra del pozo. Mirando más allá de las caras, se preguntó distraídamente si alguna de aquellas personas sabría quién era el pintor de los frescos.

William levantó los ojos al cielo y vertió un pequeño cubo de agua sobre la cara de Borric. El mayor de los gemelos volvió en sí farfullando y escupiendo agua.

El barón James, apoyado sobre una rodilla, ayudó al príncipe a incorporarse.

—¿Todavía me sigues?

Borric sacudió la cabeza y sus ojos se enfocaron.

—Creo que sí —logró jadear.

—Bien. Porque, si tu padre sigue siendo heredero del trono, tú eres infante real. —Le dio una palmada en la parte de atrás de la cabeza para enfatizar lo que dijo a continuación—. Así que sigues siendo presunto heredero.

Borric se volvió para estudiar la cara de James. El joven príncipe seguía sin entender adonde quería ir a parar.

—¿Y?

—Y bien, mentecato, como es improbable que el bueno de nuestro rey, tu tío, tenga hijos varones en esta etapa de su vida, dada la edad de la reina, en caso de que Arutha le sobreviviera, él será el rey. —Alargó el brazo para ayudar a Borric a ponerse en pie y añadió—: Y si la diosa Fortuna así lo quiere... —dio una palmada juguetona a Borric a un lado de la cara— es casi seguro que tú sobrevivirás a tu padre, lo que significa que algún día serás rey.

—El cielo nos libre —terció Locklear.

Borric paseó la mirada por la habitación. Los dos sargentos se habían apartado al quedar olvidado aquel remedo de lección de boxeo.

—¿Rey?

—Sí, pedazo de alcorneque coronado —dijo Locklear—. Si todavía estamos vivos, tendremos que arrodillarnos ante ti y fingir que sabes lo que haces.

—Así que —prosiguió James— tu padre ha decidido que es hora de que dejes de comportarte como el niño mimado de un ganadero rico y empieces a actuar como el futuro rey de las Islas.

Erland se detuvo junto a su hermano y se apoyó ligeramente contra él.

—Entonces, ¿por qué no nos habéis dicho simplemente lo que está pasando? —Hizo una mueca al moverse del lado malo, forzando el costado herido.

James contestó:

—Convencí a vuestro padre de la necesidad de... abundar en la lección. —Observó a los dos príncipes—. Habéis sido educados y tutelados por los mejores instructores que podía emplear vuestro padre. Habláis... ¿cuántos? ¿Seis, siete idiomas? Sabéis sumar y calcular como ingenieros en un asedio. Podéis disertar sobre las enseñanzas de los antiguos. Tenéis habilidad para la música y la pintura, y conocéis el protocolo de la corte. Sois hábiles espadachines y... —miró a los dos boxeadores— alumnos aventajados en la lucha cuerpo a cuerpo. —Se apartó—. Pero en los diecinueve años transcurridos desde vuestro nacimiento no habéis mostrado ni un solo indicio de que seáis otra cosa que unos niños malcriados y engreídos. ¡No príncipes del reino! —Levantó la voz y su tono se volvió enojado—. Y cuando acabemos contigo, harás el papel de un príncipe de la Corona y no el de un niño mimado.

Borric estaba abatido.

—¿Un niño mimado?

El malestar de su hermano hizo sonreír a Erland.

—Bueno, entonces es eso, ¿no? Borric tendrá que enmendarse, y nuestro padre y tú seréis felices...

James volvió su sonrisa maliciosa hacia él.

—¡Igual que tú, querido mío! Porque, si este cretino cometiera la estupidez de hacerse rebanar el pescuezo por el marido iracundo de una dama de la corte de Kesh, serías tú quien algún día llevara la corona de conDoin en Rillanon. Y, aunque no sea así, seguirás siendo el heredero hasta que tu hermano sea padre, lo cual es improbable. Y aun así es muy posible que acabes siendo duque de alguna parte. —Bajando un poco la voz, agregó—: Así que los dos vais a empezar a aprender vuestro oficio.

Borric dijo:

—Sí, lo sé. Mañana a primera hora. Venga, vamos a descansar... —Borric bajó los ojos y descubrió que una mano sobre su pecho le impedía moverse.

—No tan deprisa —dijo James—. Vuestra lección no ha terminado.

—Vamos, tío Jimmy... —comenzó a decir Erland.

—Ya hemos captado el mensaje —dijo Borric, enfadado.

—Yo creo que no —respondió el barón—. Seguíis siendo un par de nenazas. — Volviéndose hacia los dos sargentos, dijo—: Continuad, por favor.

El barón James hizo una seña a Locklear para que lo acompañara y dejó a los dos jóvenes príncipes aprestándose para una paliza administrada con toda profesionalidad. Cuando los dos nobles abandonaban la sala, James se acercó al teniente William.

—Cuando hayan tenido suficiente, llévalos a sus aposentos. Déjales descansar y ocúpate de que coman; luego, asegúrate de que estén en pie y listos para ver a su alteza a media tarde.

William saludó y se volvió para ver a los príncipes caer de nuevo a la estera de lona. Meneó la cabeza. Aquello no iba a ser agradable de ver.



Acusación



El chico gritó.

Borric y Erland contemplaban desde la ventana de la alcoba de sus padres al maestro de esgrima Sheldon atacar con la espada al joven príncipe Nicholas. El chico gritó otra vez, excitado y ansioso, mientras paraba hábilmente el lance y contraatacaba. El maestro de esgrima retrocedió.

Borric se rascó la mejilla mientras decía:

—El chico sabe arreglárselas, desde luego. —El moratón inflamado del ejercicio de boxeo de la mañana se estaba oscureciendo.

Erland estuvo de acuerdo.

—Ha heredado de nuestro padre la habilidad con la espada. Y lo hace muy bien, a pesar de la pierna mala.

Ambos se volvieron cuando la puerta se abrió y entró su madre. Anita indicó a sus damas de compañía que esperaran en el rincón más apartado de la habitación, donde comenzaron a cuchichear sobre algún chisme que en ese instante juzgaban de lo más interesante. La princesa de Krondor se detuvo entre sus hijos y miró por la ventana. Entre tanto, Nicholas, exultante, se dejó engañar, se estiró hasta perder el equilibrio y se halló de pronto desarmado.

—¡No, Nicky! Deberías haberlo visto venir —gritó Erland, aunque el cristal de la ventana impedía que sus palabras llegaran a oídos de su hermano pequeño.

Anita se echó a reír.

—Le pone mucho empeño.

Borric se encogió de hombros mientras se alejaban de la ventana.

—Aun así, lo hace muy bien para ser tan pequeño. No mucho peor que nosotros cuando teníamos su edad.

Erland estuvo de acuerdo.

—El mono...

Su madre se volvió bruscamente hacia él y le propinó una fuerte bofetada. Al instante las mujeres del otro lado de la habitación dejaron de cuchichear y miraron pasmadas, con los ojos de par en par, a la princesa. Borric miró a su hermano, cuyo asombro era semejante al suyo. Ni una sola vez, en sus diecinueve años de vida, les había levantado la mano su madre. Erland estaba más perplejo por el hecho en sí que por el dolor de la bofetada. Los ojos verdes de Anita revelaban una mezcla de ira y mala conciencia.

—Nunca volváis a hablar así de vuestro hermano. —Su tono no dejaba lugar a la discusión—. Os habéis burlado de él y le habéis hecho más daño que todos los cuchicheos malintencionados de los nobles juntos. Es un buen chico y os quiere, y lo único que hacéis es ridiculizarlo y atormentarlo. Vuestro primer día en palacio y a los cinco minutos de hablar con vosotros estaba llorando otra vez. Arutha tenía razón. He dejado que salierais impunes de vuestras tropelías demasiado tiempo. —Se volvió como si se dispusiera a marcharse.

Borric, intentando rescatar a su hermano y a él mismo de aquel aprieto, dijo:

—Eh, madre, ¿nos habías mandado llamar? ¿Querías hablarnos de alguna otra cosa?

—Yo no os he mandado llamar —respondió Anita.

—Yo sí.

Los jóvenes se volvieron y vieron a su padre tranquilamente parado en la puerta que se abría entre su despacho y la habitación de la familia, como Anita llamaba a aquella parte de los aposentos reales. Los hermanos se miraron y comprendieron que su padre llevaba observándoles tiempo suficiente como para haber presenciado la conversación con su madre.

Tras un largo silencio, Arutha dijo:

—Si nos disculpas, quisiera hablar en privado con mis hijos.

Anita asintió con la cabeza e indicó a sus damas que la acompañaran. La habitación se vació rápidamente y Arutha quedó a solas con sus hijos. Cuando la puerta se hubo cerrado, dijo:

—¿Estáis bien?

Erland tensó los músculos y dijo:

—Pues sí, bastante bien, padre, teniendo en cuenta la instrucción que recibimos esta mañana. —Indicó con un gesto que su lado malo no había empeorado.

Arutha frunció el ceño y meneó la cabeza ligeramente.

—Le pedí a Jimmy que no me dijera lo que tenía pensado. —Esbozó una sonrisa ladeada—. Solo le pedí que os hiciera comprender que el no hacer lo que se os pide tiene serias consecuencias.

Erland asintió con una inclinación de cabeza.

—Bueno, no es del todo inesperado —dijo Borric—. Nos pediste que volviéramos directamente a casa y paramos a jugar un poco antes de llegar a palacio.

—A jugar... —dijo Arutha mientras escudriñaba la cara de su hijo mayor—. Me temo que en el futuro habrá poco tiempo para juegos.

Indicó a los jóvenes que se acercaran y obedecieron. Volvió luego a entrar en su despacho, y Erland y Borric lo siguieron mientras el príncipe pasaba junto a su espacioso escritorio. Tras él había un entrante practicado en la pared, oculto por un ingenioso panel de piedra que retiró. Sacó un pergamino con el escudo de la familia real y se lo entregó a Borric.

—Lee el tercer párrafo.

Borric leyó y sus ojos se agrandaron.

—Es una triste noticia, desde luego.

—¿Qué es? —dijo Erland.

—Un mensaje de Lyam —respondió Arutha.

Borric entregó el pergamino a su hermano.

—Los cirujanos reales y los sacerdotes están seguros de que la reina no tendrá más hijos. No habrá heredero real en Rillanon.

Arutha se acercó a una puerta que había al fondo de la estancia y dijo:

—Venid conmigo.

Abrió la puerta y subió por un tramo de escaleras. Sus hijos lo siguieron con rapidez y pronto estuvieron los tres en lo alto de una vieja torre, cerca del centro del palacio real, contemplando la ciudad de Krondor. Arutha habló sin mirar si sus hijos lo habían seguido.

—Cuando tenía vuestra edad, solía subirme a los parapetos de la barbacana del castillo de mi padre. Miraba el pueblo de Crydee y el puerto, más allá. Un sitio tan pequeño, y tan grande en mi recuerdo.

Miró a Borric y a Erland.

—Vuestro abuelo hacía lo mismo de niño, o eso me dijo una vez Fannon, nuestro antiguo maestro de esgrima. —Arutha pasó un momento perdido en sus recuerdos—. Yo tenía más o menos vuestra edad cuando el mando de la guarnición recayó sobre mí, niños. —Sus hijos habían oído contar historias acerca de la Fractura y del papel que había desempeñado su padre en ella, pero aquella historia no era de la misma clase que las viejas anécdotas que habían oído intercambiar a su padre y a su tío Laurie, o al almirante Trask a la hora de la cena.

Arutha se volvió y, sentándose en uno de los merlones, dijo:

—Yo nunca quise ser príncipe de Krondor, Borric. —Erland se acercó para sentarse en el merlón contiguo, pues sentía que las palabras de Arutha iban dirigidas más a su hermano mayor que a él. Ambos habían oído decir bastante a menudo que su padre no tenía deseo alguno de gobernar—. De niño —prosiguió Arutha—, mi mayor deseo era servir como soldado, quizá con los señores de la frontera. No fue hasta que conocí al viejo barón Highcastle que me di cuenta de que los sueños de la infancia nos acompañan a menudo en la edad adulta. Es difícil librarse de ellos y, sin embargo, para ver las cosas tal y como son, debemos perder nuestros ojos de niños.

Contempló el horizonte. Su padre siempre había sido un hombre directo, proclive a hablar sin rodeos y al que nunca le faltaban las palabras para expresarse. Pero era evidente que estaba teniendo dificultades para decir lo que le rondaba por la cabeza.

—Borric, cuando eras más joven, ¿cómo creías que sería tu vida ahora?

Borric miró a Erland y volvió luego a fijar los ojos en su padre. Una ligera brisa se levantó y su espesa mata de cabello rojizo, mal cortada, se agitó alrededor de su cara.

—Nunca lo pensé mucho, padre.

Arutha suspiró.

—Creo que he cometido un terrible error en la forma en que habéis sido educados. Cuando erais muy pequeños, erais muy traviosos y una vez me hicisteis enfadar. Fue una tontería, un tintero derramado, pero estropeasteis un pergamino muy largo y se perdió una jornada entera de trabajo de un escriba. Te di un azote en el culo, Borric. —El hermano mayor sonrió al imaginárselo. Arutha no le devolvió la sonrisa—. Ese día, Anita me hizo prometer que nunca volvería a tocaros estando enfadado. Al hacerlo, creo que os he consentido demasiado y que os he preparado mal para las vidas que vais a llevar.

Erland no pudo evitar sentirse avergonzado. Les habían reprendido a menudo a lo largo de los años, pero rara vez habían sido castigados y, antes de esa mañana, nunca físicamente.

Arutha asintió con la cabeza.

—Vosotros y yo tenemos poco en común en cómo fuimos educados. Vuestro tío el rey probó la correa de nuestro padre en más una ocasión cuando lo pillaban. Yo solo recibí una paliza de niño. Y aprendí enseguida que, cuando mi padre daba una orden, esperaba que fuera obedecida sin rechistar. —Suspiró, y en aquel sonido los jóvenes sintieron por primera vez en sus vidas que su padre estaba inseguro—. Todos creíamos que el príncipe Randolph sería rey algún día. Cuando se ahogó, pensamos que Lyam tendría otro hijo varón. Incluso cuando empezaron a nacerle hijas y las perspectivas de que hubiera un heredero real en Rillanon fueron disminuyendo con los años, nunca se nos ocurrió que algún día tú... —puso el dedo sobre el pecho de Borric—... gobernarías la nación.

Miró a su otro hijo y, en un gesto poco propio de él, puso la mano sobre la de Erland.

—No soy muy dado a hablar de sentimientos poderosos, pero sois mis hijos y os quiero a ambos, aunque pongáis a prueba mi paciencia hasta el hartazgo.

Sus hijos se sintieron de pronto incómodos ante aquella revelación atípica. Querían a su padre, pero, lo mismo que él, cualquier intento de expresar tales sentimientos abiertamente les hacía sentirse molestos.

—Lo entendemos —fue cuanto Borric logró decir.

Arutha lo miró directamente a los ojos y dijo:

—¿De veras? ¿De veras lo entendéis? Entonces, tened presente que desde este día

en adelante ya no sois solamente mis hijos, Borric. Ahora sois ambos hijos del reino. Los dos sois príncipes de sangre real. Tú serás rey algún día, Borric. Hazte a la idea, porque así es, y nada a este lado de la muerte cambiará eso. Y, de hoy en adelante, el amor de un padre no te protegerá de la dureza de la vida. Ser rey es mantener la vida de los hombres pendiente de un hilo. Un gesto insensato pondrá fin a esas vidas con la misma certeza que si hubieras decidido cortar los hilos.

Dirigiéndose a Erland dijo:

—Los gemelos plantean una seria amenaza para la paz en nuestro Reino, porque, de renacer viejas rivalidades, algunos asegurarán que el orden de nacimiento fue alterado, y otros tomarán vuestra causa como bandera sin vuestro consentimiento, como excusa para hacer la guerra a viejos enemigos.

»Los dos conocéis la historia del rey Borric I y de cómo se vio obligado a asesinar a su propio hermano, Jon el Pretendiente. Y también habéis oído contar a menudo como comparecí con el rey y con nuestro hermano Martin en el salón de nuestros antepasados, ante el Congreso de los Señores, y como cada uno de ellos reclamaba justamente la corona. Gracias al noble sacrificio de Martin, Lyam lleva su corona y no hubo derramamiento de sangre. —Separó apenas media pulgada el dedo pulgar y el índice—. Sin embargo ese día estuvimos a esto de la guerra civil.

—Padre —dijo Borric—, ¿por qué nos cuentas eso?

Arutha se levantó, suspiró y puso su mano sobre el hombro de su hijo mayor.

—Porque vuestra niñez se ha acabado, Borric. Porque he decidido que, de sobrevivir a mi hermano, renunciaré a mis derechos a la corona en favor tuyo. —Borric hizo amago de protestar, pero Arutha lo atajó—. Lyam es un hombre fuerte. Puede que yo sea viejo cuando muera, si no muero antes que él. Es mejor que no haya un reinado breve entre el de Lyam y el tuyo. Tú serás el próximo rey de las Islas.

Mirando a Erland añadió:

—Y tú siempre estarás a la sombra de tu hermano. Estarás eternamente a un paso del trono, y sin embargo nunca se te permitirá sentarte en él. Te buscarán siempre para pedirte favores y nombramientos, pero nunca por ti mismo; siempre te verán como un puente hacia tu hermano. ¿Puedes aceptar semejante destino?

Erland se encogió de hombros.

—No me parece un mal destino, padre. Tendré estados y títulos, y bastantes responsabilidades, estoy seguro.

—Tendrás, además, que apoyar a Borric en todas las cosas, incluso cuando estés en desacuerdo con él en privado. Nunca tendrás en público una opinión que puedas llamar propia. Así ha de ser. No me cansaré de insistir en ello. Ni una sola vez en el futuro podrás oponerte públicamente a la voluntad del rey. —Apartándose un poco, Arutha se volvió y los miró a ambos—. Vosotros solo habéis conocido la paz en nuestro reino. Las escaramuzas en la frontera son cosa sin importancia.

—¡No para quienes hemos luchado contra esos bandidos! Han muerto hombres, padre.

Arutha contestó:

—Ahora hablo de naciones y de dinastías, y del destino de generaciones enteras. Sí, han muerto hombres para que esta nación y su pueblo puedan vivir en paz. Pero hubo un tiempo en que la guerra nos acompañaba siempre, cuando todos los meses había escaramuzas fronterizas con Kesh la Grande y las galeras queganas se apoderaban de nuestros barcos a su antojo. Y los invasores del mundo tsurani dominaron parte de las tierras de vuestro abuelo... ¡durante nueve años!

»Se os pedirá que renunciéis a muchas cosas, hijos míos. Se os pedirá que os caséis con mujeres que probablemente os sean desconocidas. Se os pedirá que sacrifiquéis muchos de los privilegios de los que disfrutaban los hombres de menor rango: poder entrar en una taberna y beber con desconocidos, hacer el equipaje y viajar a otra ciudad, casaros por amor y ver crecer a vuestros hijos sin miedo a que sean utilizados para los designios de otros. —Contempló la ciudad y agregó—: De sentaros al final del día con vuestra esposa y hablar de las pequeñas cosas de la vida, de vivir tranquilamente.

Borric dijo:

—Creo que lo entiendo. —Su voz sonaba sofocada.

Erland se limitó a asentir.

Arutha dijo:

—Bien, porque dentro de una semana partiréis hacia Kesh la Grande, y porque desde este instante sois el futuro del reino. —Se acercó a las escaleras que bajaban al palacio y se detuvo ante ellas—. Ojalá pudiera evitarlo, pero no puedo. —Después se marchó.

Los dos muchachos permanecieron un rato sentados en silencio; luego se volvieron a un tiempo para contemplar el puerto. El sol del atardecer caía a plomo, pero la brisa del mar Amargo refrescaba el aire. Allá abajo, en el puerto, las barcas se movían, y las bateas y lanchones transportaban cargamentos y pasajeros de un lado a otro entre los muelles y los grandes barcos veleros anclados en la bahía. A lo lejos, blancos puntos señalaban navios que se acercaban, mercantes de la Costa Lejana, del reino de Queg, de Las Ciudades Libres de Yabon, o del imperio de Kesh la Grande.

El semblante de Borric se relajó por fin, al tiempo que una sonrisa se extendía por él.

—¡Kesh!

Erland se echó a reír.

—¡Sí, al corazón de Kesh la Grande!

Ambos rieron ante la idea de conocer nuevas ciudades y gentes, y de viajar a un país considerado exótico y misterioso. Y las palabras de su padre se disiparon en el viento que soplaba hacia el este.



Algunas instituciones duran siglos, mientras que otras pasan en un suspiro. Algunas llegan calladamente, otras con alboroto. Antiguamente, se consideraba una práctica general dar libre la tarde del sexto día de la semana a los aprendices y otros sirvientes. Ahora, esa costumbre incluía el cierre general de los comercios el sexto día, a mediodía, mientras que el séptimo día se dedicaba, por lo común, a las devociones y la meditación.

Durante los últimos veinte años, sin embargo, había surgido otra «tradición». Desde el primer sexto día tras el equinoccio de invierno, los chicos y jóvenes, los aprendices y los sirvientes, los plebeyos y los nobles, comenzaban a prepararse. Pues, al llegar la fiesta del Primer Deshielo, celebrada con optimismo seis semanas después del equinoccio, a menudo a pesar del tiempo inclemente, comenzaba la temporada futbolística.

El juego, antiguamente llamado «balón tonel», se practicaba desde que los niños daban patadas a pelotas hechas de trapos y las metían en un tonel. Veinte años atrás, el joven príncipe Arutha había ordenado a su maestro de ceremonias que ideara un reglamento para el juego, principalmente para proteger a sus jóvenes escuderos y aprendices, pues en aquel tiempo el juego era rudo en extremo. Ahora se hallaba ya institucionalizado en la mentalidad del pueblo; con la llegada de la primavera, volvía el fútbol.

A todos los niveles, desde los niños que jugaban en campos abiertos hasta la Liga de la Ciudad, con equipos auspiciados por gremios, asociaciones comerciales o ricos nobles ansiosos por erigirse en patronos, podía verse a los jugadores corriendo de un lado a otro, intentando meter a puntapiés una pelota en una red.

El gentío gritó entusiasmado cuando el delantero más rápido de los Azules se alejó del pelotón con la pelota y corrió velozmente hacia la portería expedita. El portero de los Rojos se encorvó, listo para saltar entre el balón y la red. Con una ingeniosa finta, el jugador azul desequilibró al rojo y chutó luego por su lateral. El portero se quedó con las manos en las caderas, dando muestras de estar enfadado consigo mismo mientras los jugadores azules abrazaban apelotonados al goleador.

—Ay, esa debió verla venir —comentó Locklear—. Estaba clarísima. La vi yo desde aquí arriba.

James se echó a reír.

—Entonces, ¿por qué no bajas y juegas por él?

Borric y Erland corearon la risa de James.

—Eso, tío Locky. Hemos oído contar cientos de veces como tú y el tío Jimmy inventasteis este juego.

Locklear meneó la cabeza.

—No se parecía nada a esto. —Paseó la mirada por las gradas del campo,

levantadas por un mercader emprendedor años antes y que habían sido expandidas y agrandadas hasta el punto de que ahora podían reunirse hasta cuatro mil espectadores para ver un partido—. Antes teníamos un tonel a cada lado y no se podía parar uno delante de la boca. Esto de la red y los porteros y todas esas normas que inventó vuestro padre...

Borric y Erland concluyeron por él al unísono.

—Ya no es deporte.

—Es la verdad... —dijo Locklear.

—¡Ya no hay sangre! —exclamó Erland.

—¡Ni brazos rotos! ¡Ni ojos morados! —rió Borric.

—Bueno, eso ha mejorado —dijo James—. Hubo una vez...

Ambos hermanos hicieron una mueca, pues sabían que estaban a punto de oír la historia de aquella ocasión en que Locklear recibió un golpe por la espalda con una barra de hierro que un aprendiz muy joven había escondido bajo su camisa. Aquello conduciría después a un debate entre los dos barones acerca del valor general de las normas y de cuáles de ellas mejoraban el juego y cuáles eran solo un estorbo.

Pero al ver que James no decía nada, Borric se dio la vuelta. El barón tenía los ojos fijos no en el partido que se desarrollaba más abajo, que estaba tocando a su fin, sino en un hombre situado cerca del extremo de la fila de más abajo, una fila detrás de los príncipes. Su rango, y un soborno a tiempo, habían permitido a los hijos del príncipe de Krondor disponer de dos de los mejores sitios para el partido, en la línea de medio campo, en mitad de las gradas.

—¿Hace frío, Locky? —preguntó James.

Limpiándose el sudor de la frente, Locklear contestó:

—Estás de broma, ¿no? Hace un mes de solsticio de verano, y me estoy asando.

James señaló con el dedo hacia el final de la fila y dijo:

—Entonces, ¿por qué nuestro amigo de allí lleva una túnica tan gruesa?

Locklear miró más allá de su compañero y se fijó en el hombre sentado en el extremo de la bancada, arrebujado en una abultada túnica.

—¿Un sacerdote, quizá?

—No sé de ninguna orden cuyos miembros se interesen por el fútbol. —James apartó la mirada cuando el hombre se volvió hacia él—. Obsérvalo por encima de mi hombro, pero no como si estuvieras escuchando todo lo que digo. ¿Qué hace?

—Ahora mismo, nada. —Sonó entonces un toque de silbato que señalaba el final del partido. Los Azules, un equipo patrocinado por el gremio de molineros y la venerable cofradía de ferreteros, había derrotado a los Rojos, equipo auspiciado por un grupo de nobles. Como tal patrocinio era bien conocido de todo el público, el resultado del partido obtuvo la aprobación general.

Mientras la multitud comenzaba a dispersarse, el hombre de la túnica se levantó. Los ojos de Locklear se dilataron cuando dijo:

—Se está sacando algo de la manga.

James se volvió a tiempo de ver como el hombre se llevaba un tubo a los labios y apuntaba con él a los príncipes. Sin vacilar un instante, se echó hacia delante y empujó a los príncipes hacia la fila de más abajo. Un hombre situado más allá del lugar que había ocupado Erland dejó escapar un sonido estrangulado y se llevó la mano al cuello. Pero no llegó a concluir aquel gesto, pues cuando sus dedos se acercaban al dardo que sobresalía de su garganta, cayó al suelo.

Locklear reaccionó solo un segundo después que James. Mientras James y los gemelos caían hacia abajo, acompañados por los gritos de enfado de los espectadores a los que golpearon, Locklear sacó su espada y se abalanzó hacia el encapuchado de la túnica.

—¡Guardias! —gritó, pues había una guardia de honor apostada justo debajo de las gradas.

El estruendo de las botas sobre las escaleras de madera respondió a su llamada casi al instante, cuando los soldados del príncipe corrieron a cortar el paso a la figura que huía. Sin preocuparse de las magulladuras que causarían, los guardias apartaban brutalmente de su camino a los espectadores inocentes. Con la callada comprensión que poseen las multitudes, de pronto todo el mundo comprendió que algo preocupante sucedía en las gradas. Mientras los que se hallaban cerca se apresuraban a quitarse de en medio, los que se hallaban en otras partes del campo se volvieron a observar la causa de tanto alboroto.

Al ver a unos metros de distancia a los guardias, de los que lo separaban apenas unos cuantos ciudadanos atribulados, el hombre de la túnica puso una mano sobre la barandilla de las escaleras y saltó de lado, cayendo por un desnivel de unos dos metros, hasta la tierra de más abajo. Locklear oyó un golpe seco y una exclamación de dolor al llegar junto a la barandilla.

Tendidos en el suelo, dos plebeyos observaban con pasmo la figura inmóvil que yacía junto a ellos. Uno de los hombres se incorporó sin levantarse, mientras el otro se arrastraba. Locklear saltó la barandilla y aterrizó de pie, apuntando con la espada al hombre de la túnica. Este se removió en el suelo y saltó luego hacia el joven barón.

Cogido casi por sorpresa, Locklear dejó que invadiera su guardia. El de la túnica le rodeó la cintura con los brazos y lo empujó hacia las columnas que sostenían las gradas de los espectadores.

Locklear soltó bruscamente el aire contenido en sus pulmones al chocar contra las gruesas vigas de madera, pero logró golpear al hombre con la empuñadura de la espada detrás del oído. El hombre se apartó tambaleándose con la intención evidente de emprender la huida, en lugar de luchar, pero los gritos anunciaban que los guardias se acercaban. Volviéndose, lanzó un golpe a Locklear, que luchaba por recobrar el aliento, y le acertó en el oído.

El dolor y la confusión se apoderaron de Locklear mientras el asaltante se perdía a toda velocidad entre las sombras de debajo de las gradas. El barón sacudió la cabeza para despejarse, se volvió luego y echó a correr tras él.

En medio de la súbita oscuridad de debajo de las gradas, el hombre podía haberse escondido en cualquier parte.

—¡Por aquí! —contestó Locklear en respuesta a un grito, y unos segundos después media docena de guardias se hallaban tras él—. Dispersaos y mantened los ojos bien abiertos.

Los hombres hicieron lo que se les ordenaba y avanzaron lentamente bajo las gradas. Los que se hallaban más cerca de la entrada tuvieron que agacharse, pues los peldaños más bajos de las gradas estaban apenas a un metro del suelo. Uno de los soldados avanzó hendiendo con la espada la penumbra por si el fugitivo se había arrastrado bajo los peldaños de abajo. Por encima de ellos, el ruido de la gente que abandonaba las gradas llenaba la penumbra con el estruendo y el repiqueteo de las sandalias y las botas por la madera, pero, pasados unos minutos, el ruido disminuyó.

Luego un ruido de lucha les llegó de algún lugar delante de ellos. Locklear y sus hombres corrieron hacia allí. En la oscuridad, dos figuras sujetaban a una tercera. Sin ver quién era quién, Locklear golpeó con el hombro el cuerpo más cercano, derribando a todos. Algunos guardias se amontonaron sobre la refriega, hasta que al fin la lucha que se desarrollaba al fondo de aquel amasijo de cuerpos cesó por efecto del peso. Los guardias se apresuraron a apartarse y a levantar a los combatientes. Locklear sonrió al ver que uno de ellos era James y el otro Borric. Al bajar la mirada, vio la figura inmóvil del hombre de la túnica.

—Sacadlo a la luz —ordenó a los guardias. Dirigiéndose a James añadió—: ¿Está muerto?

—No, a no ser que le hayas partido el cuello al saltar encima de él de esa manera. Has estado a punto de partírmelo a mí.

—¿Dónde está Erland? —preguntó Locklear.

—Aquí —respondió una voz en la penumbra—. Estaba cubriendo el otro lado por si acaso se zafaba de estos dos. —Señaló a Borric y James.

—Querrás decir que estabas protegiendo tu precioso flanco —replicó Borric con una sonrisa.

Erland se encogió de hombros.

—Tal vez.

Siguieron todos a los guardias, que llevaban en vilo el cuerpo inmóvil del asaltante y, cuando volvieron a salir a la luz del sol de la tarde, descubrieron que los demás guardias habían levantado un cordón de seguridad.

Locklear se inclinó.

—Veamos qué tenemos aquí. —Apartó la capucha y un rostro miró inexpresivamente el cielo—. Está muerto.

James se puso al instante de rodillas y abrió a la fuerza la boca del hombre. Olfateó y dijo:

—Se ha envenenado.

—¿Quién es? —preguntó Borric.

—¿Y por qué intentaba matarte, tío Jimmy? —dijo Erland.

—No intentaba matarme a mí, idiota —replicó James. Señaló a Borric—. Intentaba matar a tu hermano.

Un guardia se acercó.

—Mi señor, el hombre al que ha dado el dardo está muerto. Murió segundos después de resultar herido.

Borric compuso una sonrisa nerviosa.

—¿Y por qué querría nadie matarme a mí?

Erland se sumó a su tenso intento de bromear.

—¿Será un marido celoso?

James dijo:

—No era a ti, Borric conDoin. —Paseó la mirada por la multitud, como si buscara otros asesinos—. Alguien intentaba matar al futuro rey de las Islas.

Locklear abrió el manto del hombre, dejando al descubierto una túnica negra.

—James, mira esto.

El barón James miró al muerto. Su tez era oscura, más oscura incluso que la de Gardan, lo cual indicaba su ascendencia keshiana. Pero en aquella parte del reino abundaban los descendientes de keshianos. Había personas de piel marrón y negra en todos los estratos de la sociedad krondoriana. Aquel hombre, no obstante, llevaba una vestimenta extraña, una túnica de lujosa seda negra y suaves babuchas que los jóvenes príncipes no habían visto nunca antes.

James inspeccionó las manos del muerto y se fijó en un anillo engarzado con una gema oscura; buscó luego un collar y no lo encontró.

—¿Qué estás haciendo?

—Es una vieja costumbre —fue cuanto contestó Jimmy—. No es un Halcón Nocturno —observó, refiriéndose al legendario gremio de asesinos—. Pero puede que esto sea peor.

—¿Qué dices? —preguntó Locklear, que recordaba muy bien que, veinte años atrás, los Halcones Nocturnos habían intentado asesinar a Arutha.

—Es keshiano.

Locklear se agachó e inspeccionó el anillo. Luego se levantó con el rostro ceniciento.

—Es peor aún. Es un miembro de la Casa Real de Kesh.

* * *

La sala estaba en silencio. Los que se sentaban en el corro de sillas se movían levemente, y el malestar por el atentado contra Borric se manifestaba en el crujido del cuero y la madera, en el susurro de los ropajes y el tintineo de las joyas.

El duque Gardan se frotó el puente de la nariz.

—Es absurdo. ¿Qué ganaría Kesh matando a un miembro de vuestra familia?
¿Desea la guerra la emperatriz?

Erland tomó la palabra.

—La emperatriz se ha esforzado como nadie por preservar la paz, o al menos eso indican todos los informes. ¿Por qué querría ver muerto a Borric? ¿Quién...?

Borric interrumpió a su hermano.

—Quienquiera que sea quiere la guerra entre el reino y el imperio.

Locklear asintió con la cabeza.

—Es una mentira tan burda... Un intento tan transparente que no resulta creíble.

—Sin embargo... —reflexionó Arutha en voz alta—, ¿y si ese asesino fue elegido para fallar? Un incauto. ¿Y si se supone que debo retirar mi oferta y dejar a mis hijos en casa, conmigo?

Gardan asintió con la cabeza.

—Ultrajando de ese modo a la Casa Real de Kesh.

James, que estaba inclinado contra la pared detrás de Arutha, dijo:

—Ya la hemos hecho buena mandando al otro barrio a un miembro de la casa de la emperatriz. Era un primo muy lejano, cierto, pero primo al fin y al cabo.

Gardan volvió a frotarse el puente de la nariz en un gesto de fastidio, más que de fatiga.

—¿Y qué se supone que debo decirle al embajador keshiano? «Hemos encontrado a este muchacho, que parece pertenecer a vuestra Casa Real. Ignorábamos que estuviera en Krondor. Y lamentamos decirlo que está muerto. Ah, por cierto, intentó asesinar al príncipe Borric.»

Arutha se recostó en su silla y, colocando los dedos en forma de tienda delante de la cara, comenzó a flexionarlos en un gesto que, con los años, todos los presentes en la sala habían llegado a reconocer. Miró al fin a James.

—Podríamos librarnos del cadáver —dijo el joven barón.

Gardan dijo:

—¿Cómo dices?

James se estiró.

—Llevar el cuerpo a la bahía y arrojarlo al agua.

Erland sonrió.

—Un tratamiento algo burdo para un miembro de la Casa Real de Kesh, ¿no te parece?

—¿Por qué? —dijo Arutha.

James fue a sentarse en el borde del escritorio de Arutha, pues, desde hacía tiempo, el príncipe celebraba reuniones muy informales con sus más íntimos consejeros y su familia.

—No está invitado oficialmente en la ciudad. Se supone que no sabemos que está aquí. Se supone que nadie lo sabe. Los únicos keshianos que saben que está aquí son

los que conocen el propósito de su visita. Y dudo que se interesen por su bienestar. Ahora es un hombre olvidado, a no ser que nosotros llamemos la atención respecto a su paradero.

Borric añadió con sorna:

—Y su estado de salud.

—Podemos alegar que intentó matar a Borric —reconoció James—, pero lo único que tenemos es el cadáver de un keshiano, una cerbatana y unos dardos envenenados.

—Y un mercader muerto —añadió Gardan.

—Los mercaderes muertos son bastante frecuentes un día cualquiera en la Región Occidental, mi señor duque —observó James—. Propongo que lo despojemos de su anillo y lo arrojemos a la bahía. Que los keshianos que lo mandaron se queden con la duda un tiempo.

Arutha no dijo nada durante un rato; después, asintió con un gesto. James indicó con una inclinación de cabeza que Locklear empleara a la Guardia Real para ocuparse de aquella tarea, y el otro joven barón salió de la sala. Tras conferenciar un momento con el teniente William, que se hallaba fuera, Locklear regresó a su asiento.

Arutha suspiró. Mirando a James dijo:

—Kesh. ¿Qué más?

James se encogió de hombros.

—Insinuaciones, rumores. Su nuevo embajador es... raro. Es lo que ellos llaman un keshiano de sangre, pero no pertenece a la Casa Real. El asesino habría sido una elección más lógica. El puesto de embajador es de nombramiento puramente político. Se rumorea que tal vez tenga más influencia en la corte de Kesh que muchos de sangre real. No conozco ningún motivo evidente por el que sea merecedor de tal honor..., como no sea una especie de compromiso, para apaciguar a alguna facción cortesana.

Arutha asintió con la cabeza.

—Aunque nada de esto tiene sentido en apariencia, debemos jugar conforme a las normas de tales juegos. —Guardó silencio un rato y nadie habló mientras el príncipe reflexionaba—. Avisad a nuestra gente en Kesh. Quiero que nuestros agentes se pongan manos a la obra antes de que lleguen mis hijos. Si alguien intenta arrastrarnos a una guerra con Kesh, atacar a los sobrinos del rey sería un paso lógico. Tú acompañarás a los príncipes a Kesh. No hay nadie en quien confíe más para vadear aguas tan turbias.

—¿Alteza? —dijo el barón Locklear.

Arutha miró al otro joven barón y dijo:

—Tú acompañarás al barón James como maestro de ceremonias, jefe de protocolo y todas esas idioteces. La corte imperial está dominada por mujeres. Por fin le encontraremos un uso a tu famoso encanto. Informa al capitán Valdis de que él actuará en tu lugar como caballero-mariscal. Y dile al primo William que se ocupe de la guardia de palacio en calidad de capitán. —Arutha tamborileó con los dedos sobre

la mesa—. Quiero —dijo a James— que en este viaje te deshagas de todo oficio y protocolo. Tu único título será el de tutor. Debes ser libre de ir y venir a tu antojo.

James había llegado a entender el estado de ánimo de Arutha mejor que cualquiera que no perteneciera a la familia. Una mente tan compleja y profunda como la del príncipe era como la de un maestro de ajedrez;

Arutha estaba planeando por anticipado tantos movimientos como era posible y todos los resultados concebibles de cada uno de ellos.

James indicó a los muchachos y a Locklear que salieran con él y cuando estuvieron los cuatro en el pasillo dijo:

—Nos vamos mañana temprano.

Borric dijo:

—Pero nuestra partida no está prevista hasta dentro de tres días.

—Oficialmente —dijo James—. Si vuestro amigo keshiano tiene compatriotas por aquí, prefiero que no conozcan nuestros planes. —Miró a Locklear—. Un pequeño destacamento montado, veinte guardias vestidos como mercenarios. Caballos rápidos, y manda aviso a Shamata de que vamos a necesitar monturas de refresco y víveres para doscientos escoltas.

Locklear dijo:

—Llegaremos a Shamata al mismo tiempo que el mensajero y doscientos...

James lo atajó.

—No vamos a ir a Shamata. Queremos que crean que viajaremos a Shamata con gran pompa. Iremos a Stardock.



Stardock



El viento se arremolinaba en torbellinos.

Veinticuatro jinetes avanzaban a paso regular por las márgenes del lago de la Gran Estrella. Una semana y media de arduo viaje a caballo los había conducido hacia el sur, desde Krondor hasta Landreth, en la costa de septentrión del mar de los Sueños. Luego, desde el lugar donde desembocaba en el mar, el río Estrella los condujo más al sur, con los picos aserrados de la cordillera Gris siempre a la vista mientras se adentraban en la frondosidad del valle de los Sueños. Años de guerras fronterizas entre el reino y el imperio habían visto cambiar de manos muchas veces a esta rica tierra de labranza. Los que vivían en esta parte del mundo hablaban las lenguas del reino Meridional y del imperio del Norte con idéntica fluidez. Y la aparición de catorce mercenarios armados no llamaba la atención. Muchas bandas de hombres armados cabalgaban por el valle.

A mitad del cauce del río, junto a una pequeña cascada, vadearon la corriente camino de la orilla sur. Al alcanzar el Gran Lago, la cabecera del río Estrella, se desviaron para seguir la ribera hacia el sur, buscando el punto más cercano a Stardock, la isla que dominaba el centro del lago. Allí encontrarían la barcaza que hacía el viaje entre la orilla y la isla.

A lo largo de las riberas del lago pasaron junto a aldeas de pescadores y labriegos, formadas a menudo por poco más que una familia extensa, pequeños grupos de chozas y casitas de campo, pero todas ellas de aspecto próspero y pulcro. La comunidad de magos de Stardock había crecido con los años, y otras poblaciones habían surgido en sus alrededores para satisfacer la demanda de alimentos de los moradores de la isla.

Borric espoleó a su caballo cuando, al rodear un pequeño promontorio, pudieron ver claramente por vez primera el gran edificio levantado sobre la isla. Casi refulgía a

la luz anaranjada del atardecer, en tanto que la noche cercana teñía tras ellos de violeta y gris el cielo lejano.

—¡Dioses y demonios, tío Jimmy! ¡Mira el tamaño de ese palacio!

James asintió con la cabeza.

—Había oído decir que estaban construyendo un gran centro de aprendizaje, pero los rumores no le hacían justicia.

Locklear dijo:

—El duque Gardan visitó la ciudad hace muchos años. Me dijo que habían echado enormes cimientos para el edificio. Pero esto es lo más grande que he visto nunca.

James contempló la luz declinante.

—Si nos damos prisa —dijo—, llegaremos a la isla en menos de dos horas. Preferiría cenar caliente y dormir en una cama limpia que pasar otra noche al raso. — Aguijó los flancos de su caballo y siguió adelante.

Bajo un dosel de estrellas brillantes, una de las raras noches en que no había salido aún ninguna de las tres lunas, atravesaron un pequeño barranco entre lomas y entraron en un pueblo de aspecto próspero. Antorchas y lámparas ardían a la entrada de cada tienda (una extravagancia en todas las poblaciones y ciudades, salvo en las más ricas), y los niños corrieron tras ellos, gritando y riendo en medio de la algarabía general. Pordioseros y prostitutas pedían favores o se ofrecían, respectivamente, y las destartaladas tabernas permanecían abiertas para procurar al viajero cansado bebida fresca, comida caliente y cálida compañía.

Locklear gritó alzando la voz por encima del alboroto:

—Es bastante próspera la pequeña metrópolis que está creciendo aquí.

James paseó la mirada por la mugre y la decrepitud.

—Sí. Las bendiciones de la civilización —comentó.

—Quizá deberíamos investigar una de esas tabernitas... —dijo Borric.

—No —contestó James—. Seguro que en la Academia te ofrecen un refrigerio.

Erland sonrió con desgana.

—Un vino dulce y algo flojillo, sin duda alguna. ¿Qué, si no, puede esperarse de un hatajo de doctos carcamales que se pasan la vida rebuscando entre mohosos montones de manuscritos?

James meneó la cabeza. Habían llegado a lo que parecía ser el cruce de las dos calles principales del pueblo y torcieron hacia el lago. Como James esperaba, cerca de la ribera se había construido un gran muelle y varias barcazas de diverso tamaño esperaban para trasladar personas y mercancías a la isla. A pesar de que era ya tarde, los trabajadores amontonaban aún sacos de grano para no tener que acarrearlos a la mañana siguiente.

James tiró de las riendas y llamó al barquero más cercano.

—Buenas noches. Buscamos pasaje para la isla de Stardock.

El hombre miró por encima del hombro, dejando al descubierto una cara

dominada por una nariz semejante al pico de un halcón y un flequillo mal cortado que casi le ocultaba los ojos, y dijo:

—Puedo cruzarles en un momento, señor. Cinco monedas de cobre por barba, señor, pero tendrán que dejar los caballos aquí.

Jimmy sonrió.

—¿Y si te doy diez piezas de oro por todos, incluidas las monturas?

El hombre regresó a su trabajo.

—Aquí no se regatea, señor.

Borric hizo resonar un poco su espada al decir medio en broma:

—¿Cómo? ¿Nos vuelves la espalda?

El hombre se volvió de nuevo para mirarlos. Tocándose la frente dijo con cierto aire sarcástico:

—Disculpe, joven señor, pero no pretendía ofenderte.

Borric se disponía a responder cuando James le tocó el brazo con la mano enguantada y le señaló algo. En la penumbra, más allá de la luz de una antorcha mortecina, un joven sentado junto al muelle y vestido con un tosco manto observaba tranquilamente la conversación.

—¿Qué? —dijo Borric.

—El alguacil del pueblo, supongo.

—¿Ese? —dijo Borric—. Parece más bien un mendigo o un monje que un hombre de armas.

El barquero asintió con la cabeza.

—Tiene razón el señor. Es nuestro pacificador. —Sonrió a James—. Al señor no hay quien se la dé. Sí, ya lo creo. Es uno de los magos de la isla. El consejo que dirige la ciudad mantiene el orden aquí, en la villa de Stardock, para asegurarse de que tengamos listas las mercancías. No lleva espada, joven señor —dijo a Borric—, pero con un meneo de su mano puede dejaros más atontados que un hachazo en la mollera. Créame, señor, lo sé por experiencia. —Bajando la voz hasta casi un murmullo, añadió—: O podría usar el ensalmo que hace que te entre tal picor que te dan ganas de morirte... —Volviendo al asunto que los ocupaba, levantó la voz—. Y, en cuanto a regatear, señor, por más que me guste mentir sobre cuánto sufre la dieta de mis niños sin un buen beneficio, lo cierto es que las tarifas las fija la Academia. —Se rascó la barbilla—. Supongo que podríais regatear con ese joven hechicero, pero creo que os dirá lo mismo. Y, teniendo en cuenta el tráfico que hay de acá para allá, los precios son justos.

—¿Dónde está el establo? —preguntó James, pero justo entonces varios chiquillos se apartaron del gentío y se ofrecieron a llevar sus caballos.

—Los crios llevarán vuestras monturas a un establo limpio.

James asintió y desmontó. Los otros jinetes lo siguieron. Un instante después, unas manitas quitaron a James las riendas de las manos al tiempo que otros niños hacían lo propio con sus acompañantes.

—Muy bien —dijo James—, pero cuidaos de que tengan caballerizas limpias, y heno y avena frescos. Y que un herrero revise sus herraduras, ¿de acuerdo?

James se detuvo, distraído por algo. Se volvió bruscamente, alargó el brazo y apartó a un niño pequeño del caballo de Borric. Levantándolo del suelo, lo miró con dureza a los ojos.

—Devuélvelo —dijo en tono calmoso, pero amenazador. El niño comenzó a protestar, pero, cuando James lo zarandeó, se lo pensó mejor y alargó a Borric una pequeña faltriquera. Boquiabierto, Borric se tentó la ropa y cogió luego la bolsa.

James bajó al chico, pero, asiéndolo de la pechera de la camisa, se inclinó para mirar a los ojos al ladronzuelo.

—Chico, cuando era la mitad de alto que tú ya era mejor ladrón de lo que lo serás tú nunca. ¿Me crees? —El chico solo pudo asentir con la cabeza, tan asustado estaba—. Entonces, cree lo que te digo. Tú no sirves para esto. Si sigues así, acabarás al cabo de una soga muy corta, esperando una caída muy larga, antes de que cumplas doce años. Busca un oficio honrado. Ahora, si falta algo cuando nos vayamos, sabré a quién buscar, ¿no crees? —El chico asintió de nuevo.

James dejó que se escabullera y se volvió hacia el barquero.

—Entonces, iremos veinticuatro a pie a la isla.

Al oír esto, el joven mago se puso en pie y dijo:

—Pocas veces van soldados armados a la Academia. ¿Puedo preguntar qué os trae aquí?

—Puedes preguntar —respondió James—. Pero guardaremos la respuesta para otro. Si necesitamos tu permiso, avisa al mago Pug de que unos viejos amigos vienen de visita.

El joven hechicero levantó una ceja.

—¿Quién le digo que viene de visita?

James sonrió.

—Dile... el barón James de Krondor y... —miró a los gemelos— unos parientes.

* * *

Un pequeño grupo esperaba para dar la bienvenida a la compañía cuando la barcaza atracó en la orilla con un golpe seco. Un muelle de carga era el único indicio de que aquella era la entrada a la comunidad quizá más extraña de toda Midkemia, la Academia de los magos. Los trabajadores ayudaron a los soldados a subir al muelle. Muchos caminaban vacilantes tras su primer viaje en una barcaza de fondo plano. De los postes del muelle colgaban lámparas que iluminaban al comité de bienvenida.

Un hombre bajo de mediana edad, vestido únicamente con manto y sandalias negras, se hallaba en medio del grupo. A su derecha tenía a una llamativa mujer de

piel oscura y cabello gris como el hierro. Un anciano cubierto con un manto permanecía a su izquierda, y tras él había un fornido cazador con túnica y pantalones de cuero. Tras ellos, dos hombres más jóvenes, ataviados con mantos, aguardaban pacientemente.

Cuando James, Locklear y los gemelos descendieron de la barca, el hombre bajo se adelantó y se inclinó ligeramente.

—Vuestras altezas nos honran. —Luego dijo—: Bienvenidos a Stardock.

Borric y Erland se acercaron y tendieron las manos para intercambiar un saludo menos formal con aquel hombre. Aunque eran príncipes por nacimiento, acostumbrados a que a veces les dispensaran cierto grado de deferencia y perplejidad en razón de su rango, ante ellos se hallaba un hombre sobre el que se habían forjado cuentos y leyendas.

—Primo Pug —dijo Borric—, gracias por recibirnos.

El mago sonrió y todos se relajaron. Aunque tenía casi cuarenta y ocho años, aparentaba poco más de treinta. Sus ojos marrones casi brillaban, llenos de calidez, y pese a su edad, la barba negra no podía ocultar una expresión casi infantil. Aquel rostro juvenil no podía pertenecer al hombre con fama de ser la persona más poderosa del mundo.

Erland y él cambiaron un rápido saludo, y James se acercó a ellos.

—Lord Pug... —comenzó a decir.

—Pug a secas, James. —Sonrió—. En nuestra comunidad los títulos no sirven de gran cosa. A pesar de la generosa intención del rey Lyam de hacer de Stardock un pequeño ducado y nombrarme su amo y señor, aquí rara vez pensamos en esas cosas. —Tomó a James del brazo—. Ven. ¿Te acuerdas de mi esposa?

James y sus compañeros se inclinaron ligeramente y estrecharon la mano de la esbelta mujer. A James le sorprendió que, vista de cerca, pareciera tan delicada. Hacía más de siete años que no la veía, pero entonces era una mujer robusta y saludable de poco más de cuarenta años, con las mejillas tostadas por el sol y el cabello negro como ala de cuervo. Ahora parecía diez años mayor que su esposo.

—Mi señora —dijo James, inclinándose sobre su mano.

La mujer sonrió y sus años se disiparon.

—Katala a secas, James. ¿Cómo está mi hijo?

James sonrió.

—William está feliz. Es capitán en funciones de la guardia de Arutha. Está bien considerado y espero que conserve el puesto cuando Valdis se retire. También corteja a varias damas encantadoras del séquito de la princesa. Es un buen oficial y llegará lejos.

Pug dijo:

—Debería estar aquí... —Viendo que el semblante de su esposa se ensombrecía, añadió—: Ya sé, amor mío, que zanjamos esa cuestión. Ahora —dijo a los príncipes—, ¿puedo presentaros a los demás?

Cuando Borric hizo un gesto de asentimiento, Pug continuó:

—Creo que os acordaréis de Kulgan, mi viejo maestro. Y de Meecham, que supervisa los almacenes de víveres de nuestra comunidad y se encarga de otras mil tareas. —Los dos hombres a los que había nombrado hicieron una reverencia, y Borric y Erland les estrecharon las manos. El viejo mago que había sido maestro de Pug se movía con dificultad, ayudándose de un bastón y de la mano del otro hombre.

Meecham, un hombre de aspecto imponente y avanzada edad, le regañaba como una esposa cascarrabias.

—Deberías haberte quedado en tu habitación...

Kulgan apartó la mano que lo ayudaba mientras Erland se acercaba para ocupar el lugar de Borric ante el viejo maestro de Pug.

—Soy viejo, Meecham, pero no me estoy muriendo. —Tenía el cabello blanco como la nieve, y la piel arrugada y curtida como el cuero viejo. Pero los ojos azules eran aún brillantes y vivos—. Alteza —dijo a Erland.

El príncipe le sonrió. De niños habían disfrutado de las visitas de Kulgan, pues el viejo hechicero les entretenía con historias sazonadas con pequeños trucos de magia.

—Parece que aquí no tenemos que andarnos con formalidades, tío Kulgan. Me alegra volver a verte. Ha pasado mucho tiempo.

James no conocía a los dos jóvenes que permanecían apartados. Pug dijo:

—Estos jóvenes son líderes de nuestra comunidad y estuvieron entre los primeros que vinieron a Stardock a aprender la Gran Magia. Ahora enseñan a otros. Este es Kórsh. —Uno de los hombres, alto y calvo, se inclinó levemente ante los príncipes. Sus ojos brillaban con viveza, en contraste con su tez oscurísima, y sus pendientes de oro le llegaban hasta los hombros.

El otro hombre parecía casi su hermano gemelo, de no ser por una barba poblada y negra, engrasada y rizada en bucles que colgaban holgadamente de sus mejillas.

—Y su hermano, Watume.

Pug dijo:

—Debéis de estar cansados del viaje. —Miró a su alrededor—. Esperaba que nuestra hija, Gamina, se reuniera con nosotros, pero está ayudando a dar de comer a los niños y supongo que se ha entretenido. Muy pronto la conoceréis.

»Ahora, a vuestros aposentos. Tenemos habitaciones para todos en la Academia. Os habéis perdido la cena, pero haremos que os lleven comida caliente a vuestras habitaciones. Visitaremos la ciudad por la mañana.

La pequeña compañía subió a lo largo de la orilla, hasta un lugar desde donde se veía más allá del monstruoso edificio que dominaba la isla. De cuarenta plantas de alto en los extremos, su foco central era un altísimo chapitel que se alzaba otros treinta metros por encima del tejado y que parecía poco más que una escalerilla sin pasamanos alrededor de una columna, coronada por una pequeña plataforma. Aquella torre estaba iluminada por una extraña luz azul que brillaba desde abajo, de modo que casi parecía flotar hacia lo alto, en lugar de estar hecha de piedra y mortero.

—Todos se asombran al ver nuestra Torre de la Prueba —comentó Pug—. Ahí es donde los del Gran Sendero aprenden su primera maestría y dejan atrás su época de aprendices.

Los hermanos de tez oscura carraspearon intencionadamente y Pug sonrió.

—Algunos de nosotros discrepamos acerca de lo que se debe permitir que sepan los forasteros.

Al circundar la orilla vieron al otro lado del edificio una ciudad bastante populosa. Más limpia que su hermana gemela del otro lado del lago, tenía sin embargo idéntico ajetreo. A pesar de lo avanzado de la hora, había en la calle muchas personas cumpliendo este o aquel recado.

—Villa Stardock —dijo Katala con evidente orgullo.

—Creía que la ciudad de la orilla del lago era Villa Stardock —repuso Locklear.

—Así la llaman los que viven en ella —dijo Pug—. Pero esta es la verdadera ciudad de la isla de Stardock. Aquí es donde viven muchos de nuestros hermanos y hermanas magos. Aquí es donde moran sus familias. Aquí hemos construido un puerto de abrigo para aquellos que han sido expulsados de sus comunidades a causa del odio y del miedo.

Pug indicó a sus invitados que entraran en el edificio principal de la Academia por unas puertas de gran tamaño y les acompañó dentro. En un cruce de dos pasillos, la mayor parte del comité de bienvenida les deseó buenas noches; luego, Pug condujo a los viajeros por un largo corredor flanqueado a ambos lados por una serie de puertas.

—Me temo que nos faltan aposentos regios —dijo—, pero estas celdas para invitados son cálidas, secas y confortables. Encontraréis una jofaina para lavaros y, si dejáis fuera vuestra ropa sucia, alguien se encargará de lavarla. El guardarropa está al fondo del pasillo. Ahora, que durmáis bien y mañana tendremos una larga charla.

Pug les dio las buenas noches y los gemelos encontraron rápidamente la comida que les aguardaba en sus celdas. A un lado y otro del corredor la noche se llenó con el ruido de soldados que se despojaban de armas y armaduras, del chapoteo del agua y del tintineo de los cuchillos al chocar con los platos de la comida. Pronto todos abandonaron el pasillo, excepto Locklear, parado junto a James, que parecía desconcertado.

—¿Qué te pasa?

James se encogió de hombros.

—Nada, creo. Estoy cansado o... —Dejó que su voz se apagara. Pensó en la edad de Kulgan y en la poco saludable apariencia de Katala—. Es solo que los años no han tratado bien a algunas buenas personas. —Su semblante se animó de pronto—. O puede que sean mis pecados de juventud, que vuelven para atormentarme. Es simplemente que no me gusta la idea de pasar la noche en una habitación a la que se refieren como una «celda».

Con una sonrisa irónica y un gesto de asentimiento, Locklear deseó buenas

noches a su compañero. Un momento después James se quedó solo en el largo corredor desierto. Algo no iba bien. Pero dejó aquella sensación para el día siguiente. Ahora necesitaba comer y asearse.

* * *

James se despertó con el sonido de un pájaro que gorjeaba más allá de su ventana. Como tenía por costumbre, el joven barón de la corte del príncipe se levantó antes que el sol. Descubrió con sorpresa que su ropa había sido lavada, doblada y dejada junto a la puerta, dentro de la habitación, y le inquietó pensar que, teniendo el sueño tan ligero por naturaleza y siendo tan rápido en despejarse en razón de su adiestramiento, alguien hubiera podido abrir la puerta sin despertarlo. Se puso la túnica y los pantalones limpios, pero prescindió de las gruesas botas de viaje. Desde niño había preferido ir descalzo, y con los años se había convertido en una broma común entre el personal de palacio el que, si uno entraba en el despacho del barón James, era probable que encontrara sus botas metidas bajo la mesa.

Se encaminó a la puerta exterior, moviéndose sin hacer ruido. Estaba seguro de que todos los demás dormían aún, pero su sigilo no nacía de la consideración hacia ellos, sino que era costumbre en él. De niño, en el Barrio Pobre de la ciudad, se había ganado la vida como ladrón, y moverse sin hacer ruido era para él lo natural.

Abrió la puerta de fuera, se deslizó por ella y la cerró sigilosamente. El cielo se había vuelto ya de un gris pizarra. Por el este el horizonte mostraba el rubor del amanecer inminente. Solo se oían la llamada de los pájaros y el golpeteo de un hacha al caer mientras alguien cortaba leña para hacer un fuego mañanero. James se alejó del enorme edificio de la Academia y echó a andar por el camino que llevaba al pueblo.

El ruido de la leña cortada se apagó cuando el granjero desconocido, o la mujer del pescador, acabó su tarea. Tras un centenar de metros, el camino se bifurcaba: un lado se dirigía hacia el pueblo, mientras que un sendero más estrecho llevaba a la orilla del lago. James pensó que no estaba de humor para charlar de banalidades con los vecinos del pueblo y se encaminó hacia el lago.

En la penumbra casi no vio a la figura ataviada con un manto negro hasta que casi estuvo a su lado. Pug se volvió y sonrió. Señaló hacia el este.

—Esta es mi hora preferida del día.

James asintió con la cabeza.

—Creía que sería el primero en levantarme.

Pug mantuvo los ojos fijos en el horizonte.

—No, yo duermo muy poco.

—Pues no se te nota el cansancio. No creo que parezcas un solo día más viejo que

la última vez que te vi, hace siete años.

Pug inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Hay cosas de mí mismo que todavía estoy descubriendo, James. Cuando asumí el manto de hechicero... —Su voz se apagó—. En realidad, tú y yo nunca hemos hablado, ¿verdad?

James sacudió la cabeza.

—No de nada profundo, si es a eso a lo que te refieres. De todos modos, nuestros caminos no se cruzan precisamente con frecuencia. Nos vimos por primera vez en la boda de Arutha y Anita. —Fue contando con los dedos—. Y luego después de la batalla de Sethanon. —Se miraron y no hizo falta que se dijeran nada sobre la catastrófica batalla que había tenido lugar allí—. Después, dos veces desde que estás en Krondor.

Pug volvió de nuevo la mirada hacia el este, donde los primeros rayos rosados y anaranjados del sol empezaban a hendir las nubes.

—Cuando era niño, vivía en Crydee. No era más que un muchacho campesino de la Costa Lejana. Trabajaba en la cocina con mi familia adoptiva y tenía ambiciones de convertirme en soldado. —Guardó silencio.

James esperó. Sentía escasos deseos de hablar de su pasado, aunque este era bien conocido entre las personas de calidad de la ciudad de Krondor y entre todos los miembros del palacio.

—Yo era ladrón.

—Jimmy *la Mano* —dijo Pug—. Sí, pero ¿qué clase de chico eras?

James consideró la pregunta un momento; después contestó:

—Impetuoso. Sin duda es la primera palabra que se me viene a la cabeza. —Contempló cómo se desplegaba el alba. Ninguno de los dos habló durante unos minutos, mientras veían cómo los dedos de luz del alba herían las nubes que pendían por el este. El feroz borde del disco solar comenzó a aparecer. James dijo:

—Yo... era también tonto a veces. No sabía que las cosas que podía hacer tenían un límite. No me cabe duda de que, si hubiera seguido viviendo así, al final me habría pasado de la raya. Lo más probable es que ahora estuviera muerto.

—Impetuoso —repitió Pug—. Y tonto a veces. —Señaló con la cabeza la Academia—. No muy distinto a los gemelos reales.

James sonrió.

—No muy distinto a los príncipes.

—¿Qué más?

James se quedó pensando. Sin falsa modestia añadió:

—Supongo que podría decirse que era brillante, o dotado al menos. A menudo me parecían evidentes cosas que confundían a muchos de los que me rodeaban. Al menos, el mundo parecía entonces un lugar más evidente. No estoy tan seguro de no haber sido mucho más listo de niño que ahora, de mayor.

Pug le indicó que caminara con él y echó a andar lentamente hacia el borde del

agua.

—Cuando yo era pequeño, mis modestas ambiciones parecían espléndidas. Ahora...

—Pareces preocupado —aventuró James.

—Tú no lo entenderías —respondió Pug. James se volvió y, a la luz gris del amanecer, vio una expresión ilegible en el semblante del mago—. Háblame del atentado contra Borric. Tú estabas a su lado.

James dijo:

—Las noticias viajan aprisa.

—Siempre es así. Y cualquier conflicto venidero entre el reino y Kesh nos preocupa.

—Es comprensible, dada vuestra situación. Sois una ventana sobre el imperio. —Señaló hacia el sur, hacia la no muy lejana frontera. Le contó a Pug lo que sabía del atentado y concluyó diciendo—: De que el asesino era keshiano apenas hay dudas, pero todas esas pistas que indican que la Casa Real de Kesh está detrás del atentado... Está demasiado claro. Creo que alguien intenta engañarnos. —Se volvió cuando perdieron de vista la ciudad y miró los pisos superiores de la Academia—. ¿Tienes a muchos keshianos aquí?

Pug asintió con la cabeza.

—Y también de Roldem, de Queg, de los Picos del Quor y de otros lugares. Aquí prestamos poca atención a las nacionalidades. Nos preocupan otros asuntos.

—Esos dos a los que conocimos anoche... —dijo James.

—Watume y Korsh, sí. Son keshianos. De la misma ciudad de Kesh. —Antes de que James pudiera decir nada, añadió—: No son agentes imperiales. Yo lo sabría. Confía en mí. Tienen en muy poco la política. De hecho, están ansiosos, en todo caso, porque nos apartemos del resto del mundo.

James se volvió un momento a mirar el inmenso edificio de la Academia.

—Este es un ducado del reino, al menos nominalmente. Pero muchos se han preguntado en voz alta qué es lo que has construido aquí. Hay algo en este sitio que a muchos en la corte les parece extraño.

—Y peligroso —agregó Pug. James se volvió para estudiar el rostro del mago—. Por eso me esfuerzo con ahínco para que la Academia nunca se inmiscuya en conflictos nacionales. En ningún bando.

James sopesó sus palabras.

—Hay pocas personas entre la nobleza que acepten con tanta naturalidad la idea de la magia como nuestro rey y su hermano. Crecieron con Kulgan en casa, así que no les extraña. Pero otros...

—Todavía querrían vernos arrojados de ciudades y pueblos, o ahorcados, o quemados en la hoguera. Lo sé —dijo Pug—. En los veinte años que llevamos trabajando aquí, han cambiado muchas cosas... y, sin embargo, ha cambiado muy poco.

James dijo por fin:

—Pug, siento algo extraño en ti. Lo percibí anoche. ¿Qué es?

Pug entornó los ojos mientras estudiaba a James.

—Es extraño que lo hayas notado, cuando los que están más cerca de mí no lo ven. —Llegó al borde del lago y se detuvo. Señaló tendiendo una mano. Unas garzas blancas se arreglaban las plumas y graznaban en los bajíos del lago—. Son preciosas, ¿verdad?

James contempló lo que lo rodeaba y solo pudo asentir.

—Este lugar es muy hermoso.

—No lo era tanto la primera vez que vine —contestó Pug—. La leyenda cuenta que este lago lo formó una estrella caída, de ahí su nombre. Pero esta isla no era el cuerpo enfriado de esa estrella, que según mis cálculos no podía ser más grande que esto. —Separó las manos unos quince centímetros—. Creo que la estrella resquebrajó la costra de la tierra y que la lava emergió y creó esta isla. La primera vez que vine, era rocosa y yerma, había solo unas pocas hierbas agarradas a la orilla del agua y algunos matorrales robustos aquí y allá. Yo traje lo que ves aquí, la hierba, los árboles, los animales. —Sonrió y los años de su cara se disiparon—. Los pájaros vinieron solos.

James contempló las arboledas cercanas y la densa hierba que veía por doquier.

—No es una hazaña desdeñable.

Pug desdeñó el comentario con un gesto, como si aquello fuera el truco corriente de un hechicero.

—¿Habrá guerra?

James dejó escapar un suspiro audible. Sonaba a resignación.

—Esa es la cuestión, ¿no? —preguntó retóricamente—. No, esa no es la cuestión. Siempre hay guerra. La cuestión es cuándo y entre qué naciones. Si de mí depende, no habrá guerra entre el reino y Kesh mientras yo viva. Claro que puede que yo no tenga mucho que decir al respecto.

—Llevas un rumbo peligroso.

—No es la primera vez. Ojalá las circunstancias hubieran ahorrado el viaje a los príncipes.

—Son hijos de su padre —observó Pug—. Han de ir donde les exija el deber. Aunque ello signifique arriesgar mucho para ganar poco.

Pug retomó su paseo a lo largo de la orilla y James echó a andar a su lado.

El barón solo pudo asentir con la cabeza.

—Esa es la cruz de su linaje.

—Bueno —dijo Pug—, hay breves respiros, como este, por el camino. ¿Por qué no vas allí? —Señaló un seto de sauces que ocultaba la ribera—. Al otro lado hay una pequeña ensenada alimentada por aguas termales. Es una experiencia sumamente vigorizante. Sumérgete un poco en el agua caliente y salta luego al lago. Te sentará bien, y puedes estar de vuelta a tiempo para desayunar con nosotros.

James sonrió.

—Gracias, es una idea estupenda. Estoy acostumbrado a tener mucho trabajo antes del desayuno. Me vendrá bien tener un modo agradable de pasar una hora.

Pug se volvió hacia el pueblo y tras dar unos pasos dijo:

—Ah, ten cuidado si nadas entre las hierbas de la orilla. Es fácil darse la vuelta y perderse. El viento las inclina hacia la isla, así que, si te extravías, nada en esa dirección hasta que sientas el suelo bajo los pies. Luego sal.

—Gracias. Tendré cuidado. Buenos días.

—Buenos días, James. Nos veremos en el desayuno.

Mientras Pug regresaba a la Academia, James se dirigió hacia la arboleda que el mago le había indicado.

Pasando entre los grandes troncos de los árboles, apartando la maleza que colgaba como una cortina, descubrió un sendero angosto y yermo que bajaba por la ladera de una pequeña cañada, hacia la orilla del lago. Junto a la ribera, vio alzarse vapor en el relente de la mañana. Inspeccionó un pequeño estanque que parecían alimentar aguas subterráneas, pues el vapor procedía de aquel único lugar. Un arroyuelo rebosaba por un lado y corría hacia la orilla, donde se unía al lago. Había apenas veinte metros entre el estanque y el lago. James miró a su alrededor. El estanque y aquel corto trecho de la ribera estaban tapados por tres de sus lados por árboles que salvaguardaban su intimidad. James se quitó la túnica y los pantalones y metió un pie en el estanque. Estaba casi más caliente de lo que a él le gustaba el agua en el baño. Se sumergió y dejó que el calor penetrara en él, relajando sus músculos tensos.

¿Músculos tensos? Aquello le extrañaba. Acababa de levantarse. ¿Por qué sentía aquella tensión? Su propia voz le contestó. *Porque se asume un gran riesgo mandando a la corte de Kesh a dos muchachos a tomar parte en un juego político más antiguo que la casa de conDoin.* Suspiró. Pug era un hombre extraño, pero sabio y poderoso; era pariente adoptivo del rey y duque. Quizá debiera preguntarle su opinión. Luego pensó que no. A pesar de que Pug tenía fama de haber salvado el reino veinte años antes, había algo desconcertante en Stardock y en su gobierno. James decidió averiguar cuanto fuera posible sobre lo que pasaba allí antes de hablar en confianza con el mago.

Dioses, cómo odio despertarme cansado, pensó. Luego se reclinó lo más cómodamente que pudo para meditar acerca de sus preocupaciones. El calor sedante parecía calarle los huesos, y unos minutos después sintió que su mente flotaba. Corría por una calle y una mano lo agarraba por el brazo. Cerró los ojos, haciendo memoria. Su primer recuerdo. No podía tener más de tres años. Era su madre, sujetándolo dentro de su cuna de puta, fuera de la vista de los tratantes de esclavos que pululaban de noche. Recordaba cómo lo abrazaba con fuerza mientras le tapaba la boca con la mano. Después, ella desaparecería. Cuando fue mayor, James supo que había muerto, pero lo único que recordaba de esa noche era al hombre de voz tonante que gritaba y golpeaba a su madre, y luego un color rojo por todas partes. Jimmy alejó de sí aquel

feo recuerdo mientras se dejaba caer en el calor del agua. Pronto se quedó dormido.

Se despertó sin moverse. Por la inclinación del sol, no podía haber dormido más que unos minutos, quizá media hora, a lo sumo. La mañana era apacible, pero algo lo había despertado. Había superado hasta cierto punto la costumbre que tenía cuando era niño y se levantaba de un salto con la daga en la mano (a los sirvientes de palacio les había parecido un tanto turbadora), pero seguía llevando una daga encima. Abrió los ojos y los movió primero, y no vio nada en su campo de visión. Volvió la cabeza y tampoco vio nada por encima del borde del estanque. Se incorporó lentamente, sintiéndose algo estúpido al recobrar del todo la lucidez. ¿Quién podía amenazarlo allí, en la isla de Stardock?

Miró por encima del borde del estanque y no vio nada. Aquel lugar le producía una sensación extraña, pero no acertaba a nombrarla. Era como si hubiera entrado en una habitación un instante después de que alguien saliera por otra puerta; sin saber por qué, estaba seguro de que alguien acababa de pasar más allá del alcance de su vista.

Un instinto nacido de los peligros de la ciudad hizo saltar una alarma primigenia en su cabeza, una alarma que lo había salvado del peligro demasiadas veces antes como para ignorarla. Sin embargo, aquella alarma no tenía el timbre retumbante del peligro, sino más bien el de la excitación. Años antes, James había aprendido la disciplina de la noche, quedándose inmóvil y distanciando la mente de las preocupaciones del momento, de tal modo que un movimiento repentino no desencadenara una respuesta. Relajó su respiración y se estuvo quieto. Miró de nuevo por encima del borde del estanque y el eco del paso de otra persona desapareció. La pequeña ensenada parecía la misma de antes.

Volvió a reclinarse y procuró recobrar la cálida calma que finalmente se había apoderado de él, pero no pudo relajar su mente. Una especie de exaltación había empezado a agitarse dentro de él, como si algo grandioso se aproximara, y había también una tristeza, como si algo milagroso acabara de pasar al alcance de su mano, dejándolo atrás. Extrañas emociones de loca alegría y pueril tristeza chocaban en su interior.

A falta de una respuesta satisfactoria, salió del estanque y se abalanzó de cabeza al lago, gritando como un niño que liberara su frustración. Se zambulló y emergió escupiendo agua. Un suspiro de alivio escapó de él cuando el agua fría del lago pareció devolverlo bruscamente a la plena vigilia.

No le gustaba especialmente nadar, pero de vez en cuando disfrutaba de un baño. Como muchos niños del Barrio Pobre de Krondor, cuando soplaban los vientos cálidos del verano había buscado alivio junto al puerto, zambulléndose desde los muelles en el agua salada, entre desperdicios. El sentir el agua limpia en el cuerpo era algo que había ignorado hasta los trece años largos.

Se descubrió nadando ociosamente hacia el extremo de la ensenada. Los árboles y los juncos invadían el agua, formando una serie de estrecho pasaje hacia el otro lado

de la pequeña bahía. James se abrió camino entre ellos, a medias nadando, a medias chapoteando, hasta que llegó a una densa formación de hierbas y espadañas. Vio que las hierbas y los juncos, bien espaciados, dejaban ver claramente la ribera. Se tumbó de espaldas y pataleó perezosamente. Sobre él, el cielo de la mañana se había vuelto luminoso, pues el sol había salido ya por completo. Las nubes, blancas y hermosas, seguían su curso velozmente. Luego se adentró entre la hierba; los vio alzarse muy por encima de su cabeza y sintió el cosquilleo de sus caricias mientras nadaba. Al cabo de unos minutos de nadar así, se incorporó y miró a su alrededor.

Las cosas parecían distintas y el camino de vuelta no se veía. Tranquilo por naturaleza, James encontraba desagradable la idea de nadar en círculos entre los juncos, pero no le infundía temor alguno. Recordó las palabras de Pug y vio que todas las hierbas se inclinaban hacia su izquierda. Sencillamente, nadaría hasta que notara la tierra bajo sus pies y saldría del agua.

Un minuto después sintió la orilla bajo sus dedos. Caminó entre los juncos tupidos y las altas hierbas, hacia una hilera de árboles que había al borde del agua. Las ramas colgantes y la maleza densa lo sumieron en sombras mientras estaba aún metido hasta el pecho en el agua. Solo veía hasta una distancia de unos pocos metros en todas direcciones, y la luz de la mañana lo convertía todo en una filigrana de penumbra y cielo blanco azulado y cegador. James siguió el fondo en pendiente del lago hasta que el agua le llegó por debajo de la cintura. Se sentía estúpido andando por ahí desnudo, pero, como no había nadie en los alrededores, solo tendría que correr un corto trecho hasta el estanque donde había dejado sus ropas.

Dio un paso y de pronto se halló cayendo en aguas fíofundas. Una corriente había horadado un pequeño canal de más de dos metros de profundidad, y James emergió escupiendo y cegado. Chapoteó hasta el otro extremo y de nuevo sintió suelo bajo sus pies.

El canto de un pájaro por encima de él le hizo preguntarse si aquella criatura se estaba riendo de su torpeza. Suspirando, siguió hacia la orilla, que estaba a escasos metros de allí, a juzgar por los atisbos de tierra que veía entre los árboles. Con el agua por las rodillas, se encontró con una barrera infranqueable de árboles y espadañas y un saliente rocoso que se elevaba hasta la altura del hombro. Avanzó hacia su derecha, hacia lo que parecía ser la salida más cercana del follaje que conspiraba para atraparlo, y de nuevo sintió un vacío bajo sus pies. Con el agua a la altura del pecho, se abrió paso a la fuerza por una densa cortina de juncos. Progresaba lentamente; solo podía avanzar unos pocos pasos cada vez. Se sentía abrumadoramente estúpido por hallarse tan lejos de donde quería estar. Un baño agradable antes del desayuno, sí.

Cuando sus rodillas rozaron una prominencia del lecho del lago que parecía señalar el fin del canal que estaba vadeando, abrió los juncos delante de él. De pronto se halló ante una visión totalmente inesperada. Apenas a un metro de él, se veía una piel rubicunda, blanca como la de un recién nacido. Y, debido a su perspectiva en declive, estaba mirando fijamente el trasero desnudo de una joven. El cabello casi

albino le caía húmedo de la cabeza mientras se lo escurría en una postura que conspiraba para mostrar sus caderas y sus nalgas de una manera ligeramente exagerada y favorecedora.

James se quedó sin aliento. El mismo sentimiento contradictorio de alarma y excitación volvió a golpearlo como un mazazo. Se sintió tan avergonzado por su intromisión en la intimidad de la joven como si ella lo hubiera sorprendido a él en el estanque. Impulsos contradictorios: el de permanecer inmóvil, el de retirarse, el de decir algo, el deseo de no ser descubierto... chocaban entre sí, paralizándolo.

De nuevo sus experiencias infantiles se impusieron sobre el pensamiento consciente y se quedó helado en el sitio. Luego terció otra idea, y sintió que su estómago se contraía y que un ardiente arrebató de deseo se agolpaba en su tripa y su entrepierna. Casi en voz alta se dijo, es *el trasero más hermoso que he visto nunca*.

Al instante, la joven se volvió, llevándose las manos a la boca como si la hubiera sobresaltado algún ruido. En ese momento, James descubrió que el resto de su cuerpo era comparable a lo que ya había visto. Su figura era esbelta como la de una bailarina, y sus brazos y cuello eran largos y elegantes, su estómago plano, sus pechos no muy grandes, pero redondos y bellísimos. Al apartar la mano de su cara, James vio una frente alta, unos pómulos finos y unos labios pálidos y levemente rosados. Sus ojos, dilatados por el asombro, eran del azul del hielo de pleno invierno. Todos esos detalles quedaron grabados en su mente en un segundo. Mil instantes de lucidez lo inundaron, y en cada uno de ellos James supo que la joven que tenía ante sí era al mismo tiempo la visión más hermosa y aterradora que había contemplado nunca. Luego, aquellos bellos ojos azules y pálidos se entornaron y, bruscamente, la cabeza le estalló de dolor.

Cayó hacia atrás, como si hubiera sido golpeado por un arma, y su voz resonó en sus oídos con un grito hueco mientras se hundía bajo el agua.

Agudos cuchillos de un dolor ardiente saturaron su cabeza y el agua llenó su boca. Se hundió en la penumbra del agua al perder la conciencia.

* * *

En un lugar que no era tal, James nadaba, ahogándose en recuerdos. Sus juegos sobre el adoquinado de la calle y ni un solo momento que pasara sin miedo. Los extraños eran un peligro y sin embargo cada día traía nuevos extraños a la casa de su madre. Hombres vocingleros y temibles pasaban a su lado cada día, algunos ignorándolo, otros intentando divertirlo por un instante con una palmada en la cabeza o alguna palabra rara.

Luego, la noche en la que ella murió y nadie vino: el hombre de la sonrisa torcida le oyó llorar y huir. Jimmy logró salir de la casa; sus pies infantiles pisaban la sangre

pegajosa del suelo.

Después, las peleas con los otros niños por los huesos y el mendrugo de pan dejados tras las posadas y las tabernas, y el comer el trigo y el maíz crudo que escapaba por debajo de los vagones de cereal, en el muelle. Y las gotas de vino amargo en la botella casi vacía. La moneda ocasional de algún transeúnte generoso para comprar una empanada caliente. El hambre siempre estaba presente.

Una voz en la oscuridad, ninguna cara que recordar, le preguntó si era listo. Había sido listo. Muy listo. Sus comienzos con los Burladores.

El peligro siempre andaba cerca. Ni amigos, ni aliados, solo las normas del gremio protegían a Jimmy *la Mano*. Pero tenía talento; el Hombre Justo perdonaba las pequeñas transgresiones de quien traía tanta riqueza a tan corta edad.

Luego, el hombre de la sonrisa torcida reapareció. Jimmy tenía doce años. Aquello nada había tenido que ver con el altivo honor y la venganza impetuosa. Un ladronzuelo había entrado a hurtadillas y había puesto en el vino del borracho un veneno comprado a un tratante en tales cosas. El hombre de la sonrisa torcida murió sin conocer los motivos de su asesino, su rostro se ennegreció, su lengua asomó entre los labios tumefactos y sus ojos se hincharon mientras el hijo de una puta asesinada miraba por una rendija del techo de la fonda de mala muerte donde el hombre se alojaba. Jimmy no sintió alegría, pero de algún modo esperaba que así su madre descansara mejor. Nunca supo el nombre de su madre. Sintió ganas de llorar, pero no sabía cómo. Había llorado dos veces... No, tres, a decir verdad. Cuando Anita yacía herida y cuando creyó muerto a Arutha. Aquello había sido pena, y no un signo de debilidad o de vergüenza. Pero había llorado en la oscuridad cuando se hallaba atrapado en la cueva con la serpiente de piedra, antes de que el duque Martin lo salvara. Jamás podría admitir que había sentido miedo.

Otras imágenes: su increíble, casi sobrehumana habilidad en el oficio. El descubrimiento de que su destino estaba unido a grandes cosas cuando ayudó a esconder al príncipe y a la princesa de Krondor de sus perseguidores durante el reinado de Rodric el Loco. El duelo a muerte con un Halcón Nocturno sobre los tejados de la ciudad, que salvó la vida a Arutha, aunque él no lo supiera entonces. Sus dos viajes a las Tierras del Norte y las grandes batallas de Armengar y Sethanon, y la paz que siguió a la batalla para impedir el regreso del Huésped Dragón.

Ahora era James.

Sus servicios a Arutha y su recompensa, la elevación a un puesto en la corte del príncipe, su título y, más tarde, otro título, y el ser llamado canciller de Krondor, primero en rango tras el duque Gardan, todo ello se convirtió en una neblina de gratos pensamientos, los únicos de su vida. Los rostros pasaban, algunos con nombre, otros sin él. Ladrones, asesinos, nobles, campesinos. Mujeres. Recordaba a muchas, pues desde muy joven había desarrollado el gusto por las atenciones femeninas y, siendo un joven noble en ciernes, había podido elegir a su antojo a sus compañeras. Pero siempre le faltaba algo. Algo importante. Luego, una figura desnuda chapoteando en

el lago y escurriéndose el cabello mojado. La visión más asombrosa que había contemplado nunca.

Después, un rostro de ojos azules y pálidos, y labios como rosas rosas. Un semblante preocupado, que escudriñaba el interior de James. Algo mágico y hermoso estallaba dentro de él, y de nuevo tenía ganas de llorar. Una tristeza lo embargaba con espantosa alegría, y se encogía ante aquellos ojos claros. Unos ojos que miraban dentro de él y veían cosas, y él no tenía ya secretos. ¡No tenía secretos! ¡*Estoy perdido!*, gritó y un niño gimió por la muerte de su madre, y un muchacho lloró mientras una joven agonizaba, herida por el dardo de un asesino, y un joven sollozó ante el cadáver del único hombre en el que confiaba, y un hombre adulto lloró por los dolores y los tormentos pasados, por el miedo y la soledad que habían habitado su pecho desde el día de su nacimiento.

James se despertó en la orilla, con un grito de dolor y miedo en los labios. Se sentó bruscamente, un brazo por encima de la cabeza, como un niño que quisiera detener un golpe venido de arriba. Estaba todavía mojado, y desnudo. Una voz dijo:

—El dolor pasará.

James se volvió y al hacerlo la espantosa angustia que sentía se disipó. Al volverse, vio a la joven sentada en la orilla, a irnos pasos de él. Tenía las piernas levantadas ante ella, los brazos alrededor de las rodillas, y seguía despojada de su ropa.

James nunca había deseado tanto huir de un lugar. Ninguna vivencia lo había llenado con tal temor sin nombre como ver a aquella bella joven sentada junto a él. Las lágrimas acudieron espontáneamente a sus ojos.

—¿Quién eres? —murmuró. Pese a que deseaba huir, tanto más deseaba permanecer junto a aquella mujer.

Ella se levantó lentamente, ajena a su desnudez, y se detuvo ante él. Se arrodilló hasta que su rostro quedó frente al de James. Una voz sonó dentro de la cabeza de él: *Soy Gamina, James.*

El temor asaltó de nuevo a James, y se descubrió incapaz de moverse. Dijo:

—¿Has hablado dentro de mi cabeza?

—Sí —contestó ella en voz alta—. Has de saber que puedo ver tus pensamientos, oírlos... —Pareció buscar un concepto—. Esas palabras no son precisas. Pero sé lo que piensas, a no ser que intentes ocultarme tus pensamientos.

Él intentó despejarse mientras luchaba por sofocar la angustia que sentía.

—¿Qué ha pasado? Allí... —Señaló el estanque cubierto de juncos.

—Tus pensamientos me sobresaltaron, y reaccioné sin pensar. Sé defenderme, como habrás visto.

James se llevó una mano a la cabeza; sentía allí el recuerdo de un dolor.

—Sí. —Fue cuanto pudo decir.

Ella alargó la mano y tocó su mejilla suavemente.

—Lo siento. No lo habría hecho, de haberlo sabido. Puedo causar mucho daño a la mente. Es uno de los modos en que se podría abusar de mis dones.

A James, el contacto de su mano le pareció al mismo tiempo reconfortante y perturbador. Un escalofrío de temor recorrió su cuerpo del pecho a la entrepierna. Suavemente preguntó:

—¿Quién eres?

Ella sonrió y el dolor y el miedo huyeron de James.

—Soy Gamina. La hija de Pug y Katala. —Luego se inclinó hacia delante y lo besó dulcemente en los labios—. Soy quien has estado buscando, y tú eres quien buscaba yo.

James sintió alzarse dentro de él un deseo ardiente, al que siguió un temor vertiginoso. Él, que no era ajeno a los abrazos de las mujeres, se sentía de pronto un niño en su primer instante de amor robado. Palabras que nunca se había creído capaz de pronunciar acudían a él sin querer.

—Estoy asustado —musitó.

—No lo estés —repuso ella en un susurro.

Abrazándolo, habló a su mente.

Cuando te dejé inconsciente, caíste al agua. Si no te hubiera sacado, te habrías ahogado. Mientras te revivía, tu mente se abrió a mí, y la mía a ti. Si tuvieras el don, me conocerías tan bien como yo te conozco a ti, mi Jimmy.

La voz de James sonó débil y dolida a sus propios oídos cuando habló.

—¿Cómo puede...?

—Es así —contestó ella. Luego se echó hacia atrás y le enjugó las lágrimas saladas de la cara—. Ven, deja que te lo enseñe. —Como un bebé, él dejó que lo acercara a su pecho y, mientras las manos de ella acariciaban su cabeza y sus hombros, su voz hablaba a su mente.

Ya nunca estarás solo.

* * *

Sentados el uno junto al otro, Borric y Erland disfrutaban de los alimentos variados de la comida matinal. Además del desayuno habitual en el reino, había también gran número de manjares keshianos. La familia de Pug, así como Kulgan y Meecham, comían con los invitados. Junto a Katala y Locklear había dos sillas vacías.

Borric masticaba un pedazo de buen queso acompañado de vino mientras Erland decía:

—Primo Pug, ¿cuánta gente vive aquí ahora?

Pug picoteaba ligeramente en su plato, sin comer apenas. Sonrió a su mujer y

dijo:

—Katala se ocupa de las faenas cotidianas de gobernar nuestra comunidad.

Katala dijo:

—Somos casi un millar de familias, tanto aquí como en la orilla. Aquí, en la isla... —Sus palabras se disiparon. Todos los que se hallaban sentados a la mesa se volvieron para ver el motivo por el que Katala había interrumpido su discurso.

La puerta del fondo del salón se había abierto y James había entrado, acompañando a una joven ataviada con un sencillo vestido violeta, ceñido en el talle por un cinturón con los colores del arco iris.

Borric, Erland y Locklear se levantaron mientras la muchacha se acercaba corriendo a Pug y lo besaba en la mejilla. Miró a luego a Katala un momento, como si le hablara, a pesar de que no se dijeron ni una sola palabra en voz alta. Los ojos de la más mayor de las dos comenzaron a llenarse de lágrimas al tiempo que una sonrisa se extendía por su rostro.

Pug se volvió para mirar a James, expectante.

Locklear dijo:

—James...

James carraspeó y en tono avergonzado, como un escolar que recitara la lección ante su maestro, dijo:

—Lord Pug, yo... tengo el honor de solicitar permiso... para pedir la mano de tu hija en matrimonio.

Los ojos de Borric y Erland se agrandaron, llenos de asombro; después, ambos miraron a Locklear. El eterno compañero de James desde que este llegara a palacio se dejó caer pesadamente sobre la silla con una expresión de pasmo igual a la de los gemelos. Meneando la cabeza, solo acertó a decir:

—¡Que me aspen!



Preocupaciones



Borric sacudió la cabeza.

Erland preguntó:

—¿Qué te preocupa?

Borric dijo:

—¿Qué?

—Llevas varios minutos diciendo que no con la cabeza mientras andabas. Otra vez estás hablando solo.

Borric profirió un sonido a medio camino entre un suspiro y un gruñido.

—Estoy preocupado por el tío Jimmy.

Erland se volvió ligeramente y apretó el paso para examinar el rostro de su hermano mientras caminaban. El cielo de la tarde empezaba a oscurecerse. La luna media no había salido aún, pero la noche fragante prometía amores a quienes quisieran y pudieran encontrar pareja. En esa búsqueda se habían embarcado los gemelos. Mientras se dirigían al lugar donde estaba amarrada la barcaza, Erland dijo:

—Tú no sueles preocuparte por los demás, y menos aún por alguien tan capaz como el tío Jimmy.

—Por eso estoy preocupado —repuso Borric, deteniéndose para enfatizar sus palabras. Clavó el dedo en el pecho de su hermano—. No hay en el mundo nada más tonto que un hombre con una erección, solía decirnos, ¿verdad?

Erland se rió y asintió con la cabeza.

—Menos el tío Locky. Él se vuelve más astuto.

—Solo si se trata de encontrar un sitio caliente donde meter su espadón. Si no, es tan estúpido como los demás.

—Como los demás, menos el tío Jimmy.

—Exacto —repuso Borric—. A eso me refería. Ha tenido su parte, eso los dos lo

sabemos. Pero siempre ha mantenido a distancia a las mujeres y nunca ha hecho promesas estúpidas. Y ahora conoce a esa mujer y... —Hizo una pausa, falto de palabras.

—Es como si fuera magia.

—¡Exactamente! —exclamó Borric—. ¿Y qué mejor lugar para encontrar magia que una isla de magos?

Erland agarró a su hermano cuando este echó a andar.

—¿Crees que es una especie de hechizo? ¿Un encantamiento?

—Ah, un encantamiento muy especial —dijo una voz grave desde la oscuridad.

Los hermanos se volvieron y vieron una recia figura sentada en el tocón de un árbol, a unos metros de distancia. Como había estado inmóvil, Borric y Erland no vieron al hombre hasta que habló. Al acercarse, los jóvenes príncipes vieron que quien había hablado era Kulgan, el anciano mago.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Borric, como si sus sospechas se hubieran visto confirmadas.

Kulgan se echó a reír. Sacó la mano un momento y luego la agitó con impaciencia.

—Vamos, no os quedéis ahí parados. Ayudad a un anciano. ¡Mis rodillas son más viejas que el mundo!

Erland ayudó al anciano mago y este se incorporó con esfuerzo, apoyando una mano en la del príncipe y la otra en un gran cayado de madera. El mago continuó diciendo:

—Os acompañaré hasta el embarcadero del trasbordador. Imagino que vais a cruzar en busca de algún lío. Los chicos de vuestra edad siempre andan buscando problemas.

—¿Y el encantamiento? —dijo Borric con impaciencia.

El anciano se rió.

—¿Sabéis?, cuando vuestro abuelo tenía más o menos vuestra edad, era tan impaciente como vosotros. Cuando quería una respuesta, la quería ya, ¡por todos los diablos! Tardó muchos años en superar esa costumbre. Vuestro padre tiene el mismo defecto, pero lo disimula mejor. Arutha siempre ha sido de los mejores que he conocido reconociendo límites.

Erland dijo:

—Tiene ese talento, sí, excepto en lo que respecta a nosotros.

Kulgan fijó en los hermanos una mirada triste.

—¿Límites? ¿Qué sabéis vosotros, unos niños mimados, de límites? Ah, puede que hayáis tenido que usar la espada alguna que otra vez, pero límites... —Se detuvo un momento, reclinándose sobre el cayado. Tocándose la cabeza con un dedo, dijo—: Esto. El cerebro. Cuando pongáis todas vuestras facultades a resolver un problema, cuando probéis todas las soluciones concebibles y sigáis sin encontrar la respuesta, entonces entenderéis de qué límites estoy hablando.

—Nuestro padre siempre dice que tú eras uno de sus maestros más exigentes — dijo Erland con una sonrisa.

—¡Ja! —bufó Kulgan—. El padre Tully, ese sí que era un maestro exigente. —Su mirada se perdió a lo lejos, reflexiva por un instante, y luego añadió—: Es una lástima que no lo conocierais. Erais muy niños cuando murió. Una pérdida trágica. Era una de las mentes más refinadas que he conocido nunca..., aunque fuera un sacerdote —añadió, incapaz de resistirse a aquella pulla contra su antiguo interlocutor, y sintiendo pena por la falta de su réplica.

Borric dijo:

—¿Lo del encantamiento de Jimmy era una broma?

Kulgan respondió:

—Eres muy joven, mi príncipe. —Dando un golpe no del todo juguetón en la pierna de Borric para enfatizar sus palabras, agregó—: Todavía no sabes ni la mitad de lo que hay que saber.

—¡Ay! —dijo Borric, dando automáticamente un salto atrás.

Cuando Erland empezó a reírse, Kulgan le dio también un golpe en la espinilla, diciendo:

—Para que estéis empatados.

Mientras los hermanos hacían aspavientos de dolor, Kulgan añadió:

—Ahora, prestad atención. Soy viejo y no puedo perder el tiempo repitiéndome.

Cuando los gemelos dejaron de danzar, doloridos, el anciano mago dijo:

—La clase de encantamiento del que hablo no puede enseñarse. No es de esa magia que los hombres pueden emplear a su antojo. Es una magia que los dioses conceden solo a unos pocos afortunados. Es la magia de un amor tan real y profundo que nada puede destruirlo una vez lo has conocido. —Sus ojos buscaron de nuevo horizontes lejanos mientras decía—: Soy tan viejo que me cuesta recordar lo que soñé anoche. Sin embargo, hay veces en que los recuerdos de la niñez me asaltan como si fueran de hace un momento. —Miró a Borric como si buscara algo familiar en su rostro juvenil. Tras un momento de silencio, dijo—: Vuestro abuelo era un hombre apasionado, igual que vuestro tío. Y también vuestro padre, aunque nadie lo diría al verlo. Vuestra madre lo atrapó casi al momento de conocerse, aunque él era tan bruto que no se dio cuenta. Y vuestra tía Carline estaba empeñada en casarse con vuestro tío Laurie a los pocos días de conocerlo.

»El caso es que a medida que os hagáis mayores sentiréis necesidades, necesidades que no se satisfarán porque andéis rondando por las tabernas con hijas de pescadores, por muy lozanas que sean sus mejillas, dulce su risa o suaves sus brazos. Y los lechos de seda de las hijas de la nobleza también acabarán perdiendo su lustre.

Borric y Erland se miraron, y Erland dijo:

—Eso tardará aún en pasar, creo.

Kulgan lo hizo callar con otro bastonazo en las espinillas.

—No me interrumpas. Me trae sin cuidado que seas príncipe. He zurrado a

hombres mejores y de más alto rango. Vuestro tío, el rey, era un mal estudiante y más de una vez le di un bofetón. —Suspiró—. Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí, el amor verdadero. Cuando os hagáis mayores, descubriréis que la pasión crece y que la necesidad de una compañera de verdad se hace más profunda. Vuestro padre encontró a su amor, Carline encontró al suyo, y vuestro tío Martin también. El rey, no.

Borric dijo:

—Pero quiere a la reina, estoy seguro.

—Oh, sí, desde luego, a su modo. Es una buena mujer y no he oído a nadie decir lo contrario, pero existe el cariño y existe lo que vuestro joven barón James acaba de encontrar. Es un hombre cambiado, de eso no hay duda. Fíjate y aprende. Si tienes suerte, puede que veas lo que probablemente no llegues a conocer.

Borric suspiró y miró al suelo.

—¿Porque voy a ser rey?

Kulgan asintió con la cabeza.

—Precisamente. No eres tan duro de mollera como creía. Tú te casarás por el bien de la nación. Tendrás muchas oportunidades de satisfacer tus deseos con damas bien dispuestas de todo rango, sin duda. Sé que vuestro tío os ha dado al menos media docena de primos ilegítimos. Varios de ellos serán sin duda educados entre las filas de la nobleza. Pero eso no es lo mismo.

»James ha encontrado a la persona a la que los dioses pusieron en este mundo para hacer su vida completa. No dudéis ni por un instante de que estaba predestinado, y no creo ni por un momento que a él lo pillara por sorpresa. Lo que a vosotros os parece un acto irreflexivo es en realidad el reconocimiento de algo tan profundo que solo quien lo haya conocido puede entenderlo. Así que, ¿lo entendéis ahora?

—¿Debemos dejarlo en paz? —preguntó Erland.

—Exactamente —contestó Kulgan, complacido consigo mismo. Sonrió mientras observaba un momento a los príncipes—. ¿Sabéis?, estáis lejos de ser el par de matones callejeros que parecéis. La sangre hablará después de todo, creo. Pero seguramente olvidaréis todo lo que os he dicho a los cinco minutos de encontrar una taberna con una partida de cartas y un par de camareras bien dotadas con ganas de arrancar un buen regalo a un joven noble.

»Pero, con suerte, en algún momento crítico de vuestras vidas, recordaréis lo que os he dicho. Os ayudará a tomar las decisiones que debéis tomar, los dos, por el bien de vuestro pueblo.

Borric se encogió de hombros.

—Parece que las últimas semanas han estado dedicadas a recordarnos constantemente nuestro deber.

—Así debe ser. —Kulgan estudió a los dos muchachos—. Has sido colocado en un trono muy alto, Borric, y tú un peldaño más abajo, Erland. No se os ha dado todo el poder que conlleva vuestro rango simplemente para vuestro placer y diversión. Esas cosas son el pago a terribles sacrificios. Vuestro abuelo los hizo, lo mismo que

vuestro tío, y vuestro padre. Los fantasmas de los muchos hombres que murieron bajo el mando de vuestro padre atormentan sus noches. Y aunque todos y cada uno de esos hombres murieron voluntariamente al servicio de su rey y príncipe, sus muertes pesan sobre los hombros de Arutha. Así es vuestro padre. Cuando os hagáis mayores, lo entenderéis mejor.

Los hermanos no dijeron nada. Al fin, Kulgan se volvió hacia el imponente edificio de Stardock.

—Está refrescando. Voy a buscar un fuego junto al que calentarme. Id a buscar los líos que podáis encontrar. —Tras dar unos pocos pasos, se detuvo, dio media vuelta y dijo—: Y tened cuidado con los pescadores. Pasaos de la raya con sus mujeres y sacarán sus cuchillos de limpiar pescado antes de recordar que sois de la realeza. —Observó las caras de los gemelos un momento y añadió—: Cuidaos, hijos.

Borric y Erland vieron al anciano mago dirigirse a la entrada del edificio principal de la Academia; después, reanudaron su paseo hacia la barcaza. Al llegar a la playa, Erland dijo:

—¿Qué piensas?

Borric contestó:

—¿Sobre lo que ha dicho? Creo que es un anciano con un montón de ideas extrañas.

Erland asintió con la cabeza mientras le hacían señas al barquero de que deseaban cruzar hacia las luces incitantes del pueblo lejano.

* * *

El viento soplaba suavemente mientras Gamina y James paseaban por la orilla, compartiendo en silencio el atardecer. James se sentía a un tiempo exhausto y lleno de energía. A sus treinta y siete años, había compartido poco de sí mismo con los demás. La verdadera intimidad le parecía imposible, pero en Gamina encontraba a alguien capaz de derribar muros antes inquebrantables. No, no era así, se corrigió para sus adentros. Ella no había derribado nada. Sencillamente, había encontrado una puerta que esperaba a que ella la abriera.

Una brisa perfumada con la fragancia de huertos lejanos y campos en flor al otro lado del valle de los Sueños soplaba del sur. La luna media se alzó en el este, un disco cobrizo en la noche oscura que se avecinaba. James se volvió hacia su futura esposa. Lo maravillaban el arco de su cuello, el modo en que el cabello rubio claro parecía flotar en torno a su cara y sus hombros como un nimbo blanco teñido de gris brumoso en la penumbra. Sus ojos pálidos lo miraron; luego, sonrió y el espíritu de James se agitó.

—Te quiero —dijo ella.

—Te quiero —repuso él, apenas capaz de creer su alegría—. Y debo dejarte.

Ella se volvió para mirar la luna un momento; luego, sus pensamientos llegaron hasta James. *No, amor mío. Mi tiempo aquí ha acabado. Iré a Kesh contigo.*

James la estrechó entre sus brazos.

—Es arriesgado. Habrá peligro, incluso para alguien con tus dones. —Besó su cuello y la sintió estremecerse ligeramente—. Estaría más tranquilo si te quedaras aquí, a salvo.

¿*De veras?*, preguntó ella. *Me pregunto si...* Se apartó un poco y observó su cara a la luz mortecina.

—Temo que te retraigas, Jimmy, y que pasado un tiempo te convenzas de que lo que hemos encontrado aquí era una ilusión y que esas barreras contra el amor y el dolor vuelvan a levantarse aún más fuertes, más altas y más firmes que antes. Encontrarías un motivo para regresar a Krondor por otro camino, y buscarías excusas para posponer tu regreso a Stardock.

Durante un tiempo, te convencerías de que pensabas regresar a buscarme lo antes posible, pero que siempre había un motivo u otro que te lo impedía, que te impedía mandar a por mí. Al cabo de un tiempo, sencillamente te sacarías todo esto del corazón y lo olvidarías.

James parecía dolido. Sentimientos recién descubiertos se agitaban dentro de él, y su acostumbrada actitud de relajado aplomo había desaparecido. Parecía el chiquillo que nunca había sido en realidad, confundido y turbado por las amorosas atenciones de una mujer.

—¿En tan poca estima me tienes, después de todo?

Ella sonrió, tocándole la mejilla, y el calor de su mirada tierna alejó de nuevo el miedo, como había hecho docenas de veces aquel día. Gamina había leído el corazón y el espíritu de James al reanimarlo en la orilla del lago y se había entregado a él en cuerpo y alma. Aun así, James entregaba a regañadientes su confianza incluso a la mujer que le había conmovido como ninguna otra.

—No, amor, no te subestimo. Pero tampoco subestimo el miedo. Mis habilidades no son simple magia, como la conocen otros en esta isla. Puedo también curar la mente y el corazón. Puedo compartir cosas con los débiles de espíritu y los enfermos del ánimo, y ayudarlos, a veces. Puedo escuchar los sueños. Y he visto lo que puede hacer el miedo. Tu temor a verte abandonado de nuevo, como te abandonó tu madre.

James sabía que tenía razón. Mientras ella hablaba, regresaron a él los sentimientos de esa noche odiosa, cuando de niño, teniendo seis o siete años, salió de la cuna de su madre y sintió su sangre pegajosa en el suelo, y conoció el horror de saberse completamente abandonado. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Gamina lo abrazó y dejó que aireara su dolor. *Nunca volverás a estar solo*, le dijo la voz de su pensamiento.

James permaneció inmóvil, abrazándola como si ella fuera su único vínculo con la vida. Como había ocurrido antes, el dolor se esfumó, dejando tras él un sentimiento

de cansancio, pero también de alivio y calor. Algo que llevaba años enconado en su interior había sido sajado, y el miedo venenoso y la soledad se disipaban. La herida no curaría en el espacio de un solo día, ni siquiera en el de muchos días, pero se restañaría con el tiempo y James de Krondor sería el mejor hombre para sanar. La voz de Gamina llegó a él cuando dijo: *Y es también mi miedo el que habla. Las dudas pueden hacernos vulnerables a todos.*

—Yo no dudo —contestó él con sencillez. Ella sonrió y de nuevo lo abrazó con fuerza.

Un ruido de pisadas en el suelo y un carraspeo señalaron la llegada de Locklear.

—Disculpad la interrupción, pero Pug quiere verte, James. —Sonrió con aire contrito—. Y tu madre quiere que te reúnas con ella en la cocina, Gamina.

—Gracias —contestó ella. Obsequió a Locklear con una cálida sonrisa y besó a James en la mejilla—. Nos veremos en la cena.

Él volvió a besarla y ella se dirigió a la cocina. James y Locklear se encaminaron hacia el despacho de Pug. Locklear se aclaró la garganta exageradamente.

James dijo:

—Algo te ronda por la cabeza. Afuera con ello.

Las palabras de Locklear salieron a borbotones.

—Mira, nos conocemos desde hace... ¿cuántos? ¿Veintidós años? En todo este tiempo nunca he visto que mostraras el más mínimo interés por las mujeres... —James le lanzó una mirada extraña y Locklear puntualizó—: Quiero decir interés en casarte, por lo menos. ¡Y ahora, de repente, apareces y anuncias que vas a casarte! Ella es una belleza, desde luego, con ese pelo casi blanco y todo eso, pero has conocido...

—No he conocido a nadie, ni nada, como Gamina —lo interrumpió Jimmy. Detuvo a su compañero poniéndole una mano en el pecho—. No sé si alguien como tú puede entenderlo, Locky, pero ella ha visto dentro de mí. Ha visto cuanto hay que ver, el mal que he hecho y que he sentido, las cosas que a ti solo te he insinuado, y me quiere a pesar de todo. ¡Me quiere de todos modos! —Respiró hondo—. Tú nunca sabrás lo que significa eso.

Echó a andar de nuevo y Locklear vaciló un instante antes de alcanzarlo.

—¿Qué quieres decir con «alguien como tú»?

James se detuvo de nuevo.

—Mira, eres el mejor amigo que he tenido, quizá mi único amigo verdadero, pero en cuestión de mujeres... no tienes... consideración. Eres encantador, atento, persistente, y cuando la dama en cuestión se despierta en tu cama, te has ido. No me explico cómo es que el hermano o el padre de alguna mujer no te ha atravesado con su espada. En lo tocante a mujeres, Locky, no eres muy constante.

—¿Y tú sí?

—Ahora lo soy —respondió James—. Tan constante como el agua que corre colina abajo.

Locklear dijo:

—Bueno, veremos qué dice Arutha sobre este salto de cabeza al matrimonio. Nosotros los barones de la corte necesitamos permiso para casarnos, ¿recuerdas?

—Lo sé.

—Bueno, te dejo para que te reúnas con el encantador —dijo Locklear cuando llegaron a la puerta de la Academia—. Supongo que tendrá una o dos cosas que decir sobre que te lleves a su hija. —Dejó a James solo a la entrada del edificio.

James entró y recorrió un largo pasillo hasta la base de la torre, en cuya cúspide se hallaba el despacho de Pug. Tomó una escalera de caracol y subió hasta alcanzar la puerta del despacho. Mientras alzaba la mano para llamar, la puerta se abrió. James cruzó el portal, y no se sorprendió al descubrir a Pug solo en su estudio, a cierta distancia de la puerta. Una vez estuvo dentro, la puerta se cerró tras él sin ayuda aparente.

—Tenemos que hablar —dijo Pug mientras se levantaba e indicaba a James que se acercara a un ventanal. Mirando fuera, señaló las lucecitas que salpicaban la orilla lejana—. Gente —dijo.

James se encogió de hombros. Sabía que el brujo no lo había llamado a su presencia para hablar de lo obvio.

—Cuando llegamos a Stardock, hace más de veinte años, esto era un trozo de tierra yerma en medio de un lago desierto. La ribera era un poco más hospitalaria, pero este valle era escenario constante de guerras entre el reino y el imperio, entre los señores rivales de la frontera, o entre bandas de forajidos. Los tratantes de esclavos de Durbin campaban a sus anchas, y los bandidos atacaban a los campesinos como plaga de langosta. —Suspiró al recordar—. Ahora la gente lleva una existencia relativamente pacífica. Hay problemas de vez en cuando, claro, pero en la zona del lago de la Gran Estrella casi siempre reina la paz. ¿Y cuál fue la causa ese cambio? —preguntó a James.

—No hace falta ser un genio para deducir que la causa fue tu presencia aquí, Pug —contestó él.

El mago dio la espalda al panorama de la ribera del lago y dijo:

—Jimmy, cuando nos conocimos yo era un hombre joven y tú un crío. Pero desde entonces me he enfrentado a más cosas de las que la mayoría de los hombres podrían imaginar en una docena de vidas. —Con un simple gesto de la mano hizo aparecer en medio de la habitación una nube de menos de un metro de diámetro. La nube tembló y un instante después apareció una oquedad en el aire, a través de la cual James pudo ver un extraño pasillo. Era un pasillo suspendido en medio de la nada gris, a lo largo del cual había puertas separadas por una docena de metros. El vacío gris de la nada entre las puertas era tan absoluto que, comparada con ella, incluso la negrura de la noche parecía rica y llena de vida.

—El Pasillo de los Mundos —dijo Pug—. Por este camino me he aventurado en lugares que ningún ser humano ha visto, ni seguramente volverá a ver. He visitado las

cenizas de antiguas civilizaciones y he visto nacer nuevas razas. He contado estrellas y granos de arena por igual, y descubierto que el universo es tan vasto que ninguna mente, quizá ni siquiera la de un dios, podría abarcarlo.

Agitó la mano y la imagen se esfumó.

—Sería fácil desdeñar por triviales las preocupaciones de los que viven en un lugar tan insignificante como el valle.

James cruzó los brazos y dijo:

—Comparado con eso, son triviales.

Pug sacudió la cabeza.

—No para los que viven aquí.

James se sentó sin el permiso del mago.

—Sé que todo esto tiene un objeto, Pug —dijo.

Pug regresó a su asiento detrás de la mesa y contestó:

—Sí, lo tiene. Katala se está muriendo.

La noticia, inesperada y turbadora, cogió a James por sorpresa.

—Tenía la impresión de que no parecía estar bien, pero muriéndose...

—Aquí podemos hacer muchas cosas, James, pero hay ciertos límites. Ninguna magia, poción, encantamiento o plegaria puede hacer más por mi mujer de lo que ya se ha hecho. Pronto viajará a través de una fractura de vuelta a su patria, las Tierras Altas de Thuril, en Kelewan. Hace ya casi treinta años que no ve a ningún pariente. Volverá a casa para morir.

James movió la cabeza de un lado a otro, consciente de que no había nada que decir. Finalmente preguntó:

—¿Y Gamina?

—He visto a mi mujer envejecer antes de tiempo, James, aunque, si no hubiera enfermado, yo al final habría tenido que afrontar esta carga. Como ves, yo apenas he envejecido. Ni envejeceré mientras tú vivas. Puede que no sea inmortal, pero mis poderes pueden hacerme muy longevo. Y no veré a mis hijos y nietos envejecer y marchitarse mientras yo sigo como ahora.

«Abandonaré Stardock horas después de la partida de Katala. William ha renunciado a sus poderes mágicos y está firmemente decidido a seguir el camino de un soldado. Ojalá fuera de otro modo, pero, como la mayoría de los padres, he de aceptar que mis sueños no son necesariamente los de mi hijo. Gamina tiene también poderes. Pero sus poderes no son solo mágicos, sino que surgen más bien de una mente poco frecuente. Su capacidad de hablar con el pensamiento es a un tiempo mágica y natural, pero su sensibilidad, su empatía, su compasión... son dones especiales.

James asintió con la cabeza.

—Eso no lo discuto. Su mente es... un milagro.

Pug dijo:

—Estoy de acuerdo. He estudiado las capacidades de mi hija más atentamente

que cualquier otra cosa en este mundo y conozco, incluso mejor que ella, el alcance de sus facultades... y sus límites. Ella habría decidido quedarse aquí si no te hubiera conocido, asumir la carga que su madre deja atrás. Katala ha sido la verdadera líder de nuestra comunidad casi todo el tiempo que llevamos aquí. Deseo ahorrarle esto a Gamina. Fue una niña abrumada por la tristeza y un enorme dolor a una edad muy temprana... igual que tú, sospecho.

James asintió ligeramente con la cabeza.

—Hemos compartido cosas...

—Sin duda —dijo Pug con una sonrisa irónica—. Pero así debe ser entre los amantes, los maridos y las esposas. Yo perderé mucho cuando Katala parta, más incluso de lo que ella sospecha. —Por un instante, Pug permaneció expuesto a James y el joven barón vio a un hombre aislado de los demás por una responsabilidad insondable. Y una de las pocas personas que podía aliviar ese gran peso, que podía darle unos pocos momentos de calor y consuelo, lo estaba abandonando lentamente. Por un instante, Pug desveló la hondura de su dolor; después, la máscara volvió a ocupar su lugar—. Porque, cuando se vaya, empezaré a preocuparme por esos grandes asuntos que te he dejado vislumbrar, y dejaré atrás las triviales preocupaciones de Stardock, el valle, incluso el reino.

»Pero deseo para mis seres queridos lo que ha de desear cualquier hombre: un hogar seguro y hermosos hijos, vidas que ni la guerra ni el tumulto echen a perder. En resumidas cuentas, deseo que sean lo más felices que sea posible. Y Gamina me ha mostrado lo que hay en su corazón, y eres tú. Deseo daros mis bendiciones.

James dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Espero que Arutha sea tan comprensivo. Necesito su permiso para casarme.

—Eso no es problema. —Moviendo las manos, Pug hizo aparecer en el aire una esfera de humo gris. Dentro de ella empezaron a aparecer formas; luego, de pronto, James vio a Arutha en su despacho de Krondor, como si se hubiera abierto una ventana entre dos habitaciones separadas por un simple muro. Arutha levantó la mirada como si los viera y, con una expresión de sorpresa poco propia de él, se levantó a medias de la silla.

—¿Pug?

Pug dijo:

—Sí, alteza. Lamento interrumpir, pero tengo un favor que pedirte.

Arutha se sentó con evidente alivio porque hubiera una causa razonable y pacífica para la repentina aparición del mago en su despacho. Dejó la pluma con la que había estado escribiendo y dijo:

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Te acuerdas de Gamina, mi hija?

Arutha dijo:

—Sí, muy bien.

—Me gustaría verla casada... con un hombre de cierto rango. Uno de los jóvenes

barones de tu corte.

Arutha miró más allá de Pug, vio a James y sonrió. Sus ojos mostraban un extraño regocijo.

—Creo que podríamos arreglar un matrimonio de Estado para uno de nuestros brillantes jóvenes, Pug. ¿Se te ocurre alguno?

—El barón James parece un joven de lo más prometedor.

La sonrisa de Arutha se hizo más amplia; James habría jurado incluso que parecía a punto de carcajearse, cosa que nunca había visto hacer a su príncipe.

—De lo más prometedor, sí —respondió Arutha con fingida seriedad al fijar de nuevo su atención en Pug—. Algún día será duque, si su impetuosa naturaleza no hace que lo maten por el camino... o que algún monarca enfadado lo destierre a las Islas del Pantano Salado. Puede que una esposa sea lo que necesite para refrenar un poco tanta temeridad. Yo había renunciado a la idea de que alguna vez se interesara por tener familia. Me alegra haberme equivocado. A su edad, yo llevaba diez años casado. —Arutha se sentó un instante, ensimismado, mientras recordaba sus sentimientos juveniles hacia su esposa; miró luego más allá de Pug, hacia James, con una rara expresión de profundo afecto. Un instante después asumió de nuevo su actitud estoica de siempre—. Bueno, si él está de acuerdo, entonces tenéis mi permiso.

Pug sonrió.

—Está de acuerdo, descuida. Mi hija y él se entienden perfectamente en este asunto.

Arutha se recostó en su silla con su típica media sonrisa en el semblante.

—Entiendo. Todavía recuerdo lo que sentí por Anita cuando nos conocimos. Puede ser muy repentino. Muy bien, tendremos una boda de Estado en cuanto regrese de su misión en Kesh.

—En realidad, yo estaba pensando en algo un poco más rápido. Ella desea acompañarlo en su viaje.

Los rasgos de Arutha se ensombrecieron.

—Creo que no estoy de acuerdo. Puede que James no os haya hablado de los peligros...

—Tengo una idea muy clara de los peligros que corren, Arutha —lo atajó Pug—. Pero creo que tú ignoras los talentos de mi hija. Sé mucho de lo que sucede en Kesh. Ella ayudará a tus hijos y a tu embajada, si surgieran problemas.

Arutha se quedó pensando un momento; después asintió con la cabeza.

—Dado que tú eres el padre de la joven, supongo que tendrá algunas facultades que puedan serle útiles si las cosas se pusieran feas. Muy bien, hagamos una cosa. Cásalos tan rápidamente como juzgues adecuado; después, cuando regresen, celebraremos una boda de Estado y un festival en su honor. Mi esposa y mi hija no me perdonarían si dejara pasar una ocasión así para lucir sus vestidos nuevos. Habrá que hacer las dos cosas.

James pareció sorprendido.

—¿Una boda de Estado?

Arutha asintió enfáticamente.

—Gamina es prima adoptiva del rey, no lo olvides. Toda la familia de Pug lo es. Nuestro primo Willy será duque de Stardock. Vas a entrar por matrimonio en la familia. —Luego, con burlona vacilación, añadió—: Aunque la idea no me reconforta lo más mínimo.

—Gracias, Arutha —dijo Pug, divertido.

—No hay de qué, Pug. Y... Jimmy —dijo, de nuevo con una sonrisa sincera.

—Sí, Arutha —contestó él, devolviéndole la sonrisa.

—Que seas tan feliz en tu matrimonio como lo soy yo en el mío.

James asintió con la cabeza. Aunque Arutha nunca había sido un hombre expresivo, James se acordaba de años atrás, cuando Anita había estado a punto de morir; la angustia que había sufrido el príncipe todavía se recordaba vivamente. Solo unos pocos, aparte de James, sabían lo profundamente enamorado que estaba el príncipe de Krondor de su princesa.

—Creo que lo seremos.

—Entonces tengo un presente para ti, un regalo de boda anticipado. —Abrió un cofrecillo que había encima de su escritorio y extrajo un pequeño rollo de pergamino—. Te lo daré cuando regreses, pero mientras tanto...

Pug dijo:

—Puedo traerlo aquí, si lo deseas, Arutha.

Si al príncipe le sorprendió su ofrecimiento, no lo demostró. Se limitó a decir:

—Si eres tan amable.

Pug agitó la mano, cerró los ojos un momento y el documento se desvaneció en la mano de Arutha y apareció en la del mago. Los ojos de Arutha se dilataron ligeramente; esa fue su única reacción a la habilidad del mago para trasladar el pergamino de un lugar a otro, a tanta distancia, en un instante.

Pug se lo entregó a James.

—Para ti.

James abrió el documento y leyó. Sus ojos se ensancharon un poco.

—Es una cédula de nombramiento. Conde de la corte del príncipe. Y ministro del rey.

—Iba a dártela a tu regreso, de todos modos. Te has ganado el título, James. Hablaremos de las rentas y dominios cuando vuelvas a Krondor. También asumirás los deberes de canciller de la Región Occidental cuando Gardan se retire.

James sonrió, y Pug y Arutha se acordaron del ladronzuelo al que habían conocido años atrás.

—Muchas gracias, alteza.

—Ahora, dejadme volver al trabajo —dijo Arutha.

—Buenas noches, alteza —repuso Pug.

—Buenas noches, mi señor duque y mi señor conde.

Pug agitó la mano y la imagen del príncipe se esfumó.

—Asombroso —dijo James—. Con ese truco... —miró el pergamino que tenía en la mano— y esto... los ejércitos...

—Por eso debemos hablar de otros asuntos, aparte de tu boda, James. —Pug se acercó a una mesa y le señaló un decantador de vino. James sirvió dos copas de buen vino tinto. Pug se sentó, bebió un sorbo y le indicó que hiciera lo mismo—. No permitiremos que Stardock se convierta en herramienta de ninguna nación. Tengo planes para impedirlo.

»Mi hijo no heredará el título de duque de Stardock. Creo que prefiere la vida de un soldado profesional, en todo caso. No, los dos hombres a los que conociste al llegar, Watume y Kórsh, serán los soberanos de esta isla cuando yo parta, junto con otra persona aún por decidir, un triunvirato de magos que decidirá el bien de nuestro pueblo. Tal vez amplíen ese consejo como les parezca conveniente en años venideros. Pero Lyam no se sentará eternamente en el Troño de las Islas y yo no cederé el poder de Stardock a nadie como Rodric el Loco. Lo conocí y, si hubiera logrado atraer a su causa a magos como los que tenemos aquí, el mundo habría temblado. Recuerdo también el caos que crearon esos magos de Kelewan que decidieron hacer la puja del Señor de la Guerra durante la Fractura.

»No, Stardock debe seguir apartada de la política. Siempre.

James se levantó y dijo:

—Como noble del reino, temo que os acerquéis a la traición. —Dio unos pasos hacia una ventana abierta y contempló la noche. Luego sonrió—. Como hombre que aprendió a pensar por sí mismo a edad temprana, aplaudo vuestra sabiduría.

—Entonces entenderás también por qué confío en que siempre serás la voz de la razón en el Congreso de Señores.

James dijo:

—Una voz débil, pero que intentará hablar conforme a vuestra visión de las cosas. —Luego añadió—: Aun así, intentaré hacer que otros entiendan. Pero ¿eres consciente de que muchos opinarán que, si no eres claramente fiel al reino, debes ser un enemigo?

Pug se limitó a asentir con un gesto.

—Ahora, a otros asuntos. Haremos venir a un sacerdote del pueblo de la ribera del lago. En la isla no hay templos y nuestras relaciones con los que practican la magia clerical no es, digamos, enteramente cordial.

James sonrió.

—Invadís su territorio.

Pug suspiró.

—Eso creen muchos. En cualquier caso, los únicos clérigos que me parecían hombres razonables están muertos o muy lejos de aquí. Me temo que, a medida que crece nuestro poder aquí, también crece la desconfianza de los grandes templos de

Rillanon y Kesh. —Luego su semblante se iluminó—. Pero el padre Marias, que se encarga de la pequeña iglesia de Killian, en el pueblo, es un hombre bastante decente. Aceptará celebrar una boda. —Su rostro se relajó en una amplia sonrisa—. O, más concretamente, aceptará una invitación al banquete.

James se echó a reír y, al pensar en su boda con Gamina, se sintió al mismo tiempo perplejo y encantado por las sensaciones que la idea despertaba en él. Luego Pug dijo:

—No espero que entiendas lo que voy a decir. Pero si alguna vez llegara un tiempo en que tuvieras que decir algo de mi parte, di esto: «La postrera verdad es que la magia no existe».

—No lo entiendo —dijo James.

—No espero que lo entiendas. Si entendieras lo que significa, no estarías viajando a Kesh; persuadiría a Arutha para que te quedaras aquí. Simplemente, recuérdalo. —Pug escudriñó el rostro de su futuro yerno y añadió—: Vea buscar a mi hija y dile que celebraremos la ceremonia pasado mañana. No hay por qué esperar otros cuatro días, hasta el siguiente sexto día. Ya hemos roto suficientes tradiciones.

Con una sonrisa, James dejó el vino a medio acabar sobre la mesa y abandonó la habitación. Mientras se oían retumbar sus pasos precipitados por la escalera de la torre, Pug se volvió para mirar por la ventana y dijo en voz baja:

—A todos nos vendrá bien un poco de alegría. Se aproximan días oscuros.

* * *

Todos los moradores de la ciudad de Stardock, así como muchos de los del pueblo de la orilla que habían encontrado un medio de cruzar el lago, formaban un gran corro alrededor del corpulento sacerdote. El padre Marías sonrió y con un gesto indicó a James y Gamina que se acercaran a él. Era un hombre de mejillas sonrojadas, un bebé que nunca había madurado, pero cuyo pelo escaso empezaba a volverse gris. Su manto verde y su tabardo dorado estaban raídos y desgastados por los lavados, pero los lucía con el mismo orgullo que cualquier señor. Los ojos de Marías casi brillaban de placer ante una boda. Sus parroquianos eran en su mayor parte pescadores y granjeros, y con excesiva frecuencia sus deberes consistían en enterrarlos. Las bodas y las dedicatorias de niños a la diosa de Todas las Cosas Vivientes le eran especialmente gratas.

—Acercaos, hijos —dijo mientras Gamina y James avanzaban lentamente. James se había puesto los ropajes que llevaba consigo para su presentación ante la emperatriz: una túnica azul claro, calzas azules oscuras y botas negras. Lucía además una sobreveste blanca cosida con hilo de oro y llevaba en la cabeza una gran boina a la última moda, que por el lado izquierdo colgaba casi hasta su hombro y de la que

sobresalían una insignia de plata y una pluma blanca de lechuza.

Locklear estaba a su lado, ataviado de manera similar, aunque sus ropas, en tonos bermejos y dorados, eran aún más ostentosas. Miró a su alrededor, convencido de que su nuevo atuendo era ridículo, pero nadie parecía notarlo. Todas las miradas estaban fijadas en la novia.

Gamina llevaba un vestido sencillo de color lavanda, adornado con una extraordinaria sarta de perlas alrededor del cuello. Ceñía el vestido a su talle un ancho cinturón tachonado con perlas a juego y hebilla de plata. Una guirnalda de flores circundaba su frente, la tradicional «corona de novia».

—Bueno —dijo Marías, cuya voz delataba el acento dulce, casi lírico, de quien había nacido en la costa meridional del mar del reino, junto al Cabo Puntero—, en vista de que os presentáis ante mí con la firme intención de contraer matrimonio, tengo un par de cosas que deciros. —Indicó a James que tomara la mano derecha de Gamina y puso su mano regordeta sobre las de ellos—. Killian, la diosa a la que sirvo, contempló desde las alturas al hombre y a la mujer cuando fueron creados por Ishop, el Único Sobre Todo, y los vio separados. El hombre y la mujer miraban al cielo y lloraban en su soledad. Al oírlos, la diosa del Verde Silencio se apiadó de ellos y habló, diciendo: «No seguiréis desunidos». Creó entonces la institución del matrimonio como lazo para unir al hombre y a la mujer. El matrimonio es la fusión de las almas, de las mentes y los corazones. Es cuando dos se convierten en uno solo. ¿Entendéis? —Los miró a los ojos y ellos asintieron con la cabeza cuando les llegó el turno.

Dirigiéndose al gentío reunido a su alrededor, Marías dijo:

—James de Krondor, conde de la corte del príncipe y Gamina, hija del duque Pug y de la duquesa Katala, han venido a este lugar, ante todos los presentes, para comprometerse el uno con el otro, y nosotros vamos a ser testigos de ese compromiso. Si hay alguien aquí que conozca algún motivo por el que no deba ser así, que hable ahora o que calle para siempre. —Marías no esperó a oír ninguna objeción, si la había. Añadió rápidamente—: James y Gamina, sabed que desde este momento cada uno de vosotros forma parte del otro. Ya no estáis desunidos. Sois ahora uno solo.

»James, esta mujer desea pasar su vida a tu lado. ¿La tomas como compañera y esposa, sin reservas y consciente de que es ahora una contigo, y de que habrás de tenerla a tu lado, rechazando a cualquier otra, hasta la muerte?

James asintió con la cabeza mientras decía:

—Sí.

Con un gesto, Marías le indicó a Locklear que diera a James un anillo de oro.

—Ponlo en la mano de la novia.

James hizo lo que le pedía, poniendo el anillo en el dedo anular de la mano izquierda de Gamina.

—Gamina, este hombre desea pasar su vida a tu lado. ¿Lo tomas como

compañero y esposo, sin reservas y consciente de que ahora es uno contigo, y de que habrás de tenerlo a tu lado, rechazando a cualquier otro, hasta la muerte?

Gamina sonrió y contestó:

—Sí.

Marías le indicó que pusiera un anillo en la mano de James, y ella así lo hizo.

—Dado que James y Gamina han acordado vivir como uno solo ante los ojos de los dioses y los hombres, nosotros les servimos de testigos.

Los invitados reunidos a su lado repitieron:

—Nosotros les servimos de testigos.

Con una sonrisa, el sacerdote de rojas mejillas dijo:

—Bueno, pues ya está, entonces. Estáis casados.

James miró a su alrededor.

—¿Eso es todo?

Marías se rió.

—En este país hacemos las cosas con sencillez, mi señor. Ahora, besad a vuestra esposa, y sigamos con el festín.

James se echó a reír, agarró a Gamina y la besó. El gentío prorrumpió en vítores y arrojó sus sombreros al aire.

* * *

Al borde del gentío, dos hombres no gritaban de alegría mientras observaban la celebración. Uno de ellos, un hombre enjuto y anguloso, con barba de tres días, tomó por el codo al otro y lo condujo a cierta distancia de allí. Llevaban ambos ropas de las que cabría decir que estaban raídas y rotas, y habrían ahuyentado a cualquiera con un fino sentido del olfato. Mirando a su alrededor para ver si alguien les oía, el primero de ellos dijo:

—El conde James de Krondor. El barón Locklear. Eso significa que esos dos muchachos pelirrojos tan pendencieros son los hijos de Arutha.

El otro, bajo y robusto, pero fornido de hombros, parecía visiblemente impresionado por la aguda observación de su compañero. Su cara de querubín parecía casi inocente cuando dijo:

—No se ven muchos príncipes por estas tierras, ¿verdad, Lafe?

—Eres tonto, Reese —contestó el otro con voz grave—. Hay gente que pagaría bien por saber esto. Ve a la posada de las Doce Sillas, al borde del desierto. Casi seguro que seguirán esa ruta. Ya sabes por quién preguntar. Dile a nuestro amigo el keshiano que los príncipes de Krondor y su séquito saldrán de Stardock y que no viajan con gran pompa, sino en secreto. Son escasos en número. Y espérame en la posada. Y no te gastes en bebida todo el dinero que te dará, ¡o te saco el hígado!

Reese miró a su compañero como si tal traición fuera impensable.

Lafe prosiguió:

—Yo les seguiré desde aquí y, si cambian de ruta, te enviaré recado. Seguro que llevan oro y regalos para el cumpleaños de la emperatriz. Con solo veinte hombres de armas nos haremos ricos para toda la vida cuando los bandidos les corten el cuello y nos den nuestra parte.

Mirando la orilla desierta, el hombre llamado Reese preguntó:

—¿Cómo voy a llegar allí, Lafe? El barquero está en la boda.

El más alto de los dos contestó siseando entre los dientes ennegrecidos por la suciedad:

—Roba un bote, estúpido.

Un destello de alegría brilló en los ojos de Reese.

—Bien. Iré a buscar algo de comer, entonces...

—¡Vete ya! —ordenó su compañero, empujándolo hacia la orilla y las barcas descuidadas, y el otro echó a correr con un trotecillo nervioso—. Ya robarás algo en el pueblo. Todo el mundo está cenando aquí, así que será fácil. Pero todavía quedan unos pocos allí, así que ten cuidado. —Reese se volvió y saludó con la mano; después corrió por la orilla, buscando una barca lo bastante pequeña para manejarla solo.

Lafe soltó un bufido burlón y se volvió hacia el banquete. Su hambre le decía que la sugerencia de Reese no era tan mala, pero su avaricia lo obligaba a estar pendiente de cuanto sucedía en el banquete de bodas.

* * *

Sentados en silencio a la mesa de la cena, los dos príncipes permanecían ajenos a la alegría de los recién casados. Cada uno pensaba en su impaciencia por ponerse en camino. James no les había dicho cuándo se marchaban, aunque Locklear había mencionado que su estancia en Stardock no se prolongaría mucho más tiempo, pese a los inesperados acontecimientos de los dos días previos.

Si a los gemelos les había sorprendido el súbito encuentro de su mentor con el amor, no menos les había asombrado la rapidez con que su padre había concedido permiso y lo rápido de la boda. Había pocas cosas en su vida que les permitieran dar nada por descontado.

Los gemelos vivían en el mundo de lo inesperado, donde un desastre podría quebrar la tranquilidad del momento. La guerra, los desastres naturales, las hambrunas y las enfermedades eran amenazas constantes, y Borric y Erland habían pasado la mayor parte de sus aún cortas vidas en el corazón del palacio, donde habían visto a su padre enfrentarse día a día a tales problemas. Desde un importante choque

fronterizo con Kesh a decidir si este gremio o aquel tenía jurisdicción sobre un nuevo oficio, su padre encaraba problema tras problema.

Pero su ánimo presente no reflejaba la alegría del momento, como cuando observaban a su padre. Estaban más bien aburridos.

Borric bebió un largo trago de cerveza y dijo:

—¿Es esto lo mejor que tienen?

Erland asintió con la cabeza.

—Creo que sí. Por lo que he podido ver, aquí no les preocupa mucho la cerveza. Veamos si los del pueblo tienen algo mejor. —Los hermanos se levantaron del banco e hicieron una ligera reverencia ante el barón y la nueva baronesa, que respondieron con una inclinación de cabeza al ver que los príncipes abandonaban la mesa de honor.

Al pasar junto a las otras mesas montadas alrededor del patio, Borric dijo:

—¿Adonde vas?

Erland contestó:

—No lo sé. Por ahí. Tiene que haber hijas de pescadores entre toda esta gente. Veo unas cuantas caras bonitas aquí y allá. No todas estarán casadas —añadió, intentando bromear.

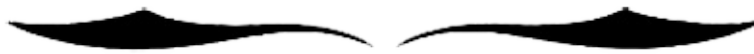
El humor de Borric pareció ensombrecerse, en lugar de mejorar.

—Lo que de verdad me gustaría es dejar este nido de encantadores y seguir nuestro camino.

Erland puso una mano sobre el hombro de su hermano mientras caminaban y asintió en silencio. Tantos sermones acerca de sus responsabilidades les habían hecho sentirse constreñidos y agobiados, y ambos estaban ansiosos por moverse, por cambiar, por la posibilidad de correr aventuras. Aquella vida era un tanto demasiado tranquila para su gusto.



Rumbo al sur



Los guardias se reían.

James se volvió para ver qué causaba aquella algazara y vio acercarse a los dos príncipes. Erland llevaba una pesada y estrafalaria cota de malla que pesaba al menos cinco veces más que la armadura de cuero que solía usar, y un manto rojo brillante echado airosamente sobre el hombro. Pero el motivo de las risotadas de los guardias era más bien su hermano, que lucía un manto que lo cubría de la cabeza a los pies. Era de un repulsivo tono púrpura, con símbolos arcanos bordados en hilo de oro alrededor de la caperuza y las mangas. Aquel manto había sido sin duda en otro tiempo la mejor prenda de la vestimenta de un mago, pero había conocido mejores días. Un extraño bastón de madera, coronado por una bola de un blanco lechoso, colgaba en lugar de la espada que el príncipe solía llevar al costado. Aquella indumentaria habría parecido apropiada en Kulgan o en alguno de los magos keshianos, pero tratándose de Borric su efecto era del todo cómico.

Locklear se sumó a las risas al acercarse a James.

—¿Para qué se han disfrazado?

James suspiró.

—No tengo ni idea. —Dirigiéndose a los príncipes, dijo—: ¿Qué ha pasado?

Erland sonrió.

—Encontramos una partida de *pokiir*. Aquí lo llaman póquer. Nuestra suerte fue... desigual.

James se encogió de hombros y se preguntó distraídamente cuánto tiempo le haría esperar Gamina. Su novia se hallaba en sus aposentos, recogiendo las últimas cosas que llevaría consigo a Kesh. El resto de sus pertenencias sería enviado al palacio de Krondor antes de su regreso, tras el jubileo del cumpleaños de la emperatriz.

Borric dijo:

—Un barquero me ha ganado el manto, y la espada se la ha llevado un tipo que seguramente la venderá por una botella de vino. Pero luego encontré a un mago que creía demasiado en la suerte y muy poco en la intuición para jugar a las cartas. Mira esto.

James echó un vistazo al mayor de los gemelos y vio que le mostraba el extraño bastón.

—Está bien. ¿Qué es?

Borric sacó el bastón de su vaina y se lo dio a James para que lo examinara.

—Es un instrumento mágico. El cristal brilla cuando oscurece, así que no hay que preocuparse de encender lámparas o antorchas. Lo vimos funcionar anoche. Está bastante bien.

James asintió como diciendo que le gustaba.

—¿Qué más hace?

—Nada, pero es un bastón de paseo bastante bonito, creo —contestó Erland. Y añadió dirigiéndose a su hermano—: Pero apuesto a que desearás tener tu espada si alguien viene corriendo hacia ti con una enorme cimitarra en la mano.

—Creo que sí —dijo Locklear.

—Bueno, compraré otra espada cuando lleguemos a la civilización —dijo Borric. James suspiró.

—Y ropa nueva. Ese manto es ridículo.

Locklear se echó a reír.

—¿Quieres ver algo ridículo? —Dirigiéndose a Borric, dijo—: Señále las botas.

Borric sonrió, se levantó el bajo del manto y James meneó la cabeza, pasmado. El príncipe llevaba botas de cuero rojo, de media caña, adornadas con un águila amarilla.

—Estas también las he ganado.

—Creo que a su anterior propietario debió alegrarle perder esa mano —comentó James—. Parece como si fueras a inaugurar una feria ambulante. Esconde esas botas, por favor. Los colores son increíbles —añadió, indicando las botas rojas y amarillas, que desentonaban con el manto púrpura. A Erland le dijo—: Y tú pareces a punto de invadir Kesh en solitario. No he visto una cota como esa desde la batalla de Sethanon.

Locklear, quien, como James, lucía una túnica sencilla y un chaleco de cuero, dijo:

—Te va a encantar esa cota cuando lleguemos al borde del desierto.

La aparición de Gamina y sus padres interrumpió la réplica de Erland. Pug llevaba a Katala del brazo, y de pronto a James se le hizo evidente que la esposa del mago estaba, en efecto, muy enferma. James ignoraba si era por las exigencias de la boda de su hija el día anterior, porque era consciente de que sus hijos ya no la necesitaban, o bien porque la enfermedad iba cobrando fuerza. Pero para cualquiera que no estuviera ciego era evidente que la vida de Katala se contaba ya, a lo sumo,

por semanas.

Se acercaron a James y Katala dijo a su yerno con voz queda:

—Esto es una despedida, James.

James solo pudo asentir con la cabeza. El de Katala era un pueblo de guerreros, orgullosos y siempre directos. Así se lo había hecho entender Pug a James, y así se comportaba Katala.

—Te echaremos de menos —dijo él al fin.

—Y yo a todos vosotros. —Ella puso suavemente la mano sobre el pecho de su yerno y James pudo sentir sus dedos frágiles tocándole ligeramente el corazón—. Solo nos perdemos de vista. Seguimos viviendo aquí mientras se nos recuerde.

James bajó la cabeza y la besó levemente en la mejilla en un gesto de afecto y respeto.

—Siempre serás recordada —dijo.

Ella le devolvió el beso y dio luego media vuelta para despedirse de su hija.

Pug indicó a James que se alejara con él un corto trecho. Cuando nadie les oía, dijo:

—Katala regresa a su mundo esta noche, James. No hay razón para demorarlo más y, si nos quedamos, puede que ella no tenga fuerzas para hacer el viaje desde la fractura de Kelewan hasta la frontera de Thuril. Tengo amigos que echarán una mano, pero aun así será un arduo viaje para que alguien en su estado lo haga sola.

James levantó las cejas, sorprendido.

—¿Tú no viajas con ella?

Pug sacudió la cabeza.

—Tengo que ocuparme de otros asuntos.

James suspiró.

—¿Nos veremos...? —Había estado a punto de decir «pronto», pero algo en la expresión de Pug le hizo dejar en suspenso la pregunta.

Pug miró a su mujer y a su hija, que se agarraban de las manos en silencio. James y el mago sabían que estaban hablando con el pensamiento.

—Seguramente no. Sospecho que, si vuelvo por aquí, a muy pocos les alegrará mi venida, pues imagino que anunciará solo las circunstancias más espantosas, quizás algo semejante a lo que afrontamos en Sethanon.

James guardó silencio un momento. Era solo un muchacho cuando los ejércitos de los *moredhel*, la hermandad del Sendero Negro, marcharon bajo la bandera de su falso profeta, *Murmandamus*. Pero aquella ocasión había quedado grabada indeleblemente en su memoria. Todavía recordaba con detalle las batallas de *Armengar* y *Sethanon* y era capaz de recordar vividamente cómo el regreso de los Señores Dragones había desgarrado el cielo y cómo su retorno había anunciado el catastrófico final de la vida. La victoria sobre ellos, aparentemente milagrosa, acaudillada por Pug, *Tomas de Elvandar*, *Macros el Negro* y *Arutha* era algo que todavía no alcanzaba a entender del todo. Finalmente, dijo:

—Entonces será cuando más se te necesite, sin embargo.

Pug se encogió de hombros, como si dijera que aquello no era necesariamente cierto.

—En todo caso, ahora dependo de otros para sacar adelante la obra que empezó bajo mi guía. Tú debes ayudarnos.

—¿Qué puedo hacer?

Con una tenue sonrisa, Pug dijo:

—Lo primero no causará problemas entre tú y yo. Quiere a mi hija y cuida de ella.

James sonrió.

—Ningún hombre podría hacer otra cosa.

—Y cuida también de su hermano.

—Willy es un oficial competente, Pug. Necesita pocos cuidados. Confío en que dentro de unos años sea el capitán de la guardia de Arutha.

Pug se encogió de hombros otra vez, mostrando solo un leve atisbo de su decepción porque su hijo no estuviera allí para sucederlo. De los problemas que hubiera entre el mago y su hijo no se habló.

—En segundo lugar, necesito que hables a favor de la comunidad de Stardock.

—Conforme.

—Y recuerda lo que te he dicho cuando tengas que hablar de mi parte, el secreto que he compartido contigo.

James intentó encontrar alguna alegría en aquella triste despedida, pero solamente pudo decir:

—Como deseas. Lo recordaré. Aunque estar en una isla en la que la gente ejecuta cada día encantamientos maravillosos hace que me pregunte por el sinsentido que he de recordar.

Pug le dio unas palmaditas en el brazo mientras se acercaba a su mujer y su hija.

—No es un sinsentido. Nunca caigas en la trampa de creer absurdo lo que no comprendes. Ese error puede ser tu perdición.

James lo siguió y poco después se marcharon. Mientras caminaban hacia el lugar donde tres grandes barcas les esperaban para llevarlos a través del lago, James miró a los príncipes.

Borric y Erland charlaban acerca del viaje, visiblemente aliviados por dejar atrás lo que juzgaban una tranquilidad fastidiosa, y por un breve instante James se preguntó si no acabarían todos lamentando el no volver a gozar de aquella paz.

* * *

Ligeras rachas de viento arrastraban la arena picajosa, y los gemelos refrenaron a sus

caballos. Gamina observó el horizonte y habló en voz lo bastante alta para que todos la oyeran.

—No creo que sea una tormenta fuerte. El cielo no tiene mala pinta. Pero puede que sea molesta.

Cabalgaban por el borde del Jal-Pur, a lo largo del camino de Nar Ayab, la ciudad más septentrional del imperio. El abrupto paisaje de la llanura era casi tan desolado como el desierto mismo; apenas había árboles o arbustos, solo los que se agolpaban a lo largo de las riberas de los pocos arroyuelos que bajaban de las colinas, al pie de las montañas que los keshianos llamaban los Pilares de las Estrellas.

James señaló hacia el fondo de la carretera, allí donde esta coronaba un cerro distante. Una compañía de jinetes avanzaba lentamente hacia ellos.

—Guardias fronterizos keshianos —gritó, alzando la voz por encima del ruido del viento—. ¡Sargento! Es hora de desplegar los estandartes.

Con un gesto, el sargento de la compañía ordenó a dos guardias que se adelantasen, y estos sacaron rápidamente de sus alforjas las piezas de los estandartes de madera. Enroscaron los segmentos velozmente y alzaron dos pequeños estandartes mientras los jinetes keshianos subían por la colina en la que aguardaban James y sus compañeros. Dos banderas de la Casa Real de Krondor, los estandartes reales de Borric y Erland, cada uno con un cuartel diferente, saludaron la mirada recelosa del sargento keshiano.

Aquel hombre de tez oscura, con la barba desigual cubierta de polvo gris, ordenó detenerse a su compañía. Estaba formada por un grupo de hombres de aspecto tosco. Cada uno de ellos llevaba un arco colgado del pomo de la silla de montar, así como un escudo redondo con puntal metálico, una cimitarra curva colgada del cinturón y una lanza ligera. Todos ellos vestían gruesos pantalones remetidos en botas altas, camisas de lino blanco, chalecos de cuero y cascos metálicos con largas solapas de lino que colgaban por encima de sus cuellos. Borric hizo una seña a Erland.

—Es ingenioso, ¿verdad? Así evitan que el sol les dé en el cuello, y pueden taparse la cara con la tela si arrecia el viento.

Erland simplemente dejó escapar un profundo suspiro y no dijo nada. Tenía mucho calor con la gruesa cota de malla.

El capitán de la patrulla keshiana aguijó a su caballo y avanzó al trote. Deteniéndose ante James, examinó a la desaseada compañía. Parecía dudar de que unos viajeros tan sucios y cansados formaran en realidad una comitiva real de las Islas. Por fin saludó sin dirigirse a nadie en particular, llevándose perezosamente la diestra a la cabeza con la palma hacia fuera. Después, posó la mano sobre el cuello de su montura.

—Bienvenidos, mis señores... y mi señora.

James se adelantó.

—Soy el conde James de Krondor y tengo el honor de presentaros a sus altezas reales los príncipes Borric y Erland.

Los príncipes inclinaron la cabeza ligeramente y el capitán de la patrulla keshiana hizo lo mismo.

—Soy el sargento Ras-al-Fawi, mi señor. ¿Qué trae a vuestra augusta compañía a un lugar tan desolado?

—Nos dirigimos a la ciudad de Kesh para el jubileo de la emperatriz.

El sargento se encogió de hombros como si dijera que ni los designios de los dioses eran comprensibles para los mortales, ni los de la nobleza tenían sentido alguno para un soldado corriente.

—Yo creía que los nobles como vosotros viajaban con más... pompa.

El viento aumentó y los caballos comenzaron a patalear y encabritarse. James levantó la voz por encima del ruido.

—Nos pareció mejor avanzar rápido y con discreción que lentamente, sargento. Se está levantando una tormenta. ¿Podemos continuar?

El capitán hizo a sus hombres seña de adelantarse mientras decía:

—Por supuesto, mi señor. Mis hombres y yo nos dirigimos a la posada de las Doce Sillas, a esperar cómodamente a que pase la tormenta. Os sugiero que os unáis a nosotros.

—¿Es peligroso?

El sargento miró el horizonte como había hecho Gamina y dijo:

—¿Quién sabe? Las tormentas de arena que se levantan en el Jal-Pur pueden durar mucho o muy poco. Si tuviera que apostar, yo diría que esta será poco más que una molestia. Aun así, yo preferiría estar a resguardo.

—Continuaremos —dijo James—. Nos detuvimos más de lo previsto en nuestra última parada y no conviene llegar tarde al jubileo.

El sargento se encogió de hombros; saltaba a la vista que no le importaba lo que hicieran.

—Hay que evitar ofender a la Emperatriz, bendita sea. A menudo es compasiva, pero rara vez olvida. Que los dioses guíen vuestros viajes, mis señores.

Con un ademán ordenó a su patrulla que dejara paso mientras la partida del rey reanudaba su viaje. James hizo una seña y su pequeño grupo comenzó a descender por el camino de tierra compacta que en la frontera norte pasaba por ser una carretera imperial.

Al pasar junto a los keshianos, que permanecían silenciosos, Borric hizo una seña a su hermano inclinando la cabeza; Erland también había estado observando a los soldados fatigados y sucios. Parecían todos ellos luchadores curtidos, y en la compañía no había ni un solo rostro juvenil. Erland dijo a su hermano:

—Tienen a sus veteranos en nuestras fronteras.

Jimmy, que oyó esto, dijo en voz lo bastante alta para que lo oyera toda la compañía:

—En Kesh tienen veteranos de sobra. Los soldados de su ejército que se retiran han pasado veinte años o más sofocando revueltas y luchando en guerras civiles. Solo

mantienen a una décima parte de su ejército cerca de nuestras fronteras.

Borric dijo:

—Entonces, ¿por qué nos temen?

James meneó la cabeza.

—Las naciones temen a sus vecinos. Es ley de vida, como el que haya tres lunas en el cielo. Si tu vecino es más grande que tú, temes la invasión y la ocupación. Si es más pequeño, temes su envidia, así que les invades. Por eso tarde o temprano hay guerra.

Erland se rió.

—Aun así, es mejor que no tener nada que hacer.

James miró a Locklear. Ambos se habían hartado de ver guerras antes de tener la edad de los gemelos. Y ambos disentían de la opinión de Erland.

* * *

—¡Hombres a caballo!

El soldado señaló el horizonte, donde a lo lejos el viento levantaba una oscura pared de arena que avanzaba velozmente, en remolinos, hacia los viajeros. Y entre aquella turbiedad polvorienta, se veía la silueta de unos jinetes que se acercaban. Entonces, como si la advertencia del soldado hubiera sido una señal, los jinetes se desplegaron y azuzaron a sus caballos.

—¡Gamina! ¡Ve atrás! —gritó James al tiempo que desenfundaba su espada. Los soldados apenas tardaron un instante más en soltar a las bestias de carga y sacar sus armas.

—¡Bandidos! —gritó uno mientras se acercaba a Borric. El príncipe echó mano instintivamente de su espada, pero solo encontró aquel extraño cayado. Maldiciendo al destino, hizo volver grupas a su caballo y se colocó en retaguardia, junto a Gamina, quien se estaba encargando de poner a las bestias de carga en círculo para que no se escaparan. Al ver que no lograba hacerse con los cuatro animales, Borric saltó de su montura y agarró a dos.

Un ruido de entrechocar de metales le hizo dar la vuelta a los caballos, de cara al viento, a tiempo de ver que sus soldados cortaban el paso a los primeros bandidos. Intentó distinguir a Erland en medio de la refriega, pero los caballos inquietos y los torbellinos de arena se lo impidieron.

Luego, un caballo chilló y un jinete cayó al suelo maldiciendo a voces. El ruido de una espada al chocar contra un escudo y un gruñido provocado por el esfuerzo siguieron a una sucesión de gritos que el ulular creciente del viento hacía casi incomprensibles. Los bandidos habían elegido a la perfección el momento de atacar, cuando los viajeros, casi cegados por la tormenta de arena, eran más vulnerables a su

asalto. En el tiempo que habían tardado en reaccionar y sacar sus armas, los bandidos habían logrado ya confundir a los hombres de las Islas.

Pero los soldados de la guarnición de Arutha eran veteranos experimentados y se reagruparon rápidamente al pasar los primeros bandidos. Buscaron con la mirada al barón Locklear, que gritaba órdenes a los que se hallaban más cerca de él. Luego, una tremenda ráfaga de arena y polvo golpeó a la compañía, y el sol pareció desaparecer de pronto.

En medio de la áspera arena, Borric luchaba por controlar a los caballos, aterrorizados por el estruendo del viento y de la batalla, y por el olor de la sangre. Solo podía refrenarlos sirviéndose de su peso mientras gritaba «¡So!» una y otra vez. Un par de caballos entrenados para la guerra, que cabalgaban sin jinete huyendo de la refriega, se detuvieron al oír sus gritos, pero las bestias de carga luchaban por huir.

Borric sintió de pronto un tirón, perdió el equilibrio y soltó las riendas de los caballos. Cayó al suelo y rodó para levantarse. Pensó en Gamina y se preguntó si los caballos desbocados serían un peligro para ella. Miró a su alrededor, pero solo vio jinetes enzarzados en combate. Llamó a Gamina. La oyó responder con el pensamiento: *Estoy bien, Borric. Vela por ti. Yo intentaré no perder de vista a las bestias de carga.*

Tratando de responderle del mismo modo, él gritó:

—¡Cuidado con los bandidos! ¡Buscarán las bestias de carga! —Miró a su alrededor con la esperanza de encontrar un arma caída, pero no vio ninguna.

Luego, de pronto, un jinete se acercó al galope. Era uno de sus guardias, que le gritaba. Borric no logró entenderle, pero sintió algo tras él. Se volvió en el instante en que dos bandidos se abalanzaban sobre él. Uno de ellos apuntó su cimitarra hacia el guardia que cabalgaba hacia ellos; el otro, hizo virar su caballo hacia el príncipe.

Mientras el primero cortaba el paso al guardia, Borric se preparó; después saltó hacia la brida del caballo, haciendo que la montura tropezara y descabalgara a su jinete. El caballo golpeó con el pecho al príncipe y, lanzado hacia atrás por el impacto, Borric aterrizó en el suelo con un fuerte golpe. Se puso en pie rápidamente, listo para afrontar el ataque que sabía inminente. El bandido también se había levantado, preparado para luchar, pero contaba con la ventaja de su arma. Borric sacó el refulgente bastón de su cinturón e intentó usarlo para defenderse. El bandido atacó con furia. Borric esquivó el golpe, invadiendo la guardia de su atacante. Hundió la cabeza del bastón en el estómago del bandido y este cayó al suelo sin respiración, con un satisfactorio estallido del aliento contenido en sus pulmones. Borric rompió el bastón sobre su cabeza, dejándolo inconsciente o muerto. El príncipe no tuvo tiempo de comprobarlo. Recogió el arma del jinete caído, una espada pesada, corta y con doble hoja, excelente para el ataque a corta distancia, pero ni tan afilada como la cimitarra que usaban casi todos los demás bandidos, ni tan puntiaguda como un buen florete.

Borric se dio la vuelta e intentó ver qué estaba pasando, pero solo se veían

sombras movedizas que maldecían entre la arenosa penumbra. Sintió luego, más que oírlo, que un mandoble destinado a romperle el cráneo golpeaba su cabeza de refilón. Cayó pesadamente e intentó alejarse rodando del jinete que lo había cogido por sorpresa y a traición. Se puso de rodillas y casi había logrado levantarse cuando el pecho de un caballo lo golpeó. El jinete había usado su montura como un arma. Aturdido mientras yacía en el suelo, el príncipe apenas comprendió lo que veía cuando el jinete saltó de su montura y se acercó a él. Por entre el polvo y su aturdimiento, vio con cierta indiferencia cómo el hombre echaba una bota hacia atrás y golpeaba con ella su cabeza.

* * *

James hizo volver grupas a su caballo y se apresuró a cortar el paso a un bandido que se dirigía hacia las bestias de carga. Dos soldados habían caído, según sus cuentas, y Locklear estaba luchando con uno de los asaltantes. El bandido se desvió y por un instante James se halló en un remanso de relativa calma, en medio de la lucha. Miró a su alrededor, intentando descubrir el paradero de los príncipes, y vio a Erland descabalar de un mandoble a uno de los bandidos. De Borric no había ni rastro.

A través del aullido de la tormenta, oyó a Locklear ordenar:

—¡A mí! ¡A mí!

James abandonó la búsqueda de Borric y, espoleando a su caballo, se dirigió hacia los isleños que empezaban a agruparse. Se dieron rápidas órdenes que fueron obedecidas al punto, y donde momentos antes un grupo de guardias huía en desbandada había ahora una unidad entrenada de los mejores jinetes que el reino tenía a su servicio, lista para encarar la siguiente acometida de los bandidos.

Luego, los asaltantes se abalanzaron sobre ellos y los soldados en pleno se unieron a la batalla. Gritos furiosos y chillidos de dolor atravesaban el ulular constante del viento y el agujoneo de la arena. James sintió aquella mezcla embriagadora de exaltación y miedo, una sensación que no experimentaba desde la batalla de Sethanon. Golpeó a un bandido, haciéndolo caer hacia atrás mientras la tormenta arreciaba. Luego, la tempestad se superpuso a la batalla y todo se volvió un torbellino de polvo y ruido. Todos sabían que tenían ahora un punto ciego, pues era imposible ver nada en medio de la tormenta. Los hombres intentaban en vano cubrirse las caras con paños y mangas, pero solo alejándose de la tempestad podía hallarse algún alivio. Después de que el viento chillara un instante, la tormenta aflojó.

Un gruñido de sorpresa y el húmedo sonido de la sangre saturando una garganta que buscaba aire fueron seguidos por el tintineo metálico de los caballos al moverse, azuzados por sus jinetes. Resonaron los metales al entrechocar y de nuevo los hombres lucharon por matar a desconocidos.

Después se oyó solo la tormenta y la lucha quedó olvidada. Las ráfagas eran literalmente cegadoras, pues uno se arriesgaba a perder la vista si volvía la cara hacia la chirriante arena. Tapándose el rostro, James hizo dar media vuelta a su montura para alejarse del viento. Era consciente de que dejaba al descubierto su retaguardia, pero no podía hacer otra cosa. Le consolaba al menos la certeza de que los bandidos veían tan poco como él.

El viento amainó de nuevo y James hizo volver grupas a su montura para encarar a cualquier posible atacante. Pero, como los fantasmas de un sueño, los bandidos se habían esfumado en la tormenta.

James miró a su alrededor y vio solo hombres de las Islas. Locklear repartió órdenes y la compañía desmontó. Cada hombre agarró de las riendas a su caballo firmemente. La intensidad de la tormenta aumentaba y disminuía alternativamente. Pusieron los animales de espaldas al viento y esperaron a que el ulular del viento, que parecía interminable, cesara por fin.

Locklear gritó:

—¿Estás herido?

James contestó que no.

—¿Y Gamina? —dijo, refiriéndose a su esposa.

Locklear señaló hacia atrás.

—Estaba con las bestias de carga. Borric estaba cuidando de ella.

Entonces la voz de Gamina sonó dentro de la cabeza de James. *Estoy aquí, amado mío. No estoy herida. Pero los bandidos se han llevado a Borric y a otro guardia.*

James gritó:

—¡Gamina dice que se han llevado al príncipe Borric y a otro guardia!

Locklear lanzó una maldición.

—No hay nada que podamos hacer, salvo esperar a que pase la tormenta.

James intentó escudriñar la polvorienta turbiedad de la tormenta y apenas vio unos pasos más allá. Solo podían esperar.

* * *

Borric gruñó y una patada en las costillas le hizo volver en sí. Por encima de él, el viento seguía chillando y la tormenta de arena restallando con toda su furia, pero el barranco resguardado donde los bandidos se escondían estaba relativamente en calma. Borric se incorporó, apoyándose en el codo, y descubrió que tenía las manos sujetas con una cadena de extraño diseño.

Junto a él yacía inconsciente uno de los guardias de su séquito, atado con cuerdas. Mascullaba ligeramente, pero no volvía en sí. Había sangre seca en su pelo: tenía una grave herida en la cabeza. Una mano áspera agarró a Borric por la barbilla y le hizo

volver la cara para mirar a quien le había dado el puntapié. El hombre se hallaba en cuclillas ante él. Era delgado y llevaba la barba tan recortada que parecía poco más que el repunte de un par de días. Se cubría la cabeza con un turbante que antaño podía haber sido vistoso, pero que ahora se veía descolorido y cargado de piojos. Llevaba unos pantalones sencillos, túnica y botas altas. Detrás de él había, de pie, otro hombre ataviado con un chaleco de cuero sin adornos sobre el pecho desnudo. Tenía la cabeza rasurada, salvo por un único mechón de pelo en el medio, y un gran aro de oro colgaba de su oreja izquierda. Borric sabía que aquellos eran los distintivos del gremio de los tratantes de esclavos de Durbin.

El otro señaló con la cabeza a Borric; luego miró al guardia de la cara ensangrentada y negó con la cabeza. El tratante de esclavos levantó a Borric de un tirón sin decir palabra. El hombre delgado sacó un puñal y, antes de que Borric comprendiera qué se proponía, degolló al guardia inconsciente.

El tratante de esclavos susurró con aspereza al oído de Borric:

—Nada de trucos, hechicero. Esas cadenas te quitarán la magia, o Moskatoni *el Mercader* se comerá mi daga para cenar. Nos marchamos antes de que tus amigos nos encuentren. Di una sola palabra y te mato. —Hablaban en el dialecto del norte de Kesh.

Todavía aturdido por el golpe en la cabeza, Borric se limitó a asentir débilmente. El tratante de esclavos lo llevó a rastras por el pequeño barranco donde un grupo de jinetes estaban saqueando un bulto de equipaje. Uno de ellos masculló una maldición en voz baja. El compañero del tratante de esclavos pasó junto a Borric y lo agarró.

—¿Qué has encontrado? —preguntó en el habla vulgar del desierto, una mezcla de keshiano, de lengua del rey y del dialecto de los hombres del desierto de Jal-Pur.

—Ropas de mujer, un poco de carne seca y algunas galletas. ¿Dónde está el oro que nos prometieron?

El delgado, que obviamente era el jefe, también empezó a maldecir.

—Voy a matar a ese Lafe. Dijo que los nobles llevaban oro a la emperatriz.

El tratante de esclavos sacudió la cabeza como si hubiera esperado aquella desilusión.

—No hay que fiarse de los tontos. —Levantó la vista hacia el cielo, donde el viento seguía silbando, y añadió—: La tormenta está pasando. Estamos solo a unos metros de los compañeros de este. —Inclinó la cabeza hacia Borric—. Conviene que no nos encuentren aquí cuando pase.

El hombre delgado se volvió para mirar a su compañero.

—Esta banda la dirijo yo, Kasim. —Parecía estar al borde de la ira—. Yo diré cuándo nos vamos y cuándo nos quedamos.

El otro se encogió de hombros.

—Si nos quedamos, tendremos que luchar otra vez, Luten. Y esta vez estarán preparados. Y no veo nada que me haga pensar que encontraremos oro o joyas con esta banda.

El hombre llamado Luten miró a su alrededor con un brillo casi salvaje en los ojos.

—Son soldados armados. —Cerró los ojos un momento como si fuera a llorar; luego los abrió y apretó los dientes. Borric comprendió que era un hombre de temperamento violento que gobernaba su compañía mediante la amenaza y el miedo, tanto como mediante su carisma natural.

—¡Bah! —exclamó. Y señalando a Borric con la cabeza dijo—: Matadlo y vayámonos.

Kasim puso a Borric detrás de sí como si quisiera protegerlo y dijo:

—Quedamos en que yo me quedaría con los prisioneros para venderlos como esclavos. Si no, mis hombres no se habrían unido a los tuyos.

—¡*Puaj!* —escupió Luten—. No los necesitábamos. Nos bastábamos para enfrentarnos a esos guardias. A los dos nos engañó ese tonto de Lafe.

Mientras el viento empezaba a amainar, Kasim dijo:

—No sé quién es peor, si el tonto o quien escucha al tonto, pero me quedo con este para subastarlo. En Durbin le sacaré provecho. A los de mi gremio no les gustaría que regresara sin este pequeño beneficio, al menos.

Luten se volvió hacia Borric.

—Tú. ¿Dónde está el oro? —dijo.

Borric fingió no saber nada.

—¿El oro? —contestó.

Luten se adelantó y lo abofeteó.

—El oro que unos nobles llevaban al jubileo de la Emperatriz.

Borric improvisó.

—¿Qué nobles? Adelantamos a una partida de nobles por el camino. Eran dos o tres, con sus guardias, y se dirigían a... una posada. La posada de las Doce Sillas, creo. Nosotros... apretamos el paso porque... el mercader de pieles estaba ansioso por llevar sus cueros al tintorero antes de que se le pudrieran.

Luten dio media vuelta y gritó su furia al viento. Dos hombres que había allí cerca echaron mano de sus espadas, sobresaltados.

—Tranquilos —dijo Kasim.

Luten se volvió con el puñal en la mano y apuntó con él a Kasim.

—A mí no me des órdenes, mercader de esclavos. —Señaló luego con el puñal a Borric—. Este está mintiendo y yo pienso llevarme algo más que estas malditas botas a cambio de tres hombres muertos. —Borric miró hacia abajo y vio que las botas que había ganado jugando al póquer estaban ahora en los pies de Luten. Al parecer, lo habían registrado por completo mientras estaba inconsciente. Luten apartó a Kasim de un empujón y se encaró con Borric—. Voy a sacarle la verdad por las malas. —Echó el puñal hacia atrás, como si fuera a clavárselo a Borric. Después, se puso rígido. Una expresión triste, casi compungida, cruzó su rostro un instante. Luego cayó de rodillas.

Tras él, Kasim sacó la daga que acababa de clavar en su espalda y, agarrándolo por el pelo, dijo:

—A mí nunca me amenes, estúpido. —Entonces, con un brusco tirón, echó la cabeza de Luten hacia atrás y le cortó el cuello. Un chorro de sangre brotó por un lado—. Y nunca me des la espalda. —Los ojos de Luten giraron hacia arriba. Kasim lo soltó, dejándolo caer a los pies de Borric—. Que esto te sirva de escarmiento en tu próxima vida.

Dirigiéndose a la banda de Luten, dijo:

—Ahora mando yo. —Nadie protestó. Kasim miró a su alrededor y señaló una hondonada en el pequeño barranco sobre la que se asomaban unas peñas amontonadas—. Tiradlo ahí. —Dos hombres recogieron a Luten y lo arrojaron a la hondonada—. Y al otro también. —El guardia muerto fue llevado en vilo y arrojado junto a Luten.

El tratante de esclavos se volvió para mirar a Borric y dijo:

—No me des problemas y vivirás. Dame alguno y morirás. ¿Entendido?

Borric asintió con la cabeza. Kasim dijo a los otros:

—Preparaos para partir inmediatamente. —Se encaramó luego de un salto al borde del barranco, ajeno al aullido del viento. El fornido tratante de esclavos arrojó el hombro a una de las rocas más grandes y la empujó, provocando una pequeña avalancha que cubrió los dos cuerpos. Saltó ágilmente a la depresión y miró a su alrededor como si esperara que alguno de los hombres de Luten reaccionara. Al ver que ninguno protestaba, se irguió en toda su estatura.

—Al oasis de las Palmeras Rotas.

* * *

—¿Qué sabes hacer? —El tratante de esclavos se inclinaba sobre Borric mientras este recobraba lentamente la lucidez. Había sido llevado a rastras hasta un caballo y obligado a cabalgar con las manos atadas. La paliza que había recibido se había sumado a la desorientación que sentía desde su captura. Recordaba vagamente que la tormenta había acabado de pronto y que luego habían llegado a un extraño oasis rodeado por los troncos de tres viejas palmeras quebradas por alguna catastrófica tormenta, años ha.

Sacudió la cabeza para despejarse y contestó en la lengua cortesana de Kesh.

—¿Que qué sé hacer?

El tratante achacó su respuesta a la confusión producida por el golpe en la cabeza.

—¿Qué trucos? ¿Qué hechizos sabes hacer?

Borric comprendió. El tratante de esclavos lo había tomado por un mago de Stardock, lo cual explicaba que le hubiera puesto las cadenas que anulaban la magia.

Por un instante, Borric sintió el impulso de explicar quién era, pero al pensar que su padre recibiría una demanda de rescate por él, se abstuvo de responder. Podía decir la verdad en cualquier momento, hasta que llegara la subasta de esclavos de Durbin, y quizá mientras tanto se le ocurriera cómo escapar.

El hombre le lanzó de pronto una bofetada.

—No tengo tiempo de ser amable contigo, mago. Tus compañeros están a unas horas de distancia y sin duda te estarán buscando. Y aunque no te tenga ningún afecto, hay muchas patrullas imperiales por ahí. Tenemos que alejarnos de aquí enseguida.

Otro hombre se acercó al tratante de esclavos, que estaba en cuclillas.

—Kasim, mávalo y déjalo aquí. En el mercado de esclavos nadie paga un buen precio por un mago. Cuesta demasiado mantenerlos a raya.

Kasim miró hacia atrás.

—Ahora mando yo. Yo decidiré a quién hay que matar y a quién hay que llevar al mercado.

Borric dijo:

—No soy mago. Gané esta ropa en una partida de póquer.

El otro hombre se pasó una mano por la cara de barba oscura.

—Miente. Es un truco de hechicero para librarse de los grilletos y matarnos a todos con sus hechizos. Te digo que lo mates y...

—Y yo te digo que, si no te callas y dejas de llevarme la contraria, habrá otro cadáver inservible para que los buitres se den un festín. Que los hombres se preparen. En cuanto los caballos hayan bebido y descansado quiero que nos alejemos lo más posible de esos guardias. —A Borric le dijo—: Encontramos unas baratijas muy bonitas en el fondo del equipaje, mago. La dama con la que viajabas tenía oro suficiente para que pague a estos rufianes. Mi botín eres tú. —Con un gruñido inarticulado, el bandido se apartó e hizo señas a los demás de que se aprestaran a montar.

Borric logró sentarse derecho contra una roca de grandes dimensiones.

—No soy un mago.

—Pues tampoco eres un soldado. Para viajar sin armas por las márgenes del Jal-Pur o se lleva una gran compañía de soldados o se tiene mucha fe. La fe es para los sacerdotes, cosa que tú no eres. No pareces tonto; claro que yo nunca me he fiado de las apariencias. —Pasando de la lengua de Kesh a la del rey, dijo—: ¿De dónde eres?

—De Krondor. —Borric resolvió, pese a su dolor de cabeza, que le convenía ocultar su identidad—. Pero he viajado mucho.

El tratante de esclavos se agachó, apoyando los brazos en las rodillas.

—No eres mucho más que un crío. Hablas keshiano como un cortesano y la lengua del reino casi igual de bien. Si no eres un hechicero, ¿qué eres?

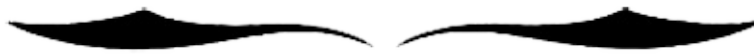
—Soy... maestro —respondió Borric, improvisando—. Conozco varias lenguas. Sé leer, escribir y sumar. Sé historia y geografía. Puedo recitar la lista de reyes y

emperadores, los nombres de los grandes nobles y de las casas de comercio...

—¡Ya es suficiente! —lo atajó Kasim—. Me has convencido. Conque un preceptor, ¿eh? Bien, hay hombres ricos que necesitan esclavos educados para que enseñen a sus hijos. —Sin aguardar la respuesta de Borric, se levantó. Mientras se alejaba agregó—: Muerto no vales nada, maestro, pero no soy un hombre paciente. No me des muchos problemas y vivirás. Cásame dificultades y te mataré más rápido de lo que escupo. —Dirigiéndose a su banda dijo—: ¡Montad! ¡Nos vamos a Durbin!



Dilema



Erland hizo dar la vuelta a su caballo.

—¡Borric! —gritó, alzando la voz por encima del ulular del viento.

James y los guardias lo observaban desde el lugar donde esperaban en pie, con los caballos cogidos de las bridas. El recién nombrado conde gritó:

—¡Bájate del caballo antes de que escape contigo!

El caballo resollaba y relinchaba, asustado por el ruido y el agujoneo de las rachas de la tormenta de arena, pese a su adiestramiento y a la mano firme de Erland. El príncipe ignoró las órdenes de James y siguió alejándose de los otros mientras llamaba a voces a su hermano.

—¡Borric!

Gamina, que estaba junto a su marido, dijo:

—Me cuesta concentrarme con este viento chillándome en los oídos, pero me llegan pensamientos de ese lado. —Se tapó la cara con el antebrazo, se volvió y señaló hacia el oeste.

—¿De Borric? —preguntó Locklear, que se hallaba junto a James, de espaldas al viento mordiente.

Gamina levantó el brazo, dejando que la manga del vestido protegiera su cara.

—No. Lo siento. No conozco a estos hombres, pero ninguna de las mentes que he tocado era la suya. Cuando intento concentrarme en lo que recuerdo de sus pensamientos durante la batalla...

—Nada —concluyó James.

—¿Podría estar inconsciente? —Locklear tenía una expresión esperanzada.

Gamina dijo:

—Si está aturdido o muy lejos, puede que no lo oiga. La fortaleza y el adiestramiento de otra mente limitan mis facultades. Puedo hablar con mi padre desde

cien millas de distancia y él puede hablarme a través de distancias increíbles. Pero los que nos han atacado no están más que a unos centenares de metros. Capto imágenes y palabras sueltas sobre la batalla. —Con tristeza en la voz, dijo—: No siento a Borric por ninguna parte.

James le alargó la mano y ella se dejó rodear por su abrazo confortador. El caballo del conde relinchó, notando el cambio de presión en las riendas, y James tiró de él con impaciencia para acallarlo. En voz baja, para que solo Gamina lo oyera, dijo:

—Rezo a los dioses para que esté vivo.

* * *

El viento sopló durante una hora y Erland siguió dando vueltas alrededor de sus compañeros, alejándose todo lo que podía sin perderlos de vista mientras gritaba el nombre de su hermano. Luego el viento cesó y en el silencio que siguió sus gritos roncros resonaron en el paisaje desolado.

—¡Borric!

Con una seña, Locklear pidió informes al capitán de la compañía. El oficial dijo:

—Tres hombres muertos o desaparecidos, mi señor. Dos más con heridas tan graves que sería conveniente llevarlos a resguardo. Los demás están en perfecto estado y preparados.

James consideró sus alternativas y tomó una decisión.

—Vosotros quedaos aquí, con Erland, y registrad esta zona, pero no os alejéis demasiado. Yo iré con dos hombres a la posada de las Doce Sillas, a ver si esa patrulla keshiana puede ayudarnos a encontrar a Borric. —Paseando la mirada por el inhóspito paisaje, añadió—: No tengo ni idea de por dónde empezar a buscar, de eso estoy seguro.

Durante las horas siguientes, a lo largo de la tarde temprana, Locklear tuvo que hacer acopio de todo su poder de persuasión y de alguna amenaza no del todo ociosa para impedir que Erland se adentrara en el desierto más de lo que el barón juzgaba seguro. El joven príncipe estaba ansioso por buscar a su hermano, por si yacía inconsciente a pocos metros de allí, en un barranco o una cañada, y necesitaba ayuda. Locklear ordenó a los hombres desplegarse para inspeccionar los alrededores, manteniendo siempre apostada una cadena de guardias para que alguien tuviera siempre a la vista el campamento improvisado. Gamina atendía a los heridos y los preparaba para ir a caballo al refugio más cercano cuando regresara James.

El barón volvió por fin, acompañado por la patrulla keshiana. El sargento Ras-al-Fawi parecía molesto por haber visto interrumpido su descanso, sobre todo teniendo en cuenta que quizás aquello le acarrearía problemas si sus superiores lo consideraban

en cierto modo responsable por haberse producido el ataque en la zona que patrullaba. Deseaba alejarse lo más posible de aquellos condenados isleños, pero la posibilidad de que hubiera un incidente internacional entre el imperio y su vecino de mayor tamaño era razón bastante para dejar a un lado su exasperación y colaborar en la búsqueda del príncipe desaparecido.

Los expertos rastreadores descubrieron enseguida el barranco donde se habían escondido los bandidos. Atraídos por sus gritos, la compañía al completo avanzó hasta el borde del barranco, en cuyo interior dos exploradores estaban inspeccionando una gran roca caída. Uno hurgaba entre las piedras mientras el otro subía una bota al lugar donde aguardaban los isleños. El dibujo amarillo y escarlata de la bota era inconfundible. Señalando el montón de rocas que había más abajo, el explorador dijo:

—Señor, he encontrado esto. Un poco más adentro, debajo de las rocas, se ve lo que queda del pie que la llevaba.

Erland permaneció en silencio, lleno de perplejidad, mientras James preguntaba:

—¿Podemos sacarlo?

El explorador keshiano que seguía junto a las rocas caídas meneó la cabeza.

—Una compañía de ingenieros tardaría un día o dos, como mínimo, señor. — Señaló hacia el lugar donde había comenzado la avalancha—. Por las señales, parece que ha sido hace poco. Para enterrar al que llevaba esa bota, y a otros quizá. —Señaló luego el extremo más alejado del barranco—. Y si moviéramos mucho esto, el otro lado también podría caerse. Me temo que sería arriesgado.

Erland dijo:

—Quiero sacarlo.

James dijo:

—Entiendo que...

El príncipe lo interrumpió.

—No, no lo entiendes. Puede que quien haya ahí abajo no sea Borric.

Locklear intentó mostrarse comprensivo.

—Sé cómo debes sentirte...

—No —contestó Erland—, no lo sabes. —Dirigiéndose a James, añadió—: No sabemos si ese de ahí es Borric. Puede que perdiera la bota en la pelea. Podría estar prisionero. No sabemos si el que está debajo de esas rocas es él.

—Gamina —dijo James—, ¿hay algún rastro de Borric?

Gamina movió la cabeza de un lado a otro.

—Los pensamientos que capté antes provenían de este barranco. Pero no había en ellos ninguna pauta que me resultara familiar.

Erland permaneció inamovible.

—Eso no prueba nada. Tú sabes lo unidos que estamos —dijo a James—. Si estuviera muerto... yo habría sentido algo. —Miró el abrupto paisaje de la meseta desértica y añadió—: Está ahí, en alguna parte. Y pienso encontrarlo.

—¿Y qué vas a hacer, mi señor? —preguntó el sargento keshiano—. ¿Cabalgar

solo por la meseta, sin agua ni comida? No lo parece, pero esto es tan desértico como las grandes dunas de arena del Jal-Pur. Más allá de aquellos cerros de allí empieza el verdadero desierto de arena y, si no sabe uno dónde está el oasis de las Palmeras Rotas, no vivirá lo suficiente para encontrar el de las Cabras Hambrientas. Ahí fuera hay unos treinta sitios donde puede encontrarse agua y unos pocos con plantas alimenticias, pero se puede pasar a unos metros de algunos de ellos sin verlos. Morirías, joven señor.

El sargento Ras-al-Fawi hizo volver grupas a su caballo y añadió:

—Señores, lamento vuestra pérdida, pero mi deber me exige seguir cabalgando y descubrir a otros empeñados en perturbar la paz del imperio. Informaré de esto cuando concluya mi servicio de patrulla. Si queréis, os dejaré un explorador para que continuéis la búsqueda. Cuando penséis que nada más puede hacerse, regresad al camino. —Dirigiéndose hacia el sur, dijo—: El camino continúa más allá de las estribaciones de los Pilares de las Estrellas, hasta Nar Ayab. A lo largo de esa ruta hay muchos cuarteles y patrullas. Los correos a caballo se mueven constantemente entre los cuarteles y hacia el corazón del imperio. Avisad por adelantado de vuestra llegada y el gobernador de Nar Ayab organizará una bienvenida con honores de Estado. Desde allí, mandará soldados a caballo para protegeros hasta que lleguéis a la ciudad de Kesh. —No dijo que, de haber hecho aquello desde el principio, los bandidos no habrían podido sorprenderles—. A su debido tiempo, la Emperatriz, bendita sea, ordenará a los ingenieros recuperar el cuerpo de vuestro joven príncipe, y podréis llevarlo a casa para enterrarlo como merece. Hasta entonces, solo puedo desearos que los dioses favorezcan vuestros viajes.

Se despidió con una seña de la mano y, picando los flancos de su caballo, se alejó del barranco acompañado por su patrulla. James circundó la parte de arriba de las rocas caídas y miró desde allí al explorador keshiano que se había quedado con ellos.

—¿Qué ves?

El explorador estudió los indicios.

—Muchos hombres yendo de acá para allá. Puede que un asesinato. —Señaló una mancha oscura en la tierra ya seca.

—¡Un asesinato! —exclamó Locklear—. ¿Cómo puedes estar seguro?

—Por la sangre, mi señor —contestó el explorador—. No sería raro que la hubiera después de una pelea, pero este charco es muy grande, y no hay indicios de que un hombre herido se acercara hasta aquí. Yo diría que han degollado a alguien. —Señaló dos líneas difusas de arañazos en el polvo que conducían de la mancha de sangre a las rocas caídas—. Dos talones. Han llevado a alguien a rastras hasta el sitio donde arrojaron las piedras. —Indicó de nuevo lo alto del barranco—. Uno se subió allí. —Miró a su alrededor un momento más; después subió con esfuerzo hasta donde aguardaba su caballo—. Se dirigen al sur, al oasis de las Palmeras Rotas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Locklear.

El guardia sonrió.

—Es el único sitio al que pueden ir, mi señor, porque van hacia el interior del desierto y, sin bestias de carga, no pueden llevar agua suficiente para cruzar hasta Durbin.

—¡Durbin! —exclamó Erland, escupiendo la palabra—. Ese nido de ratas. ¿Por qué exponerse a los peligros del desierto para ir allí?

—Porque —contestó James— es un puerto seguro para los asesinos y piratas de todas las naciones que bordean el mar Amargo.

—Y el mejor mercado de esclavos del imperio —añadió el explorador—. En el corazón del imperio abundan los esclavos, pero aquí son difíciles de encontrar. Solamente en Kesh y en Queg se comercia abiertamente con esclavos. En Las Ciudades Libres y el reino es una práctica desaconsejada.

Erland dijo:

—No entiendo.

James volvió su caballo hacia la dirección que el explorador había indicado y dijo:

—Si solo dos guardias... o Borric y un guardia siguen vivos —añadió rápidamente—, en el mercado de esclavos de Durbin sacarán beneficios suficientes para que el asalto haya merecido la pena. Si los llevan al interior del imperio ganarán menos de un tercio que en Durbin, y además el jefe tiene que gobernar a una banda de hombres enfadados, y eso puede ser peligroso. —James hablaba con autoridad.

Erland dijo:

—Entonces, ¿por qué no les dice Borric quién es? Sin duda su rescate valdrá más que lo que pagarían por él como esclavo.

James miró pensativamente el desierto a la luz del sol crepuscular. Luego dijo:

—Si estuviera vivo, yo esperaría un mensaje de los bandidos diciéndonos que está bien y que no los sigamos, que dentro de poco pedirán su rescate. Es lo que yo habría hecho... Me habría asegurado de no tener a una compañía de soldados pisándome los talones.

El explorador keshiano dijo:

—Puede que esos bandidos no sean tan listos como tú, mi señor. Quizá vuestro príncipe, si está vivo, crea peligroso decirles quién es. Tal vez le cortarían el cuello para evitarse problemas y huirían al desierto. Puede que el príncipe esté inconsciente, pero no lo bastante herido como para que lo abandonen. Podría haber otras respuestas, mi señor.

Erland dijo:

—Entonces debemos darnos prisa.

El explorador contestó:

—Hemos de actuar con cautela para evitar las emboscadas, alteza. —Señaló hacia el paisaje arenoso—. Si los tratantes de esclavos atacan el camino, es que en algún oasis o en uno de los *wadis* se está reuniendo una caravana de esclavos. Un montón de bandidos con un montón de guardias para llevar a sus presas a Durbin. No

podríamos enfrentarnos a tantos combatientes, ni aunque mi sargento se hubiera quedado. Ni siquiera nuestras dos compañías juntas podrían enfrentarse a ellos. Puede que sean un centenar de guardias.

Erland sintió que el peso de la desesperación comenzaba a abatirse sobre él.

—Lo encontraremos —dijo—. No está muerto. —Pero a él mismo le sonaron huecas sus palabras.

El explorador subió por el talud del barranco hasta donde aguardaba su caballo.

—Si nos damos prisa, mi señor, llegaremos al oasis de las Palmeras Rotas a la caída del sol.

James dispuso que dos guardias acompañaran a los dos heridos a la posada, donde se recuperarían hasta que pudieran regresar al reino. Hizo un rápido cálculo y se dio cuenta de que solo tenía una docena de soldados en buena forma. Sintiéndose vulnerable y algo estúpido, ordenó al pequeño grupo adentrarse en el desierto.

* * *

El sol tocaba el horizonte cuando el explorador se acercó al galope a los isleños. James dio orden de detenerse. Refrenando a su montura, el explorador dijo:

—En el *wadi* Al Sáfra se está reuniendo una caravana. Un centenar de guardias, puede que más.

James masculló una maldición.

—¿Algún indicio de mi hermano? —preguntó Erland.

—No he podido acercarme lo suficiente, mi príncipe.

—¿Hay algún sitio por donde podamos acercarnos al campamento? —dijo Locklear.

—Un arroyo poco profundo corre por un lado del *wadi* y al final se convierte en un barranco que queda cerca del campamento, mi señor. Cuatro, quizá cinco hombres podrían acercarse sin ser vistos, si no hicieran ruido. Pero es peligroso. En un extremo, el barranco es tan poco profundo que un hombre de pie puede ver desde allí el campamento, pero estaría tan cerca que podrían verlo.

—No —ordenó James cuando Erland comenzó a demsontar—, tú harías más ruido que la carreta de un armero con esa cota de malla. Espera aquí.

—Debería ir yo, James —afirmó Gamina—. Si me acerco lo suficiente, sabré si Borric está en la caravana.

—¿Cuánto tendrías que acercarte? —preguntó su marido.

—A tiro de piedra —contestó Gamina.

—¿Podemos acercarnos tanto? preguntó James al explorador.

—Estaremos tan cerca que veremos si alguno de esos cerdos tiene ampollas en la cara, mi señor.

—Bien —dijo Gamina, y se recogió el bajo del vestido de montar para que no tocara el suelo. Luego lo remeti6 en su ancho cintur6n de cuero, a la manera de las pescadoras de Stardock cuando vadeaban los baj6os.

James hizo caso omiso de aquella imp6dica exhibici6n, que dej6 al descubierto las piernas esbeltas y blancas de su esposa hasta lo alto de los muslos, y procur6 dar con una buena raz6n para impedir que Gamina lo acompa1ara. No encontr6 ninguna. *Eso es lo malo de tener una mente l6gica y reconocer a las mujeres las mismas capacidades que a los hombres*, se dijo mientras desmontaba. *Que no hay forma de encontrar un motivo para ahorrarles el peligro.*

Locklear indic6 a un par de guardias que acompa1aran a James, a Gamina y al explorador, y los cinco echaron a andar por la senda. Avanzaban lentamente mientras el sol se pon6 por el oeste. Al acercarse al final del arroyo, el cielo era ya de un gris pizarroso y el desierto bull6a, lleno de fulgores p6rpuras y rosas; la luz del sol, que se reflejaba en las nubes del mar distante, ba1aba el paisaje con un crep6sculo rosado.

La algarab6a de la caravana resonaba como un eco en la penumbra cada vez m6s densa y James mir6 a su alrededor para ver si hab6a alguien cerca. Gamina le toc6 el brazo ligeramente y sus pensamientos llegaron hasta 6l. *Siento muchas mentes en el wadi, amor m6o.*

¿Y Borric?, pregunt6 6l en silencio.

Nada, reconoci6 ella. *Pero debo acercarme m6s para estar segura.*

James agarr6 al explorador por el brazo y dijo:

—¿Podemos acercarnos m6s?

El keshiano contest6 en un susurro:

—Hay un recodo m6s adelante. Si lo seguimos, estaremos tan cerca que podremos orinarnos encima de esos perros. Pero tened cuidado, mi se1or, porque es posible que all6 tiren despojos y basuras y puede que haya guardias cerca.

James asinti6 con la cabeza y el explorador los condujo hacia la penumbra.

* * *

James recordaba varias ocasiones de su pasado en las que un viaje corto se le hab6a hecho eterno, pero le parec6a que ninguno le hab6a llevado tanto tiempo como el que tardaron en recorrer el corto trecho hasta el final del barranco. Al llegar a 6l, oyeron las voces de los guardias que recorr6an el per6metro del campamento charlando despreocupadamente. El trayecto no solo resultaba inquietante por el peligro que corr6an, sino porque el final del barranco serv6a de vertedero y letrina; los isle1os ten6an que avanzar entre basura y excrementos, tanto humanos como animales.

James pis6 algo h6medo y suave y por el olor que pend6a sobre la hondonada

como una niebla molesta, decidió que prefería no saber qué era. Podía adivinarlo. Hizo una seña al explorador, que a su vez le indicó con un gesto que no podían arriesgarse a acercarse más.

James se asomó cautelosamente por encima del borde del barranco. A no más de diez pasos de distancia, dos siluetas se recortaban a la luz de las hogueras del campamento. Acurrucadas juntas a ellas al calor de la lumbre había al menos treinta personas de aspecto miserable, pero entre ellas James no vio a Borric. No veía todas las caras, pero estaba seguro de que su cabello rojo se habría distinguido fácilmente entre el mar de cabezas morenas, pese a la luz movediza del fuego.

Luego un hombre ataviado con un manto púrpura se acercó a los dos guardias y, por un instante, a James se le encogió el corazón. Pero no era Borric. El del manto llevaba la capucha echada hacia atrás, y James nunca había visto su cara de barba oscura, que miraba a los guardias con expresión hosca. Llevaba una espada a la cadera y ordenó a los dos guardias que se callaran y siguieran adelante.

Se volvió cuando otro se acercó a él; un hombre alto con chaleco de cuero y la marca de casta de los tratantes de esclavos de Durbin en el brazo. James no había visto aquella marca desde que era un muchacho, pero, al igual que todos los miembros de la banda de los Burladores, el gremio de ladrones de Krondor, la conocía por su reputación. Los tratantes de esclavos de Durbin no eran hombres a los que pudiera molestarse a la ligera.

James se arriesgó a echar otra ojeada al campamento; después, se agachó junto a su esposa. Gamina tenía los ojos cerrados y una mueca de concentración en la cara. Estaba buscando a Borric entre los prisioneros del campamento. Por fin abrió los ojos y la voz de su pensamiento llegó hasta James. *No hay ningún pensamiento que reconozca como de Borric en el campamento.*

—¿Estás segura? —preguntó él.

Ella respondió con tristeza: *Si estuviera en el campamento, con lo cerca que estamos, lo encontraría. Aunque durmiera, yo sentiría su presencia, de estar ahí.* Suspiró sigilosamente y James sintió el eco de su tristeza. *No hay otra explicación, salvo que yace enterrado bajo las rocas, donde encontramos la bota.* Hubo un momento de silencio. Luego añadió: *Está muerto.*

James se quedó inmóvil un instante; luego se acercó al explorador. Mediante señas, ordenó regresar por donde habían llegado. La búsqueda había acabado.

* * *

—¡No! —Erland se negaba amargamente a aceptar la conclusión de Gamina—. No puedes saberlo a ciencia cierta.

James describió sus observaciones por tercera vez desde su regreso al lugar donde

Erland y la compañía les esperaban.

—Vimos a un bandido con su manto, así que cabe suponer que posiblemente también le quitaron las botas, eso te lo garantizo. Pero, además, no había ni rastro de él en el campamento. —Dirigiéndose al explorador keshiano, preguntó—: ¿Hay alguna posibilidad de que los bandidos que nos atacaron no formaran parte de esa caravana de tratantes de esclavos?

El explorador se encogió de hombros, como diciendo que todo era posible.

—Seguramente no, mi señor. Es poco probable que os atacaran por pura coincidencia, ya que se llevaron a algunos de vuestros hombres. Los que queden vivos, sin duda estarán en ese campamento.

James asintió con la cabeza.

—Si estuviera vivo, Erland, Gamina habría podido hablarle.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Gamina dijo de modo que todos en el campamento pudieran oírla: *Yo domino mis facultades, Erland. Puedo elegir con cuántas personas, muchas o pocas, deseo hablar, y cuando entro en contacto con una mente, puedo reconocer su modo de pensar. Los pensamientos de Borric no estaban entre los del campamento.*

—Puede que estuviera inconsciente.

Gamina sacudió la cabeza con tristeza.

—Habría notado su presencia, aunque estuviera inconsciente. Sentí... su ausencia. No puedo explicarlo mejor. No estaba entre ellos.

El explorador dijo:

—Mi señor, puedo quedarme con vosotros esta noche, pero luego tendré que ir en busca de mi sargento. Querrá saber de esos durbinitas. El gobernador de Durbin es poco más que un pirata y un forajido, y tarde o temprano la noticia de esta afrenta llegará a la Corte de la Luz. Cuando la Emperatriz, bendita sea, decida al fin actuar, habrá represalias y serán terribles. Sé que eso no aliviará vuestro pesar, pero atacar a un príncipe de sangre real de camino a su jubileo es mucho más que un insulto. La Emperatriz, alabado sea su nombre, se lo tomará sin duda como una afrenta personal y vengará a vuestra familia.

La ira de Erland no disminuyó lo más mínimo.

—¿Y qué hará? ¿Reprender al gobernador de Durbin? Y luego mandar una carta oficial de disculpa, imagino.

—Es más probable que ordene que la ciudad sea rodeada y quemada hasta los cimientos, con todos sus vecinos dentro, señor. O, si se siente compasiva, quizá perdone a la ciudad y solo mande a vuestro rey al gobernador de Durbin con toda su familia y vasallos, naturalmente, para que reciba su castigo. Dependerá de su humor en el momento de decidir.

Erland estaba abrumado. La impresión de la aparente muerte de Borric, que empezaba a apoderarse de él, y la actitud hastiada del guardia que así hablaba del poder de aquella mujer, conspiraban para nublarle el entendimiento. Se limitó a

asentir con la cabeza, aturdido.

James intentó desviar la conversación de la terrible situación diplomática que se derivaría de la muerte de Borric.

—Te rogamos que lleves contigo unas cartas para que sean remitidas al príncipe de Krondor, con el fin de mitigar cualquier dificultad que surja entre nuestras dos naciones.

El explorador asintió con la cabeza.

—Yo sirvo en la frontera, mi señor. Haré gustosamente lo que me pedís. —Se fue entonces a ocuparse de su caballo. James hizo una seña a Locklear, quien a su vez señaló a Erland con la cabeza. Los jóvenes barones se apartaron para hablar en privado.

Locklear dijo:

—Menudo lío.

—Bueno, otras veces nos hemos enfrentado a dificultades. Para eso nos entrenaron, para tomar decisiones.

Locklear dijo:

—Creo que deberíamos considerar el volver a Krondor.

—Si lo hacemos —contestó James—, y Arutha ordena a Erland regresar al jubileo, nos arriesgamos a ofender a la emperatriz por llegar tarde.

—El festival durará más de dos meses —repuso Locklear—. Llegaríamos antes de que acabara.

—Aun así, prefiero que estemos allí desde el principio. —James paseó la mirada por la noche oscura—. Ahí fuera está pasando algo. No puedo evitar sentirlo. —Puso un dedo sobre el pecho de Locklear—. Es demasiada coincidencia que nos asaltaran a nosotros.

—Puede que sí —contestó Locky—, pero si éramos el objetivo de una emboscada, los que se esconden tras ella son los mismos que intentaron asesinar a Borric en Krondor.

—Sean quienes sean. —James se quedó callado un rato. Luego dijo—: No tiene sentido. ¿Por qué querrían matar al chico?

—Para provocar una guerra entre nuestro Reino y el imperio.

—No, eso es obvio. Me refiero a por qué desearía nadie una guerra.

Locklear se encogió de hombros.

—¿Por qué desea uno que empiece una guerra? Debemos descubrir a quién, dentro del imperio, beneficiaría el que se desestabilizara la frontera norte. Ese será el culpable más probable.

James hizo un gesto de asentimiento.

—Eso no podremos hacerlo en Krondor.

Se volvió y, al ver que Erland estaba solo, contemplando la noche desértica, se acercó a él. En voz baja dijo:

—Debes hacerte a la idea, Erland. Has de deshacerte pronto de tu dolor y aceptar

el cambio de circunstancias que te ha deparado el destino.

Erland parpadeó, confuso, como si algo lo hubiera deslumbrado de pronto.

—¿Qué?

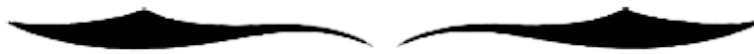
James se volvió para ponerse frente a él. Apoyando firmemente una mano sobre el hombro del joven, dijo:

—Ahora eres el heredero. Serás nuestro próximo rey. Y llevarás contigo el destino de nuestra patria cuando llegemos a Kesh.

Erland parecía no oírlo. Sin decir nada, fijó la mirada en el oeste, hacia la lejana caravana de esclavos. Al fin, hizo volver lentamente grupas a su caballo y cabalgó hacia el lugar donde los demás esperaban para reanudar su viaje hacia el sur, hacia el corazón de Kesh la Grande.



Cautivo



Borric se despertó.

Permaneció inmóvil y se esforzó por distinguir algo entre la algarabía de voces y sonidos siempre presente en el campamento, incluso de noche. Por un instante, mientras estaba aún adormilado, creía haber oído que alguien lo llamaba suavemente.

Se sentó y parpadeó al mirar a su alrededor. Casi todos los cautivos seguían aún acurrucados junto a la hoguera, como si su luz y su calor pudiera de algún modo disipar el frío temor de sus almas. Él había preferido echarse lo más lejos posible del hedor del vertedero, al otro lado del grupo de esclavos. Al moverse, sintió de nuevo los grilletes que sujetaban sus muñecas, el metal plateado y plano, de aspecto extraño que, según se decía, tenía la propiedad de anular los poderes mágicos de quien se viera forzado a llevarlos. Tembló y se dio cuenta de que la noche empezaba a volverse fría en el desierto. Le habían quitado el manto y la camisa, dejándole solo los pantalones. Se acercó a la hoguera, provocando aquí y allá una maldición o una queja al abrirse paso entre los cautivos, reacios a moverse. Apenas recibió, sin embargo, más que una mirada de enfado o un insulto en voz baja por sus desconsiderados empujones entre la masa de esclavos. Los cautivos habían perdido por completo el ímpetu de luchar.

Borric se sentó entre dos hombres que procuraron ignorar su intromisión. Cada cual vivía momento a momento, inmerso en su propia infelicidad.

Un grito atravesó la noche: los guardias habían vuelto a asaltar a una de las cinco mujeres cautivas. Poco antes, una sexta mujer se había defendido en exceso; había mordido la arteria del cuello del guardia que la estaba violando, provocando la muerte de ambos. La del guardia, sin embargo, había sido más rápida y menos dolorosa.

Por cómo sonó el lastimoso gemido que siguió al grito, Borric pensó que la

muerta era la afortunada. Dudaba de que ninguna de las mujeres siguiera viva cuando llegaran a Durbin. Entregándoselas a los guardias, el tratante de esclavos evitaba problemas durante muchos días por llegar. Si alguna sobrevivía al viaje, sería vendida por cuatro cuartos como fregona. Ninguna era lo bastante joven o lo bastante atractiva como para que el jefe de la caravana se tomara la molestia de hurtársela a los guardias.

Como atraído por las reflexiones de Borric, el tratante de esclavos apareció a la orilla de la hoguera. Se quedó allí, a la luz rojiza y dorada del fuego e hizo sus cuentas. Complacido con lo que vio, se volvió hacia su tienda. «Kasim». Así había oído Borric que lo llamaban. El príncipe se había fijado bien. Estaba seguro de que algún día lo mataría.

Mientras Kasim se alejaba de los esclavos, a los que los guardias vigilaban de cerca, un hombre lo llamó y se acercó a él. Su nombre era Salaya, y llevaba el manto púrpura que Borric había ganado dos noches antes, en Stardock. Al llegar Borric al campamento esa mañana, al amanecer, aquel hombre le había exigido inmediatamente el manto y había golpeado al príncipe cuando este pareció tardar en quitárselo. El hecho de que Borric llevara grilletes en ese momento no parecía haberle importado. Después de que el príncipe fuera golpeado repetidamente, Kasim había intervenido, señalando lo obvio. Salaya apenas se había aplacado mientras liberaban primero una de las muñecas de Borric y luego la otra para que se quitara el manto. Parecía responsabilizar a Borric del bochorno que su propia impaciencia le había causado, como si fuera culpa del príncipe que fuera un cerdo estúpido. Borric también había decidido su muerte. Kasim dio algunas instrucciones a Salaya, que parecía escuchar a medias, enfurruñado. Luego, el tratante de esclavos se marchó, camino de la recua de caballos. Borric pensó que seguramente iba a inspeccionar a otro grupo de esclavos recién llegado a la caravana improvisada.

Varias veces durante aquel día Borric había pensado en revelar su identidad, pero la cautela se lo había impedido siempre. Era muy probable que no le creyeran. Nunca llevaba su sello, que le molestaba cuando cabalgaba y que llevaba por ello guardado en el equipaje, entre los hatos de los que los bandidos no se habían apoderado. Aunque quizá su cabello rojo les hiciera detenerse a pensar en la probabilidad de que fuera quien decía ser, aquel color de pelo no era en modo alguno infrecuente entre los que vivían en Krondor. El cabello rubio podría ser la norma entre las gentes de tez blanca que vivían en Yabon y a lo largo de la Costa Lejana, pero entre los krondorianos había tantos pelirrojos como rubios. Y demostrar que no era un mago le costaría algún esfuerzo, porque ¿qué diferencia había entre uno que no practicaba la magia y uno que la practicaba y fingía lo contrario?

Borric se decidió por fin. Esperaría hasta que llegaran a Durbin; luego, buscaría a alguien que pudiera entender algo mejor sus circunstancias. Dudaba de que Kasim o alguno de sus hombres, sobre todo si eran tan brillantes como Salaya, lo entendieran o le creyeran. Pero alguien con inteligencia suficiente para ser su jefe, quizá sí

comprendiera. Y, si era así, probablemente Borric pudiera quedar libre mediante el pago de un rescate.

Consolándose como podía con estos pensamientos, Borric empujó a un cautivo medio dormido y lo apartó un poco para echarse otra vez. Los golpes en la cabeza lo habían dejado abotargado, y el sueño lo asaltaba a menudo. Cerró los ojos y por un momento la sensación de que el suelo giraba bajo él le dio náuseas. Luego pasó. Poco después, un sopor espasmódico se apoderó de él.

* * *

El sol quemaba como la encarnación furiosa de Prandur, el dios fuego. Como si pendiera a unos pocos metros de él, caía a plomo sobre la piel clara de Borric, abrasándola. Cuando servía en las fronteras del norte había tenido las manos y la cara ligeramente bronceadas, pero el sol ardiente del desierto lo quemaba, debilitándolo. El segundo día le habían salido ampollas en la espalda, y el dolor de las quemaduras lo aturdió. Los primeros dos días habían sido malos, mientras la caravana avanzaba entre la meseta pedregosa y el yermo arenoso que los hombres del desierto llamaban las dunas del Jal-Pur. Las cinco carretas se movían lentamente por el polvoriento camino de arena apelmazada que, el mismo sol que iba matando poco a poco a los esclavos, cocía hasta hacerla parecer ladrillo.

Tres habían muerto la víspera. A Salaya no le servían de nada los débiles; solo los trabajadores fuertes y sanos se cotizaban en el mercado de esclavos de Durbin. Kasim no había regresado aún de un asunto del que había ido a ocuparse y Salaya, al que Borric había tachado de cerdo sádico nada más conocerlo, lo había sustituido al frente de la caravana. Les repartían agua tres veces al día: antes del alba, al mediodía, cuando conductores y guardias paraban a descansar, y con la cena. O, mejor dicho, se corrigió Borric, con la única comida del día, consistente en un pan seco y mohoso, con poco sabor y menos sustancia. Borric confiaba en que las cosas suaves que había en el pan fueran pasas; no se había molestado en mirar. La comida era lo que lo mantenía vivo, por desagradable que fuera.

Los esclavos formaban un grupo lastimoso; cada uno de ellos parecía extraviado en su propio sufrimiento. Debilitados por el calor, pocos tenían algo que decirse los unos a los otros. Hablar era un derroche innecesario de energía. Borric, no obstante, había conseguido sonsacar alguna información a uno o dos de ellos. Los guardias estaban menos atentos, ahora que la caravana atravesaba el yermo; aunque algún esclavo escapara, ¿adonde iría? El desierto era el guardia más severo de todos. Una vez en Durbin, descansarían un par de días, quizá incluso una semana, para que sus pies ensangrentados y su piel quemada curaran, y para que ganaran peso antes de salir a subasta. Los esclavos extenuados por el viaje valían poco.

Borric intentaba sopesar sus alternativas, pero el calor y la quemazón del sol lo habían debilitado, haciéndolo enfermar, y la falta de comida y agua lo había sumido en un estado de estupor. Sacudió la cabeza y procuró concentrar su atención en un modo de escapar, pero solo conseguía mover los pies, primero uno y luego el otro, subirlos y dejarlos caer delante de sí, una y otra vez, hasta que les permitían detenerse.

Luego el sol se desvaneció y se hizo de noche. Se ordenó a los esclavos sentarse junto a la hoguera, como las tres noches anteriores, a escuchar a los guardias divertirse con las cinco cautivas que quedaban. Las mujeres ya no chillaban, ni se defendían. Borric comió su mendrugo de pan y bebió su agua a sorbos cortos. La primera noche tras entrar en el desierto un hombre se había bebido el agua de un trago, y la había vomitado unos minutos después. Los guardias no le dieron más. Al día siguiente, murió. Borric había aprendido la lección. Por más que deseara echar la cabeza hacia atrás y apurar de un trago la copa de cobre, hacía durar el agua caliente y rancia, bebiéndola lentamente. El sueño se apoderaba de él rápidamente, el sopor profundo y sin sueños de la extenuación, del que no se obtenía verdadero descanso. Cada vez que se movía, las quemaduras en carne viva lo despertaban. Si daba la espalda al fuego, el calor le abrasaba la piel, pero si se apartaba de la hoguera el frío le hacía estremecerse. Sin embargo, por lejos o cerca que estuviera la fuente de su malestar, la fatiga lo vencía muy pronto, hasta que se movía y el ciclo comenzaba otra vez. Y luego, de improviso, los golpes de las lanzas y las botas lo despertaban y lo hacían levantarse, como a los demás.

En el frescor de la mañana, el aire casi húmedo de la noche parecía una lente para el sol, una lente que atraía el fuego abrasador de Prandur para atormentar a los esclavos. Antes de que hubiera pasado una hora, dos hombres más cayeron y fueron abandonados en el lugar donde se desplomaron sobre la arena.

La mente de Borric se encerró en sí misma. Lo único que quedaba de ella era una conciencia animal, una bestia astuta y feroz que se resistía a morir. Cada gota de energía que poseía se concentraba en una sola tarea: avanzar y no caer. Caer era morir.

Luego, tras moverse siempre hacia delante sin sentir durante un tiempo, unas manos lo agarraron.

—Alto —ordenó una voz.

Borric parpadeó y vio una cara a través del destello de unas luces amarillas. Era una cara compuesta por nudos y protuberancias, ángulos y planos, una piel oscura como ébano por encima de una barba rizada. Era la cara más fea que Borric había contemplado. Era magnífica en su asquerosidad.

Borric comenzó a reírse, pero de su garganta cuarteada solo salió un silbido seco.

—Siéntate —dijo el guardia, y lo ayudó a sentarse en el suelo con sorprendente delicadeza—. Es la hora del descanso de mediodía. —Miró a su alrededor para ver si alguien lo observaba, abrió su odre de agua y se echó un poco en la mano—. A

vosotros los del norte el sol os mata enseguida. —Mojó la nuca de Borric y se secó la mano pasándola por el pelo del príncipe, refrescando de ese modo levemente su cabeza caldeada—. Han caído demasiados por el camino. A Kasim no va a hacerle ninguna gracia. —Vertió rápidamente un poco de agua para el joven príncipe y se alejó como si nada hubiera pasado entre ellos.

Luego, otro guardia llegó con el odre y las tazas y comenzó el clamor del agua. Los esclavos que aún podían hablar proclamaban su sed como si callar fuera arriesgarse a pasar inadvertidos.

Borric apenas podía moverse. Cada uno de sus movimientos hacía estallar tras sus párpados oleadas de una luz amarilla y blanca con destellos rojos. Aun así, alargó la mano, casi ciego, para coger la copa metálica. El agua estaba caliente y amarga, pero para sus labios agrietados era más dulce que el mejor vino de Natal. Bebió a sorbos el vino, obligándose a retenerlo en la boca como su padre le había enseñado, y dejó que el líquido púrpura oscuro circulara alrededor de su lengua para apreciar los sutiles y complejos componentes de su sabor. Un deje de amargor, quizá de los tallos y las pocas hojas que quedaban en la tina del mosto mientras el vinatero intentaba que su vino alcanzara el punto óptimo de fermentación antes de meterlo en las barricas. O quizá fuera un defecto. Borric no reconocía aquel vino; le faltaba cuerpo y estructura, y acidez para contrarrestar el sabor frutal. No era un vino muy bueno. Quizá su padre quisiera ponerles a prueba a Erland y a él sirviendo en la mesa un mal vino del país, para comprobar si estaban atentos.

Borric parpadeó y a través de los párpados, pegados por el calor y la sequedad, no vio dónde estaba la vasija. ¿Cómo iba a escupir el vino si no había vasija donde echarlo? No debía beberlo, o se emborracharía, porque era solo un niño. Quizá si volvía la cabeza y lo escupía bajo la mesa nadie se daría cuenta.

—¡Eh! —gritó una voz—. ¡Ese esclavo está escupiendo el agua!

Unas manos le arrancaron la taza de las manos, y cayó hacia atrás. Se quedó tumbado en el suelo del comedor de su padre y se preguntó por qué las piedras estaban tan calientes. Deberían estar frías. Siempre lo estaban. ¿Cómo es que se habían puesto tan calientes?

Entonces unas manos lo levantaron con urgencia y otras lo ayudaron a sostenerse.

—¿Qué es esto? ¿Intentas matarte no bebiendo?

Borric abrió los ojos ligeramente y vio delante de sí el vago contorno de un rostro.

—No sé qué vino es este, padre —dijo débilmente.

—Está delirando —dijo la voz.

Unas manos lo alzaron y lo llevaron en vilo, y luego se halló en un lugar más oscuro. Echaron agua sobre su cara y su cuello, sobre sus muñecas y brazos. Una voz distante dijo:

—Juro por los dioses y los demonios que tienes menos cerebro que un gato muerto hace tres días, Salaya. Si no hubiera aguantado hasta encontraros, habrías

dejado que este también se muriera, ¿no?

Borric sintió entrarle agua en la boca y bebió. No era media taza, ni sabía amarga, sino un verdadero chorro de agua casi fresca. Bebió.

La voz de Salaya contestó:

—Los débiles no nos dan beneficios. Nos ahorramos dinero dejándoles morir por el camino; así no tenemos que darles de comer.

—¡Serás idiota! —gritó el otro—. ¡Este es un esclavo de primera! Míralo. Es joven, no puede tener más de veinte años, si yo conozco mi oficio, y no es mal parecido, aunque esté quemado. Además, está sano... o al menos lo estaba hace unos días. —Se oyó una exclamación de disgusto—. Estos del norte, con la piel tan clara, no aguantan el sol como los que hemos nacido en el Jal-Pur. Un poco más de agua y de sombra, y habría estado listo para la subasta de la semana que viene. Ahora tendré que quedarme con él otras dos semanas para que se cure y recupere las fuerzas.

—Maestre...

—Ya basta, déjalo aquí, debajo de la carreta, mientras echo un vistazo a los otros. Puede que alguno más sobreviva si los encuentro a tiempo. No sé qué le habrá pasado a Kasim, pero el día que te dejó a ti a cargo de la caravana fue un día desgraciado para el gremio.

A Borric, aquella conversación le parecía muy extraña. ¿Y qué había sido del vino? Tendido bajo la carreta, en medio de un frescor relativo, dejó vagar su mente mientras, unos pasos más allá, el maestre del gremio de los tratantes de esclavos de Durbin inspeccionaba a los cautivos que al día siguiente serían entregados a los corrales de esclavos.

* * *

—¡Durbin! —exclamó Salman. Su rostro nudoso y negro se contrajo en una amplia sonrisa. Conducía la última carreta del convoy, en la que iba Borric. Los dos días transcurridos desde que fuera llevado a la sombra de la carreta le habían devuelto a la vida cuando se hallaba al borde de la muerte. Iba ahora en la última carreta, con otros tres esclavos que se recuperaban de una insolación. Tenían cuanta agua querían y su piel quemada había sido recubierta con suaves afeites y emplastos de hierbas que reducían el dolor feroz hasta convertirlo en un picor sordo.

Borric se puso de rodillas y se levantó luego con piernas temblorosas mientras la carreta avanzaba zarandeándose por el empedrado de la carretera. Vio pocas cosas de interés en torno a la ciudad, pero las tierras que les rodeaban eran ahora verdes en vez de arenosas. Llevaban medio día pasando junto a pequeñas alquerías. Borric recordó lo que de niño le habían enseñado acerca de la célebre fortaleza pirata.

Durbin dominaba las únicas tierras de labor entre el valle de los Sueños y las

estribaciones de las montañas de los Trolls, así como el único puerto seguro que podía hallarse entre Finisterre y Ranom. A lo largo de la costa sur del mar Amargo, traicioneros bajíos aguardaban a los botes y navios que tuvieran la mala fortuna de quedar atrapados por los inesperados vientos del norte que soplaban con frecuencia. Durante siglos, Durbin había sido hogar de piratas, raqueros y saqueadores, y también de tratantes de esclavos.

Borric asintió con la cabeza mirando a Salman. El bandido, menudo y alegre, había demostrado ser al mismo tiempo amigable y charlatán.

—He vivido ahí toda mi vida —dijo con una sonrisa aún más amplia—. Y mi padre también nació en Durbin.

Siglos antes, cuando los hombres del desierto del Jal-Pur conquistaron Durbin, encontraron una salida al comercio del mar Amargo y, cuando el imperio conquistó a los hombres del desierto, Durbin era ya su capital. Ahora es la sede del gobernador imperial, pero nada ha cambiado. Sigue siendo Durbin.

—Dime —dijo Borric—, ¿todavía controlan la ciudad Los Tres Gremios?

Salman se echó a reír.

—¡Estás muy bien informado! Pocos fuera de Durbin saben esas cosas. El gremio de los Tratantes de Esclavos, el gremio de los raqueros y el de los capitanes de la costa. Sí, los tres gobiernan todavía la ciudad. Son ellos y no el gobernador imperial quien decide quién ha de vivir o morir, quién trabaja y quién come. —Se encogió de hombros—. Así es y así ha sido siempre. Antes del imperio. Antes de la llegada de los hombres del desierto. Siempre.

Pensando en el poder que en Krondor tenían los Burladores, el gremio de ladrones, Borric preguntó:

—¿Qué hay de los mendigos y los ladrones? ¿No tienen poder?

—¡Ja! —contestó Salman—. Durbin es la ciudad más decente del mundo, mi culto amigo. Los que vivimos en ella nos acostamos por las noches con las puertas abiertas y podemos caminar por sus calles con toda tranquilidad. Porque el que roba en Durbin es un tonto, y a los pocos días acaba muerto o convertido en esclavo. Así lo han decretado Los Tres Gremios, ¿y quién es el necio que duda de su sabiduría? Yo, desde luego, no. Y así ha de ser, porque Durbin no tiene amigos más allá de los bajíos y las arenas.

Borric dio unas suaves palmadas a Salman en el hombro y volvió a sentarse en la parte de atrás de la carreta. De los cuatro esclavos enfermos, él era el que se había recuperado más aprisa, pues era el más joven y atlético. Los otros tres eran labriegos más mayores, y ninguno mostraba inclinación alguna por recuperarse rápidamente. *La desesperación te roba las fuerzas antes que la enfermedad*, se dijo Borric.

Bebió un poco de agua y se maravilló al sentir el primer soplo de la brisa del mar que entró en la carreta mientras descendían por el camino, hacia la puerta de la ciudad. Amos Trask, el consejero de su padre que les había enseñado a navegar a Erland y a él, había sido filibustero en su juventud y había hecho incursiones en Las

Ciudades Libres, en Queg y en el reino bajo el sobrenombre de Capitán Trenchard, el Puñal de los Mares. Había sido un miembro destacado de los capitanes de la costa. Pero, aunque contaba muchos cuentos sobre el mar, casi nunca decía nada de la política que seguían los capitanes. Aun así, quizás alguien se acordara aún del Capitán Trenchard, y ello podía serle útil a Borric.

Había decidido ocultar su identidad un poco más. Aunque no le cabía duda alguna de que los tratantes de esclavos pedirían rescate a su padre, creía que tal vez pudiera evitar las complicaciones internacionales que surgirían si eso llegaba a pasar. Ganaría un poco de tiempo en los corrales de los esclavos, recuperaría fuerzas y después huiría. El desierto era una barrera formidable, pero cualquier bote pequeño del puerto sería su pasaje hacia la libertad. Había casi cinco mil millas hasta Finisterre, la ciudad del padre del barón Locklear, y tendría que navegar en contra de los vientos dominantes, pero podía lograrlo. Pensaba en todo esto con la confianza de quien, a los diecinueve años, no conoce el significado de la derrota. Su cautiverio era un mero contratiempo, nada más.

* * *

Los corrales de los esclavos estaban cubiertos por tejados de ripias apoyados sobre altas vigas que protegían a los cautivos del calor del mediodía o de las tormentas inesperadas del mar Amargo. Los costados, en cambio, eran de tablillas y traviesas separadas por intersticios, para que los guardias pudieran vigilar a los esclavos. Un hombre sano podía encaramarse fácilmente a la valla de tres metros de alto, pero, para cuando llegara arriba y se metiera por el hueco entre la valla y las traviesas que sostenían el techado, un metro y medio más arriba, los guardias estarían esperándolo.

Borric consideró el apuro en que se hallaba. Cuando lo vendieran, tal vez su nuevo amo fuera poco estricto en cuanto a su seguridad, o quizá lo fuera aún más. La lógica le dictaba que intentara escapar mientras estuviera confinado cerca del mar. Su nuevo amo podía ser un mercader quegano, un viajero de Las Ciudades Libres, o incluso un noble del reino. O quizá lo llevara al interior del imperio, lo que sería aún peor. Y Borric no estaba dispuesto a dejar que el destino decidiera por él.

Tenía un plan. La única dificultad consistía en conseguir que los otros prisioneros cooperaran. Si lograba distraer a los guardias el tiempo suficiente, podría saltar la valla y perderse en la ciudad. Sacudió la cabeza. Sabía que como plan no era gran cosa.

—¡Pssst!

Borric se giró para ver de dónde procedía aquel extraño sonido. Al no ver nada, volvió a ensimismarse, pensando en cómo podía mejorar su plan.

—¡Pssst! Aquí, noble joven. —Borric miró de nuevo por entre los travesados,

pero esta vez hacia abajo, y vio una pequeña figura a la sombra angosta del corral.

Un niño de no más de once o doce años le sonreía desde el escaso cobijo que ofrecía uno de los grandes pilares del techado. Si se movía unos pocos centímetros en cualquier sentido, sin duda algún guardia lo vería.

Borric miró a su alrededor y vio a dos guardias hablando en una esquina.

—¿Qué? —susurró.

—Si distrajeras la atención de los guardias un instante, noble señor, te estaría eternamente agradecido —contestó en un murmullo.

Borric dijo:

—¿Por qué?

—Solo necesito que se distraigan un momento, señor.

No viendo perjuicio en ello, salvo quizá el de recibir un golpe por su insolencia, Borric asintió. Se acercó a los guardias y dijo:

—¡Eh! ¿Cuándo se come aquí?

Los guardias parpadearon, confusos, y luego uno de ellos soltó un gruñido. Metió el extremo de la lanza por un hueco de la valla y Borric tuvo que hacerse a un lado para esquivar el golpe.

—Siento haber preguntado —dijo.

Riendo para sus adentros, movió los hombros debajo de la tosca camisa que le habían dado y resistió las ganas de rascarse. Llevaba tres días vestido y sus quemaduras estaban curando, pero la piel pelada y el picor lo traían a mal traer. La siguiente subasta de esclavos sería a la semana siguiente, y sabía que él saldría a la venta. Se estaba recuperando rápidamente.

Se volvió al notar un tirón en la manga y allí, a su lado, estaba el niño.

—¿Qué haces aquí?

El niño le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿A qué te refieres, señor?

—Creía que intentabas escapar de los corrales —dijo Borric con un áspero susurro.

El chico se echó a reír.

—No, noble joven. Necesitaba que distrajeras tan magnánimamente a los guardias para entrar en el corral.

Borric miró al cielo.

—Doscientos prisioneros, todos soñando constantemente con salir de aquí, y me tenía que tocar el único loco del mundo que desea entrar. ¿Por qué a mí?

El niño levantó los ojos hacia donde Borric miraba y dijo:

—¿A qué deidad habla mi señor?

—A todas. Oye, ¿de qué va todo esto?

El chico lo agarró del codo y lo condujo hacia el centro del corral, donde llamarían menos la atención de los guardias.

—Es un asunto de cierta complejidad, mi señor.

—¿Y por qué te diriges a mí llamándome «mi señor»?

El rostro del muchacho se contrajo en una sonrisa, y Borric lo miró detenidamente. Unas mejillas redondas y coloradas por el sol dominaban su cara morena. Lo poco que veía de sus ojos, que la risa convertía en estrechas ranuras, sugería que eran oscuros hasta ser casi negros. Bajo una capucha demasiado grande para él, su pelo negro, áspero y mal cortado sobresalía en distintas longitudes.

El chico hizo una leve reverencia.

—Todos los hombres son superiores a uno tan bajo como yo, mi señor, y merecen respeto. Hasta esos cerdos de los guardias.

Borric no pudo remediar sonreír al oír aquella réplica.

—Bueno, entonces, dime por qué tú, entre todos los hombres cuerdos de este mundo, deseas hallarte en tan mísera compañía.

El chico se sentó en el suelo y le hizo señas de que se sentara él también.

—Me llamo Suli Abul, joven señor. Soy mendigo de oficio. Y también, me avergüenza admitirlo, me encuentro bajo amenaza de castigo por parte de Los Tres. ¿Conoces a Los Tres? —Borric asintió con la cabeza—. Entonces sabrás que su ira es grande y largo el alcance de su mano. Vi a un viejo mercader que se había parado a echar una cabezadita al sol de mediodía. De su faltriquera rota se habían caído algunas monedas. Si hubiera esperado a que se despertara y me hubiera arriesgado a que no echara en falta las monedas, me las habría encontrado en el suelo y nadie habría pensado mal de mí. Pero como no confiaba en que los dioses hicieran que no notara su pérdida, intenté cogerlas mientras dormitaba. Y quiso la Señora de la Suerte que se espabilara en el peor momento y gritara «¡ladrón!» a todos los que andaban por allí. Uno que me reconoció añadió mi nombre a aquel grito, y me persiguieron. Ahora Los Tres me buscan para castigarme. ¿Y qué mejor lugar para esconderme que entre los que ya están condenados a la esclavitud?

Borric guardó silencio un momento, sin saber qué responder. Meneando la cabeza, maravillado, preguntó:

—Y dime, dentro de nueve días, cuando nos vendan, ¿qué harás?

El chico se echó a reír.

—Para entonces, amable señor —dijo—, ya me habré ido.

—¿Y a dónde irás? —preguntó el príncipe, entornando los ojos.

—Volveré a la ciudad, joven señor. Mis faltas son de poca monta y Los Tres tienen muchas cosas de las que ocuparse. Un asunto de gran importancia se está tratando en el palacio del gobernador, o eso dicen los rumores que corren por las calles. Vienen y van muchos oficiales de Los Tres y del imperio. En todo caso, dentro de unos días, los que me buscan estarán ocupados con otros asuntos y yo podré volver tranquilamente a mis menesteres.

Borric sacudió la cabeza.

—¿Puedes salir con la misma facilidad con que has entrado?

El chico se encogió de hombros.

—Probablemente. Nada en la vida es seguro. Espero que sí. Si no, serán los dioses quienes decidan.

Borric agarró por la camisa al joven mendigo y lo atrajo hacia sí. En voz baja le dijo:

—Entonces, mi filosófico amigo, haremos un trato. Yo te he ayudado a entrar y tú me ayudarás a salir.

La cara morena del chico palideció.

—Señor —dijo, casi siseando entre dientes—, siendo yo tan hábil, podríamos encontrar un medio de librarte de tu cautiverio, pero eres del tamaño de un poderoso guerrero, y esos grilletes que llevas en las muñecas estorban tus movimientos.

—¿No tienes forma de librarme de ellos?

—¿Cómo iba a tenerla? —preguntó el asustado muchacho.

—¿No lo sabes? ¿Qué clase de ladrón eres tú?

El chico meneó la cabeza negativamente.

—Uno muy malo, señor, a decir verdad. Robar en Durbin es el colmo de la estupidez, así que también soy estúpido. Mis hurtos son de muy poca monta, soy el más insignificante de los ladrones. ¡Lo juro por el alma de mi madre, señor! Hoy ha sido mi primer intento.

Borric movió la cabeza de un lado a otro y dijo:

—Lo que me hacía falta, un ladrón incompetente. Podría liberarme yo solo si tuviera una ganzúa. —Respiró hondo para calmarse y no asustar más aún al chiquillo—. Necesito un trozo de alambre duro, así de largo. Un clavo fino podría servir. —Levantó el índice y el pulgar separándolos cinco centímetros para hacerle una demostración. La cadena de los grilletes le dificultaba los movimientos.

—Eso puedo conseguirlo, señor.

—Bien —dijo Borric, soltándolo. En cuanto se vio libre, el muchacho se volvió como si quisiera huir, pero Borric, que había previsto su reacción, le puso la zancadilla alargando el pie. Antes de que el chico se levantara, el príncipe lo había agarrado por las hombreras de la ropa—. Haz una escena —dijo el príncipe, señalando con la cabeza a los guardias cercanos—. Sé lo que vas a hacer, chico. No intentes soltarte y huir. Si van a sacarme a subasta dentro de una semana, me conviene no irme solo. Dame una excusa más para entregarte a los guardias y lo haré. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —murmuró el chico, completamente aterrorizado. Borric dijo:

—Te conozco, muchacho. Me ha enseñado uno que es a ti lo que tú eres para las pulgas que habitan en su camisa. ¿No me crees? —Suli, que no se fiaba de su voz, asintió con la cabeza—. Si intentas traicionarme o huir, me aseguraré de no salir solo a la venta. Estamos juntos en esto, ¿entendido? —El chico asintió de nuevo, y esta vez Borric comprendió que no decía que sí únicamente para verse libre, sino para demostrar que creía firmemente que Borric lo entregaría a los guardias si intentaba abandonarlo. Borric lo soltó y el chico cayó al suelo de golpe. Esta vez no intentó

huir; se quedó sentado sobre el duro suelo de tierra apelmazada, con una expresión de miedo y desesperanza en la cara.

—Oh, Padre Misericordioso, te ruego perdones mi necedad. ¿Por qué, oh, por qué me has enviado con este loco?

Borric se apoyó en una rodilla.

—¿Puedes conseguirme el alambre o estabas mintiendo?

El chico sacudió la cabeza.

—Puedo conseguirlo. —Se puso en pie y le indicó que lo siguiera.

Borric lo siguió hasta la valla. El chico se puso de espaldas para que los guardias no vieran su cara en caso de volverse. Señalando los tablones, dijo:

—Algunos están torcidos. Busca lo que necesitas.

Borric se puso también de espaldas, pero observó la valla por el rabillo del ojo. Unos tres tablones más abajo, la cerca se combaba ligeramente hacia fuera y sobresalía un clavo. El príncipe se recostó contra ese madero y sintió la cabeza del clavo pincharle el hombro.

Luego se volvió de repente y empujó al muchacho contra el tablero. El chico se reclinó en él y, con un solo movimiento, Borric enganchó el borde de su grillete en el clavo.

—Ahora, reza por que no lo doble —susurró. Entonces, con un brusco tirón, el clavo salió.

Borric se agachó para recogerlo y lo ocultó rápidamente para que nadie lo viera. Al mirar a su alrededor, vio con alivio que nadie se había molestado en prestar atención a su extraño comportamiento.

Con movimientos sutiles, abrió los grilletes, primero uno y luego el otro. Se frotó rápidamente las muñecas y volvió a ponérselos.

—¿Qué haces? —susurró el joven mendigo.

—Si los guardias me ven sin las esposas, vendrán a investigar. Solo quería ver si iba a ser difícil quitarlos. Está claro que no mucho.

—¿Dónde ha aprendido eso el hijo de un noble como tú? —preguntó Suli.

Borric sonrió.

—Uno de mis preceptores tuvo... una niñez pintoresca. Y no todas sus lecciones eran las que suelen darse a los... —Había estado a punto de decir «príncipes», pero en el último instante dijo—: hijos de los nobles.

—¡Ah! —dijo el chico—. Entonces eres de noble cuna. Eso me parecía, por tu forma de hablar.

—¿Mi forma de hablar? —preguntó Borric.

—Hablas como un plebeyo, honorable señor. Pero tu acento es el de uno nacido del más alto linaje, incluso de la realeza.

Borric se quedó pensando.

—Eso habrá que cambiarlo. Si tenemos que escondernos en la ciudad un tiempo, debo pasar por un plebeyo.

El chico se sentó.

—Yo puedo enseñarte. —Miró los grilletes y añadió—: ¿Por qué te han puesto grilletes, hijo del más noble de los padres? —Creen que soy un mago.

Los ojos del chico se agrandaron.

—Entonces, ¿por qué no te han matado? Los magos son muy difíciles de retener. Hasta los malos pueden hacer que te salgan furúnculos y verrugas si les molestas.

Borric sonrió.

—Casi les he convencido de que soy un pobre preceptor.

—Entonces, ¿por qué no te han quitado las cadenas?

—Casi les he convencido.

El chico sonrió.

—¿Adonde iremos, señor?

—Al puerto, donde pienso robar un pequeño bote y partir hacia el reino.

El chico asintió con la cabeza, complacido.

—Es un buen plan. Seré tu sirviente, joven señor, y tu padre me recompensará generosamente por ayudar a su hijo a escapar de este horrible corral de asesinos de alma negra.

Borric tuvo que echarse a reír.

—Tú también hablas aristocráticamente, ¿no?

El muchacho se animó.

—Hay que saber usar las palabras para ganarse la vida como mendigo, mi insigne señor. Si solo se pide limosna, no se consiguen más que cachetes y puntapiés de todo el mundo, salvo de los más amables señores. Pero si les amenazas con maldiciones de la más elaborada especie, te llueven los dones. Si digo «que la hermosura de tu mujer se torne en fealdad», ¿qué mercader se molestaría en vacilar al pasar? Pero si digo «que tu querida llegue a parecerse a tu mujer y tus hijas también», me pagará unas cuantas monedas para que retire la maldición, no vaya a ser que sus hijas se parezcan al crecer a su mujer y no les encuentre marido, y que su querida se vuelva como su esposa y él pierda su placer.

Borric sonrió, sinceramente divertido.

—¿Tanto poder tienes para maldecir que los hombres te temen de ese modo?

El chico se rió.

—¿Quién sabe? Pero ¿qué hombre no prefiere perder unas pocas monedas de cobre, por si acaso mis maldiciones funcionan?

Borric se sentó.

—Compartiré la comida contigo, ya que tienen contadas las raciones de pan y estofado. Pero tengo que salir de aquí antes de la subasta.

—Entonces darán la voz de alarma y te buscarán.

Borric sonrió.

—Eso es lo que quiero que hagan.



Borric se comió la mitad de su cena y dio el plato al chico. Suli engulló la comida y lamió el plato de hojalata para comerse las últimas migajas.

Durante siete días habían compartido las raciones de Borric, y aunque los dos tenían hambre, aquello les bastaba; los tratantes de esclavos daban generosas porciones a los cautivos que pronto saldrían a subasta. Ni las ojeras oscuras, ni las mejillas hundidas, ni los cuerpos reseco bajaban los precios, si unas cuantas comidas podían evitarlo.

Si alguna otra persona había reparado en la extraña manera en que el chico se había unido al grupo, nadie dijo nada. Los cautivos eran callados, se perdían en sus cavilaciones y pocos hacían intentos de conversar. ¿Para qué molestarse en hacer amigos entre hombres a los que probablemente no volverían a ver?

Susurrando para que nadie pudiera oírle, Borric dijo:

—Debemos huir antes del recuento de mañana.

El chico asintió con la cabeza, pero dijo:

—No lo entiendo. —Durante siete días, se había ocultado tras los esclavos, agachando la cabeza para que no le contaran. Quizá le hubieran visto una o dos veces, pero los guardias no se molestaban en volver a hacer la cuenta si les salía un cautivo de más. Sencillamente, daban por sentado que habían contado mal. Si hubiera habido de menos, habrían vuelto a contar.

—Necesito que cuando nos busquen haya el mayor alboroto posible. Pero quiero que la mayoría de los guardias estén al día siguiente en la subasta, ¿entiendes?

El chico no fingió entenderlo.

—No, señor.

Borric se había pasado la semana anterior sonsacando al muchacho toda aquella información que pudiera serle útil sobre la ciudad y cuanto rodeaba al gremio de los tratantes de esclavos.

—Más allá de esa valla está la calle que lleva al puerto —dijo Borric, y Suli asintió con la cabeza para mostrar que tenía razón—. A los pocos minutos, docenas de guardias saldrán corriendo por esa calle para encontrarnos antes de que huyamos en un barco hacia Queg o cualquier otra parte, ¿no?

El chico asintió de nuevo. Era la conclusión lógica.

—Nadie en su sano juicio se arriesgaría a adentrarse en el desierto, ¿verdad?

—Desde luego.

—Entonces, nos dirigiremos hacia el desierto.

—¡Pero señor! ¡Moriremos!

Borric dijo:

—No he dicho que vayamos a adentrarnos en el desierto, solo que iremos hacia allí y buscaremos un lugar donde escondernos.

—Pero ¿dónde, señor? Entre esta zona y el desierto solo están las casas de los ricos y poderosos, y el cuartel de los soldados de la casa del gobernador.

Borric sonrió.

Los ojos del muchacho se dilataron.

—¡Que los dioses nos guarden, señor! ¿No querrás decir...?

—Claro que sí —dijo Borric—. Es el único sitio donde jamás buscarían a dos esclavos huidos.

—¡Oh, amable señor! Debes de estar bromeando para atormentar a tu pobre servidor.

—No te aflijas tanto, Suli —dijo Borric, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie los observaba—. Tú me diste la idea.

—¿Yo, señor? Yo nunca he dicho que nos entreguemos al gobernador.

—No, pero, si no hubieras intentado esconderte de los tratantes de esclavos en el corral de los cautivos, a mí no se me habría ocurrido esto.

* * *

Borric se quitó los grilletes e indicó al chico que se levantara. Los guardias del otro extremo del corral estaban jugando a las tabas y el encargado de vigilar se había quedado dormido. Borric señaló hacia arriba y el chico asintió con un gesto. Se quitó la túnica, quedándose únicamente con los calzones, y Borric formó un estribo con las manos. El chico apoyó el pie y Borric lo levantó, impulsándolo hacia las vigas que sobresalían de los pilares del tejado. El chico se movió ágilmente a lo largo de las vigas, hasta el rincón más alejado de los guardias, junto al lugar donde dormitaba el vigilante.

Un ruido o un instante de duda podían ser su perdición, y Borric se descubrió conteniendo el aliento mientras el pequeño mendigo se deslizaba hacia la esquina del corral. Allí, Borric trepó rápidamente por la valla hasta una altura de cerca de un metro y asió la túnica que el chico había atado alrededor de la viga. Se encaramó entonces a lo alto de la viga con dos tirones y descendió hasta el lugar donde yacía el guardia dormido. Suli Abul se descolgó hasta quedar suspendido casi encima del guardia. En un movimiento coordinado, el chico levantó el casco metálico del guardia y Borric blandió los grilletes. El hierro golpeó al guardia a un lado de la cabeza con un ruido sordo, y el hombre se derrumbó.

Sin esperar a ver si alguien los observaba (si alguno de los guardias los había visto, tanto daba que abandonaran su intento en ese preciso instante), Borric dio un salto y se agarró a la túnica colgada.

Se encaramó junto al chico y aguardó un momento para recobrar el aliento; luego hizo una seña. Suli echó a andar encorvado y en silencio por la viga que corría a lo

largo del techado. Borric lo siguió, pero su estatura lo obligaba a avanzar a gatas, arrastrándose detrás del ligero muchacho.

Pasaron por encima de los guardias que jugaban a las tabas y se perdieron en la penumbra. Al final del complejo, bajaron al tejado del último corral y saltaron desde allí al muro exterior. Cayendo a medias, a medias saltando, tocaron el suelo y echaron a correr a oscuras como si la guarnición de Durbin en pleno les pisara los talones. Iban derechos a la casa del gobernador de la ciudad.

* * *

El plan había funcionado como Borric esperaba. En la ajetreada casa del gobernador de Durbin reinaba la confusión y había mucha gente que iba de acá para allá. Un par de esclavos anónimos cruzando el patio en dirección a la cocina no suscitó comentario alguno.

La alarma se había dado a los diez minutos y muchos de los vigilantes de la ciudad se hallaban ya en las calles, gritando que un esclavo había escapado. Para entonces, Borric y Suli habían encontrado un bonito desván en el ala de invitados de la casa; estaba vacío y, a juzgar por la cantidad de polvo que había, se hallaba en desuso desde hacía años.

Suli susurró:

—Está claro que eres un mago, mi señor. Si no de la clase que piensan ellos, de otra distinta. A nadie se le ocurrirá buscarnos en casa del gobernador.

Borric asintió con la cabeza. Levantó un dedo para indicarle que guardara silencio y se tumbó luego como si se dispusiera a dormir.

El nervioso muchacho apenas creyó lo que veían sus ojos cuando el joven cayó en un sueño espasmódico. Estaba demasiado tenso y excitado, y asustado, para intentar dormir. Miró por el ventanuco del tejado que habían usado para entrar en el desván, a través el cual veían claramente parte del patio y de la otra ala de la casa del gobernador.

Tras observar las idas y venidas ocasionales del servicio, el mendigo se volvió para inspeccionar el resto del desván. Podía mantenerse erguido con bastante facilidad, pero Borric tendría que encorvarse. Avanzó cuidadosamente por las vigas de la habitación, para que, si había alguien bajo el desván, no oyera sus pasos.

Al fondo de la estancia encontró una trampilla. Acercó la oreja a ella y no oyó nada. Esperó largo rato, o al menos eso le pareció, antes de levantarla ligeramente. La habitación de abajo estaba vacía y a oscuras. El chico movió la trampilla con cuidado, intentando que no cayera polvo abajo, y metió la cabeza por el hueco.

Estuvo a punto de gritar al ver una cara a pocos centímetros de la suya. Luego su vista se acostumbró a la oscuridad y vio que tenía la nariz pegada a la de una estatua,

una de esas estatuas importadas de Queg, de tamaño natural y labrada en mármol o en alguna otra piedra.

El chico apoyó la mano sobre la cabeza de piedra y bajó a la habitación. Miró a su alrededor y comprobó satisfecho que aquel cuarto se usaba como almacén. En un rincón, bajo unos líos de trapos, encontró un cuchillo de cocina de punta roma. *Mejor un arma mala que ninguna*, se dijo, y se guardó el cuchillo en la túnica.

Moviéndose con el mayor sigilo posible, inspeccionó la única puerta del cuarto. La probó y descubrió que no estaba cerrada con llave. La abrió lentamente y al mirar por la angosta rendija vio un pasillo desierto y oscuro.

Salió cautelosamente al pasillo y caminó despacio hasta el lugar donde desembocaba en otro, también a oscuras. Tras aguzar el oído, se convenció de que nadie usaba aquella ala de la enorme casa del gobernador. Se deslizó con sigilo, mirando las habitaciones al azar, y descubrió que todas estaban desiertas. Muchas estaban vacías, y unas cuantas tenían muebles cubiertos con lonas.

Rascándose el brazo, el chico miró a su alrededor. Nada le parecía de provecho, así que decidió regresar al desván, a ver si descansaba un poco.

Entonces, al fondo del pasillo que se disponía a dejar, vio una leve línea de luz. En el mismo instante, el sonido distante de una voz airada rompió el silencio.

La cautela y la curiosidad lucharon entre sí. Venció la curiosidad. El chico avanzó sigilosamente por el pasillo, hasta una puerta a través de la cual se oían voces sofocadas. Suli pegó el oído a la madera y oyó que un hombre gritaba:

—¡Idiotas! Si lo hubiéramos sabido antes, habríamos podido estar preparados.

Una segunda voz, más calmada, respondió:

—Fue el azar. Nadie sabía qué quería decir ese imbécil de Reese cuando nos mandó decir de parte de Lafe que una caravana principesca con unos pocos guardias estaba a nuestra disposición.

—No era «principesca», sino «de príncipes» —dijo la primera voz con ira apenas contenida—. Eso es lo que quería decir.

—¿Y el prisionero que escapó anoche era el príncipe?

—Borric, sí. O la diosa de la Fortuna se está divirtiendo con nosotros más de lo que me atrevo a imaginar. Era el único esclavo pelirrojo que cogimos.

La voz más calmada dijo:

—A Lord Fuego no le hará ninguna gracia que esté vivo. Ahora que a Borric se le da por muerto, la misión de nuestro amo está cumplida, pero si el príncipe de las Islas volviera a casa vivo...

La voz airada dijo:

—Entonces hay que asegurarse de que no vuelva y, de paso, de que su hermano también muera.

Suli intentó mirar por la rendija de la puerta, pero no vio nada; miró entonces por el agujero de la cerradura. Vio solo la espalda de un hombre y parte de la mano de otro, apoyada sobre una mesa. Luego, el hombre de la mesa se inclinó hacia delante y

Suli reconoció la cara del gobernador de Durbin. La voz airada era la suya.

—Nadie fuera de esta habitación debe saber que el esclavo huido es el príncipe Borric. Hay que impedir que pueda identificarse delante de alguien. Haz correr el rumor de que mató a un guardia al escapar y ordena que acaben con él en cuanto lo prendan.

El hombre de voz calmada se movió, tapando la vista a Suli. El mendigo retrocedió, temeroso de que la puerta se abriera, pero la voz dijo:

—A los tratantes de esclavos no les gustará que demos la orden de matarlo en el acto. Querrán una ejecución pública, preferiblemente exponiéndolo en la jaula, para que sirva de advertencia a otros con idea de escapar.

El gobernador dijo:

—Yo aplacaré al gremio. Pero hay que impedir que el fugitivo hable. Si alguien descubriera que hemos tenido algo que ver en este... —Dejó la frase sin acabar—. Quiero que se haga callar también a Lafe y a Reese.

Suli se alejó de la puerta. *Borric*, se dijo. Entonces, su nuevo amo era... ¡el príncipe Borric, de la Casa de conDoin, hijo del príncipe de Krondor!

Nunca antes había conocido el muchacho un miedo como el que experimentó en ese instante. Era aquel un juego de tigres y dragones, y él había caído en medio. Las lágrimas le rodaban por las mejillas cuando volvió corriendo al desván, tan aturdido que apenas recordó que tenía que cerrar la puerta sin hacer ruido al entrar en el cuarto que servía de almacén.

Sirviéndose de la estatua quegana, volvió a subir al desván y cerró con cuidado la trampilla. Se acercó entonces adonde el príncipe yacía dormido. Suavemente le susurró al oído:

—¿Borric?

El joven se despertó al instante.

—¿Qué? —dijo.

Con las lágrimas corriéndole por la cara, Suli musitó:

—¡Oh, mi magnífico señor! ¡Ten piedad! Saben quién eres y te están buscando de firme. Quieren matarte antes de que otros descubran tu identidad.

Borric parpadeó y agarró al chico por los hombros.

—¿Quién lo sabe?

—El gobernador y otro. No he podido ver quién era. Esta ala comunica con el sitio donde recibe el gobernador. Hablaban del esclavo pelirrojo que escapó anoche y del príncipe de las Islas. Tú eres las dos cosas.

Borric masculló una maldición.

—Esto no cambia nada.

—Lo cambia todo, amable señor —sollozó el chiquillo—. No dejarán de buscarte pasado un día. Seguirán buscándote todo el tiempo que sea necesario. Y a mí también me matarán, por lo que sé.

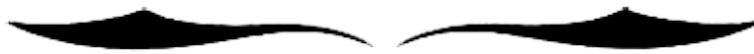
Borric soltó al asustado muchacho y refrenó su propio miedo.

—Entonces, tendremos que ser más listos que ellos, ¿no te parece?

La pregunta le sonó vacua incluso a él, pues, a decir verdad, ignoraba qué haría a continuación.



Huida



El chico dijo que no con la cabeza.

—Sí —repitió Borric.

Suli volvió a sacudir la cabeza. Había permanecido casi mudo desde su regreso al desván. Con un susurro ronco, dijo:

—Si vuelvo, me matarán, mi príncipe.

Borric se inclinó hacia delante y lo asió firmemente por los hombros. Intentando que su voz sonara lo más amenazadora posible, susurró:

—Y, si no vuelves, te mataré yo. —Por el terror que brilló en los ojos del chico, pareció tener éxito.

Hablaban sobre la negativa del chico a regresar a su puesto de escucha junto a los aposentos del gobernador para descubrir qué más se decía allí. Borric le había dicho que, cuanta más información tuvieran, más posibilidades tendrían de sobrevivir. Pero aquella teoría no parecía convencer al chico.

Descubrir que el prisionero huido era un príncipe de un reino vecino era toda una impresión; una impresión que bastó para poner al muchacho al borde de la histeria. Luego, al regresar al desván, el chico había comprendido que todos los poderes de la ciudad de Durbin se habían empeñado en encontrar al príncipe con una sola intención: ¡la de matarlo! Aquello lo había hecho tambalearse sobre el borde de la histeria. Después, comprendió que quien fuera encontrado en compañía de dicho príncipe sería asesinado en el acto para asegurar su silencio, y aquello le hizo precipitarse más allá del borde de la histeria, agitando los pies en el aire mientras se aferraba con todas sus fuerzas a la poca lucidez que le quedaba. Lloraba en silencio, sentado, y solo su miedo a ser descubierto le impedía gemir como un gato escaldado.

Borric comprendió al fin que no había forma de razonar con el chico. Sacudiendo la cabeza con fastidio, dijo:

—Muy bien. Tú quédate aquí. Iré yo. ¿Por dónde era?

La idea de que aquel fornido guerrero volcara estatuas y se tropezara con los muebles en la oscuridad, haciendo ruido suficiente para despertar a toda la ciudad, cayó sobre el muchacho como un jarro de agua fría. Resultaba más temible que arriesgarse una vez más a ser atrapado. Temblando, el chico se tragó su miedo y dijo:

—No, mi buen señor, iré yo. —Se tomó un momento para reponerse y añadió—: Tú estate quieto y yo iré a ver qué dicen.

Una vez tomada la decisión, el chico actuó sin vacilar y regresó a la trampilla. La levantó y pasó por ella sigilosamente. Borric pensó que, a pesar de todo, el muchacho mostraba un coraje muy particular: hacía lo que era preciso, con independencia de lo asustado que estuviera.

El tiempo pasó lentamente para Borric. Cuando le pareció que había pasado una hora, empezó a inquietarse. ¿Y si habían cogido al chiquillo? ¿Y si en vez de un pequeño mendigo carirredondo aparecía por la trampilla del desván un soldado armado o un asesino?

Borric cogió el cuchillo de cocina romo y lo apretó con fuerza. Pero ofrecía poco consuelo.

Pasaron unos minutos más y Borric se quedó a solas con el latido de su corazón. Alguien quería matarlo. Él lo sabía desde el partido de fútbol en Krondor. Alguien llamado «Lord Fuego». Un nombre estúpido, pero ideado sin duda para ocultar la identidad de quien había dado la orden de matar al hijo del príncipe de Krondor. El gobernador de Durbin formaba parte del complot, lo mismo que un hombre ataviado con un manto negro. Seguramente un mensajero de aquel Lord Fuego. A Borric le dolía la cabeza por la tensión, por la fatiga, por el hambre y los efectos de su travesía por el desierto. Pero se obligó a concentrarse. Porque el hecho de que el gobernador de una ciudad, aunque fuera de un apestoso agujero como Durbin, estuviera implicado en semejante conspiración significaba dos cosas: que el autor del plan para lanzar al imperio a la guerra con el reino ocupaba un lugar lo bastante elevado como para influir en numerosas personas de alto rango, y que el complot llegaba hasta muy lejos, pues pocos lugares había en el imperio tan apartados de la capital como Durbin.

La trampilla se abrió y Borric se puso tenso y empuñó el cuchillo.

—¡Amo! —susurró una voz conocida. Suli había vuelto. Incluso en la oscuridad, Borric podía sentir su nerviosismo.

—¿Qué?

El chico se agachó a su lado para darle noticias sin levantar la voz.

—Hay gran consternación en la ciudad por tu huida. ¡La subasta de mañana se ha cancelado! Es algo sin precedentes. Todas las recuas y las carretas de la ciudad han de ser registradas. Todos los hombres con el pelo rojo deben ser arrestados de inmediato, amordazados para que no hablen y traídos a palacio para su identificación.

—Está claro que quieren asegurarse de que nadie sepa que estoy aquí.

Borric casi sintió la sonrisa del muchacho cuando este dijo:

—Eso es difícil, señor. Con tanto alboroto en la ciudad, tarde o temprano alguien acabará descubriendo la causa. Los capitanes de la costa han acordado peinar todas las rutas marítimas entre los arrecifes y Queg, desde aquí hasta Kronдор, para encontrar al esclavo huido. Y todos los edificios de la ciudad van a ser registrados. ¡El registro ya está en marcha! No entiendo nada.

Borric se encogió de hombros.

—Yo tampoco. ¿Cómo han conseguido implicar a tanta gente sin decirles qué buscan? —Borric se acercó a una pequeña rendija que había en el soporte de una viga del techo, desde donde podía ver el patio—. Quedan cinco o seis horas para que amanezca. Más vale que durmamos un poco.

—¡Señor! —siseó el muchacho—. ¿Cómo puedes descansar? ¡Debemos huir!

Borric dijo suavemente:

—Que huyamos es lo que esperan. Buscan a un hombre que huye. Solo. A un hombre pelirrojo.

—Sí —dijo el chico.

—Así que vamos a esperar aquí, robaremos un poco de comida de la cocina y esperaremos a que la búsqueda remita. En una casa tan grande como esta, pasaremos inadvertidos un par de días.

Suli se echó hacia atrás, en cuclillas, y dejó escapar un largo suspiro. Estaba claro que aquello no le gustaba, pero, como no tenía una idea más inteligente que ofrecer, guardó silencio.

* * *

Borric se despertó tragando una bocanada de aire. El corazón le latía con violencia en el pecho. Todavía era de noche. No, se dijo al ver que un poco de luz entraba por la rendija del tejado, *todavía es de noche en este desván*.

Había soñado con una ocasión en la que su hermano y él, siendo niños, estaban jugando en palacio y se metieron por los pasadizos secretos, así llamados porque los usaban los sirvientes para moverse sin ser vistos entre los aposentos. Se separaron y él se perdió. Esperó mucho tiempo, sintiéndose solo, hasta que su tío Jimmy fue a buscarlo. Borric sonrió al recordarlo. De los dos, Erland fue el que más se disgustó.

Mientras se movía para mirar a través de la rendija la franja de patio que podía ver desde allí, apenas dudó de que ahora sería igual.

—Erland debe de creerme muerto —masculló para sí mismo.

Entonces se dio cuenta de que estaba solo. ¡Suli, el chico, se había ido!

Borric palpó a su alrededor en la oscuridad, buscando el cuchillo, y lo encontró donde lo había dejado. La presencia de aquella arma insignificante le hizo sentirse solo un poco mejor, y se preguntó qué estaría tramando el chico. ¿Pretendía quizá

salvar la vida a cambio de informar del paradero de cierto esclavo pelirrojo?

Borric se sintió al borde del pánico. Si el chico intentaba llegar a un acuerdo para salvar el pellejo, podían darse por muertos. Se obligó a calmarse y miró por la pequeña rendija. Casi estaba amaneciendo y en la casa del gobernador ya reinaba un gran ajeteo. Los sirvientes iban y venían, apresurados, entre los edificios exteriores, la cocina y el edificio principal. Aun así, no había nada que sugiriera otra cosa que el trajín normal de cada mañana. No se veían hombres armados, ni se oían gritos.

Borric se echó hacia atrás y se quedó pensando. El chico no era muy instruido, pero no era tonto. Sin duda sabía que su vida no valía nada si alguien descubría su relación con el esclavo huido. Seguramente se había escondido en otro lugar de la ciudad, o quizá incluso en un barco que saliera del puerto, en el que trabajaría como un marinero corriente.

Borric, que siempre había sido de buen comer, notó un nudo en el estómago. Nunca antes había pasado hambre de veras, y aquella sensación no le gustaba. En el viaje a Durbin se sentía tan desgraciado que no había reparado en el hambre; era esta apenas una más de sus muchas aflicciones. Pero ahora que las quemaduras del sol se habían convertido en un moreno rojizo y profundo y que casi había recobrado del todo las fuerzas, tenía muy presente el vacío de su estómago. Se preguntó si podría salir y pasar inadvertido entre el trasiego de la mañana, y prefirió no intentarlo. Los esclavos pelirrojos y de más de metro ochenta de altura no eran muy comunes en aquella ciudad, y seguramente lo atraparían antes de que se acercara a cien pasos de la cocina. Como si el destino conspirara para atormentarlo, la brisa matutina arrastraba un olor familiar. En la cocina estaban asando tocino y jamón para el servicio del gobernador. La boca se le hizo agua y se quedó sentado un minuto, sintiéndose infeliz mientras pensaba en bollos y miel, en huevos pasados por agua, en fruta con nata, en lonchas de jamón calientes, en pan fresco y humeante, en jarras de café.

—De esto no puede salir nada bueno —se reprendió, obligándose a apartarse de la rendija. Se agachó en la oscuridad y procuró forzar a su mente a olvidar el tormento del hambre. Lo único que tenía que hacer era esperar a que cayera la noche; luego podría entrar a hurtadillas en la cocina y robar algo de comer. Sí, eso era lo único que hacía falta. Esperar.

Descubrió que, al igual que el hambre, el esperar no era de su agrado. Estuvo tumbado un rato; después se acercó de nuevo a la rendija del tejado, miró por ella y se preguntó cuánto tiempo había pasado. Una vez hasta se adormiló por un tiempo, y le desilusionó descubrir que, a juzgar por los ángulos de las sombras, que apenas habían cambiado, solo habían transcurrido unos minutos, cuando él esperaba que fueran horas. Regresó a su sitio de descanso, una parte del desván en la que el suelo parecía un poco menos incómodo que en el resto de la estancia, probablemente debido a su imaginación, más que a otra cosa. Esperaba y tenía hambre. No, rectificó. Estaba famélico.

Pasó más tiempo y de nuevo se adormiló. Luego, para romper la rutina, practicó algunos ejercicios de estiramiento que un guerrero hadati les enseñó una vez a Erland y a él, ideados para aflojar y tonificar los músculos en ocasiones en las que no había sitio para practicar la esgrima o la guerra imponía otros rigores de los que le eran comunes. Se movió hacia un lado y luego hacia el otro, equilibrando tensión y relajación, y descubrió con asombro que no solo lograba olvidarse de su estómago, sino que aquellos ejercicios le hacían sentirse mejor y más calmado.

Durante casi cuatro horas, estuvo sentado junto a la rendija, observando las idas y venidas de quienes pasaban por el patio del gobernador. Varias veces cruzaron su campo de visión soldados que llevaban mensajes. Se dijo que, si podía quedarse allí escondido el tiempo suficiente, suponiendo que pudiera robar comida sin que lo cogieran, un par de días después pensarían que de algún modo se les había escapado. Quizá entonces pudiera subir a bordo de algún barco que partiera del puerto.

¿Y entonces qué? Pensó en aquel peliagudo asunto. De poco le valdría regresar a casa, aunque encontrara el modo de hacerlo. Su padre solo podría enviar jinetes hacia el sur, hacia Kesh, para advertir a Erland que tuviera cuidado. Pero sin duda su hermano no podía ser más precavido de lo que ya lo era. Con la desaparición de Borric, sin duda el tío Jimmy se habría puesto en lo peor y lo habría dado por muerto. Haría falta un asesino muy hábil para burlar la vigilancia del conde James. De niño, Jimmy había sido con toda razón una especie de leyenda en la ciudad. Cuando tenía unos años menos que Borric, era ya un ladrón magistral y los Burladores contaban con él como si fuera un adulto. *Lo cual no era hazaña pequeña*, pensó Borric.

—No —susurró para sí—. Tengo que encontrar a Erland lo antes posible. Perderemos demasiado tiempo si primero vuelvo a casa. —Se preguntó entonces si no debería quizá intentar alcanzar Stardock. Los magos podían hacer cosas asombrosas, y quizá pudieran procurarle un modo más rápido de llegar a Kesh. Pero Jimmy había dicho que Pug se marchaba al día siguiente de su partida, así que ya se habría ido. Y los dos magos keshianos a los que dejaba al mando no le parecían candidatos probables para prestarle generosamente su ayuda. Había algo decididamente repelente en ambos. Y eran keshianos. *¿Quién sabe hasta dónde alcanza el complot de ese tal Lord Fuego?*, se preguntaba Borric.

Al abandonar sus cavilaciones y levantar la mirada, se dio cuenta de que estaba cayendo la noche. En la cocina se preparaba la cena y el olor a carne asada en espetón casi bastó para volverlo loco. *Un par de horas más*, se dijo. *Relájate y deja que pase el tiempo. No será mucho. Dentro de un par de horas, los sirvientes estarán en sus camas. Luego, será el momento de salir a hurtadillas y...*

La trampilla se movió de pronto y, con el corazón acelerado, Borric empuñó el cuchillo, dispuesto a defenderse. La trampilla se alzó y una figura menuda apareció por el hueco.

—¿Amo? —dijo Suli Abul.

Borric casi se echó a reír de alegría.

—Aquí.

El chico se acercó con sigilo y dijo:

—Temía que te hubieran encontrado, aunque sospechaba que serías lo bastante listo como para quedarte aquí y esperar mi regreso.

—¿Adonde has ido? —preguntó Borric.

Suli llevaba un saco que Borric apenas distinguía en la penumbra.

—Me fui sin hacer ruido antes de que amaneciera, señor, y como dormías profundamente, preferí no molestarte. Desde entonces he estado en muchos sitios. — Abrió el saco y extrajo una hogaza de pan. Borric arrancó un pedazo y se lo comió sin que tuvieran que decírselo dos veces. Luego, el muchacho le dio un trozo de queso y un pequeño odre de vino.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Borric con la boca llena.

El muchacho suspiró, como si estar de vuelta en el desván fuera un alivio.

—He pasado un día de lo más peligroso, mi amable señor. Huí con la idea de abandonarte, quizá, pero luego consideré lo que me ofrecía el destino. Si me cogían, me venderían como esclavo por culpa de mi torpe intento de robo. Y si me relacionaban con tu huida, me matarían. Así que, ¿qué riesgos corría? Si me escondía hasta que te prendieran con la esperanza de que no mencionaras el nombre de Suli Abul antes de que te mataran, me arriesgaba a una sentencia de muerte a cambio de la posibilidad de recuperar la vida que llevaba antes de que los acontecimientos dieran este giro, una vida que, pensándolo bien, no era gran cosa. O podía arriesgar esa mala vida y regresar a ayudar a mi joven señor a cambio de que algún día regreses con tu padre y recompensas a tu fiel servidor.

Borric se echó a reír.

—¿Y qué recompensa quieres si volvemos a salvo a Krondor?

Con una solemnidad que casi hizo reír de nuevo a Borric, el muchacho dijo:

—Quiero convertirme en tu servidor, señor. Quiero que me conozcan como el criado del príncipe.

—Pero ¿no quieres oro? ¿O quizá un negocio?

El chico se encogió de hombros.

—¿Qué sé yo de negocios, amo? Sería un mal mercader y tal vez me arruinara en menos de un año. ¿Y oro? Solo me lo gastaría. Pero ser el sirviente de un gran hombre es estar cerca de la grandeza en cierto modo. ¿No lo ves?

A Borric se le ahogó la risa en la garganta antes de proferirla. De pronto se dio cuenta de que la posición de criado de un gran hombre era el logro más alto que podía imaginar aquel niño de la calle. Borric pensó en los incontables criados anónimos que lo habían rodeado toda su vida, en los sirvientes que por la mañana llevaban la ropa a aquel joven vástago de la Casa Real, que le lavaban la espalda y que preparaban sus comidas cada día. Dudaba de que conociera a más de uno o dos por su nombre, y quizá solo a una docena de vista. Eran... parte del paisaje, tan insignificantes como una silla o una mesa. Borric sacudió la cabeza y suspiró.

—¿Qué ocurre, amo?

—No sé si puedo prometerte una posición tan cerca de mí, personalmente —afirmó Borric—, pero te garantizo que tendrás un lugar en mi casa y que llegarás tan alto como te lleve tu talento. ¿Te parece bien?

El chiquillo hizo una solemne reverencia.

—Mi señor es muy generoso.

Luego sacó un embutido del saco.

—Sabía que serías un amo amable y generoso, así que he vuelto con muchas cosas...

—Espera un momento, Suli. ¿De dónde has sacado todo esto?

—En una de las habitaciones de abajo —respondió Suli—, el dormitorio de una mujer, parecía, encontré un cepillo de plata con incrustaciones de turquesa que alguna doncella descuidada se dejó la última vez que se usó el aposento. El cepillo se lo vendí a un hombre en el bazar. Cogí las monedas que me dio y compré muchas cosas. No temas. Anduve por ahí y compré cada cosa a un mercader distinto para asegurarme de que nadie adivinaba qué me traía entre manos. Toma. —Dio a Borric una camisa.

No era una camisa elegante, pero mejoraba considerablemente la tosca prenda que le habían dado los tratantes de esclavos. Luego, el chico le dio unos pantalones de algodón, de los que tejían los marineros a lo largo y ancho del mar Amargo.

—No encontré botas que pudiera comprar, señor, pero me quedó bastante para comprar comida.

Borric le sonrió.

—Hiciste bien. Puedo pasar sin las botas. Si vamos a hacernos pasar por marineros, nadie se fijará en nosotros porque llevemos los pies descalzos. Pero tendremos que ir al puerto de noche y confiar en que nadie vea este pelo rojo mío a la luz de una lámpara.

—También me he ocupado de eso, amo. —El muchacho le dio un frasco lleno de líquido y un peine—. Esto se lo compré a un hombre que se lo vende a las putas viejas del muelle. Dice que no se quita con los lavados, ni se corre con el agua. Lo llaman aceite de Macasar.

Borric abrió el frasquito y un olor penetrante y aceitoso asaltó su olfato.

—Será mejor que funcione. La gente se fijará en mí por el olor.

—El olor se pasa, según el mercader.

—Conviene que me lo pongas tú en el pelo. No querría derramármelo por la mitad de la cabeza. Apenas hay luz para ver lo que uno hace.

El chico se puso tras él y vertió el contenido del frasquito en el pelo del príncipe, frotando sin contemplaciones. Lo peinó luego, pasando el peine muchas veces para distribuirlo lo mejor posible.

—Con la piel quemada, alteza, parecerás un marinero de Durbin de la cabeza a los pies.

—¿Y tú? —preguntó Borric.

—En el saco también hay unos pantalones y una camisa para mí, mi señor. A Suli Abul se le conoce por su manto de mendigo. Es lo bastante grande como para esconder algún miembro cuando me hago el tullido.

Borric se rió mientras el muchacho seguía atareado con su pelo. Y suspiró aliviado al pensar, *puede que tengamos una oportunidad de escapar de esta trampa.*



Poco antes del alba, un marinero y su hermano pequeño se aventuraron en las calles cercanas a la finca del gobernador. Como Borric suponía, había poca actividad junto a la casa del gobernador, pues era lógico suponer que el fugitivo no se acercaría al corazón de la autoridad de Durbin. Por esa misma razón se encaminaron hacia los corrales de los esclavos. Si era improbable que el fugitivo se ocultara en la casa del gobernador, más improbable aún era que buscara refugio en los aposentos de los esclavos. Borric no se sentía del todo cómodo hallándose en una parte rica de la ciudad, pues la presencia de dos míseros personajes junto a las casas de los ricos y poderosos bastaba para que se les sometiera a un escrutinio inconveniente.

Cuando estaban apenas a una manzana de los corrales de los esclavos, Borric se detuvo. En la pared de un cobertizo había un cartel recién colgado. Pintado por un artesano hábil en su oficio, proclamaba en letras rojas una recompensa.

—Señor, ¿qué dice?

Borric leyó en voz alta.

—Dice: «¡Atroz asesinato!». Dice que maté a la mujer del gobernador. —Borric palideció—. ¡Dioses y demonios! —Leyó rápidamente todo el cartel; luego dijo—: Dicen que un esclavo nacido en el reino violó y mató a su señora y luego huyó a la ciudad. Ofrecen una recompensa de mil ecus de oro por mí. —No podía creer lo que veían sus ojos.

Los ojos del chico se agrandaron.

—¿Mil? Eso es una fortuna.

Borric intentó hacer el cálculo. Aquella suma equivalía a unos cinco mil soberanos del reino, o a la renta de un año de un pequeño señorío. Era ciertamente una recompensa asombrosa por la captura, vivo o muerto, de un esclavo huido. Pero aquel esclavo había asesinado a la primera dama de la ciudad. Borric sacudió la cabeza, acongojado.

—Ese cerdo ha matado a su mujer para dar a los guardias una razón para matarme en el acto —murmuró.

Suli se encogió de hombros.

—No es de extrañar, teniendo en cuenta que el gobernador tiene una amante que

cada vez le exige más y más. Eliminando a su esposa y casándose con su amante, tras el apropiado periodo de duelo, claro está, matará dos pájaros de un tiro: conservará a su amante y tendrá contento a Lord Fuego. Y, aunque sea asombrosamente bella, su amante haría bien en sopesar el futuro de una mujer que se casa con un hombre que mata a su primera esposa para convertirla a ella en la segunda. Cuando se haga mayor y más fea...

Borric miró a su alrededor.

—Será mejor que sigamos adelante. Dentro de una hora la ciudad será un hormiguero.

Suli parecía incapaz de refrenar su charla incesante, salvo en las circunstancias más adversas. Borric no intentó hacerle callar; había llegado a la conclusión de que el locuaz muchacho llamaría menos la atención que uno que mirara con recelo en todas direcciones.

—Ahora ya sabemos cómo convenció el gobernador a Los Tres para que lo ayudaran a prenderte, señor. Los Tres y el gobernador imperial se tienen poca simpatía, pero menos simpatía aún tienen por los esclavos que matan a sus legítimos señores.

Borric solo podía darle la razón. Pero los medios por los que el gobernador había logrado su propósito le daban escalofríos. Aunque no amara a su esposa, había vivido con ella algunos años. ¿No tenía aquel hombre compasión alguna?, se preguntaba Borric.

Al doblar una esquina, vieron el costado de los corrales de los esclavos. Como la subasta se había cancelado, los corrales estaban especialmente atestados. Borric volvió la cara hacia Suli y avanzó con paso firme, pero sin apresurarse para no llamar la atención. Para los guardias que pudieran verlo, era simplemente un marinero que hablaba con un chiquillo.

Un par de guardias doblaron una esquina y se acercaron a ellos. Al instante, Suli dijo:

—No. Dijiste que en este viaje me tocaría una parte entera. Ya soy mayor. ¡Hago el trabajo de un hombre! No fue culpa mía que las redes se enredaran. Fue culpa de Rasta. Estaba borracho...

Borric vaciló solo un instante; luego contestó con la voz más gruñona de que fue capaz:

—Dije que me lo pensaría. Cállate o te dejo aquí, aunque seas mi hermano pequeño. A ver qué te parece pasar otro mes trabajando en la cocina de nuestra madre mientras yo estoy fuera. —Los guardias les echaron una rápida ojeada y siguieron adelante.

Borric resistió el deseo de mirar para ver si los guardias les prestaban atención. Se daría cuenta enseguida si sospechaban de ellos. Entonces dobló otra esquina y chocó con un hombre. Por un instante, el desconocido lo miró a los ojos mientras mascullaba una amenaza. Borric sintió en la cara su aliento cargado de alcohol.

Luego, la expresión de ebria irritación de aquel hombre se transformó en un odio asesino.

—¡Tú! —exclamó Salaya, echando mano del gran puñal que llevaba en el cinturón de la túnica.

Borric reaccionó inmediatamente. Juntó los dedos en punta y golpeó con todas sus fuerzas el pecho de Salaya, justo debajo de las costillas inferiores. Al chocar sus dedos con los nervios alojados allí, el aliento de Salaya abandonó bruscamente sus pulmones. Mientras luchaba por recobrar la respiración, el rostro de Salaya se tornó púrpura y sus ojos se desenfocaron. Borric golpeó entonces con fuerza su garganta, tiró de él hacia delante y le asestó otro golpe con todas sus fuerzas en la nuca, junto a la base del cráneo. Borric lo agarró del brazo antes de que cayera al suelo. Si algún guardia los miraba por casualidad, solo vería a dos amigos, un hombre y un niño, ayudando a llegar a casa a un amigo que había bebido demasiado.

A mitad de la calle llegaron a un callejón y se metieron por él, arrastrando al hombre inconsciente como si fuera un saco de verdura podrida. Borric lo depositó sobre un montón de basura y rápidamente le quitó la faltriquera. La pesada bolsa de cuero contenía gran número de monedas keshianas y del reino. Todas acabaron en la camisa de Borric. Le quitó luego el cuchillo y la vaina del cinto, y lamentó que no llevara también una espada. Al ver que no sabía qué hacer a continuación, Suli despojó a Salaya de sus joyas: los cuatros anillos de las manos y los dos aros de las orejas. Luego le quitó las botas y las escondió.

—Si dejamos algo de valor, parecerá sospechoso. —Retrocedió y dijo—: Ya puedes matarlo, amo.

Borric se paró en seco.

—¿Matarlo? —De pronto pareció comprender. Había soñado con vengarse de aquel cerdo, pero en todas sus ensoñaciones lo mataba en un duelo, o lo llevaba acusado ante la justicia—. Está inconsciente.

—Tanto mejor, señor. No se defenderá. —Viendo que Borric titubeaba, añadió—: Aprisa, amo, antes de que nos sorprendan. La ciudad se despereza y dentro de poco empezará a pasar gente por este callejón. Seguro que lo encuentran enseguida. Si no está muerto... —Dejó que las consecuencias de aquello quedaran en el aire, inexpresadas.

Borric se armó de valor, sacó el cuchillo que le había quitado a Salaya y lo empuñó. Pero entonces se vio asaltado por una preocupación totalmente inesperada: ¿cómo lo haría? ¿Debía hundirle el puñal en el estómago, degollarlo, o qué?

Suli dijo:

—Si no deseas matar a un perro, amo, deja que tu servidor lo haga por ti. Pero hay que hacerlo enseguida. Por favor, amo.

La idea de que el chico cometiera un asesinato le resultaba aún más repulsiva, de modo que echó el brazo hacia atrás y hundió el puñal en la garganta del tratante de esclavos. Salaya no hizo ni el más leve movimiento. Borric lo miró, pasmado.

Después, con una risa amarga, exclamó:

—¡Ya estaba muerto! Debí romperle el cuello con el segundo golpe. —Sacudió la cabeza, perplejo—. El golpe en el pecho y la garganta es uno de los trucos sucios que me enseñó James. No es lo que suele aprender el hijo de un noble, pero me alegro de que me lo enseñara. No sabía que el golpe en el cuello sería fatal.

Sin preocuparse por las explicaciones, Suli dijo:

—¡Vámonos ya, amo! ¡Por favor! —Le tiró de la túnica y el príncipe dejó que lo sacara a rastras del callejón.

Al perder de vista al muerto, Borric se olvidó de su venganza y volvió a pensar en la huida.

—¿Por dónde se va al puerto? —preguntó Borric poniendo una mano sobre el hombro de Suli.

Suli no vaciló. Señaló una calle larga y dijo:

—Por ahí.

—Vamos, entonces —contestó Borric. Y el pequeño mendigo condujo al príncipe a través de una ciudad dispuesta a matarlos a ambos en el acto.



—Ese —dijo Borric, señalando un barquito velero amarrado a un muelle relativamente solitario. Era una pinaza de las que se usaban como patache, para ir y venir entre los barcos más grandes del puerto llevando mensajes, pasajeros y pequeños cargamentos. Pero, bien manejada, se defendería en mar abierto, siempre y cuando siguiera haciendo buen tiempo. El día anterior, toda la flota pirata de Durbin había salido en busca del esclavo fugitivo, y apenas había trajín en el puerto. Pero Borric estaba seguro de que aquello no duraría mucho, pues había personas corrientes a las que en nada preocupaba atrapar al asesino de la esposa del gobernador. Muy pronto los muelles estarían concurridos y se descubriría el robo de la pinaza.

Borric miró a su alrededor y señaló un rollo de sogas vieja y sucia que había allí cerca. Suli lo cogió y se lo echó, húmedo y maloliente, al hombro. Borric cogió entonces una caja de madera abandonada y cerró sus tablillas abiertas.

—Sígueme —dijo.

Nadie prestó atención a dos marineros que caminaban resueltamente hacia la pequeña embarcación del fondo del muelle. Borric dejó la caja en el suelo, saltó a la pinaza y desató rápidamente la amarra. Al darse la vuelta, se encontró a Suli de pie en la popa del barco, con expresión de perplejidad.

—¿Qué hago, amo?

Borric soltó un gruñido.

—¿Nunca has navegado?

—Nunca antes había estado en un barco, señor.

Borric dijo:

—Agáchate y finge estar haciendo algo. No quiero que nadie se fije en que hay un grumete despistado a bordo. Cuando estemos en marcha, haz lo que yo te diga.

Empujó con presteza la embarcación para separarla del muelle y, tras algunos zarándeos, izaron la vela y la pinaza comenzó a avanzar firmemente hacia la entrada del puerto. Borric enseñó rápidamente a Suli una lista de términos y de tareas. Cuando acabó, dijo:

—Ven a coger el gobernalle. —El chico se sentó en el lugar que antes ocupaba Borric y el príncipe dejó en sus manos el timón y el cabo de la botavara—. Mantenlo apuntando en esa dirección —ordenó el príncipe, señalando la entrada del puerto—, mientras yo veo qué tenemos aquí.

Se acercó a la proa de la embarcación y sacó una pequeña taquilla de debajo de la cubierta. La caja no estaba cerrada con llave y dentro encontró poca cosa de valor: una sola vela, un cuchillo de escamar oxidado, de cuando la pinaza había pertenecido a un pescador honrado, y un poco de sedal desgastado. Dudaba de que con aquel sedal pudiera pescarse algún pez lo bastante grande como para servir de algo más que de cebo. Había también un cubito de madera con armazón de hierro, usado como achicador o para subir agua para mantener mojadas las presas cuando la barca era de pesca. Aparte de eso, solo descubrió una linterna herrumbrosa y sin aceite. Volviéndose para mirar al chico, que observaba la vela y sostenía el gobernalle con una expresión de feroz concentración, Borric dijo:

—Supongo que no tendrás más pan, o queso, ¿verdad?

Con una mirada de sincera disculpa, el muchacho respondió:

—No, amo.

Una cosa estaba clara respecto a aquel cambio en sus circunstancias, se dijo Borric: el hambre empezaba a convertirse en una forma de vida.

* * *

El viento soplaba con fuerza del noreste y la pinaza era más rápida navegando a sotavento, así que Borric puso rumbo nornoroeste al salir del puerto. El chico parecía al mismo tiempo aterrorizado y exultante. No había dejado de parlotear mientras cruzaban el puerto: saltaba a la vista que era esa su forma de enfrentarse al miedo; pero cuando salieron por su embocadura sin que la tripulación de cubierta de una gran carabela con vela latina les lanzara más que una mirada desinteresada, sus temores se desvanecieron. Borric había navegado deliberadamente junto al barco, como si su presencia no le preocupara y más bien lo irritara tener que sortearlo.

Ahora, con la entrada del puerto tras ellos, el príncipe dijo:

—¿Sabes trepar?

El chico asintió con la cabeza y Borric añadió:

—Sube al mástil desde la proa hasta esa argolla de allí y agárrate a él. Y ten cuidado con la vela. Mira en todas direcciones y dime qué ves.

El chico trepó por el mástil como si hubiera nacido para ello y se aferró a la argolla de observación de lo alto del pequeño palo. El mástil se mecía bruscamente bajo su peso, pero al muchacho no pareció importarle.

—¡Amo! —gritó—. ¡Hay unas cositas blancas por allí! —Señaló hacia el este y después movió la mano hacia el norte.

—¿Velas?

—Creo que sí, amo. Señalan el horizonte hasta donde me alcanza la vista.

—¿Y al norte?

—¡Creo que allí también veo velas, señor!

Borric lanzó una maldición.

—¿Y al oeste?

El chico entornó los ojos y gritó:

—Sí, allí también hay algunas.

Borric consideró sus alternativas. Había pensado escapar a Ranom, un pequeño puerto comercial al oeste o, si era preciso, a LiMeth, una ciudad modesta situada en el extremo de la península meridional, más allá de los estrechos de la Oscuridad. Pero, si había piquetes de vigilancia que lo impedían, tendría que dirigirse más al norte y alcanzar, quizá, Las Ciudades Libres, si no se morían de hambre primero, o aventurarse en los estrechos. En aquella época del año, los estrechos eran solo medianamente peligrosos, no como en invierno, cuando resultaban infranqueables, salvo para un marinero excepcionalmente valeroso y estúpido.

Borric hizo señas a Suli de que bajara y, cuando el chico estaba cerca, le dijo:

—Creo que tendremos que dirigirnos al noroeste y rodear los piquetes. —Miró al sol y agregó—: Si nos alejamos de esos piquetes del oeste, seguro que vendrán tras nosotros. Pero si mantenemos un rumbo fijo, como si fuéramos a nuestros asuntos, puede que les engañemos. —Miró hacia abajo—. ¿Ves cómo cambia el color del agua desde aquí... —señaló con la mano— hasta allí?

El chico asintió con la cabeza.

—Es porque esto es un canal profundo y eso un arrecife de coral. Esta barca tiene muy poco calado, así que podemos deslizarnos por encima de esos arrecifes, pero ese barco tan grande que vimos en el puerto podría tocar fondo aquí y estrellarse. Debemos tener cuidado; algunos de estos arrecifes están demasiado cerca de la superficie hasta para nuestra barquita pero, si estamos atentos, podemos esquivarlos.

El chico miró a Borric con miedo en los ojos. Parecía abrumado por lo que el príncipe estaba diciendo y él no comprendía.

—No te preocupes —dijo Borric—. Yo te diré qué buscar si tenemos que huir.

Miró a lo lejos, hacia el horizonte, en dirección oeste, donde apenas se veía una

mota blanca sobre la superficie azul verdosa del mar.

—Cualquier embarcación que navegue tan cerca de la costa tendrá tan poco calado como la nuestra y seguramente será más rápida. —Comprobó el aparejo de bolinear, se aseguró de que la vela estaba en el ángulo adecuado para conseguir la máxima velocidad y dijo—: Sigue vigilando esa mota blanca que se ve a occidente, Suli, y dime si empieza a hacerse más grande.

Con una concentración rayana en la obcecación, el chico se encaramó al costado de barlovento, usando el rincón de la embarcación para sentarse lo más arriba posible y no tener que volver a trepar al mástil. Durante casi una hora, la mota blanca no pareció ni menguar ni crecer; luego, de pronto, enfiló derecha hacia ellos.

—¡Amo! —gritó el muchacho—. ¡Vienen hacia aquí!

Borric hizo virar la barca, intentando conseguir el mayor ángulo respecto al viento para ganar velocidad, pero la otra vela crecía lentamente. Era una embarcación más ligera.

—Maldita sea —dijo—. Nos darán alcance si seguimos huyendo.

Suli gritó:

—¡Otro, señor!

Como llamada por la primera embarcación para cortar el paso a la pinaza, una segunda vela apareció en el horizonte, por el norte.

—¡Van a cortarnos el paso! —gritó Borric. Giró el timón bruscamente, maldiciendo su propia estupidez. Naturalmente, los guardias de la entrada del puerto habían sido poco cuidadosos. Tenían instrucciones de interceptar solo a aquellas naves que parecieran huir, y habían visto claramente que ninguno de aquellos dos marineros era pelirrojo. Pero los barcos del piquete solo veían una vela en el horizonte. Iban a cortarles el paso, y Borric no quería que les vieran de cerca. En Durbin, podría haber intentado librarse inventando una historia, pero allí, tan cerca de la libertad, no estaba dispuesto a correr el riesgo de que lo atraparan de nuevo. Si lo prendían, era hombre muerto, se dijo.

Miró a su alrededor y dijo:

—¡Ven aquí!

El chico se acercó apresuradamente y el príncipe le dio el gobernalle y el cabo de la botavara.

—Mantón el rumbo.

Borric se movió rápidamente hacia la proa de la pinaza y sacó la otra vela de la taquilla. La ató al frente del mástil, pero no la izó.

—¡Aprisa, amo! —gritó el chico.

—Ahora no. Solo nos retrasaría. No estamos en el ángulo adecuado. —Borric regresó al timón.

Los otros dos barcos estaban virando para darles caza. Ahora Borric podía distinguirlos claramente. El que avanzaba por el norte era un enorme galeón de dos palos. Corría velozmente a favor del viento, pero era lento de maniobras y hondo de

calado. Borric sabía que su capitán no lo seguiría hasta los arrecifes. Pero el primer barco que habían avistado era una balandra con velamen de proa a popa y aspecto veloz. Aquellas naves podían encontrarse en el mar Amargo desde hacía veinte años: eran las favoritas de los piratas que operaban en los bajíos de la costa sur. Más rápidas que la pinaza con viento ligero, eran además más manejables y apenas tenían calado. La única esperanza de Borric era esquivar a la balandra, largar más vela y meterse en las zonas donde el agua fuera menos honda. Solo con viento fuerte y amplitud de bordada tenía su pinaza alguna oportunidad de dejar atrás a aquel barco.

El galeón maniobró para cortarles el paso y Borric aflojó el timón, volviéndose más y más a favor del viento. Viró luego y dejó al galeón de bolina contra el viento. La velocidad del galeón se evaporó como agua sobre una piedra ardiendo.

La balandra viró para interceptarlo cuando se dirigió hacia el arrecife, y Borric quitó viento a su vela para que el capitán del otro barco creyera que les había cortado el paso. Borric se concentró, como si fueran a lograrlo por los pelos y cualquier error de cálculo pudiera dejar demasiado espacio entre la balandra y la pinaza, de modo que la embarcación más grande pudiera virar de nuevo y cortarles el paso, o acercarlos demasiado a ella, hasta el punto de que los del otro barco pudieran abordarles. Agarró con fuerza el gobernalle, como si intentara virar de nuevo y alejarse. Solo navegando casi directamente de cara al viento era su barca más veloz que la balandra con aquella leve brisa, pero no por mucho. Y si intentaba mantener aquel rumbo acabaría yendo derecho hacia el galeón.

Dejó que la embarcación que los perseguía se acercara lo bastante para poder distinguir a su tripulación: eran cerca de treinta rufianes de mala catadura, todos ellos armados con espadas y picas. *Si hay arqueros a bordo, se dijo, no saldremos de aquí vivos.*

Entonces sorprendió a la tripulación de la balandra y a Suli al dirigir la pinaza directamente hacia la mayor de las dos embarcaciones. Suli gritó y se tapó la cara con los brazos, esperando una colisión. Pero en lugar del crujido de la madera rajada, el único sonido que se alzó sobre el ruido del mar fue el de los gritos furiosos de los marineros de la balandra, cogidos por sorpresa. El timonel de la balandra reaccionó como Borric esperaba, girando bruscamente el gobernalle. Los exabruptos del capitán llenaron el aire. El timonel se estaba alejando de la barca a la que querían acercarse y abordar. Comenzó a girar de nuevo el gobernalle, pero el daño ya estaba hecho.

La pinaza de Borric se quedó quieta, temblando en los dientes del viento; luego, comenzó a retroceder ligeramente. Como una bailarina que girara sobre sus puntas, la barca se alejó de la balandra, dando velozmente un rodeo. El sonido de las velas al tensarse bruscamente retumbó sobre el agua al tiempo que la pinaza parecía alejarse de un salto, deslizándose con el viento. Los marineros de la balandra miraban boquiabiertos desde la barandilla del barco. Luego, uno de ellos tuvo la audacia de intentar salvar de un salto el estrecho espacio que los separaba. Cayó a escasos metros de la popa de la embarcación de Borric.

El príncipe gritó:

—¡Suli! ¡Ven aquí!

El chico corrió a coger el timón mientras el príncipe corría al mástil. En cuanto estuvo seguro de que tenían nuevamente amplitud de bordada, haló la segunda vela, haciendo con ella una burda vela triangular. Confiaba en que ello diera a la pinaza velocidad suficiente para mantenerse alejada de la balandra.

Mientras juraba, enfurecido, el capitán de la otra embarcación ordenó a sus hombres dar media vuelta. Rápidamente, la ligera balandra viró y fue tras ellos. Borric dividió su atención entre la proa y la popa; vigilaba por si la balandra les daba alcance y miraba luego para comprobar que no se acercaban a bajíos peligrosos.

Sentado, con los ojos dilatados por la angustia, Suli le oyó gritar:

—¡Un poco más a estribor!

El chico respondió gritando:

—¿Qué, amo? —Miraba confuso al príncipe, sin comprender aquel término náutico.

—¡Más a la derecha! —respondió Borric, volviendo a fijar su atención en los peligros que les aguardaban más adelante. Daba órdenes a Suli a voces, diciéndole que virara primero un poco a la derecha, luego a la izquierda y después de nuevo a la derecha, mientras zigzagueaban entre los bajíos.

Miró hacia atrás y, al ver que la balandra se había acercado un poco, soltó una maldición. Ni siquiera con la segunda vela se movían lo bastante aprisa.

—¡Vira hacia la costa! —gritó.

El chico reaccionó al instante, virando tan bruscamente que Borric estuvo a punto de perder pie. El príncipe buscaba rocas, rocas bajo la superficie que ellos pudieran esquivar y que, sin embargo, hicieran detenerse a sus perseguidores.

Al aproximarse a la costa, las olas se precipitaban hacia el rompiente y el vaivén de la barca se hizo más pronunciado. El fragor del oleaje se oía ya claramente. Borric señaló con una mano:

—¡Allí! ¡Vira hacia allí! —Rezando a la Diosa de la Suerte, añadió—: ¡Vamos a subirnos a la cresta de esa!

Como si la Dama Risueña le hubiera oído, Borric sintió que la barca se elevaba al pasar sobre el lugar que había indicado. Pese a todo, cuando empezaban a notar que la barca bajaba, se oyó el áspero chirrido del fondo al arañar las rocas y una vibración espeluznante atravesó el casco de la pinaza.

Suli palideció, agazapado, agarrándose el timón como si fuera el único lazo que lo ataba a la vida. Borric gritó:

—¡A la izquierda! —Y el chico tiró del gobernalle. De nuevo, el ruido de la madera al arañar la roca llenó sus oídos, pero la barca se asentó en una depresión y se alzó sin mayor dificultad.

Borric miró hacia atrás y vio que la balandra zozobraba. Su capitán daba órdenes a la frenética tripulación para que se alejaran de los escollos, fatales incluso para una

embarcación de tan poco calado. Borric profirió un leve silbido de alivio.

Pensando en lo que debían hacer a continuación, indicó a Suli que se apartara levemente de la costa, y cobraron velocidad al alejarse de la resaca y situarse a sotavento. Una brisa refrescante empujaba la barca. Borric vio como la balandra iba quedando atrás con cada minuto que pasaba, pues debía permanecer más allá del arrecife que ahora se interponía entre las dos embarcaciones.

Borric arrió la vela improvisada y sustituyó a Suli al timón. El chico le sonrió con una expresión entre alegre y aterrorizada. Tenía la túnica manchada de sudor, y Borric se descubrió enjugándose la frente empapada.

Puso la barca ligeramente en la dirección del viento y vio que el velamen de la balandra se alejaba aún más a medida que el arrecife se extendía hacia el noroeste. Se echó a reír. Era demasiado tarde, a pesar de que la tripulación de la balandra estaba largando la vela delantera. Para cuando rodearan el arrecife, la pinaza les sacaría tanta ventaja que podría estar en cualquier parte mar adentro. Caería la noche antes de que ganaran la distancia perdida, y para entonces Borric pensaba estar ya muy lejos de allí.

Las dos horas siguientes pasaron sin sobresaltos, hasta que Suli abandonó su puesto en la proa y se acercó a Borric. El príncipe notó que los pies del muchacho chapoteaban en agua.

Miró hacia abajo y vio que se estaba acumulando agua en la sentina.

—¡Empieza a achicar! —gritó.

—¿Qué, amo?

Comprendiendo que el chico no entendía tampoco aquel término, Borric dijo:

—¡Saca el cubo de la taquilla y empieza a recoger a agua y a echarla fuera!

Suli dio media vuelta, fue a buscar el cubo y comenzó a achicar el agua. Durante una hora, pareció que era capaz de mantener a raya el agua que entraba, pero, transcurrida otra hora de trabajo agotador, el agua se había acumulado alrededor de sus tobillos. Borric le ordenó que cambiaran de sitio y se hizo cargo de achicar el agua. Una hora después estaba claro que, incluso achicando a toda prisa, el esfuerzo sería inútil. Tarde o temprano, la barca se hundiría. La única duda parecía ser cuándo y dónde.

Borric miró hacia el sur y vio que no solo la línea de la costa discurría hacia el suroeste, alejándose de ellos, sino que llevaban rumbo noroeste, en dirección a los estrechos de la Oscuridad. Calculó que se hallaban lo más lejos de la costa que podían llegar, ligeramente al noreste de Ranom, donde el litoral torcía hacia el norte. Tenía que tomar rápidamente una decisión: o dirigirse hacia el sur, rumbo a la costa, o confiar en que pudieran mantener la barca a flote hasta tocar tierra en alguna parte al sur de LiMeth. Como estaban más o menos a la misma distancia de ambos sitios, decidió que lo mejor sería navegar lo más aprisa posible y mantener aquel rumbo.

Mientras el sol avanzaba velozmente hacia el oeste, se turnaron para achicar el agua y mantener la barca rumbo a LiMeth. Cerca del ocaso, aparecieron unas nubes

dispersas por el norte y se levantó un viento de cara. La pinaza navegaba bien de cara al viento, pero Borric dudaba de que logran mantenerse a flote para llegar a tierra si empezaba a llover. Mientras pensaba esto, las primeras gotas de lluvia se estrellaron contra su cara y menos de una hora después comenzó a llover a cántaros.

* * *

Al salir el sol, un barco se les echó encima. Borric llevaba un cuarto de hora viéndolo acercarse. Había aparecido de pronto entre la penumbra del alba. Suli y él, exhaustos por haber pasado la noche achicando agua para mantenerse a flote, apenas podían moverse. Borric, sin embargo, hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban y se levantó.

Habían arriado la vela al caer el sol, pensando que era preferible ir a la deriva en la oscuridad y que los dos achicaran a ratos que navegar a ciegas en plena noche. El fragor de los rompientes les avisaría si se acercaban demasiado a la costa. El único problema era que Borric ignoraba el curso de las corrientes en aquella parte del mar Amargo.

El barco era un pequeño mercante de tres palos y velas cuadradas, con una vela latina en la popa. Podía proceder de cualquier país del mar Amargo, de modo que podía ser su salvación o su desgracia.

Cuando el barco estuvo lo bastante cerca para que lo oyera, Borric gritó:

—¿Qué barco es ese?

El capitán del navio se acercó a la batayola mientras mandaba parar el timón. El barco se deslizó lentamente junto a la pinaza medio hundida de Borric, que zozobraba en medio del oleaje.

—El Buen Viajero, *de Bordon*.

—¿Adonde os dirigís?

—A Faráfra —fue la respuesta.

El corazón de Borric comenzó a latir otra vez. Era un mercante de Las Ciudades Libres, rumbo a una ciudad del imperio en el mar Dragón.

—¿Tenéis sitio para dos?

El capitán miró a aquella pareja de desarrapados, echó un vistazo a la pinaza, que se hundía rápidamente, y dijo:

—¿Tenéis dinero para el pasaje?

Borric no quería desprenderse de las monedas que le había quitado a Salaya, pues sabía que las necesitarían más adelante.

—No —dijo—, pero podemos trabajar.

—Tengo todos los peones que necesito —contestó el capitán.

Borric sabía por las historias que había oído contar que no era probable que el

capitán dejara que se ahogasen, las supersticiones de los marinos lo impedían, pero podía exigir como pago un contrato escrito para hacer varios viajes; los marineros eran gente inconstante y resultaba difícil mantener una tripulación fija. El capitán estaba regateando. Borric sacó el cuchillo de pescador oxidado y lo blandió.

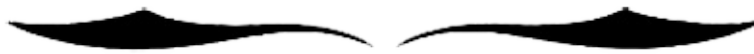
—Entonces, os ordeno que arriéis vuestra bandera. Sois todos mis prisioneros.

El capitán lo miró con los ojos como platos, lleno de perplejidad. Luego rompió a reír. Poco después, todos los marineros del barco reían a carcajadas. Tras un rato de sincero regocijo, el capitán gritó:

—¡Subid al loco y al chico a bordo! ¡Y poned luego rumbo a los estrechos!



Bienvenida



Sonaron las trompetas.

Mil soldados se pusieron firmes y presentaron armas. Un centenar de tamborileros a caballo inició un rítmico redoble. Erland se volvió hacia James, que cabalgaba a su izquierda, y dijo:

—¡Esto es increíble!

Ante ellos se alzaba Kesh, la ciudad imperial. Hacía una hora que habían penetrado en la ciudad baja, donde había salido a su encuentro una delegación del gobernador de la ciudad y su séquito. Habían tenido que soportar aquella misma ceremonia en cada parada a lo largo de su fatigoso viaje desde Nar Ayab a la capital. Cuando el gobernador de Nar Ayab había salido a recibirlos a las afueras de la ciudad, la bienvenida parecía haber aliviado el sombrío humor de Erland. Llevaba casi una semana abotargado por la muerte de Borric, entregándose a negros accesos de depresión entre los que afloraba la rabia por la injusticia de todo ello. La pompa con que les había recibido el gobernador le había hecho olvidarse por primera vez de la emboscada, y la novedad de ver semejante despliegue lo había distraído durante más de tres horas.

Ahora, en cambio, aquellas ceremonias estaban agotando su paciencia. Había recibido otra extravagante bienvenida en la ciudad de Kh'mrat, y en Khattara, y media docena de bienvenidas más que, aunque de menor importancia, habían sido igual de formales y de tediosas, en las ciudades más pequeñas del camino. Y se había visto obligado a soportar los discursos de bienvenida de toda clase de dignatarios, desde el gobernador regional a los ancianos de los pueblos.

Erland volvió la cabeza hacia atrás para mirar a Locklear, que cabalgaba junto al oficial keshiano enviado para recibirlos a las puertas de la parte baja de la ciudad. El príncipe hizo una seña y ambos espolearon a sus monturas y se acercaron al trote. El

oficial era un tal Kafi Abu Harez, un noble del Beni-Wazir, perteneciente a las gentes del desierto del Jal-Pur. Muchos hombres del desierto habían entrado al servicio del imperio a lo largo del siglo anterior. Tenían marcada preferencia, y talento, por la diplomacia y las negociaciones. El antiguo embajador de Kesh en la Región Occidental, Abdur Rachman Memo Hazara-Khan, muerto hacía ya diez años, les había dicho una vez a Erland y a su hermano: «Somos un pueblo de jinetes y somos, por tanto, rigurosos tratantes de caballos.». Erland había oído a su padre maldecir a Rachman con malhumorado respeto las veces suficientes como para creerlo. Sabía que, fuera lo que fuese aquel oficial dedicado al protocolo, no era ningún tonto y que había que vigilarlo de cerca. Los hombres del desierto del Jal-Pur eran enemigos terribles.

Kafi dijo:

—Sí, alteza. ¿En qué puedo servirte?

—Esto es un poco distinto a lo que hemos visto hasta ahora —respondió Erland—. ¿Quiénes son estos soldados?

Kafi se ciñó ligeramente el manto mientras cabalgaba. Su atuendo era similar al que Erland había visto otras veces en Krondor: tocado para la cabeza, túnica, pantalones, chaleco largo, botas hasta la rodilla y cinturón. Pero sus ropas diferían de las que había visto el príncipe en los intrincados dibujos bordados en la tela. Los oficiales de la corte keshiana parecían mostrar un amor casi antinatural por las perlas y el hilo de oro.

—Son de la guardia de la Casa Imperial, alteza.

Erland dijo con despreocupación:

—¿Tantos?

—Sí, alteza.

—Parece la guarnición entera de una ciudad —comentó Locklear.

El keshiano dijo:

—Depende de qué ciudad, mi señor. Para una ciudad del reino, sí. Para una ciudad keshiana, no tanto. Para la ciudad de Kesh, son solo una pequeña parte.

—¿Estarías desvelando un secreto militar si me dijeras cuántos soldados guardan a la emperatriz? —preguntó Erland con sorna.

—Diez mil —respondió Kafi.

Erland y Locklear cambiaron una mirada.

—¡Diez mil! —exclamó el príncipe.

—La Guardia de Palacio forma parte de la Guardia de la Casa Imperial, que a su vez solo es una parte de la guarnición de la ciudad: ese es el corazón del ejército de Kesh. Dentro de los muros de la ciudad baja y de la ciudad alta hay diez mil soldados listos para defender a La que es Kesh.

Hicieron avanzar a sus caballos por la ruta flanqueada por soldados y ciudadanos curiosos que miraban pasar a los isleños en relativo silencio. Erland vio que la calle empezaba a inclinarse y que remontaba una pendiente, una gigantesca avenida de

piedra que subía, sinuosa, hasta lo alto de la meseta. En medio de la rampa ondeaba una bandera dorada y blanca. Erland notó que el uniforme de los soldados de antes de la bandera era distinto al que llevaban los que se encontraban más allá de ella.

—Entonces, ¿son regimientos distintos? —preguntó.

Kafi dijo:

—Antiguamente, el pueblo de Kesh no era más que una de las muchas naciones que había alrededor de la Sima de Overn. Cuando les acosaban sus enemigos, huían a la meseta sobre la que descansa el palacio. Se ha convertido en tradición que todos los que sirven al imperio, pero no son de verdadera raza keshiana vivan en la ciudad de debajo del palacio. —Señaló la rampa, donde ondeaba la bandera—. Todos los soldados que veis por encima de la bandera imperial son de sangre pura. Solo ellos pueden servir y vivir en el palacio. —Su voz tenía un leve filo cuando añadió—: Nadie que no sea de auténtica estirpe keshiana puede vivir en el interior del palacio. —Erland observó atentamente al oficial de protocolo, pero no vio en él ningún atisbo de emoción, ni en un sentido ni en otro. Sonreía, como si dijera que aquello era simplemente así entre los keshianos.

Mientras se acercaban al arranque de la rampa, Erland pudo ver que quienes montaban guardia a lo largo del camino eran hombres de todas las razas y todas las apariencias, como los que había visto hasta ese momento al atravesar el imperio. Había, desde luego, más personas de piel y cabello oscuros que en el reino, pero había también pelirrojos y rubios. Los de más allá de la bandera tenían, sin embargo, un aspecto casi uniforme: eran de piel atezada, pero no negra ni marrón oscura, tampoco blanca, y de cabello uniformemente negro o castaño oscuro, con un matiz rojizo de vez en cuando, pero nunca pelirrojos ni rubios ni castaños claros. Era evidente que aquella compañía de soldados procedía de linajes que apenas se habían mezclado con otros pueblos de Kesh.

Erland observó el muro que corría a lo largo del borde de la meseta de más arriba y notó que desde donde estaba se divisaban muchas torres y chapiteles. Pensando en el tamaño de la meseta, dijo:

—Entonces, todos los que viven allá arriba, en la ciudad, pero fuera del palacio, ¿son de sangre «auténtica»?

Kafi sonrió con indulgencia.

—No hay ninguna ciudad en la meseta, alteza. Todo lo que ve sobre ella es el palacio. En otro tiempo había más edificios sobre la meseta, pero fueron desmantelados a medida que el palacio crecía y se extendía. Incluso los grandes templos se trasladaron abajo, para que los que no eran de auténtica sangre keshiana pudieran rendir culto.

Erland estaba impresionado. Bajo el gobierno del rey Rodric el Loco, la ciudad de Rillanon se había embellecido hasta convertirse en la más espléndida de Midkemia, o esa era la ambición confesa del rey. Pero Erland se vio forzado a admitir que, aunque el plan de Rodric hubiera dado fruto, a pesar de las fachadas de mármol de todos los

edificios públicos, los jardines a lo largo de los paseos que atravesaban la ciudad, los canales que rodeaban el palacio, a pesar de todo eso, Rillanon era poca cosa comparada con la ciudad de Kesh. Y no porque Kesh fuera una ciudad hermosa. No lo era. Muchas de las calles por las que habían pasado estaban atiborradas de construcciones pequeñas y sucias, repletas de los olores de la vida: el aroma de los guisos, el olor acre de la forja, el olor penetrante del cuero de las tintorerías y el hedor, siempre presente, de excrementos humanos y cuerpos sin lavar.

Había poco de bello en Kesh. Pero era una ciudad antigua. Albergaba los ecos de siglos de historia, de una nación poderosa que se alzaba hasta convertirse en un gran imperio. Había allí una cultura que producía artistas y músicos cuando los antepasados de Erland eran aún pescadores que poco antes saqueaban las islas vecinas desde el puerto de Rillanon. Su profesor de historia se lo había dicho cuando era niño, pero Erland veía ahora claramente qué había querido decir. Los adoquines que pisaban los cascos de su caballo estaban ya desgastados por el paso de bandidos, de jefes cautivos y de capitanes triunfantes antes de que Rillanon cayera bajo el dominio de los conDoin. Y ejércitos conquistadores al mando de generales legendarios pasaban por allí para subyugar a otras naciones cuando Rillanon y Bas-Tyra comenzaron sus guerras comerciales, dos ciudades-estado que intentaban dominar lo que acabaría llamándose el Mar del Reino. Kesh era antiguo. Muy antiguo.

Kafi dijo:

—Naturalmente, alteza, los invitados de la emperatriz se alojarán en un ala especial del palacio que da sobre la Sima de Overn. Sería descortés pedirlos que hicierais este camino a diario.

Erland salió de su ensoñación.

—Pero tú lo recorres a diario, ¿no es cierto?

Había una leve crispación alrededor de la boca de Harez cuando contestó:

—Desde luego, pero los que no somos de auténtica sangre keshiana sabemos el lugar que ocupamos en el orden del mundo. Servimos de buen grado, y un inconveniente tan nimio ni siquiera se discute.

Erland captó la indirecta y dejó correr el asunto. Un plantel de oficiales bajaba a su encuentro, cada uno de ellos vestido con más colorido que el anterior. El redoble de los tambores cesó y una banda de músicos tocó algo que se parecía sospechosamente a una tonada del reino ejecutada por personas que nunca antes la habían oído.

—Una bienvenida por todo lo alto —dijo Erland a James.

El barón asintió distraídamente. Desde su llegada a la ciudad, había dejado que su vieja costumbre de estar siempre alerta volviera a aflorar. Sus ojos escudriñaban constantemente a la multitud, buscando cualquier indicio de peligro. Habían enviado mensajes a Kronador y habían recibido una respuesta. El correo keshiano había actuado con asombrosa eficacia, llevando a Arutha la noticia de la muerte de Borric y

trayendo su respuesta. En la bolsa que llevaba el correo había numerosas cartas. El mensajero del reino estaba exhausto, pues había recibido órdenes de no entregar el contenido de la bolsa a nadie, excepto al conde James, al barón Locklear o al príncipe Erland. Había viajado escoltado por una sucesión de correos keshianos que cambiaban de montura en los puestos del camino. Había cabalgado sin descanso durante más de tres semanas, parando únicamente cuando el cansancio era abrumador; si no lo era, dormitaba en la silla y comía mientras cabalgaba. James había alabado su labor y había mandado respuesta a Krondor con él, junto con una recomendación para que recibiera un ascenso y una recompensa por su heroica cabalgada, y le había ordenado regresar a paso más sosegado.

La respuesta de Arutha ante la noticia de la muerte de Borric había sido como James esperaba: sobria y despojada de toda emoción íntima. El príncipe de Krondor no permitía que nada lo apartara de las arduas decisiones que afrontaba como gobernante de la Región Occidental. Había ordenado precavidamente al conde que se ocupara de recuperar el cuerpo de Borric, pero que en ningún caso variaran sus planes. El principal deber de su embajada era presentar los respetos del reino a la emperatriz con ocasión del jubileo por su setenta y cinco cumpleaños, y nada debía causar fricciones entre las dos naciones. James barruntaba problemas. Borric había sido asesinado para lanzar al imperio a la guerra con el reino, pero Arutha se había negado a picar el anzuelo. Aquello solo podía significar una escalada en las provocaciones del imperio. Y lo único que James podía imaginar más provocador que matar a uno de los príncipes era matarlos a los dos. Se sentía personalmente responsable de la muerte de Borric, y había orillado temporalmente su dolor para proteger a Erland. Al mirar hacia un lado, notó que su esposa lo estaba observando. Pensó dirigiéndose a ella, *¿cómo estás, querida mía?*

Me alegraré bajarme al fin de este caballo, amor mío, fue la respuesta, a pesar de que lady Gamina no mostraba signo alguno de incomodidad. Había soportado los rigores del largo viaje sin una queja, y cada noche, mientras yacía junto a James, era muy consciente de que la felicidad de estar juntos disipaba el malestar del día, pero no lograba borrar el dolor de James por la muerte de Borric, ni su preocupación por la seguridad de Erland. Señaló con la cabeza hacia la cabecera de la comitiva. *Todavía queda la bienvenida más oficial, cariño mío.*

Al menos un centenar de oficiales aguardaban a corta distancia, más allá del estandarte dorado y blanco para dar la bienvenida de la ciudad alta al príncipe y su séquito. Los ojos de Erland se abrieron ligeramente al ver aquello. Su primera impresión fue de incredulidad, como si alguien le estuviera gastando una broma descabellada. Porque en pie delante de él había hombres y mujeres que llevaban muy poca ropa e iban cargados de joyas. El atuendo más común era una falda sencilla, confeccionada en seda vaporosa y anudada alrededor de las caderas, desde la cintura a la mitad del muslo. Cinturones ornamentados sostenían la falda, y eran frecuentes las hebillas de oro con complejos dibujos. Pero hombres y mujeres por igual llevaban

el pecho desnudo y calzaban sandalias de tiras cruzadas y sin adornos. Los hombres llevaban la cabeza afeitada y las mujeres lucían el cabello corto, hasta los hombros o las orejas, con magníficas hileras de piedras preciosas y oro prendidas entre los mechones.

Kafi habló con la cabeza ligeramente vuelta hacia Erland.

—Tal vez su alteza no lo sepa, pero el tabú de la desnudez común a su nación y a algunos otros pueblos del imperio no existe entre los keshianos de sangre pura. Yo también tuve que acostumbrarme. Entre mi gente, ver el rostro de la mujer de otro hombre significa la muerte. —Con una nota de ironía, añadió—: Estas personas son de un país cálido, alteza, pero no tan cálido como mi patria, el desierto, donde vestir así sería tentar a la muerte. Cuando conozcas las largas noches ventosas y abrasadoras de la meseta, comprenderás por qué aquí la ropa es solo cuestión de moda. Y los keshianos de pura cepa nunca se han preocupado mucho por la sensibilidad de los pueblos sometidos. «En Kesh, haz lo que hicieren los keshianos puros», reza un viejo refrán.

Erland asintió con la cabeza, intentando no mirar fijamente tanta piel desnuda. Un hombre se adelantó. No sacaba muchos años al príncipe. Era musculoso y fornido, y llevaba un arco y un cayado de pastor que parecían ceremoniales, más que útiles. Tenía la cabeza afeitada, como los otros, excepto un mechón de pelo que llevaba atado con lazos adornados con piedras preciosas, gemas y oro. Un instante después, un hombre recio que parecía visiblemente incómodo por tener que estar al sol, se colocó junto a él. Haciendo caso omiso del sudor que corría por su piel enrojecida, dijo:

—Damos la bienvenida a nuestros invitados.

Kafi dijo dirigiéndose al más corpulento de los dos:

—Mi señor Nirome, tengo el honor de presentarte a su alteza el príncipe Erland, heredero al trono de las Islas, caballero-capitán de los ejércitos del oeste y emisario ante La que es Kesh.

—Alteza —dijo el gordo Nirome—. Para honrar tu llegada, viene a recibirnos un miembro del linaje imperial. Tengo el gran honor de presentarte al príncipe Awari, hijo de La que es Kesh.

El joven se adelantó de nuevo y se dirigió directamente a Erland.

—Damos la bienvenida a nuestro hermano el príncipe. Que tu estancia aquí sea gozosa y dure cuanto desees, príncipe Erland. Es un gran honor que el rey de las Islas haya enviado a su heredero. La que es madre de todos nosotros está tan complacida que ha enviado a su pobre hijo a daros la bienvenida. He de decirte que todos los corazones de Kesh se alegran de tenerte entre nosotros y que cada momento de tu estancia aquí será como un tesoro para nosotros. Tu sabiduría y tu valor no tienen parangón y La que es Kesh espera con impaciencia para darte la bienvenida a su corte. —Diciendo esto, el príncipe Awari dio media vuelta y echó a andar calle arriba. Los hombres y mujeres del comité de bienvenida se apartaron para que pasaran el

príncipe y lord Nirome, y luego Kafi indicó a Erland y al barón Locklear que les siguieran. Kafi y el conde James fueron detrás.

Mientras subían por la rampa, James se volvió hacia Kafi y dijo:

—En realidad sabemos muy poco del imperio, excepto lo que vemos desde su frontera norte. A su alteza le complacería que pudieras alojarte con nosotros y contarnos, quizá, más cosas sobre este prodigioso lugar.

El hombre sonrió y James vio algo en sus ojos.

—Vuestros deseos estaban ya previstos. Estaré junto a vuestra puerta al rayar el alba cada día y no me alejaré de vuestro lado hasta que me deis permiso para marchar. La emperatriz, colmada sea de bendiciones, así lo ha ordenado.

James sonrió e inclinó la cabeza. *Así que es nuestro perro guardián.*

Gamina sonrió a los que estaban cerca y dijo: *Uno de tantos, estoy segura de ello, amado mío.*

James fijó su atención en la cabecera de la comitiva, donde Erland seguía a la delegación imperial. Sabía que durante los dos meses y medio siguientes tal vez su ingenio y su talento fueran puestos a prueba. Y solo tenía dos tareas básicas: mantener vivo a Erland y evitar que el reino entrara en guerra.

* * *

Erland no podía casi articular palabra. Su «apartamento» era un complejo de seis habitaciones situado en el ala del palacio reservada para ellos, que era casi tan grande como el palacio de su padre en Krondor. El palacio imperial era, en efecto, una ciudad en sí misma. Y los apartamentos para invitados eran de una opulencia inimaginable. Las paredes de piedra estaban todas ellas recubiertas de mármol, pulido hasta alcanzar un lustre que reflejaba la luz de las antorchas con el brillo de un millar de piedras preciosas. En lugar de muchas pequeñas habitaciones, como se estilaba en el reino, todas las estancias del apartamento eran grandes, pero podían dividirse mediante cortinas colgantes de diversa opacidad. En ese momento, solo había cortinas a su izquierda y su derecha, y eran ambas de una gasa transparente que le permitía ver los divanes y sillones colocados en grupos, por si acaso necesitaba celebrar conferencias allí. Y a su izquierda, una espaciosa terraza ofrecía vistas asombrosas de la Sima de Overn, el gigantesco lago de agua dulce que constituía el corazón del imperio. La alcoba se extendía más allá de dos puertas que daban a aquella estancia, la sala de audiencias, donde podía reunirse con sus consejeros si le era preciso.

Erland indicó con una seña a uno de los guardias encargados de servirle que abriera las grandes puertas. Antes de que los guardias pudieran reaccionar, una joven apareció a su lado.

—Mi señor —dijo, y dio una fuerte palmada.

Las puertas se abrieron y Erland inclinó la cabeza distraídamente mientras entraba en el que iba a ser su dormitorio. El príncipe se detuvo al ver lo que tenía ante sí. Allá donde mirara veía oro. Se había usado oro para las mesas y los divanes, para las banquetas y las sillas que había diseminadas por la habitación para cualquier necesidad que pudiera tener mientras se vestía, escribía un mensaje o comía a solas. En lo alto de la pared, el mármol cedía su lugar a la arenisca, sobre cuyo tono ocre había pintados murales de vivos colores. Las pinturas, hechas a la estilizada manera keshiana, mostraban a guerreros, reyes y dioses, muchos de ellos representados con cabeza animal, pues la apariencia que los keshianos daban a los dioses difería notablemente de la que tenían en el reino.

Erland permanecía en silencio, contemplando el esplendor de la estancia. Una cama gigantesca dominaba el aposento, rodeada en tres de sus lados por vaporosos cortinajes de seda que colgaban del techo, a seis metros de su cabeza. La cama era el doble de grande que la que tenía en casa, que le había parecido inmensa cuando Borric y él regresaron de servir con lord Highcastle, después de haberse acostumbrado a dormir en los estrechos catres de los cuarteles militares.

Pensar en Borric lo puso melancólico por un instante. Deseaba poder compartir su asombro con su hermano. Por enésima vez desde el ataque, se negó a admitir la muerte de su hermano. Por alguna razón, no sentía que Borric hubiera muerto. Su hermano estaba allí fuera, en alguna parte, estaba seguro de ello. La joven que había entrado con ellos dio otra palmada y de pronto la habitación se llenó de actividad.

Los guardias del príncipe permanecían en silencio, asombrados, viendo la interminable comitiva de sirvientes keshianos que desfiló por la estancia, en primer lugar por la rapidez y la eficiencia con que deshicieron el equipaje del príncipe y colocaron sus ropas en un armario cercano, pero sobre todo, porque eran todas mujeres hermosas y porque su atuendo era tan escaso como el de los miembros del comité de bienvenida. La única diferencia era la ausencia de joyas. Aquellas mujeres llevaban la falda sencilla sujeta al talle con un cinturón de lino. Aparte de eso, iban desnudas.

Erland se acercó a los dos guardias y dijo:

—Id a comer algo. Si os necesito, os mandaré llamar.

Los guardias saludaron y dieron media vuelta, sin saber muy bien adonde ir. Como si hubiera leído el pensamiento al príncipe, una joven dijo:

—Por aquí. —Y les indicó el camino.

Otra muchacha, con los ojos de color caoba, se detuvo delante de Erland.

—Si te place, mi señor, tu baño está listo. —Erland reparó en que su cinturón era rojo, con hebilla de oro, en lugar de blanco, y supuso que aquella joven era la que mandaba en aquel grupo de muchachas.

Se sintió de pronto demasiado vestido para el calor que hacía en el palacio, y sucio después del viaje de dos días a caballo; así pues, asintió con un gesto y siguió a

la mujer hasta la siguiente habitación. Allí aguardaba una piscina de al menos nueve metros de largo. En uno de sus extremos, la estatua de oro de algún espíritu acuático sujetaba una vasija que vertía agua en la piscina. Erland miró a su alrededor. Al menos cinco mujeres esperaban a que se metiera en el agua, todas ellas desnudas.

Otras dos se acercaron a él mientras que la que lo había acompañado hasta allí daba media vuelta y empezaba a desabrocharle la túnica.

—Esto... —comenzó a decir Erland, apartándose mecánicamente.

—¿Falta algo, mi señor? —preguntó la joven de los ojos color caoba. Erland notó de repente que su piel atezada era de varias tonalidades: tenía el cálido matiz rojizo del sol sobre su tono natural, que era oscuro y oliváceo. Llevaba el cabello negro recogido hacia atrás en una prieta trenza, y Erland se fijó en que su cuello era muy largo.

El príncipe hizo amago de hablar, pero se detuvo, sin saber qué decir. Estaba seguro de que, de haber estado Borric allí, se habrían puesto los dos a chapotear en la piscina, poniendo a prueba los límites de sus prerrogativas con aquellas encantadoras sirvientas. Pero solo... Se sentía torpe.

—¿Cómo te llamas?

—Miya, mi señor.

—Eh, Miya... —Miró a las hermosas jóvenes que aguardaban para conocer sus deseos—. En mi país, no es costumbre que tantos sirvientes... No son necesarios tantos.

Los ojos de la joven escudriñaron los suyos un instante. Contestó suavemente:

—Si mi señor me indica qué sirvientas le son más gratas, mandaré irse a las demás. —Vaciló un segundo y añadió—: O, si solo desea una, me sentiré muy honrada de... ocuparme de sus deseos, mi señor. —Dijo esto último con significado evidente.

Erland sacudió la cabeza.

—No, yo quería decir que... —Suspiró, resignado—. Adelante.

Unas manos hábiles lo despojaron de sus ropas y, cuando estuvo desnudo, se metió rápidamente en la piscina, sintiéndose torpe y avergonzado. Al bajar los peldaños de la piscina poco profunda, descubrió con sorpresa que el agua estaba caliente. Se sentó en el último escalón, sintiéndose algo tonto, con el agua al pecho. Luego, Miya se desabrochó el cinturón y su faldita cayó al suelo. Sin inmutarse, se metió en el agua y se sentó en el escalón de detrás de Erland. Dio una palmada y otra sirvienta indicó a las que permanecían fuera de la piscina que empezaran a llevar afeites, jabones y ungüentos.

Con una suave presión sobre sus hombros, Miya echó a Erland hacia atrás, hasta que la cabeza de este descansó sobre sus pechos suaves. Luego, Erland sintió el masaje de sus dedos en el cuero cabelludo. La muchacha le estaba frotando el cabello con aceites perfumados. Otras dos sirvientas estaban ahora a su lado, frotándole el pecho con jabones que olían levemente a flores. Otras dos empezaron a limpiarle las

uñas, mientras dos más se atareaban masajeando los músculos fatigados de sus piernas.

Tras los primeros momentos de tensión por verse manipulado tan íntimamente por siete desconocidas, Erland respiró hondo y se dispuso a relajarse. Aquello no era tan distinto a que un criado le frotara la espalda en casa, se dijo. Luego miró a las doce hermosas mujeres que permanecían junto a la piscina y a las siete que había en el agua con él y se echó a reír. Sí, claro, aquello era igual que estar en casa.

—¿Mi señor? —dijo Miya.

Erland exhaló un largo suspiro.

—Cuesta un poco acostumbrarse a esto.

La mujer dejó de lavarle el pelo, le aclaró la cabeza con un cuenco de oro y comenzó luego a masajear los músculos de su cuello y sus hombros. Pese a su azoramiento por hallarse en la piscina con las sirvientas desnudas, Erland descubrió que el masaje persistente empezaba a hacer que le pesaran los párpados. Mientras olía la deliciosa fragancia de la piel morena y húmeda de Miya y el aroma suave de los aceites, cerró los ojos y sintió que el cansancio y las preocupaciones lo abandonaban.

Respiró hondo y Miya dijo en voz baja:

—¿Desea algo mi señor?

Erland sonrió por primera vez desde el ataque de los bandidos y dijo:

—No, creo que podría acostumbrarme a esto.

—Entonces descansa, mi apuesto y joven señor de cabello como el fuego —le susurró ella al oído—. Descansa y refréscate, porque esta noche te recibirá La que es Kesh.

Erland se acomodó contra el cuerpo suave de la sirvienta y dejó que el calor de la piscina y del masaje de las mujeres sobre sus músculos tensos y cansados se apoderara de él. Pronto notó que se sumía en un duermevela brumoso y sensual y, mientras se relajaba, se sintió reaccionar a las suaves caricias de las mujeres. Con los párpados entornados, vio caras sonrientes que lo miraban con expectación mientras dos sirvientas hablaban entre susurros y sofocaban la risa. Sí, pensó, *podría acostumbrarme a esto*.

* * *

Una de las sirvientas le sacudió el pie y musitó:

—¡Mi señor!

Erland se apoyó en el codo para ver qué estaba ocurriendo y parpadeó, soñoliento. Se incorporó, ya del todo despierto, y dijo:

—¿Qué?

—Lord James te envía recado de que estará aquí dentro de media hora, mi señor.

Te advierte de que estés listo para tu presentación ante la emperatriz. Debes vestirte.

Erland miró primero a la derecha y luego a la izquierda y se encontró flanqueado por dos cuerpos inmóviles; a su derecha, Miya dormía, dejando escapar leves sonidos al respirar, mientras que a su izquierda otra sirvienta, la de los asombrosos ojos verdes, recordó Erland, aunque no recordara su nombre, lo miraba con los párpados entrecerrados. Dando una palmada en las nalgas desnudas de Miya, dijo:

—¡Hora de prepararse, queridas mías!

Miya se despertó de golpe y se levantó ágilmente de la enorme cama. Dio una palmada y al instante media docena de esclavas aparecieron con la ropa de Erland lavada y lista. Erland se levantó de un salto y les indicó que esperaran mientras corría hacia la habitación de la piscina. Hizo señas a las sirvientas para que se apartaran de su camino, bajó los tres escalones, se sumergió en el agua. Dirigiéndose a Miya, que lo había seguido, dijo:

—Estaba empapado. Lo necesitaba.

La joven sonrió levemente.

—Has estado... muy activo durante un rato, mi señor.

Erland le devolvió la leve sonrisa.

—¿Siempre hace tanto calor?

—Estamos en verano —dijo la muchacha—, así que siempre es así. Usamos abanicos para refrescar a quienes lo desean. En invierno hace mucho frío por la noche y se necesitan muchas pieles en la cama para entrar en calor.

A Erland le costó trabajo imaginarse aquello mientras salía de la piscina. Tres mujeres lo secaron rápidamente, y volvió a la alcoba.

Que lo ayudaran a vestirse resultó más difícil de lo que imaginaba. Intentaba hacer las cosas solo y estorbaba a las mujeres que se esforzaban por atar lazos y abrochar hebillas. Pero estaba del todo vestido cuando anunciaron al conde James. Inclinando la cabeza, Erland dio permiso para que entrara.

James apareció y dijo:

—Vaya, tienes mejor aspecto. ¿Ha sido agradable la siesta?

Erland paseó la mirada por los abundantes cuerpos femeninos que había a la vista y respondió:

—Pues sí, mucho.

James se echó a reír.

—A Gamina no le ha hecho gracia ver a tantas jóvenes hermosas en nuestra *suite*, así que nos han mandado a unos muchachos muy atractivos. Se puso muy nerviosa cuando se ofrecieron a ayudarla a bañarse. —Miró a su alrededor—. Yo diría que son un pueblo lascivo, pero para ellos es lo normal. Debemos parecerles... No sé lo que debemos parecerles.

Le indicó con un gesto que lo siguiera y lo condujo al largo pasillo, donde Locklear y Gamina estaban hablando. Cuando salieron al pasillo, Gamina dijo a Erland con el pensamiento: *Erland, James ha encontrado ya dos puestos de escucha*

en nuestras habitaciones. Ten cuidado con lo que dices en voz alta.

Apuesto a que al menos una de mis sirvientas es una espía keshiana, le respondió él.

Se hizo el silencio cuando un oficial de la corte, con el mismo atuendo que habían visto por todas partes, la faldita blanca y las sandalias, se acercó a ellos. Aquel hombre lucía, sin embargo, un collar ornamentado de oro y turquesas y portaba un cetro.

—Por aquí, alteza, señores, señora.

Los condujo por un largo corredor en el que las puertas de grandes cámaras y apartamentos se alternaban con galerías abiertas. Más allá de las galerías había fuentes y pequeños jardines iluminados por antorchas colocadas en soportes sobre ellos. Mientras pasaban junto a aquellos jardines, James dijo:

—Ya puedes ir acostumbrándote a esas siestas, alteza. Aquí es la costumbre. Por la mañana, los asuntos de la corte, la emperatriz y sus consejeros privados, una comida después de mediodía, siesta toda la tarde desde el almuerzo, otra vez los asuntos de la corte desde la caída del sol hasta más o menos las nueve, y luego la cena.

Erland miró a varias sirvientas que pasaban, vestidas únicamente con aquella faldita.

—Me las arreglaré —dijo.

Le llegó entonces un pensamiento de Gamina. No era una palabra articulada, sino una actitud llena de reproche.

Al final del corredor, entraron en un pasillo aún más largo. Las columnas de piedra, recubiertas de mármol, se alzaban hasta una altura de tres pisos por encima de sus cabezas. A ambos lados del corredor, las paredes estaban pintadas con estilizadas representaciones de grandes acontecimientos y batallas míticas entre dioses y demonios. Caminaban por el centro del pasillo, pisando una alfombra de fabulosos diseños y exquisita trama, increíblemente larga y, sin embargo, sin un solo defecto visible.

Cada seis metros, más o menos, había apostado un guarda keshiano. Erland se fijó en lo poco que se parecían aquellos hombres a los famosos soldados perro que vigilaban la frontera con el reino. Parecían elegidos por su físico, más que por su experiencia, pensó Erland. Vestían únicamente la falda corta, aunque era esta de un diseño distinto, abierta por delante de modo que las piernas se movieran con mayor libertad. Todos ellos llevaban un taparrabos del mismo hilo blanco que la falda, y un cinturón ornamentado de muchos colores, cerrado por delante con una hebilla de plata. Lucían también aquellas sandalias sencillas de tiras cruzadas, y se cubrían la cabeza con cascos cuyo aspecto bárbaro y primitivo fascinaba a Erland. Uno llevaba sobre la cabeza un cráneo de leopardo, y la piel del animal le caía sobre los hombros. Unos cuantos lucían cabezas de alce y de oso de la misma manera. Muchos llevaban plumas de halcón o de águila prendidas a las diademas de marfil colocadas sobre sus

cabezas, o cascos provistos con plumas de loros de brillantes colores, y algunos lucían altos cascos de forma cónica, hechos de juncos teñidos de tonos vivos, que parecían poco prácticos para la batalla.

James dijo en voz alta:

—Menuda exhibición, ¿eh?

Erland asintió con la cabeza. Todo cuanto había visto hasta ese momento en la ciudad alta de Kesh hablaba de excesos. Comparado con lo que habían visto en la ciudad baja, aquel lujo resultaba aún más abrumador. La riqueza y la opulencia predominaban en los detalles más nimios. Donde habría bastado algo corriente, se usaba algo noble: oro en lugar de simple hierro, piedras preciosas en vez de vidrio, sedas donde cabía esperar algodón. Y tras atravesar nuevos pasillos y salones, Erland comprendió que lo mismo podía decirse de los sirvientes. Si se necesitaba un hombre, este no solo debía ser atlético y capaz, sino que también guapo. Si una mujer podía ser vista cruzando los pasillos, aunque fuera por casualidad, debía ser joven y bella. *Unos cuantos días más así, pensó Erland, y me alegraré de ver una cara corriente.*

Al llegar ante un par de puertas macizas, recubiertas de pan de oro, el oficial que les acompañaba golpeó el suelo con la punta de su bastón y anunció:

—El príncipe Erland, el conde James, la condesa Gamina y el barón Locklear.

Las puertas se abrieron de par en par y a través de ellas Erland vio un vasto salón, de al menos cien metros de longitud desde donde estaban a la pared del otro lado, contra la cual se levantaba una alta tarima y, sobre ella, un trono dorado.

Por la comisura de la boca, Erland dijo:

—No me habías dicho que fuera una recepción formal.

—No lo es —contestó James—. Esto es una cena íntima e informal.

—Pues estoy deseando ver una formal. —Erland respiró hondo y dijo—: Bueno, entonces vamos a tomar un bocado con su majestad. —Dando un paso adelante, el príncipe Erland entró en el salón de la emperatriz de Kesh la Grande seguido por sus consejeros.

* * *

Erland avanzó resueltamente, en línea recta, por el centro del salón. El sonido de los tacones de sus botas al tocar el suelo de piedra le parecía extraño, una estentórea y grosera intrusión en aquella estancia, donde el cuero suave de las sandalias y las babuchas era la norma. El silencio absorbía aquel ruido, pues nadie en el salón hablaba y todos los ojos se hallaban fijos en la comitiva del reino de las Islas.

Sobre la tarima, ante el trono dorado, habían colocado un montón de cojines. Sobre ellos yacía una mujer mayor. Erland trató de mirarla directamente, pero sin fijar en exceso la vista en ella, y descubrió que era tarea imposible. Allí, reclinada

sobre cojines, ante el trono más poderoso del mundo conocido, estaba la reina más poderosa sobre la faz de la tierra. Y era una mujer menuda y marchita, en cuya apariencia no había nada de destacable. Su atuendo era semejante a la consabida falda corta y blanca, aunque la suya era larga y le llegaba por debajo de las rodillas. Su cinturón estaba también tachonado con magníficas gemas que reflejaban la luz de las antorchas y hacían danzar chispas sobre las paredes y el techo. Llevaba un chaleco suelto de tela blanca, sujeto por delante con un broche de oro en el que había engarzado un asombroso rubí sangre de paloma. Sobre su cabeza descansaba una diadema de oro, adornada con zafiros y rubíes como el príncipe no los había visto nunca. El rescate de una nación entera descansaba sobre el cuerpo de aquella anciana.

Su piel morena no podía ocultar la palidez de la edad. Y sus movimientos eran los de una mujer diez años mayor que los setenta y cinco que tenía, pero fueron sus ojos los que hicieron a Erland sentir su grandeza, pues todavía había fuego en ellos.

Unos ojos oscuros, en los cuales danzaba una luz tan brillante como la de los zafiros y rubíes de encima de su frente, contemplaban al príncipe mientras este avanzaba por el pasillo, entre los invitados que compartían la velada con la emperatriz. En torno a la base de la tarima, una docena de mesas bajas habían sido colocadas en semicírculo y, alrededor de cada mesa redonda, reclinados sobre cojines, se hallaban quienes eran considerados por la emperatriz dignos de tal honor.

Erland se detuvo ante la emperatriz y agachó la cabeza no más de lo que lo habría hecho de hallarse frente a su tío, el rey. James, Gamina y Locklear doblaron las rodillas, como les había dicho que hicieran el oficial de protocolo, y esperaron la señal para levantarse.

—¿Cómo se encuentra nuestro joven príncipe de las Islas?

La voz de la mujer era como un relámpago hendiendo una lánguida tarde de verano, y Erland casi dio un respingo al oír su tono. Aquella simple pregunta contenía matices y significados que escapaban a la comprensión del joven. Sofocando un inesperado ataque de angustia, Erland contestó con la mayor calma de que fue capaz:

—Bien, majestad. Mi tío, el rey de las Islas, os envía sus deseos de que sigáis gozando de buena salud y bienestar.

Con una risilla, ella contestó:

—Y hace bien, mi príncipe. Yo soy su mejor amiga en esta corte, no lo dudes. — Suspiró y dijo—: Cuando acabe este asunto del jubileo, haz llegar nuestros más sinceros deseos de que las Islas sigan prosperando. Tenemos mucho en común. Ahora, dime quiénes te acompañan.

Erland hizo las presentaciones y, cuando acabó, la emperatriz sorprendió a todos incorporándose ligeramente y diciendo:

—Condesa, ¿me harías el favor de acercarte?

Gamina lanzó una rápida mirada a James y subió luego los diez escalones que la separaban de la emperatriz.

—Vosotros, los del norte, podéis ser muy rubios, pero nunca había visto a nadie

como tú —dijo la anciana—. En realidad no eres de los alrededores de Stardock, ¿verdad?

—No, majestad —contestó Gamina—. Nací en las montañas al norte de Romney. La emperatriz asintió con la cabeza, como si eso lo explicara todo.

—Regresa con tu marido, querida mía. Tu apariencia es encantadora, a su exótica manera.

Cuando Gamina bajó del entarimado, la emperatriz dijo:

—Alteza, hemos reservado una mesa para tu séquito. Me haréis el favor de cenar con nosotros.

El príncipe se inclinó de nuevo y dijo:

—Es un honor para nosotros, majestad.

Cuando estuvieron sentados en la mesa que les indicaron, la más cercana a la emperatriz, menos una, apareció otro cortesano que anunció:

—El príncipe Awari, hijo de La que es Kesh.

El príncipe que había salido a recibir a Erland esa tarde hizo su entrada por una puerta lateral que Erland supuso daba a otra ala del palacio, distinta a la que albergaba a su séquito.

—Si su alteza necesita consejo —dijo una voz a la derecha de Erland, y al volverse vio que Kafi Abu Harez había aparecido junto al conde James—. Su majestad la emperatriz, que por siempre prospere, ha pensado que tantas cosas nuevas os desconcertarían, y me ha ordenado que me sienta a vuestro lado y conteste a cualquier pregunta que tengáis.

Y que descubra por qué cosas nos interesamos, dijo mentalmente Gamina.

Erland asintió ligeramente con la cabeza, y Kafi creyó que estaba simplemente considerando sus palabras, pero Gamina supo que le estaba dando la razón. Luego, el chambelán exclamó:

—¡La princesa Sharana!

Detrás de Awari apareció una joven que parecía tener casi la misma edad que Erland. Sintió este que se le cortaba la respiración en la garganta al ver a la nieta de la emperatriz. En aquel palacio lleno de mujeres hermosas, Sharana era asombrosa. Su atuendo era similar a los que habían visto, pero, al igual que la emperatriz, llevaba también un chaleco de lino, y lo que permanecía oculto a la vista no hacía sino aumentar su atractivo. Sus brazos y su rostro eran del color de las almendras blancas, aunque el sol ardiente de Kesh los hubiera vuelto dorados. Llevaba el cabello cortado por la frente y los hombros, recto y sin adornos, pero una larga trenza le caía por la espalda, entretejida de gemas y oro. Entonces el chambelán dijo alzando la voz:

—La princesa Sojiana.

Locklear estuvo a punto de levantarse de su asiento. Si la princesa Sharana era la belleza en su primera floración, su madre, Sojiana, era su apogeo. Alta y de complexión atlética, se movía como una bailarina y cada uno de sus pasos parecía pensado para mostrar su cuerpo en su máximo esplendor. Y era el suyo un cuerpo

excepcional, de largos miembros, vientre plano y grandes pechos. Daba la impresión de ser voluptuoso sin tener un solo atisbo de grasa, de ser terso por encima de su firme musculatura. Vestía únicamente la falda blanca, con un fajín dorado en lugar del cinturón blanco. Alrededor de sus brazos se enroscaban dos serpientes de oro, y en torno al cuello lucía un collar dorado adornado con ópalos de fuego, todo lo cual realizaba su piel morena. Su cabello era del color castaño de la madera empapada por el vino, tan rojo como marrón.

Y desde un rostro tan bello como su cuerpo, unos ojos del más extraño color verde observaban a su madre.

—Dioses —dijo Locklear—, es asombrosa.

El hombre del desierto estuvo de acuerdo.

—La princesa está considerada una de las mujeres más bellas entre los de sangre auténtica, mi señor barón. —Había en su observación un tono precavido.

James lo miró con expresión inquisitiva, pero Kafi parecía remiso a hablar. Tras aguantar un momento la mirada de James, se fijó en el embeleso con que Locklear miraba a la princesa, que se acercaba a su madre, y dijo por fin:

—Lord Locklear, me siento en la obligación de añadir una nota de advertencia. —Miró a la princesa Sojiana cuando esta llegó ante la tarima y susurró—: Es la mujer más peligrosa de su corte después de la emperatriz. Y eso la convierte en la segunda mujer más peligrosa de este mundo.

Locklear dijo con una sonrisa desafiante:

—No lo dudo. Es impresionante. Pero creo que yo podría estar a la altura del desafío.

Gamina le lanzó una mirada sombría al oír aquella broma grosera, pero el hombre del desierto compuso una sonrisa.

—Puede que te dé la oportunidad. Se dice que tiene gustos... aventureros.

A James no le pasó desapercibido el verdadero mensaje de Kafi, aunque Locklear estuviera demasiado prendado de la princesa para prestarle atención. James miró a Kafi inclinando levemente la cabeza para darle las gracias por la advertencia.

A diferencia de Awari y Sharana, Sojiana no se limitó a inclinarse ante la emperatriz y a retirarse luego a la mesa reservada para la familia imperial, sino que hizo una reverencia y habló.

—¿Se encuentra bien mi madre? —preguntó en tono formal.

—Estoy bien, hija mía. Hemos gobernado un día más en Kesh.

La princesa volvió a inclinarse y dijo:

—Entonces, mis plegarias han sido escuchadas. —Fue luego a sentarse junto a su hermano y su hija, y los sirvientes entraron en el salón.

Uno tras otro fueron presentados platos de notable variedad, y cada uno o dos minutos Erland tuvo que pensarse qué probaba. Les llevaron los vinos, secos y dulces, tintos y blancos, estos últimos enfriados con hielo traído de los picos de las montañas Guardianas.

Erland dijo al keshiano:

—Dime, pues, ¿por qué han sido los miembros de la familia imperial los últimos en entrar?

Kafi respondió:

—Al extraño modo en que nosotros los keshianos hacemos las cosas, entran primero los de menos importancia: los esclavos, los sirvientes y los ministriles de la corte que lo disponen todo para los de alta cuna. Luego, La que es Kesh entra y ocupa su sitio sobre la tarima; después entran las personas de estirpe noble o especial mérito, de nuevo en orden de menor a mayor importancia. Tú eres el único noble presente de igual rango a la familia imperial, por eso has entrado justo antes que el príncipe Awari.

Erland asintió con la cabeza. Después, lo asaltó una idea extraña.

—Eso significa que su sobrina, Sharana, es...

—De mayor rango en esta corte que el príncipe —concluyó Kafi, paseando la mirada por la estancia—. Es una pequeña disputa familiar, mi príncipe.

Y no desea hablar de ello aquí, añadió Gamina. Erland le lanzó una mirada y ella afirmó: *No le estoy leyendo el pensamiento, alteza. No lo haría con nadie que no me diera permiso, pero está... anunciándolo. No puedo explicarlo mejor, pero se esfuerza por no hablar de muchas cosas.*

Erland dejó correr el asunto y empezó a hacer preguntas sobre la corte. Kafi contestaba como lo habría hecho un profesor de historia aburrido, excepto cuando las preguntas podían desembocar en anécdotas divertidas, sonrojantes o escandalosas. Había resultado ser todo un chismoso.

James prefirió dejar que fueran los otros quienes hablaran; él, entre tanto, se dedicaba a expurgar las respuestas que daba Kafi. Mientras proseguía la cena, fue juntando insinuaciones y sabrosos retazos de esto y aquello y encajándolos en el marco de lo que ya sabía. Kesh era tan complejo como un hormiguero; únicamente la presencia de su reina, la emperatriz, mantenía el orden. Las facciones, las viejas rivalidades nacionales y las disputas antiguas formaban parte de la vida de la corte keshiana, y la emperatriz mantenía su imperio intacto enfrentando a unas facciones con otras.

James bebió un fino vino tinto y seco, y pensó en qué papel debían representar ellos en aquel drama, pues sabía con la misma certeza con que sabía que las botas le hacían daño en los pies que alguien aprovecharía su presencia para favorecer sus propios fines políticos. La cuestión era quién lo intentaría y cuáles serían sus motivos.

Eso por no hablar, se dijo, de cómo intentaría esa persona servirse de la presencia de Erland en la corte. Estaba claro que al menos una facción cortesana quería ver muerto a Erland para que estallara la guerra entre el reino y el imperio. James paseó la mirada por la habitación y probó de nuevo el vino seco. Mientras lo saboreaba, pensó que era un extranjero en un país muy extraño y que tendría que darse prisa en aprender a desenvolverse allí. Dejó vagar su mirada, observando caras aquí y allá, y

se descubrió observado, a su vez, por más de media docena de rostros.

Suspiró. Habría tiempo, y dudaba de que surgieran problemas la primera noche de su estancia en palacio. Porque, si él tuviera orden de asesinar a Erland, lo haría cuando hubiera más invitados entre los que repartir las sospechas y cuando el efecto de su muerte arruinara en mayor grado el jubileo de la emperatriz. *A no ser, desde luego, se dijo, que sea la propia emperatriz quien desea la muerte de Erland.*

Escogió un trozo de melón delicadamente condimentado de su plato y se lo comió. Al saborearlo, decidió olvidarse de los asuntos de Estado un par de horas. Pero menos de un minuto después, volvió a descubrirse paseando la mirada por la sala, en busca de alguna pista, de algún indicio de dónde podía llegarles el siguiente ataque.



Compañero



El vigía señaló con el dedo.

—¡Faráfra!

El capitán mandó orientar las velas cuando, tras bordear los cabos, divisaron al fin el puerto kesbiano. Un marinero que se hallaba junto a la batayola se volvió hacia Borric y dijo:

—Esta noche habrá juerga, ¿eh, Loco?

Borric sonrió con desgana. Detrás de él, el capitán exclamó:

—¡Subid y preparaos para arrizar las velas! —Los marineros se apresuraron a obedecer—. Dos puntos hacia el puerto —ordenó el capitán, y Borric giró el gran timón del barco para tomar el rumbo indicado. Desde que se había unido a la tripulación de *El Buen Viajero*, se había ganado, aunque fuera a regañadientes, el respeto del capitán y la marinería. Algunas cosas las hacía bien, mientras que de otras parecía no entender, pero aprendía rápidamente. Sus conocimientos náuticos, sus nociones sobre las corrientes y los vientos, aprendidas cuando de niño capitaneaba pequeños barcos, le habían granjeado el puesto de timonel, y era ahora uno de los tres marineros a los que el capitán permitía desempeñar aquella tarea.

Borric miró hacia arriba, hacia el lugar donde Suli corría a lo largo de una verga, esquivando velas y estachas como un macaco. El chico se había habituado al mar como si hubiera nacido para aquel trabajo. En el mes que llevaban navegando, su cuerpo de niño, fortalecido por el ejercicio constante y la comida sencilla pero nutritiva, había echado un poco de molla y de músculo, y mostraba ya indicios del hombre que llegaría a ser algún día.

El príncipe había mantenido en secreto su identidad, aunque posiblemente no era necesario. La tripulación y el capitán lo llamaban «Loco» por su comportamiento de lunático con el cuchillo. Era dudoso que cambiaran de opinión si aseguraba ser un

príncipe de las Islas, estaba seguro de ello. Suli era simplemente «el chico». Nadie les había preguntado qué hacían navegando a la deriva en alta mar, en una barca a punto de hundirse, como si saber cosas así fuera tentar a la suerte.

Desde la popa, el capitán dijo:

—Un piloto farafriano nos llevará al puerto. Es una lata, pero así es como le gusta al gobernador del puerto, así que tenemos que quedarnos al paio y esperar. —El capitán ordenó arrizar las velas y prepararse para echar el ancla. Se izaron un par de gallardetes verdes y blancos, la señal para pedir un piloto—. Aquí es donde nos dejas, Loco. El piloto estará aquí dentro de una hora, pero voy a hacer que te saquen del barco y te lleven a una playa fuera de la ciudad.

Borric no dijo nada.

—Eres un muchacho fuerte, pero cuando subiste a bordo no eras un marinero. —añadió el capitán observando su rostro. Sus ojos se entornaron cuando dijo—: Conoces un barco como lo conoce un capitán, no como un simple marinero. No sabías nada de las tareas más comunes de un marinero. —Mientras hablaba, el capitán miraba sin cesar a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo desempeñaba sus quehaceres como debía—. Es como si te hubieras pasado la vida sobre la cubierta de popa, sin pasar ni un solo minuto arriba o abajo, como un capitán niño —bajó la voz—. O como el hijo de un hombre rico, dueño de barcos. —Borric movió ligeramente el timón al aminorar de velocidad el barco, y el capitán prosiguió —: Tenías callos en las manos, pero callos de jinete, de soldado, no de marinero. —Miró en torno para ver si alguien remoloneaba—. No quiero saber cuál es tu historia, Loco. Pero sé que la pinaza que llevabas era de Durbin. No seríais los primeros que han querido salir con prisas de Durbin. No, cuanto más lo pienso, menos quiero saberlo. No puedo decir que hayas sido un buen marinero, Loco, pero has hecho lo que has podido, has trabajado sin rechistar, y nadie puede pedir más. —Miró hacia arriba, vio las velas recogidas y mandó echar el ancla. Amarró el timón mientras Borric lo sujetaba y dijo—: Normalmente, te haría echar el bofe acarreando la carga hasta que anocheciera, como al resto de los hombres, y no daría por acabado tu trabajo para pagar el precio del pasaje hasta entonces, pero hay algo en ti que me dice que los problemas te persiguen, así que voy a dejarte marchar sin que nadie te vea. —Miró a Borric de arriba abajo—. Bueno, ve abajo a recoger tus cosas. Sé que has limpiado a mis hombres con tus trucos de tahúr. Menos mal que aún no les he pagado, o te habrías quedado con todas sus ganancias, como con el resto.

—Gracias, capitán —dijo Borric saludando.

Se volvió hacia la escalera de la cámara y bajó por ella hasta la cubierta principal, gritando a Suli.

—¡Chico! ¡Baja y recoge tus cosas!

El pequeño mendigo de Durbin se deslizó por los rebenques y se encontró con Borric a la entrada del castillo de proa. Entraron y recogieron juntos sus escasas pertenencias. Además del cuchillo envainado y el cinturón, Borric había ganado

algunas monedas, un par de túnicas de marinero, otros pantalones y un par de prendas de ropa para Suli.

Cuando volvieron a subir, la tripulación andaba ociosa por la cubierta, esperando la llegada del piloto farafriano. Varios marineros les dijeron adiós mientras se acercaban a la escalerilla de cuerda que colgaba del lado de sotavento. Allá abajo les esperaba un pequeño bote con dos marineros que debían llevarlos a tierra.

—¡Loco! ¡Chico! —dijo el capitán cuando se volvieron para bajar por la escalerilla. Los dos vacilaron. El capitán les tendió una bolsita—. Es un cuarto del salario. Yo no dejo a un hombre sin un céntimo en una ciudad keshiana. Habría sido más compasivo dejar que os ahogaraís.

—El capitán es amable y generoso —afirmó Suli cogiendo la bolsa.

Mientras el bote avanzaba hacia los rompientes, Borric cogió la bolsa y tanteó su peso. Se la guardó dentro de la túnica, junto a la faltriquera que le había quitado a Salaya. Exhalando un suspiro, consideró qué hacer a continuación. Tenía que llegar a la ciudad de Kesh, obviamente, pero la pregunta era cómo. Decidió no pensar en ello hasta que estuvieran en tierra firme y preguntó a Suli:

—¿Qué quería decir el capitán con eso de que no dejaría a un hombre sin un céntimo en una ciudad keshiana?

Fue uno de los dos marineros quien contestó antes de que el muchacho pudiera hablar.

—No tener dinero en Kesh es como ser un cadáver, Loco. —La ignorancia de Borric le hizo sacudir la cabeza ligeramente—. La vida vale poco en Kesh. Podrías ser el maldito rey de Queg que, si no tuvieras una sola moneda, dejarían que te murieras en la calle, te pisotearían cuando fueran a sus quehaceres y maldecirían tu alma encomendándola a los Siete Infiernos Inferiores si tu cuerpo les estorbara el paso.

—Es cierto —confirmó Suli—. Esos keshianos son animales.

Borric se echó a reír.

—Tú eres de Kesh.

El chico escupió por encima de la borda.

—Los de Durbin no somos keshianos de verdad, igual que los hombres del desierto. Ellos nos conquistaron. Pagamos sus impuestos, pero no somos keshianos. —Señaló hacia la ciudad—. Esos no son keshianos. Nunca se nos permite olvidarlo. Es en la ciudad de Kesh donde se encuentran los verdaderos keshianos. ¡Ya lo verás!

—El chico tiene razón, Loco —dijo el locuaz marinero—. Los keshianos de sangre pura son una gente muy rara. No se ven muchos por el mar Dragón, ni por ninguna parte, menos cerca de la Sima de Overn. Se afeitan la cabeza y van por ahí desnudos, y no les importa si te beneficias a sus mujeres. ¡Así es! —El otro marinero gruñó, como si aquel fuera otro cuento más que no le convencía. El primero dijo—: Van en carroza y se creen mejores que nosotros. Te matan en un abrir y cerrar de ojos. —Los dos marineros comenzaron a remar con fuerza al acercarse a la línea del

rompiente, y Borric sintió que la cresta de una ola alzaba el bote. El primer marinero retomó su relato—. Y si uno de ellos te mata, los jueces lo dejan libre. Aunque sea tan corriente como tú, Loco. Por ser de sangre auténtica.

—Eso es verdad —afirmó el segundo marinero—. Andaos con ojo con los sangre pura. Piensan distinto a nosotros. Su sentido del honor es distinto. Si retas a uno, puede que pelee contigo o puede que no, les importa un bledo el honor. Pero si se imagina que le has ultrajado, te persigue como se caza a un animal.

—Y te sigue hasta el fin del mundo si es preciso —añadió el primero—. Eso también es verdad.

El bote entró en el rompiente y las olas lo impulsaron hacia la playa. Borric y Suli saltaron al agua, que les llegaba a la cintura, y ayudaron a los dos remeros a virar el bote; después, cuando la resaca comenzó a arrastrarlo mar adentro, le dieron un empujón para que los marineros aprovecharan el impulso para superar el rompiente.

—No es esta la bienvenida a Kesh que esperaba —dijo volviéndose el príncipe, chapoteando en el agua—, pero al menos estamos vivos... —Hizo sonar la faltriquera bajo su túnica—. Tenemos con qué comer y nadie nos persigue. —Miró hacia donde el barco esperaba al piloto keshiano. Sabía que tarde o temprano algún marinero mencionaría al hombre y al chico que habían recogido cerca de Durbin, y que quienes lo buscaban en aquella parte del imperio relacionarían aquello con su escapada. Después, empezaría de nuevo la cacería. Respiró hondo y dijo—: Por lo menos, nadie nos persigue de momento. —Dio en broma una palmada en la espalda al muchacho y añadió—: Vamos, veamos si en esta ciudad keshiana hay algo bueno que comer.

Suli asintió vigorosamente a aquella proposición.

* * *

Si Durbin era populosa, sucia y miserable, Faráfra era exótica. Y populosa, sucia y miserable. Cuando estaban a medio camino del centro de la ciudad, Borric comprendía ya qué había querido decir el capitán. Porque, apenas a veinte metros del malecón, junto a los muelles por donde entraron en la ciudad, un cadáver yacía pudriéndose al sol. Las moscas se arracimaban sobre él y, a juzgar por los destrozos de su torso, los perros se habían dado un festín antes del amanecer. La gente que pasaba por allí hacía caso omiso del muerto; solo alguien, de cuando en cuando, apartaba los ojos.

Borric miró a su alrededor y dijo:

—¿La ciudad no vigila? ¿Nadie hace nada?

Suli miraba en todas direcciones, siempre al acecho de cualquier oportunidad de ganar unas monedas. Contestó distraídamente:

—Si algún mercader de por aquí cree que el hedor perjudica a su negocio, pagará

a algunos chicos para que lo lleven a rastras al puerto y lo arrojen al mar. Si no, se quedará ahí hasta que ya no esté. —Suli parecía creer que, al final, alguna instancia mágica acabaría haciéndose cargo del cuerpo.

Unos metros más allá, un hombre se agachó, ignorando a los que pasaban por su lado. Mientras Borric lo miraba, el hombre se levantó y volvió a incorporarse al flujo del tráfico, dejando tras él pruebas frescas de que no se había agachado para orar a algún dios, sino para responder a la llamada de la naturaleza.

—¡Santo cielo! —dijo Borric—. ¿Es que no hay retretes públicos en esta ciudad?

Suli lo miró con curiosidad.

—¿Públicos? Nunca he oído tal cosa. ¿Quién los construiría y los limpiaría? ¿Para qué iban a molestarse?

—Es igual —dijo Borric—. Es solo que cuesta acostumbrarse a algunas cosas.

Al sumarse a la corriente de quienes entraban en la ciudad desde los muelles, Borric se asombró al ver la imposible variedad de aquellas gentes.

Se oían toda clase de lenguas y se veían todo tipo de vestimentas. Nunca había visto nada igual, ni esperaba verlo. Junto a él pasaban mujeres vestidas con el atuendo del desierto, cubiertas de la cabeza a los pies con túnicas lisas, azules o pardas, sin que nada se viera de ellas más que los ojos, mientras, a unos metros de distancia, los cazadores de las llanuras herbosas inspeccionaban mercancías con los cuerpos oscuros y aceitosos desnudos, excepto por una tira que les servía de taparrabos; su vanidad, sin embargo, se manifestaba en los brazaletes de cobre, en los collares y pendientes que llevaban, y en sus armas. Aquí, los tatuajes de un clan marcaban un rostro; allá, un extraño manto talar marcaba un credo. Mujeres con la piel tan oscura como el café pasaban envueltas desde las axilas a la rodilla en telas de brillantes colores, con altos sombreros cónicos del mismo material. Bebés de mirada seria parecían vigilar la retaguardia desde los cabestrillos que colgaban de las espaldas de sus madres. Niños de todo pelaje corrían por la calle, persiguiendo a un perro que zigzagueaba entre el bosque de piernas humanas que había ante él. Borric se echó a reír.

—Ese perro corre como si su vida dependiera de ello.

Suli se encogió de hombros.

—Y así es. Esos crios tienen hambre.

Borric apenas podía asimilar lo que veía. Había demasiadas cosas nuevas que comprender. Allá donde mirara, cientos de personas se movían de acá para allá, algunas paseando, otras corriendo, pero todas ellas ajenas al tumulto que las rodeaba. Y, más que la presión de los cuerpos y la constante algarabía de las voces, pesaba el olor. Cuerpos sucios, perfumes caros, excrementos humanos, guisos, especias exóticas, animales: todo ello llenaba las fosas nasales de Borric con el olor de aquel país extraño. La calle estaba atestada, apenas había sitio para moverse sin chocar con desconocidos. Borric sentía el peso de sus dos bolsas bajo la túnica. Aquel era el sitio más seguro donde podía llevarlas. Cualquier carterista tendría que meter el brazo por

debajo de la pechera de su camisa, lo cual parecía improbable. Borric notaba saturados sus sentidos; necesitaba un respiro.

Llegaron ante una taberna que se abría a la calle y el príncipe indicó al chico que entraran. En la relativa oscuridad de la taberna, vieron en un rincón a un par de hombres que hablaban en voz baja sentados a una mesa; por lo demás, el local estaba vacío. Borric pidió cerveza amarga para él y cerveza ligera para el chico y pagó con la magra bolsa que el capitán le había dado. Prefería mantener oculta la bolsa más grande debajo de la camisa. La cerveza era de calidad regular, pero hacía mucho tiempo que Borric no la probaba, y le supo bien.

—¡Aparta! —El grito de una mujer fue seguido por un estruendo de cascos de caballo y por otros gritos entre los que se intercalaba el restallido de un látigo. Borric y Suli se volvieron para ver qué era aquel alboroto. Ante la entrada de la taberna se desarrollaba una extraña escena. Un par de espléndidos caballos bayos que tiraban de una carroza ornamentada retrocedían y relinchaban, frenados por su conductor.

La causa de su súbita parada era un hombre fornido que se había plantado en medio de la calle. Detrás del conductor, el ocupante de la carroza gritaba:

—¡Necio! ¡Idiota! ¡Quítate de en medio!

El hombre de la calle se acercó a los caballos y agarró sus bridas. Chasqueó la lengua y empujó, y los caballos retrocedieron. El conductor golpeó con el látigo la oreja de uno de los caballos y gritó desafortunadamente. Pero los animales obedecían a la presión constante de delante y no al ruido de atrás. La carroza retrocedía a pesar de las maldiciones y las protestas del cochero, mientras el ocupante de la carroza observaba la escena con perplejidad. El conductor echó el látigo hacia atrás para hacerlo restallar de nuevo y el hombre que empujaba a los caballos dijo:

—Vuelve a usar eso y será la última tontería que hagas.

—Fascinante —comentó Borric—. Me preguntó por qué nuestro amigo el grandullón hace eso.

El «grandullón» era, por su apariencia, un mercenario; lucía cota de cuero sobre su túnica verde y sus pantalones. Sobre su cabeza descansaba un viejo casco de metal, muy abollado y necesitado de un buen cepillado y algo de lustre, y terciada a la espalda llevaba una vaina de cuero que parecía contener una espada de mano y media o bastarda. A sus lados, los largos mangos de dos puñales delataban las armas que llevaba al cinto.

El hombre sentado tras el conductor de la carroza miraba encolerizado al que les cortaba el paso. Iba desnudo, excepto por una falda blanca y un extraño arnés de tiras de cuero cruzadas sobre los hombros que formaba una equis sobre su pecho. Atadas al flanco de la carroza, a su alcance, había unas lanzas que apuntaban hacia arriba, como los mástiles de un barco. Un arco colgaba también de un lado del vehículo. Con la cara morada, el ocupante de la carroza gritaba:

—¡Apártate, idiota!



Suli susurró a Borric:

—El de la carroza es un keshiano de pura sangre. Y además es miembro de la Orden de los Aurigas Imperiales. Así que está al servicio del imperio. El que les ha parado es un hombre muy valiente, o un tonto.

El que sujetaba a los caballos se limitó a sacudir la cabeza y a escupir. Obligó a los caballos a retroceder hasta que la carroza comenzó a torcer a la derecha, invadiendo el pequeño taller de un alfarero. El alfarero gritó, alarmado, y se apartó de un salto, pero el hombre de la espada dejó de empujar los caballos cuando estaba a punto de destrozarle el negocio. El mercenario soltó las bridas y se inclinó para recoger algo; luego se hizo a un lado.

—Ya podéis seguir —dijo.

El conductor de la carroza se disponía a arrear a los caballos cuando el auriga le quitó el látigo de la mano. Como si hubiera presentido sus intenciones, el guerrero se volvió cuando el flagelo de cuero silbó en el aire, y dejó que lacerara un brazalete de piel que llevaba en el brazo izquierdo. Agarró rápidamente el látigo, tiró de él con fuerza y estuvo a punto de hacer caer al auriga por el costado de la carroza. Luego, cuando el auriga comenzaba a recobrar el equilibrio, el mercenario sacó uno de sus largos puñales y cortó el látigo. El auriga se tambaleó hacia atrás y faltó poco para que cayera por el otro lado. Cuando empezaba a incorporarse de nuevo, el mercenario dio una palmada en el flanco al caballo que tenía más cerca y gritó con todas sus fuerzas «¡fia!». Desprevenido, el cochero apenas logró hacerse con los caballos y conducirlos calle abajo sin llevarse por delante al apretado gentío de tenderos y mercaderes.

Las carcajadas cundieron por la calle mientras el auriga furioso lanzaba maldiciones sobre el enorme mercenario. Este miró alejarse la carroza; luego entró en la taberna y se detuvo junto a Suli.

—Cerveza —dijo, dejando sobre el mostrador lo que había recogido en la calle. Era una moneda de cobre.

Borric meneó la cabeza.

—¿Casi te dejas atropellar para recoger una moneda de cobre?

El mercenario se quitó el casco metálico, dejando al descubierto el pelo húmedo que se pegaba a su cabeza allí donde todavía había pelo, pues aquel hombre tenía al menos cuarenta o cincuenta años y había perdido casi todo el cabello de la coronilla.

—No puede uno correr el riesgo de esperar, amigo —dijo lentamente. Su acento hacía que pareciera tener la boca llena cuando hablaba, como si articulara con las mejillas forradas de algodón—. Hacía un mes que no veía cinco lunis.

Borric creyó reconocer algo en su acento y dijo:

—¿Eres de las Islas?

El hombre movió la cabeza de un lado a otro.

—De Langost, un pueblo al pie de los picos de la Tranquilidad. Pero nuestra gente es de origen isleño. El padre de mi abuelo era de las Profundidades de Taunton. Imagino que tú eres de las Islas.

Borric se encogió de hombros, como si ello no tuviera importancia.

—Últimamente he estado en Durbin —dijo—. Pero antes estuve en las Islas.

—Faráfra no es el paraíso, pero es mejor que ese agujero de Durbin. —El hombre extendió la mano—. Ghuda Bulé, guardia de caravana, últimamente de Hansulé, y antes de Gwalin, y antes de Ishlana.

Borric le estrechó la mano, encallecida por los muchos años de manejar la espada y el ganado.

—Mis amigos me llaman Loco —dijo con una sonrisa—. Este es Suli.

Suli estrechó solemnemente la mano del guerrero, como si estuviera entre iguales.

—¿Loco? Será un nombre con historia, ¿oes que tu padre no te quería?

Borric se echó a reír.

—No, hice algunas locuras una vez y me quedé con el nombre. —Borric sacudió la cabeza—. ¿Guardia de caravana? Eso explica que supieras cómo mover a los caballos de esa carroza.

El hombre esbozó una sonrisa, curvando ligeramente el labio. Sus ojos azules, sin embargo, brillaron.

—Los aurigas y sus cocheros me ponen enfermo. Y si algo sé de caballos es que no les gusta que les aprieten la cara, y retroceden. Se puede intentar si hay un tonto tras ellos agitando las riendas e intentando darles con el látigo detrás de la oreja, pero yo no lo intentaría si los monta un jinete con las piernas bien fuertes y un buen par de espuelas. —Se echó a reír—. Ha sido una idiotez, ¿eh?

Borric se rió.

—Sí.

Ghuda Bulé apuró su jarra de cerveza y dijo:

—En fin, será mejor que me vaya al caravasar. La última mujer con la que he estado me echó de su cama esta mañana cuando por fin se dio cuenta de que no iba a casarme con ella, ni a buscar trabajo en la ciudad. Así que estoy sin fondos y eso significa que es hora de buscar trabajo. Además, estoy harto de Faráfra y me vendrá bien cambiar de aires. Buenos días a los dos.

Borric vaciló un instante. Luego dijo:

—Deja que te invite a una.

Ghuda volvió a poner sobre el mostrador el casco que acababa de recoger.

—Me has convencido, Loco.

Borric pidió otra ronda. Cuando el tabernero les hubo servido las bebidas, se volvió hacia el mercenario y dijo:

—Necesito llegar a la ciudad de Kesh, Ghuda.

Ghuda se volvió, como si quisiera ver dónde estaba.

—Bueno, pues ve primero por ahí —dijo, señalando la calle—, hasta que llegues a la punta sur de las Agujas de Luz. Es una gran cordillera montañosa, la verás enseguida. Tuerce luego a la izquierda para rodear las montañas, y después a la derecha, donde el río Sarné corre a lo largo del extremo norte de las Guardianas. Sigue el curso del río hasta un lugar sobre la Sima de Overn donde vive un montón de gente, y habrás llegado a la ciudad de Kesh. No tiene pérdida. Si te vas ahora, llegarás dentro de seis u ocho semanas.

—Gracias —dijo Borric con sorna—. Lo que quiero decir es que necesito llegar allí y me gustaría unirme a alguna caravana que fuera hacia allí.

—Ajá —dijo Ghuda ambiguamente, asintiendo con la cabeza.

—Y me sería de ayuda tener a alguien a quien se conozca por aquí que responda por mí.

—Ajá —repitió Ghuda—. Así que quieres que te lleve al caravasar y le diga a algún capataz despistado que eres un viejo amigo mío, de casa, y un espadachín fabuloso al que, por cierto, llaman Loco.

Borric cerró los ojos como si le doliera la cabeza.

—No, no es eso.

—Mira, amigo, gracias por la cerveza, pero eso no te da derecho a poner en peligro mi reputación haciendo recomendaciones que con el tiempo me dejarán en mal lugar.

Borric dijo:

—¡Espera un momento! ¿Quién dice que vaya a dejarte en mal lugar? Soy un buen espadachín.

—¿Sin espada?

Borric se encogió de hombros.

—Es una larga historia.

—Siempre lo es. —Ghuda recogió su casco y se lo puso torcido sobre la cabeza—. Lo siento.

—Te pagaré.

Ghuda se quitó el casco y volvió a ponerlo sobre la barra. Hizo señas al camarero de que les sirviera otra ronda.

—Bueno, entonces vayamos al grano. Las reputaciones tienen cierto valor, ¿no? ¿Cuál sugieres tú?

—¿Cuánto ganarías en un viaje de aquí a Kesh?

Ghuda se quedó pensando.

—Es una ruta bastante tranquila, bien vigilada por el ejército, así que la paga es poca, por eso siempre hay alguna caravana que necesita guardias. En una caravana grande, diez ecus, quizá. En una pequeña, cinco. Y la comida, claro. Y puede que alguna bonificación, si por el camino tenemos que enfrentarnos a bandidos.

Borric calculó rápidamente, solo podía pensar en moneda del reino, y pensó en el dinero que llevaba en la bolsa de Salaya y en lo que había ganado jugando al póquer

en el barco.

—¿Sabes qué? Consigue que nos contraten a los tres para guardar una caravana y te daré el doble de lo que paguen.

—Aclaremos una cosa. Si consigo meterte en una caravana que vaya a Kesh, ¿me darás tu paga cuando lleguemos?

—Eso es.

—No —dijo Ghuda, y bebió más cerveza—. ¿Cómo sé que no te escaparás con el dinero antes de que pueda cobrar?

Borric lo miró con exasperación.

—¿Dudas de mi palabra?

—¿Dudar de tu palabra? Hijito, acabamos de conocernos. ¿Y qué pensarías si estuvieras en mi lugar y esto te lo propusiera alguien a quien llaman «Loco»? —Miró significativamente su jarra vacía.

Borric pidió otra ronda.

—Está bien, te pagaré la mitad a cuenta antes de que nos vayamos y el resto cuando lleguemos allí.

Ghuda no parecía convencido aún.

—¿Y qué hay del chico? A nadie se le ocurriría contratarlo como guardia.

Borric se volvió para mirar a Suli que, tras beber tres cervezas, se tambaleaba visiblemente.

—Puede trabajar. Haremos que lo contraten como pinche de cocina.

Suli se limitó a asentir con los ojos turbios.

—Cocinero.

—Pero ¿tú sabes manejar la espada, Loco? —preguntó Ghuda, muy serio.

Borric dijo tranquilamente:

—Mejor que cualquiera que yo haya conocido.

Los ojos de Ghuda se agrandaron.

—¡Menuda fanfarronada!

Borric sonrió.

—Todavía estoy vivo, ¿no?

Ghuda se quedó mirándolo un momento; luego echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

—Ah, esa sí que es buena. —Apuró lo que quedaba de su cerveza, sacó sus dos largos puñales y dio la vuelta al que sujetaba con la diestra, ofreciéndoselo a Borric—. Enséñame qué sabes hacer, Loco.

De improviso, Borric se halló retorciéndose para esquivar una acometida feroz, y a duras penas pudo zafarse de una estocada potencialmente mortal. Sin vacilar, golpeó lo más fuerte que pudo al mercenario en la cabeza con la mano izquierda. Mientras Ghuda sacudía la cabeza para espabilarse, Borric se abalanzó hacia él y el mercenario cayó hacia atrás, golpeando una mesa con la espalda.

El tabernero gritó:

—¡Vosotros dos! ¡Dejad de destrozarme la taberna!

Ghuda rodeó la mesa, acechante, mientras Borric lo miraba con expresión calculadora.

—Podemos parar en cuanto estés convencido —dijo el príncipe, balanceándose de puntillas, con la espalda encorvada y el puñal apuntando hacia Ghuda.

El mercenario sonrió juguetonamente.

—Estoy convencido.

Borric lanzó al aire el puñal, cogió la hoja entre el índice y el pulgar y se lo devolvió a Ghuda. El mercenario lo tomó y dijo:

—Bueno, será mejor que busquemos un armero para equiparte. Puede que sepas manejar un arma, pero de poco te servirá eso si no tienes una.

Borric metió la mano bajo su amplia túnica y sacó su bolsa. Extrajo un par de monedas de cobre y se las entregó al furioso tabernero.

—Suli, vámonos... —Descubrió que el chico estaba tumbado al pie de la barra, roncando sonoramente.

Ghuda sacudió la cabeza.

—No me fío de los que no saben aguantar la bebida.

Borric se echó a reír mientras levantaba al chico borracho. Zarandeándolo con fuerza, dijo:

—Suli, tenemos que irnos.

—Amo, ¿por qué da vueltas la habitación? —preguntó el muchacho con ojos soñolientos.

Ghuda cogió su casco.

—Te espero fuera, Loco. Tú atiende al chico. —El mercenario salió y se quedó junto a la puerta, examinando unas joyas de cobre mientras del interior de la taberna salían los ruidos que hacía un muchacho muy mareado.

* * *

Tres horas después, dos hombres y un chico muy pálido atravesaron la puerta Este de la ciudad y entraron en el caravasar. La gran explanada, rodeada por tres de sus lados por tiendas y cobertizos, estaba situada justo al este de la ciudad, a menos de un cuarto de milla de las puertas de Faráfra. Por el prado había dispersas cerca de trescientas carretas de diversos tamaños. El aire estaba cargado de polvo; los caballos, los bueyes y los camellos se movían de un lado para otro.

Suli levantó el gran saco que llevaba, lleno de cosas que habían comprado por insistencia de Ghuda. Borric se había dejado aconsejar por el mercenario, salvo en lo referente a su coraza. Llevaba ahora una chaqueta de cuero, vieja pero todavía útil, con polainas y brazales. No había podido encontrar un casco ligero, así que, en lugar

de elegir uno que no le gustara, había comprado una banda de cuero con solapas de tela para cubrir la cabeza. Así podría recogerse el pelo hacia atrás y evitaría que el sudor se le metiera en los ojos. Aquel tocado protegía también su nuca del áspero sol keshiano. De su cadera izquierda colgaba una espada larga, y de la derecha una daga. Eíabría preferido un florete, pero en Faráfra eran más raros que en Krondor, e inalcanzables para sus medios. Las compras de aquel día habían consumido sus escasas monedas, y era consciente de que aún quedaba mucho camino hasta llegar a la ciudad de Kesh.

Pasaron junto a los corrales donde se guardaban los caballos y llegaron a la explanada principal, en la que había una serie de carretas dispuestas en dos filas. Entre ellas se paseaban numerosos hombres armados, así como mercaderes que buscaban transporte para sus bienes.

Al avanzar por la explanada, los hombres que había sobre las carretas los llamaban a voces.

—¡Destino Kimri! ¡Necesito guardias para Kimri! —Al pasar junto a la siguiente carreta, un hombre les gritó:

—¡Ghuda! ¡Necesito guardias para Teléman!

Un tercero gritó:

—¡Pago lo máximo! ¡Salimos mañana para Hansulé!

En medio de la explanada encontraron una caravana con destino a la ciudad de Kesh. El jefe de la caravana les echó un vistazo y dijo:

—Te conozco de oídas, Ghuda Bulé. Puedo daros trabajo a tu amigo y a ti, pero al chico no lo quiero.

Borric se disponía a hablar, pero Ghuda lo atajó.

—Yo no voy a ninguna parte sin mi cocinero talismán.

El recio jefe de la caravana miró a Suli. Tenía la cabeza calva manchada de sudor cuando dijo:

—¿Tu cocinero talismán?

Ghuda asintió como si aquello fuera tan obvio que no necesitaba explicación.

—Sí.

—¿Y qué, oh Señor de los Diez Mil Piojos, es un cocinero talismán?

—Cuando era guardia en la caravana de Taymus Rioden, de Querel a Asunta, hace siete años, nos atacaron unos bandidos. Fue como si nos partiera un rayo. No tuvimos tiempo ni de decir una plegaria a la diosa Muerte. —Hizo una señal de buena suerte, lo mismo que el jefe de la caravana—. Pero yo sobreviví, igual que mi cocinero talismán. Nadie más salió vivo. Desde entonces, siempre llevo conmigo a mi cocinero de la buena suerte.

—Ese crío no puede tener más de doce veranos, Padre de los Embusteros, así que tuvo que ser muy precoz si hace siete años ya era cocinero en una caravana.

—Oh, no era él —contestó Ghuda, sacudiendo la cabeza como si fuera obvio—. Era otro. Verás, yo estaba en el arroyo, con los pantalones por los tobillos, con la peor

diarrea que he tenido en toda mi vida, cuando atacaron los bandidos. Ni siquiera pude levantarme para luchar. Así que no me vieron.

—¿Y cómo sobrevivió el cocinero?

—Estaba agachado a un par de metros de mí.

—¿Y qué fue de él? —preguntó el jefe de la caravana, mirando a Ghuda con los ojos entornados y llenos de interés.

—Lo maté porque el muy rufián estuvo a punto de envenenarme.

El jefe de la caravana no pudo evitar echarse a reír. Cuando acabó, Ghuda dijo:

—El chico no te causará problemas. Puede ayudar al cocinero en la hoguera, por las noches, y no tiene que pagarle. Solo tienes que dejar que coma una ración completa al día hasta que lleguemos a Kesh.

—¡Trato hecho! —dijo el jefe de la caravana y, tras escupirse en la mano, se la tendió a Ghuda. Este escupió a su vez en su mano y estrechó la del caravanero—. Siempre viene bien tener a un buen cuentista alrededor del fuego, por las noches. Hace que el viaje pase más rápido. —Dirigiéndose a Suli, dijo—: Ve a buscar al cocinero, chico. —Señaló con el dedo por encima del hombro, hacia una carreta cocina que se veía entre una docena de carros de carga—. Dile que vas a ser su pinche.

Suli miró a Borric, quien con un gesto de la cabeza le indicó que se fuera. Al marcharse el chico, el jefe de la caravana dijo:

—Soy Janos Sabér, mercader de Kesh. Salimos mañana a primera hora.

Ghuda descolgó el hatillo que llevaba al hombro.

—Dormiremos bajo tus carros esta noche.

—De acuerdo. Ahora, dejadme. Necesito cuatro guardias más antes de que anochezca.

Borric y Ghuda se alejaron tranquilamente y encontraron un sitio a la sombra de un árbol de ancha copa. Ghuda se quitó el casco y se pasó la mano por la cara sudorosa.

—Más vale que descansemos ahora, Loco. Mañana empieza lo malo.

—¿Lo malo? —preguntó Borric.

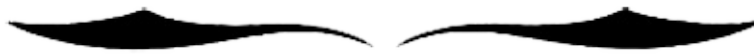
—Sí, Loco. Hoy solo tenemos calor y estamos aburridos. Mañana estaremos sedientos, sucios, cansados, tendremos calor y estaremos aburridos.

Borric cruzó los brazos sobre el pecho y procuró descansar. Sabía, porque se lo habían inculcado desde la niñez, que un soldado descansa cuando puede. Pero su mente funcionaba a toda prisa. ¿Cómo se las estaría arreglando Erland y qué estaría sucediendo en Kesh? Según sus cálculos, Erland y los otros debían estar ya en la capital del imperio. ¿Estaría Erland a salvo? ¿Le creían muerto, o simplemente desaparecido?

Suspiró sonoramente y procuró ponerse cómodo. Pronto se adormiló al calor de la tarde. Los ruidos del caravasar eran sedantes a su manera.



Cacería



El león permanecía inmóvil.

Erland observaba con interés mientras el felino esperaba con los ojos fijos en una manada de antílopes de las praderas. El príncipe se hallaba a lomos de su caballo, junto a James y Locklear, y el hombre del desierto, Kafi Abu Harez. Dispuestas en fila, cerca de allí, había media docena de carrozas, la pieza central del ejército de Kesh, según era tradición. El comandante de los Aurigas Imperiales, lord Jaka, observaba a su hijo Diigái prepararse para dar caza al león. Su rostro tenía una expresión de estoico reposo, como si estuviera labrado en piedra negra desgastada por la intemperie. No mostraba emoción alguna ante la confrontación que aguardaba a su hijo.

Kafi señaló al león, que estaba agazapado entre la alta hierba. Dijo a Erland:

—Ese macho joven no tiene orgullo. —Erland se fijó en el enorme animal, mucho más grande que los pequeños leones que merodeaban por las montañas en algunas partes del reino. Aquel tenía una inmensa melena casi negra; los leones que Erland había visto hasta entonces eran, en cambio, completamente castaños. Era un ejemplar verdaderamente magnífico—. Caza para sí mismo —continuó Kafi—. Si sobrevive hoy, algún día será un león gordo y perezoso y tendrá hembras que cacen para él.

—¿Podría sobrevivir? —preguntó Locklear.

Kafi se encogió de hombros.

—Lo más probable es que no. Los dioses decidirán. El chico no debe abandonar el campo a no ser que esté gravemente herido, que es lo mismo que estar muerto para alguien de su rango. Su padre es uno de los lores más importantes del imperio, así que verse reducido al rango de *sahdareen*, un no cazador, supondría tal deshonor que la familia no podría soportarlo, ni conservar su influencia. Lo más probable es que el chico acabara haciendo algo muy estúpido y muy valiente, pero que muriera de todos

modos para expiar su vergüenza.

El león avanzó sigilosamente, la cabeza gacha y los ojos fijos en su presa. Había elegido ya a un miembro débil del rebaño, un cervatillo, o un macho, o una hembra, viejo y enfermo. Entonces cambió el viento y los antílopes levantaron la cabeza todos a una. Sus negros hocicos se movieron. El rebaño husmeaba el aire en busca del olor de un peligro cercano.

De pronto, un macho dio un salto casi imposible, levantando las cuatro patas, y la manada salió de estampía. El león echó a correr con desacostumbrada velocidad para alcanzar la retaguardia del rebaño. Una cierva vieja, debilitada por la edad, le lanzó una coz, haciéndolo virar un momento. El joven león quedó confuso. Los antílopes no debían hacer eso, estaba seguro de ello. Luego percibió en la brisa un nuevo olor y comprendió de pronto que ya no era el depredador, sino la presa.

En ese momento, Diigái lanzó un grito y su conductor hizo restallar el látigo y, arreando a los caballos, se lanzó en persecución del felino. Aquella era la señal. La cacería había comenzado. Erland y sus acompañantes espolearon a sus monturas y partieron al galope para alcanzar a las carrozas.

Ejecutando una maniobra militar, las carrozas se abrieron en abanico para cortar el paso al león si intentaba escapar por la izquierda o la derecha. Los gritos llenaban el aire; los jóvenes cazadores keshianos entonaban antiguas invocaciones al dios de la caza, Guis-wa. Considerado un dios perverso en el reino, el Cazador de las Fauces Rojas era la deidad principal en Kesh, y el patrono de todos los cazadores del imperio.

El león corría por la llanura cubierta de hierba. Pero los leones no podían correr mucho por mucho tiempo, y no había a la vista ningún sitio donde esconderse. Diigái y los otros aurigas perseguían al felino en fuga.

De pronto, James tiró de las riendas y gritó a Erland que se detuviera. Los jinetes del reino frenaron, y lo mismo hizo Kafi Abu Harez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Erland.

James dijo:

—Vamos a dejar que ese caos organizado se aleje un poco, eso es todo. No quisiera que te encontraras delante de él por accidente.

Erland se disponía a protestar, pero entonces comprendió lo que James quería decirle. Aquella era la clase de situación que se prestaba a un «accidente». Asintió con la cabeza e hizo dar media vuelta a su montura, poniéndola al trote, lo justo para ver lo que ocurría delante de ellos sin arriesgarse a quedar atrapado en la cacería.

Los aurigas frenaron repentinamente, de modo que Diigái tuviera sitio de sobra para enfrentarse al león. Cuando Erland y su séquito llegaron junto a ellos, el muchacho se había bajado de su carroza y acechaba al león con una lanza larga y un gran escudo.

—Esas son armas muy primitivas para cazar a un león de ese tamaño —dijo Erland—. ¿Por qué no usa un arco?

Kafi contestó:

—Esto es un rito de iniciación. Ese muchacho ocupa un lugar muy importante, es el hijo mayor de lord Jaka. Los keshianos de sangre pura usan el arco para matar a los animales que acosan a su ganado, pero para ser un gran cazador, un *simbaní*, para lucir en las grandes ceremonias un tocado hecho con la melena de un león, deben usar las armas de sus antepasados.

Erland asintió y acercó su caballo a la carroza de Diigaí. Su conductor, un chico de su misma edad, observaba la escena con ansiedad. Saltaba a la vista que le preocupaba la seguridad del joven aristócrata. El cazador se hallaba a unos cincuenta metros por delante de la carroza, a medio camino del lugar donde el león se había agazapado; estaba con la lengua fuera y jadeaba para recobrar el aliento. Sus ojos se movían de un lado a otro velozmente, y volvía la cabeza para ver si el peligro lo acechaba y por dónde. Luego se incorporó sobre sus ancas y miró en derredor. No había por dónde escapar, pues el corro de carrozas le cortaba el paso por los cuatro costados. Vio entonces a la figura que se acercaba y lanzó un rugido de furia y de miedo.

Varios caballos relincharon e intentaron alejarse; sus jinetes los refrenaron. Erland se volvió hacia Kafi y dijo:

—¿Y si yerra el tiro?

—No tirará —contestó Kafi—. Es demasiado peligroso. Intentará que el león lo embista para clavarle la lanza, o esperará a acercarse lo suficiente para clavársela.

Erland pensó que era lógico, en la medida en que todos aquellos rituales bárbaros podían serlo. Cazar leones, osos, lobos y dragones que atacaban el ganado era lógico. Pero cazar animales que no podían comerse para lucir sus cabezas como trofeo, no lo era.

Entonces, el león embistió. Una leve exclamación de sorpresa escapó de los labios de varios aurigas, y Erland y sus acompañantes comprendieron que no era habitual que un león de aquella raza se comportara así. Diigaí vaciló y, en ese instante, perdió la ocasión de prepararse. Tenía mal colocada la lanza cuando el león se abalanzó hacia él, y solo logró golpearlo de soslayo. De pronto, todo fue confusión. El chico cayó derribado hacia atrás. Solo su escudo lo salvó de un terrible zarpazo cuando el león arremetió a ciegas contra el origen de su dolor. Luego, el animal comenzó a morderse el costado, como si algún enemigo lo estuviera mordiendo allí. La lanza del joven sobresalía de su flanco.

El león solo reconocía dos cosas: el dolor y la sangre. Rugió, y el muchacho trató de apartarse, cubriéndose con su escudo. El león giró en círculo, intentando quitarse la lanza. Luego el arma cayó al suelo. Y Diigaí descubrió que estaba a un lado de un león herido y furioso, y que su lanza estaba al otro.

—¡Lo va a matar! —gritó Erland.

—Nadie intervendrá —dijo Kafi—. Es su derecho matar o morir. —El hombre del desierto se encogió de hombros—. Yo no veo mucha lógica en ello, pero así son

las costumbres de los keshianos de sangre pura.

Sin previo aviso, Erland se echó hacia atrás en la silla y sacó los pies de los estribos. Metió la mano debajo de la almohadilla de la corva derecha y desabrochó rápidamente la correa del estribo de ese lado. Quitándola de la silla, volvió a abrocharla y subió el estribo izquierdo para que no golpeará al caballo. Se enrolló la correa del estribo derecho alrededor de la mano dos veces, dejó colgar el pesado estribo para probar su peso y hasta dónde llegaba con él.

—¿Qué estás...? —comenzó a decir James, pero, antes de que pudiera concluir, Erland aguijó a su caballo y se lanzó hacia el joven cazador.

El león gruñía, agazapado. Empezó a moverse rápidamente, manteniéndose agachado hasta el momento de echar a correr, pero al acercarse al joven, que sujetaba con fuerza su escudo para aguantar la embestida, se presentó un nuevo peligro.

Erland se abalanzó hacia el león, golpeándolo con el pesado estribo de hierro. El animal rugió, dolorido, y el caballo de Erland corveteó instintivamente a un lado y a otro. El león se revolvió y lanzó un golpe con su enorme zarpa, pero el caballo estaba lejos. El enorme gato comenzó a perseguirlo, pero entonces recordó que tenía otro enemigo al que enfrentarse.

La maniobra de distracción de Erland fue suficiente. Diigái corrió hasta donde estaba su lanza y se preparó. Mientras Erland regresaba junto a sus compañeros, el joven noble keshiano lanzó su grito de cazador y el león dio media vuelta. Enloquecido por el dolor y confuso por los ataques que le llegaban de todas partes, el joven animal saltó hacia Diigái. Esta vez, la lanza estaba bien colocada y atravesó de lleno el enorme pecho del animal. Su propio impulso lanzó al león hacia delante, haciendo penetrar la lanza en su corazón.

Los aurigas gritaron y el muchacho se irguió sobre el animal, que se convulsionaba. Erland hizo volver grupas a su caballo, que corveteaba al olor de la sangre. Tardó un momento en controlarlo sin los estribos, pero era un jinete excelente: rápidamente logró que diera la vuelta y que se alejara de la algarabía de los keshianos. Una carroza se acercó y Erland vio pasar a lord Jaka. De pronto, comprendió la magnitud de aquel acto impulsivo. ¿Habría violado alguna ley fundamental distraendo al león? Al cruzarse, los ojos de Erland y de Jaka se encontraron. Erland intentó escudriñar la mirada del otro, buscando en ella una expresión de reproche o de aprobación, pero el Señor de Aurigas no dejó traslucir nada, no hizo señal ni gesto alguno al joven príncipe. James se acercó a Erland, que estaba abrochando sus correas y sus estribos y dijo:

—¿Estás loco? ¿Cómo se te ha ocurrido hacer esa idiotez?

—Ese chico habría muerto —dijo Erland—. Y los demás habrían matado luego al león. Ahora solo está muerto el león. Me pareció lo más sensato.

—¡Y si tu caballo se hubiera encabritado un momento antes, tú habrías sido la primera víctima del león! —James lo agarró de la túnica y lo acercó hacia sí, casi desmontándolo del caballo—. No eres el hijo imbécil de un noble cualquiera. Ni el

vástago idiota de un mercader rico. Eres el próximo rey de las Islas, en nombre del cielo. Si vuelves a hacer una estupidez así, yo personalmente te daré una buena paliza.

Erland le apartó la mano.

—No lo he olvidado. —Hizo volver grupas a su caballo con expresión airada—. No lo he olvidado ni por un instante, mi señor conde. No lo he olvidado desde que mi hermano murió. —De pronto, espoleó a su montura y se alejó a galope tendido, camino de la ciudad. James hizo una seña y un guardia de honor del reino salió tras él. No intentarían detenerlo, pero tampoco dejarían que cabalgara sin escolta.

Locklear se acercó a James, ahora solo, y dijo:

—El chico no nos lo está poniendo fácil, ¿eh?

James movió la cabeza de un lado a otro.

—Es lo que tú o yo habríamos hecho a su edad.

—¿De veras éramos tan estúpidos? —dijo Locklear.

—Me temo que sí, Locky. —James miró en derredor—. Están cortando la cabeza del león, así que volveremos a palacio. Y nos invitarán a otra celebración.

Locklear hizo una mueca.

—¿Nadie ha dicho nunca a esta gente que no pasa nada porque menos de cincuenta personas coman juntas a la vez?

—Por lo visto no —contestó James, aguijando a su caballo.

—Vamos a aliviar el orgullo herido de nuestro príncipe —dijo Locklear.

James miró hacia el lugar por donde se había alejado Erland, seguido de cerca por el guardia, y dijo:

—No es su orgullo lo que está herido, Locky. —Mientras contemplaba el descuartizamiento ritual del león, añadió—: Diigaí tiene la misma edad que Erland... y que Borric. Erland echa de menos a su hermano. —Dejó escapar un largo suspiro, casi sonoro—. Como todos nosotros. Vamos, todavía tenemos que hablar con él.

Juntos se acercaron a Kafi Abu Harez, que les aguardaba. Kafi hizo volverse a su montura y se reunió con ellos para emprender el regreso a la ciudad. Al alejarse de los keshianos, Locklear preguntó:

—Kafi, ¿qué ha hecho Erland al intervenir?

El hombre del desierto contestó:

—No lo sé, mi señor. Si el joven príncipe hubiera matado al león, no solo habría avergonzado a Diigaí al mostrar delante de todos que no sabía cazar, sino que habría hecho de lord Jaka un poderoso enemigo. En realidad, solo ha distraído al animal para que el chico recuperara su arma y matara al león. —Kafi se encogió de hombros y sonrió mientras espoleaba a su caballo, poniéndolo al trote, al lado de James y Locklear—. Puede que esto no tenga consecuencias. Pero con los de sangre pura, nunca se sabe.

James dijo:

—Estoy seguro de que muy pronto lo sabremos.

Hicieron el resto del viaje de regreso a la ciudad en silencio.

* * *

Sentada detrás de Erland, en la piscina, Miya le frotaba el cuello y los hombros agarrotados. Estaban solos. Erland había despedido a las demás.

Aunque se había aprovechado de la complacencia de las sirvientas keshianas, se había descubierto volviendo una y otra vez junto a Miya. No sentía por la joven keshiana algo que pudiera llamar amor, pero con ella se encontraba a gusto y podía relajarse y hablar de lo que le inquietaba. Ella parecía saber cuándo guardar silencio y cuándo formular la pregunta que aclaraba la confusión del príncipe. Y su forma de hacer el amor había pasado de la excitación de la novedad y el choque violento del deseo, a la familiaridad, más tranquila, de dos personas que entendían sus mutuas necesidades.

Otra sirvienta entró y dijo:

—Alteza, lord James pide permiso para entrar.

Erland sintió ganas de negarse, pero era consciente de que tendría que hablar con James, de modo que asintió con la cabeza. Un instante después, James entró en la sala de baño. Miró a la pareja desnuda y, si le extrañó ver a la chica con Erland, disimuló su sorpresa. No pidió nada a la sirvienta que seguía en la habitación, pero se quitó el manto y se lo entregó a la joven, que lo cogió. Luego se acercó a una pequeña banqueta y la arrimó a la piscina.

Sentándose, dijo:

—Bueno, entonces, ¿te encuentras mejor?

—No —contestó Erland—. Todavía estoy enfadado.

—¿Con quién, Erland?

Durante un instante de silencio, la exasperación apareció claramente impresa en el rostro del joven. Luego, mientras Miya seguía masajeando su cuello y sus hombros tensos, pareció disiparse.

—Con el universo, supongo. Con los dioses del azar y del destino. Contigo. Con mi padre. Con todo el mundo. —Su voz se apagó—. Pero sobre todo estoy enfadado con Borric por dejarse matar.

James asintió con la cabeza.

—Lo sé. Yo siento lo mismo.

Erland dejó escapar un largo suspiro de tensión liberada y dijo:

—Supongo que por eso hice lo que hice. No hubiera podido soportar ver cómo el león mataba a ese chico. Puede que el chico tenga un hermano... —Le faltaron las palabras y comenzó a llorar. Se quedó sentado un momento en la piscina de agua tibia y su dolor se manifestó por vez primera desde el ataque de los bandidos. James

esperó mientras el joven príncipe lloraba a su hermano muerto, sin mostrar ni sentir vergüenza. Él había llorado ya la muerte de Borric una semana antes, en brazos de su esposa.

Pasado un momento, Erland miró a su maestro con los ojos enrojecidos.

—¿Por qué, maldita sea?

James solo pudo mover la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué? Solo los dioses lo saben, y no hablan. Al menos, no me hablan a mí. —Alargó el brazo y metió la mano en el agua. Un instante después la sacó y se la pasó por la frente—. Algunas cosas tienen sentido, otras no. No sé.

Se quedó cavilando un rato. Luego dijo:

—Mira, nunca te he contado esto. Tu padre me salvó la vida. Un par de veces. Pero para mí es tan inexplicable que un príncipe de las Islas salve la vida a un ladronzuelo como que otro príncipe de las Islas muera en una emboscada camino de una fiesta de cumpleaños. Solo puedo decirte que a mí nunca, jamás, nadie me dijo que la vida tuviera sentido. Sencillamente, es así.

Erland se recostó contra el cuerpo suave de Miya y dejó que su calor lo penetrara. Suspiró y sintió que algo, un dolor que había llevado dentro cada instante desde la emboscada, lo abandonaba.

—Es tan extraño... —dijo quedamente—. Acabo de darme cuenta de que Borric debe estar muerto. Y aun así...

—¿Qué? —preguntó James con calma.

—No sé. —Erland lo miró inquisitivamente—. ¿Cómo se supone que he de sentirme? Quiero decir que Borric y yo nunca hemos pasado más que unos cuantos días separados. Es como si fuéramos... el uno parte del otro. Pensaba que, si lo perdía, o si él me perdía a mí, lo... sentiríamos. ¿Sabes lo que quiero decir?

James se levantó.

—Creo que sí. Al menos, creo saberlo hasta donde puede alguien que no ha estado nunca tan unido a otra persona como estabais vosotros dos. Pero os he observado desde que erais bebés y os he visto jugar y pelearos. Creo entenderte.

Erland suspiró de nuevo.

—Pensaba que sería distinto. Eso es todo. Es como si no hubiera muerto, ¿sabes? Es como si solo estuviera muy lejos. —Sus ojos se cargaron y los cerró. Un instante después, su respiración se hizo más regular y se quedó dormido.

James indicó a la sirvienta que sostenía su manto que se lo devolviera. Dijo a Miya:

—Esta noche cenamos otra vez con la emperatriz. Despiértalo cuando sea la hora.

Ella asintió sin decir nada para no despertar al príncipe dormido. James dobló su manto, se lo echó al brazo y se marchó.



Erland estaba acabando de vestirse cuando Miya anunció a lord Jaka. El príncipe no se sorprendió: tenía la impresión de que lo sucedido esa tarde suscitaría alguna reacción en el padre de Diigái. Erland indicó a la sirvienta que dejara entrar al noble keshiano y un momento después aquel guerrero de elevada estatura entró en la habitación. Miya se apartó discretamente para no oírles, pero se quedó por allí, por si Erland la necesitaba.

Jaka se inclinó ante el príncipe.

—Mi señor príncipe —dijo—, confío en no haber llegado en momento inoportuno.

—No, lord Jaka. Estaba acabando de vestirme para cenar con la emperatriz.

Jaka hizo un gesto con ambas manos, manteniéndolas paralelas y moviéndolas hacia abajo y hacia fuera. Kafi había explicado a Erland que aquello significaba «que el cielo la proteja» o «que el cielo sea magnánimo», una bendición que servía para todo.

El guerrero dijo:

—He venido a hablar con su alteza de lo que hizo esta tarde.

—¿Sí?

Jaka pareció esforzarse por encontrar las palabras que deseaba decir.

—Como cazador de gran reputación, habría sido una terrible deshonra para mi hijo haber fracasado en su cacería de hoy. Es difícil aceptar una cosa así. Hay quienes dirán que robaste a mi hijo una muerte honrosa, o que tu intervención mancilló su cacería.

Aquí viene, pensó Erland. Esperaba a medias algo así.

—Sin embargo —prosiguió Jaka—, solo molestaste al animal, distrayéndolo el tiempo justo para que mi hijo recuperara su lanza.

Erland asintió.

—Fue él quien mató al león.

—Es cierto. Así que, aunque en parte tengo sentimientos encontrados respecto a la elegancia de la cacería, como padre de un muchacho al que quiero profundamente, deseo darte las gracias por haber hecho posible que conservara su hombría. —Suavemente añadió—: Y por salvarle la vida.

Erland se quedó inmóvil un instante mientras se esforzaba por encontrar algo que decir. Luego dijo algo que permitiría al padre conservar su orgullo en la medida de lo posible, dadas las circunstancias.

—Quizá hubiera recuperado la lanza sin mi ayuda. ¿Quién sabe?

—Quién sabe, sí —repuso Jaka—. El león era joven, sin experiencia y estaba herido. Un cazador más experimentado le habría golpeado en la cara con el escudo; no le habría herido, pero habría hecho ruido y le habría hecho daño. Si el león hubiera

arremetido contra el escudo, un cazador experimentado le hubiera dejado y hubiera intentado recuperar la lanza. Es lo que enseñamos, pero en el calor del momento es fácil olvidarlo. Es fácil olvidarlo, alteza.

»Debo irme, mi señor príncipe. Pero antes deseo que sepas que estoy en deuda contigo, si alguna vez te hiciera falta.

A Erland no se le ocurrió qué responder ante un agradecimiento tan directo, de modo que se limitó a decir:

—Gracias por tu amable visita y por el honor de tu presencia, lord Jaka.

El comandante de los Aurigas Imperiales se inclinó de nuevo ante el príncipe Erland y se marchó. Erland se volvió hacia Miya.

—Te veré esta noche, espero —le dijo.

Ella se acercó y se quedó un momento ante él, ajustándole la túnica, más por estar a su lado que porque le hiciera falta.

—Te veré antes, mi príncipe —dijo—. Se me ha ordenado presentarme ante la emperatriz.

—¿Ocurre algo?

Miya se encogió de hombros.

—Nada. A todos los que sirven en el palacio de La que es Kesh se les permite de vez en cuando compartir el esplendor de la corte de la emperatriz.

—Bien. Nos veremos allí.

Erland hizo una seña para que le abrieran las puertas de su habitación y dos muchachas las abrieron de par en par. Fuera esperaban los guardias del palacio de Krondor, en uniforme oficial. Rodearon a Erland y juntos emprendieron la marcha por los largos pasillos del palacio.

Por el camino se les unieron James y Gamina, después Locklear y, finalmente, lord Kafi. Cuando llegaron al complejo imperial del palacio, los guardias krondorianos se detuvieron: no estaba permitido que soldados extranjeros se acercaran a la emperatriz.

Erland entró en medio de una fanfarria de trompetas. Encabezaba su pequeño séquito y, por ser el de mayor rango, se le pidió que se dirigiera el primero a la emperatriz. El maestro de ceremonias keshiano fue entonando la larga lista de títulos del príncipe, y Erland dedujo de ello que se trataba de una cena formal. Refrenó las ganas de sonreír al pensar que, tratándose de la emperatriz, la diferencia entre una cena formal y una informal era simple cuestión de etiquetas. Ansiaba regresar a Krondor y comer con Borric en una mesa sencilla, en el rincón de la cocina, como habían hecho tantas veces, en lugar de soportar cenas de Estado con sus padres.

Al llegar al pie de la tarima, se inclinó y el maestro de ceremonias dijo:

—¡Oh, La que es Kesh, tengo el honor de presentarte a su alteza el príncipe Erland, heredero al trono del reino de las Islas, caballero-capitán de la Región Occidental!

—Majestad —dijo Erland irguiéndose—, te agradezco tu amable liberalidad para

conmigo y mis acompañantes. Permíteme presentarte... —Y prosiguió presentando a sus compañeros, como había hecho cada vez que habían acudido en presencia de la emperatriz. Se preguntaba si aquel sinsentido se repetía cada vez que la emperatriz comía a lo largo del día.

—Su alteza ha tenido un día muy agitado —respondió la Emperatriz—, según me han dicho. —Erland esperó a que dijera algo más, pero ella se limitó a añadir—: Es un placer para nosotros teneros de nuevo aquí, alteza. Por favor, disfrutad de la abundancia de nuestras mesas.

Cuando Erland se dio la vuelta, entraba en el salón el príncipe Awari con varios acompañantes. Uno, el más cercano a Erland, escupió en el suelo delante del príncipe.

Erland se paró en seco; sus ojos se dilataron y su rostro enrojeció. El joven que había escupido siguió andando.

—¡Tú! —le increpó Erland girándose.

Todos los ojos se volvieron para mirar a los dos jóvenes. El muchacho miró a Erland con los ojos entornados. Era un keshiano de sangre pura, seguramente hijo de un noble importante, dada su proximidad con el príncipe. Su cuerpo era musculoso y fuerte. Erland barruntó una pelea y no sintió deseos de evitarla.

—¡Erland! —siseó James a su oído—. ¡Retírate!

La emperatriz vigila, le advirtió Gamina.

Erland miró hacia el trono mientras el joven se acercaba a él. La emperatriz había clavado la mirada en los dos jóvenes que se miraban frente a frente. Un noble de la corte hizo ademán de intervenir, pero la emperatriz le ordenó con un gesto que se quedara a su lado. No parecía inclinarse a intervenir. Había, más bien, un brillo de avidez en sus ojos.

Erland se preguntó si aquello sería una especie de prueba para saber a qué clase de gobernante de las Islas tendría que enfrentarse Kesh en años venideros. Si así era, pensó Erland, se encontrarían ante un oponente firme cuando llegara la ocasión.

—¿Qué, *sah-dareen*? —preguntó el joven cuando estuvo a unos centímetros del príncipe.

Se oyeron algunos murmullos. En aquella corte, ser un no cazador equivalía a no ser un noble, y ser llamado como tal era un insulto de la peor especie.

Erland miró al príncipe Awari para ver si intercedía. Pero Awari se limitaba a mirarlos con interés y una leve sonrisa en los labios. Erland comprendió entonces que el muchacho lo había insultado con su permiso. Respiró hondo y luego, lo más deprisa que pudo, cruzó la mano sobre el pecho y asestó al joven una fuerte bofetada de revés.

El muchacho se tambaleó; las rodillas le flaquearon. Se derrumbó, pero antes de que cayera al suelo Erland agarró el collar ornamental que llevaba alrededor de la garganta y lo alzó tirando de él.

—Quien me insulta en la corte de Kesh, insulta al reino de las Islas. Y eso no puedo consentirlo. —Soltó el collar del joven, alejándolo de sí. El muchacho se

tambaleó, pero recuperó el equilibrio. Erland dijo—: Tú eliges las armas.

—No puedes batirte en duelo —susurró James mientras lo agarraba del brazo—. Eso es lo que quieren.

Pero el joven keshiano se limitó a decir:

—No entiendo lo que quieres decir.

—Te he golpeado —dijo Erland—. Tienes derecho a escoger las armas que usaremos en el duelo.

El rostro del joven se contrajo en una mueca de sincera perplejidad.

—¿Un duelo? ¿Por qué iba a pelear contigo? Seguramente me matarías.

Erland no supo qué contestar. Pero la emperatriz le ahorró la necesidad de decir nada.

—Lord Kiláwa.

Un hombre de mediana edad se levantó en una mesa situada cerca del fondo de la sala.

—¿Qué ordena mi emperatriz?

—Tu hijo es un bufón, Kiláwa. Ha insultado a un invitado en mi casa. ¿Qué he de hacer con él?

El hombre palideció. Pero se mantuvo erguido mientras hablaba.

—¿Cuál es vuestro deseo, majestad?

La emperatriz titubeó. Luego dijo:

—Yo haría que presentaran su cabeza al príncipe Erland en un tarro de miel y vino, como trofeo, pero como nuestras costumbres no son las de su alteza, creo que ello solo serviría para aumentar su malestar. —Hizo una pausa. Después añadió—: Joven Rasajani.

Al instante, el muchacho que había insultado a Erland inclinó la cabeza ante la emperatriz.

—¿Majestad?

—Tu presencia me molesta. Quedas desterrado de la ciudad superior. No volverás a pisar la meseta mientras haya luz en mis ojos. Cuando yo me haya ido al palacio de la Eterna Belleza, quien reine después de mí tal vez se muestre misericordioso contigo y te permita volver. Esa es toda la indulgencia que obtendrás de mí... y solo porque le tengo afecto a tu padre. No queda mucha clemencia en estos huesos viejos y amargos. ¡Fuera de aquí inmediatamente!

Cuando llegó a la mesa reservada a su séquito, Erland se volvió hacia Kafi y dijo:

—¿De qué iba todo eso?

El hombre del desierto pareció no entender la pregunta.

—¿Mi príncipe?

—¿Por qué me ha insultado si no quería pelear? —dijo Erland al sentarse.

Kafi tomó asiento.

—Es cosa de los de sangre pura, alteza —dijo—. Has de comprender que no son un pueblo guerrero. Son cazadores. Los guerreros son poco más que perros a los que

echar a sus enemigos. Oh, combaten, si es preciso, y con ferocidad, pero no cifran en ello ningún honor. No, para ellos el honor consiste en seguir el rastro de una presa, en conducirla a la celada y en matarla de un solo golpe. En eso radica el honor para los keshianos de pura sangre. Para el joven Rasajani, sería ilógico luchar contigo. Tú eres un guerrero de indudable destreza. Lo matarías en un abrir y cerrar de ojos. Él lo sabía, así que luchar contigo sería una perfecta locura.

Erland sacudió la cabeza.

—Cuesta entenderlo —dijo.

Kafi se encogió de hombros.

—A ellos les cuesta entender que un hombre consienta que las circunstancias lo obliguen a luchar con alguien superior a él como guerrero por una cuestión de honor. Desde su punto de vista, equivale al suicidio.

Entró entonces el séquito de la princesa Sharana y, caminando un paso más atrás, apareció Miya. Erland contempló extasiado a la princesa de piel dorada y dijo a Kafi:

—¿Por qué mi sirvienta acompaña a la princesa esta noche?

Kafi sonrió.

—Porque tu sirvienta es lady Miya, la prima de Sharana.

Los ojos de Erland se agrandaron.

—¿Su prima? ¿De la princesa? ¿Bromeas?

—Claro que no, alteza —dijo Kafi—. La emperatriz no consentiría que esclavos o personas inferiores como yo mismo se ocuparan de tus necesidades íntimas. —Pronunció la palabra «inferiores» con acritud apenas disimulada—. Así que solo muchachos y muchachas de estirpe noble, hijos e hijas segundones, pueden servir a la emperatriz y a sus invitados.

Erland puso unos ojos como platos.

—¿Todos?

—Sí —contestó Kafi—, todas las sirvientas de tus aposentos son hijas de la nobleza. —Señaló distraídamente a los sentados a la mesa, que observaban el azoramiento de Erland—. Naturalmente, en el apartamento de su alteza todas las sirvientas son de sangre real y parientes de la emperatriz.

—Dioses y demonios —dijo Erland—. Temo haberme acostado con la mitad de las hijas de la realeza del imperio.

Kafi se echó a reír.

—Ni con una décima parte, alteza. Muchas son parientes lejanas de su majestad. ¿Y qué, si así ha sido? Los keshianos de sangre pura tienen sobre las cuestiones del cuerpo ideas distintas a las tuyas o las mías. Sus mujeres son tan libres de tener amantes como los hombres. Ello se debe a que han tenido tantas emperatrices como emperadores. —De nuevo había una nota de acritud en esta última observación.

Como dictaba el protocolo, la princesa Sojiana fue la última en entrar, acompañada por su séquito, y preguntó formalmente a su madre por su salud. Cumplimentadas las formalidades, empezó el festín.

Los sirvientes aparecieron tan pronto se hubo sentado el séquito de la princesa, y la cena dio comienzo. En la mesa de Erland se habló poco. El príncipe y Locklear parecían contentarse con mirar al otro lado de la habitación, Erland a la princesa Sharana y a lady Miya, y Locklear a Sojiana.

* * *

Esa noche, ya tarde, James pidió a Erland que les acompañara a Gamina y a él a dar un paseo por uno de los muchos jardines del palacio. El príncipe supuso que había un motivo para aquella extraña petición y aceptó.

Al entrar en el jardín, la voz de Gamina penetró en su mente. *James te pide que hables a través de mí pues está seguro de que incluso en el centro de este jardín es probable que nos oigan.* En voz alta, dijo:

—No es como estar en casa, pero es bonito, ¿no creéis?

Erland dijo:

—Estoy completamente de acuerdo.

La voz de James sonó en su mente con la ayuda de Gamina. *Nuestro agente en palacio se ha puesto por fin en contacto conmigo.*

¿Por fin? ¿Es que había algún problema?

¿Algún problema? Había una nota de sorna en la respuesta de James. *Solo que estamos bajo constante vigilancia. La mitad de los sirvientes de nuestras habitaciones son, casi con toda probabilidad, espías keshianos... lo cual constituye una diferencia insignificante, dado que los que no son espías informan de todo lo que hacemos a la emperatriz. Creo que aquí está pasando algo muy importante.*

Erland preguntó a Gamina cómo había pasado el día, y se pusieron a charlar sobre cosas sin importancia al llegar a una magnífica fuente de mármol: tres demonios de aspecto cómico parecían haber quedado paralizados en pleno movimiento, y sobre ellos bellas mujeres desnudas les daban caza montadas en carrozas. El agua manaba de la parte de atrás de las tres carrozas, y los demonios parecían verse conducidos hacia el centro de la fuente. Una luz brillaba desde abajo, Erland no supo explicarse cómo, y el efecto era verdaderamente prodigioso.

En voz alta, Erland dijo:

—Tengo que preguntar cómo consiguen ese efecto de la luz. Debo hacer que construyan una igual en Krondor. —Mentalmente, añadió: *¿Qué crees que está pasando?*

Aún no estoy seguro, respondió James. *Pero esto es lo que he deducido, juntando piezas aquí y allá: a la emperatriz le está fallando la salud. Está más enferma de lo que aparenta. Es lo que todo el mundo rumorea en el palacio y en la ciudad de abajo. Se espera que nombre heredero al príncipe Awari, pero todo apunta a que acabará*

nombrando a Sojiana, o incluso a Sharana, antes que a su propio hijo. La emperatriz y su hijo mantienen diferencias desde hace años y a veces apenas se hablan.

Entonces, ¿hay una querrela por la sucesión al trono?

Eso parece, contestó James. El trono suele pasar al hijo mayor.

—Una noche preciosa —dijo Erland en voz alta. Pero la hija mayor es Sojiana.

Cierto, pero hay una facción importante de la nobleza que preferiría que Awari subiera al trono. En primer lugar, porque las últimas dos gobernantes han sido mujeres, y muchos de los pueblos súbditos de Kesh son ferozmente patriarcales y temen que tres emperatrices seguidas conviertan Kesh en un matriarcado. En tiempos antiguos, el pueblo de Kesh pasó por un periodo así. Pero la razón principal para querer que Awari sea nombrado heredero es que muchos lo consideran sencillamente más capaz. Hay mucha gente que cree... débil a Sojiana. Su difunto marido era una figura importante en la Galería de Amos y Señores, su equivalente a nuestro Congreso de Señores. Otros, en cambio, temen que sea... peligrosa. Es capaz de manipular a Awari y a otros señores. Hasta el punto de que, si Awari es nombrado emperador, ella podría causar problemas en la Galería.

—Sí —dijo Gamina—. Se está tan bien aquí...

James dijo:

—Para un rato. Me temo que mañana tenemos un día terriblemente ajetreado. Es la bienvenida oficial y el principio del jubileo. Todos los gobernantes del imperio estarán aquí y se reunirán por primera vez. Debemos lucir nuestras mejores galas.

Los pensamientos de James llegaron entonces a Erland. Posiblemente tenga algo que ver con el ataque en el desierto. La facción de Awari es muy fuerte en el corazón del imperio, mientras que la fortaleza de Sojiana se encuentra principalmente en esta meseta. Si estallara la guerra en el norte y las compañías de soldados perro fueran enviadas contra nosotros, como de costumbre, ello debilitaría la influencia de Awari en palacio. Además, es probable que fuera elegido para supervisar las tropas enviadas contra el reino. Aber Bukar, señor de los ejércitos, está demasiado viejo. Lord Jaka sería la elección más lógica, pero los hermanos del Caballo y unas cuantas facciones más consideran que los Aurigas Imperiales tienen ya demasiada influencia, así que es poco probable que la emperatriz se arriesgue a provocar una escisión en fregándole el mando del ejército. No, el príncipe es el único personaje al que todos seguirían sin vacilar. Además, otro señor ansia un papel predominante en la Galería.

¿Quién?, preguntó el príncipe.

Lord Ravi, señor de los hermanos del Caballo. Pero no es de sangre pura, y aunque sus tropas de caballería son esenciales para el éxito de cualquier operación contra nosotros que pudiera emprender el imperio, les falta el prestigio de los aurigas.

Pintas una corte en descomposición.

Puede ser, pero recuerda que, mientras gobierne la emperatriz, todos la

obedecerán. Es posible que cuando muera estalle el caos, e incluso la guerra civil. Pero es evidente que quienquiera que esté intentando provocar una guerra no quiere esperar a su muerte. Hay partes de este rompecabezas que todavía no están claras.

Erland comentó en voz alta:

—Si queremos estar frescos mañana, deberíamos volver. —Volviéndose hacia el pasillo que conducía a su apartamento, pareció sumirse en el silencio. *Este rompecabezas no está claro en su mayor parte. Ojalá podamos resolverlo antes de que estalle un conflicto.*

Todos le dieron la razón en silencio.



Evasión



Borric señaló.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Ghuda.

La caravana viajaba por la transitada carretera imperial que unía Faráfra y Kesh, atravesando kilómetros y kilómetros de tierras de labor. El viaje había transcurrido sin incidentes hasta ese momento.

Al norte de la carretera, tres hombres a caballo intentaban capturar a otro que iba a pie. Era este un sujeto de extraño aspecto, ataviado con un sayo amarillo, sin adornos, que le llegaba hasta la rodilla. Llevaba la cabeza afeitada a la manera de los monjes, pero su indumentaria no se parecía a la de ninguna orden que Borric hubiera visto en el reino. Y parecía estar divirtiéndose y haciendo mucho más ruido que cualquier monje que Borric hubiera visto. Porque, mientras los hombres a caballo trataban de agarrarlo de la túnica, él se apartaba y los esquivaba, metiéndose de cuando en cuando bajo los pescuezos de las monturas, y entre tanto no paraba de saltar y reír a carcajadas.

Y todo ello a pesar de que llevaba un bastón de madera y una mochila de cierto tamaño colgada del hombro, con la gruesa asa de tela terciada sobre el pecho. Corría, reía y parloteaba sin sentido para atormentar a sus perseguidores. Sus absurdas cabriolas hicieron reír a Borric y Ghuda. Uno de los jinetes se volvió al oírles y sus carcajadas parecieron enfurecerlo aún más.

El jinete esgrimió un cayado de aspecto exótico y se abalanzó hacia el danzarín, intentando golpearlo, pero el otro agachó la cabeza para esquivar el golpe, rodó por el suelo y, antes de que el jinete pudiera dar la vuelta, se levantó y empezó de nuevo a brincar. Se puso de espaldas a los tres jinetes, con el trasero en pompa, y lo sacudió al tiempo que dejaba escapar un ruido flatulento para mostrarles su desprecio.

—¿Quiénes son? —preguntó Borric, riéndose de la cómica escena.

Ghuda dijo:

—El de las cabriolas es un isalani, por su vestimenta. Son un pueblo de Shing Lai, al sur del Cinturón de Kesh. Una gente muy rara. Los otros son hombres de la llanura, de Ashunta. Se nota por cómo llevan el pelo y por el bastón ceremonial de guerra con el que uno intenta sacarle los sesos al isalani.

Borric advirtió entonces que los tres jinetes tenían el pelo igual, pese a que sus vestidos eran muy distintos: uno llevaba calzones de cabritilla y un chaleco de piel, sin camisa, mientras que otro lucía una coraza de cuero, y el tercero botas de caballero, camisa ornamentada y sombrero con pluma. Todos ellos llevaban el pelo recogido hacia atrás y atado con una anilla que, adornada con una pluma, lo dejaba caer hacia atrás en una larga cola, hasta la mitad de la espalda. Junto a las orejas, sin embargo, lucían dos largos mechones sueltos.

—¿De qué crees que se trata?

Ghuda se encogió de hombros.

—Quién sabe, tratándose de un isalani. Son místicos: videntes, chamanes, adivinos y visionarios. Y además son la mayor panda de ladrones y estafadores de todo Kesh. Seguramente habrá timado a esos tres.

Soltando un grito exasperado, uno de los hombres a caballo sacó su espada y se abalanzó violentamente contra el isalani. Borric saltó de la carreta, que avanzaba despacio debido a que el camino ascendía lentamente por las estribaciones de las Agujas de Luz y a que Janos Sabér, el capataz, refrenaba a los caballos para conservar sus fuerzas. Sabér gritó:

—¡Loco, vuelve a tu carro! ¡Déjalos en paz!

Borric hizo un gesto vago para tranquilizarlo y corrió hacia el lugar donde se desarrollaba aquel extraño juego, gritando:

—¿Qué pasa aquí?

El estrafalario isalani no dejó de hacer cabriolas ni por un instante, pero uno de los hombres a caballo, el del sombrero con la pluma, se volvió y gritó:

—¡No te metas en esto, forastero!

—Sé que tienes mal genio, amigo, pero usar una espada contra un hombre desarmado me parece excesivo.

El jinete hizo caso omiso y, dando un grito, espoleó a su montura y se fue derecho hacia el isalani. Otro jinete había emprendido un ataque similar, y al instante el isalani comenzó a moverse entre los dos. El primer jinete viró y enseguida se dio cuenta de que había cometido un error. Al apartarse el isalani, los dos caballos chocaron y, como era propio de ellos, uno decidió que era hora de morder al otro, lo que dio como resultado que el segundo caballo decidiera que había llegado el momento de cocear al primero, de manera que su jinete acabó descabalgado. Mascullando una maldición, el primer jinete hizo señas al tercero de que se apartara, no fuera a ser que se repitiera el incidente. Luego se volvió y descubrió la empuñadura del cayado del isalani ante su cara. Un instante después, él también

estaba en el suelo.

El tercer jinete, el del chaleco de piel, no vaciló: se acercó al galope a la refriega y viró de lado en el último instante. Se agachó en la silla cuando el isalani intentó descabalarlo con su bastón. Logró evitar que el isalani, que estaba a su izquierda, lo engañara, pero de pronto sintió, desde la derecha, que unas manos fuertes tiraban de su túnica. Borric apeó al jinete de su silla y lo empujó a medias, a medias lo arrastró, hasta donde el lugar donde los otros dos empezaban a levantarse.

—Eso ha sido un error —dijo el primer jinete, que había sacado una larga espada. Y, por su expresión mientras avanzaba, parecía buscar sangre.

—Bueno —repuso Borric, aprestándose para la pelea mientras los otros dos jinetes fijaban su atención en el mercenario armado—, no sería el primero que he cometido. —En voz baja añadió—: Esperemos que no sea el último.

El primer guerrero corrió hacia él, intentando cogerlo desprevenido. Borric se apartó ágilmente y al pasar le asestó en la parte de atrás del muslo, uno de los pocos sitios que dejaba al descubierto su coraza de cuero, un tajo que lo mandó al suelo con una herida dolorosa que lo dejó momentáneamente incapacitado, pero de la que acabaría curando.

Los otros dos comprendieron que se enfrentaban a un oponente muy hábil. Se separaron. El del sombrero de la pluma comenzó a moverse en círculo hacia la derecha, mientras el del chaleco de piel avanzaba por la izquierda, obligando a Borric a cubrirse por los dos flancos. Borric comenzó a hablar consigo mismo, costumbre por la que Erland se había burlado de él muchas veces desde que eran niños.

—Si tienen el cerebro de un grano de pimienta, el zoquete de mi derecha fingirá atacar mientras el bestia de mi izquierda se lanza a por mí.

De pronto, Borric les acometió, sacando su daga y corriendo hacia la izquierda para desplazar hacia atrás el ataque. Se volvió al instante, mientras el que había estado a su derecha intentaba aprovechar la ocasión que le brindaba su espalda descubierta. Pero en el momento en que intentaba asestar un golpe, Borric se giró y detuvo la estocada con su daga; un segundo después, contraatacó causando una grave herida en el estómago al hombre de la camisa adornada y las botas de caballero.

Cuando este cayó profiriendo un impetuoso grito de dolor, Borric se volvió bruscamente y vio que el otro jinete se acercaba con cautela. Borric maldijo para sí.

—Maldita sea. Este sabe lo que hace.

Había esperado que el del chaleco de piel cometiera el mismo error que los otros dos y se precipitara hacia él.

Pero el jinete se aproximaba precavidamente. Lo que había visto lo había convencido de que, en efecto, se enfrentaba a un guerrero muy diestro. Los dos hombres se rondaron el uno al otro, sin quitarse ojo. Luego, el príncipe descubrió una pauta en los pasos de su contrario.

—Paso, deslizamiento, paso, deslizamiento, cruce. Vamos, bonito, repítelo. Paso, deslizamiento, paso, deslizamiento, cruce.

Borric sonrió y, cuando el hombre volvió a cruzar las piernas, se lanzó al ataque. La leve torsión del cuerpo fue cuanto necesitaba. Hizo retroceder a su oponente con una furiosa combinación de golpes de la espada y estocadas de la daga.

Luego, el jinete tomó la ofensiva y Borric se descubrió retrocediendo. Maldiciendo al destino que había puesto en su mano una espada de hoja larga en vez un florete, trató de parar los lances y recobrase. Mascullando en voz baja, dijo:

—¡Este malnacido es bueno!

Durante lo que no pudieron ser más de cinco minutos, aunque a Borric le parecieran horas, intercambiaron golpes equitativamente, respondieron a cada estocada con otra, a cada quite con un revés. Luchaban bajo el sol ardiente, empapados en sudor. Borric puso a prueba todas las combinaciones que había aprendido, pero descubrió que su oponente estaba a la altura del desafío.

Luego hubo una pausa mientras ambos intentaban recobrar el aliento, jadeando al sol de la tarde. Solo se oía el zumbido de las moscas y el murmullo del viento entre la hierba crecida de la pradera. Borric asió con fuerza la empuñadura de su espada. Notaba que la fatiga comenzaba a hacer mella en él. La lucha se había vuelto más peligrosa pues, dejando a un lado su destreza, ambos estaban cansados, y la fatiga podía causar un error fatal. Intentando poner fin a la pelea, Borric saltó hacia delante, lanzando una estocada alta a la cabeza de su oponente, seguida por un golpe dirigido a sus piernas. Pero, a pesar de que contaba con la ventaja de parar los lances de su contrario con la daga y no tenía que protegerse la izquierda con la espada, no logró acabar con el combate.

Uno y otro se aventajaban sucesivamente, primero Borric, luego el hombre de la llanura, y estaba claro que intentaban tomarse la medida. El sudor, que corría por el pecho desnudo del hombre de la llanura y empapaba la camisa de Borric, hacía deslizarse los dedos por las empuñaduras. Los hombres jadeaban entrecortadamente; el sol seguía siendo el oponente más cruel de todos. El viento que levantaban con los pies taponaba sus narices y hería sus gargantas, y sin embargo ninguno de los dos lograba poner fin a la contienda. Borric lo intentó con todos los trucos que había aprendido desde que era niño, y varias veces estuvo a punto de herir a su oponente. Pero eso fue lo único que consiguió. Y estuvo a punto de resultar herido en otras tantas ocasiones. Luego, Borric se dio cuenta con escalofriante claridad de que al fin se había propasado; se enfrentaba a uno de los mejores espadachines que había visto nunca, a un espadachín que tenía quizá menos habilidad natural que él, pero mucha más experiencia.

Se detuvieron un momento, el uno frente al otro, encorvados y jadeantes. Sus cuerpos exhaustos temblaban de fatiga y tensión. Ambos sabían que el primero que cometiera un error moriría. Borric respiraba entrecortadamente, intentando encontrar una última reserva de energía. Miraba con fijeza a su oponente, sabiendo que este hacía lo mismo. Ninguno malgastó aliento conversando mientras esperaban a tener fuerzas suficientes para reanudar el ataque. Luego, inhalando sonoramente, el de la

llanura se tambaleó hacia delante, soltó un grito de rabia y, echando a correr, se obligó a acometer a su oponente. Borric se apartó y levantó la espada y la daga para parar la estocada; luego, hundió la rodilla en el estómago del otro. Cuando el hombre de la llanura soltó el aire violentamente, Borric lo apartó hacia un lado de un puntapié, liberando su espada. El otro cayó hacia atrás y golpeó el suelo con otro estallido de su aliento. Borric se abalanzó hacia él, pero su oponente rodó por el suelo, y el príncipe clavó su espada en tierra. Luego, notó algo detrás del talón y perdió el equilibrio.

Se había acercado demasiado y el otro había enganchado su talón con el pie. Ahora Borric estaba en el suelo y rodaba, intentando apartarse y erguirse de nuevo. Dando vueltas logró ponerse de rodillas, solo para descubrir la punta de una espada dirigiéndose a su cara. Entonces otra espada se interpuso, y la hoja del hombre de la llanura fue apartada.

Borric levantó la vista hacia el claro resplandor del cielo y vio a Ghuda de pie, con su espada de mano y media interpuesta entre los dos combatientes.

—Si habéis acabado, chicos... —dijo.

El jinete miró hacia arriba y el ímpetu de luchar pareció abandonarlo. Era evidente que había otro oponente listo para intervenir, si seguía luchando, y por el aspecto de Ghuda y el tamaño de la espada que llevaba, era un oponente capaz de hacer mucho daño, y dispuesto a ello. Borric se dio por vencido levantando la mano y agitándola levemente. El otro retrocedió unos pasos y luego meneó la cabeza.

—Ya basta —masculló con la garganta cubierta de polvo.

Suli asomó por detrás del enorme guerrero y fue a dar a Borric de beber de un odre de agua.

Ghuda dijo al jinete:

—Tus dos amigos necesitan ayuda. Uno de ellos corre serio peligro de desangrarse. Seguramente le vendría bien que lo llevaras a un cirujano. Y tú —dijo volviéndose a Borric—, habrías hecho mejor mirando camino adelante para ver dónde estabas, en lugar de hacer el tonto con estos crios.

Borric vio que el otro espadachín se fijaba por fin en sus amigos. Ayudó a levantarse al que tenía la pierna herida, y ambos examinaron al que estaba herido en el estómago.

—¿Dónde está ese loco que hacía cabriolas? —preguntó Borric, y bebió otro sorbo de agua.

—No lo sé —dijo Ghuda, extrañado—. Lo perdí de vista cuando me metí entre vosotros.

—Bueno, no ha podido evaporarse, ¿no? —dijo Borric.

—A decir verdad, Loco, no lo sé. Ni me importa. A Janos Saber no le hizo ninguna gracia ver que te largabas así. ¿Y si esto hubiera sido una maniobra de distracción y al otro lado de esa colina hubiera habido una emboscada? Las cosas podrían haberse puesto feas, no hay duda.

Ghuda apartó su enorme espada y le indicó que le diera la mano. Pero, cuando ayudaba a levantarse a Borric, lo golpeó a un lado de la cabeza con una de sus manazas enguantadas, haciéndolo caer de nuevo al suelo.

Borric sacudió la cabeza, atontado.

—¿A qué ha venido eso?

Ghuda lo miró sacudiendo el puño.

—A que eres un estúpido. Maldita sea, muchacho, a ver si así aprendes a comportarte como un guardia responsable y cumplir con tu trabajo. Podría haber sido una emboscada, ¿no es cierto?

Borric asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, supongo que sí.

Se puso en pie sin ayuda y Ghuda les indicó a él y al chico que siguieran adelante. Cuando llegaron al camino, Borric dijo:

—Ojalá todo el mundo dejara de pensar que el mejor modo de enseñarme algo es darme una paliza.

Ghuda ignoró su comentario.

—Has pasado demasiado tiempo con el florete, Loco —dijo.

—¿Eh? —dijo el príncipe, exhausto—. ¿Qué quieres decir?

—Te empeñabas en atravesar a ese necio, y eso cuesta un poco con la espada. Tiene poca punta, y a no ser que agarres la empuñadura con la otra mano y empujes con todas tus fuerzas, lo único que conseguirás clavando la punta en la coraza de tu oponente será irritarlo. Has perdido media docena de oportunidades de dar a ese tipo un buen golpe en la cabeza, si quieres que te dé mi opinión. Si quieres vivir mucho tiempo, será mejor que aprendas a usar una espada con filo, además de uno de esos pinchos de asar cerdos que usáis en Krongor.

Borric sonrió. El florete no había sido un arma popular hasta que su padre, el mejor espadachín que había cogido nunca una espada, se convirtió en príncipe. Después se había puesto de moda, aunque obviamente no al sur del valle de los Sueños.

—Gracias. Practicaré con ella.

—Pero la próxima vez no escojas a un oponente que esté tan empeñado en matarte. —Ghuda miró camino abajo, hacia la nube de polvo que levantaban las carretas de Janos Sabér, y añadió—: Ahora que van cuesta abajo, tardaremos medio día en alcanzarlos. Vamos a darnos prisa.

—Oh, no —contestó Borric, agotado por la pelea al sol. Se había ido acostumbrando poco a poco al sol feroz del mediodía en Kesh, pero aún no era capaz de moverse bajo él como los que habían nacido allí. Bebía montones de agua y zumo de frutas, al igual que Ghuda y Suli, pero aun así el calor lo debilitaba rápidamente. Se preguntaba hasta qué punto se debería ello a su roce con la muerte en el desierto de Jal-Pur.

Al coronar la colina, vieron que la caravana de Janos Sabér avanzaba

tranquilamente camino abajo. Y sentado en la última carreta, con los pies colgando mientras se comía una gran naranja reluciente, iba el isalani. Ghuda señaló y Borric meneó la cabeza.

—Ese sí que es listo, ¿no?

Ghuda empezó a trotar carretera abajo, y Borric se obligó a seguirlo, aunque sentía los brazos y las piernas como si fueran de algodón mojado. Unos minutos después, alcanzaron la carreta de cola y Borric logró subirse a la parte de atrás mientras Ghuda se montaba junto al conductor y Suli echaba a correr hacia el carro del cocinero.

El príncipe dejó escapar un largo suspiro; después echó una buena ojeada al hombre al que había salvado de los tres jinetes. El isalani tenía poco que ver: era un hombrecillo patizambo con las facciones de un buitre. Su cabeza, rechoncha y algo asimétrica, era casi cuadrada y parecía extrañamente sujeta a un cuello larguirucho, lo que le daba un aspecto cómico. Alrededor de la base de la cabeza y por encima de las orejas le brotaban unas greñas desordenadas, que demostraban que apenas tenía que ayudar a la naturaleza en sus deberes depilatorios. Sus ojos eran estrechas ranuras mientras sonreía a Borric, y su piel era de un tono dorado, un color que Borric solo había visto un par de veces en algunos ciudadanos de LaMut que eran de ascendencia tsurani. Con una nota alegre en su voz grave, el isalani dijo:

—¿Quieres una naranja?

Borric asintió con la cabeza y el hombrecillo de extraño aspecto sacó una naranja de la mochila que con tanto empeño había agarrado durante su encuentro con los tres jinetes. Borric la peló, separó un gajo y sorbió el zumo dulce mientras el isalani le daba otra a Ghuda. El veterano guardia dijo:

—¿Qué es lo que pasaba ahí atrás?

El hombrecillo se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—Creen que hice trampas jugando a las cartas. Estaban muy enfadados.

—¿Y las hiciste? —preguntó Borric.

—Puede ser, pero eso poco importa. Ellos me engañaron a mí.

Borric asintió como si todo aquello tuviera sentido.

—Me llaman Loco.

La sonrisa se hizo más amplia.

—A mí también, a veces. Otras veces me llaman Nakor *el Jinete Azul*.

—¿El Jinete Azul? —preguntó Ghuda.

El isalani asintió enfáticamente con la cabeza y dijo a continuación:

—A veces he alcanzado fama por cabalgar a lomos de un hermoso corcel negro de impresionante donaire, vestido con ropas del más fino tejido teñidas de un vivo azul. En algunos lugares soy muy famoso.

—Pero este no es uno de ellos —dijo Ghuda.

—¡Ay, no! Aquí soy relativamente desconocido. Sin embargo, en esas ocasiones en las que tengo mis ropajes azules y mi hermoso corcel, cobro fama rápidamente allá

por donde paso, pues hay pocos que puedan rivalizar con mi apostura.

Borric miró su descolorido sayo anaranjado y dijo:

—Supongo que esta no es una de esas ocasiones.

—De nuevo he de decir ¡ay, no!, pues así es. Mi caballo murió, lo cual hace que cabalgar sobre él sea hartamente difícil, y la capa me la ganó un hombre que hacía trampas con los naipes mejor que yo.

Borric se rió al fin.

—Bueno, al menos eres un tramposo más sincero que los que suelo encontrarme.

Nakor también se rió.

—Yo solo engaño a quienes tratan de engañarme. Con quienes son honestos conmigo, juego honestamente. Lo difícil, por lo general, suele ser encontrar hombres honestos.

Borric asintió con la cabeza, divertido por aquel extraño hombrecillo.

—¿Y con cuántos hombres honestos has tratado últimamente?

Nakor se encogió exageradamente de hombros al tiempo que balanceaba un poco la cabeza.

—Con ninguno, de momento. Pero todavía tengo esperanzas de encontrar uno algún día.

Borric meneó la cabeza y se rió de aquel lunático, y de sí mismo por haberse tomado la molestia de salvarlo.

* * *

Al acercarse la noche, las carretas se reunían en torno al fuego, una costumbre tan antigua como las caravanas. Janos Sabér le había dicho a Borric sin ambages lo que pensaba de los guardias que se metían en asuntos que no les concernían, y había preguntado a Ghuda por qué había cometido la estupidez de ir tras él. Al chico lo perdonaba, pues era todavía un niño y de los niños cabía esperar que hicieran cosas absurdas.

Por alguna razón, no parecía preocuparle lo más mínimo que el isalani se hubiera unido a la caravana sin pedir permiso. Borric estaba seguro de que el pintoresco hombrecillo había hechizado al jeíe de la caravana, por lo común tan severo, pero eso significaba que poseía algún tipo de poder mágico. A menos que fuera un tramposo tan hábil que hubiera logrado engañar a Sabér mientras iba sentado en la parte de atrás de una carreta en movimiento, cinco vehículos más atrás que su víctima. Borric creía que ni siquiera su tío Jimmy podía preciarse de ser tan bueno.

Al pensar en James, lo asaltó de nuevo la frustración por hallarse en aquel estado. ¿Cómo iba a llegar sano y salvo al palacio de la emperatriz y a avisar a James de que estaba vivo? Lo que había averiguado en casa del gobernador de Durbin demostraba

que había hombres importantes, situados muy arriba en la corte imperial, implicados en aquel complot contra su vida. Y estaba seguro de que, cuanto más se acercara al palacio, más difícil le sería llegar a él.

Recostado junto al fuego, decidió meditar sobre ellos mientras viajaban. Todavía quedaba mucho camino entre el lugar donde se hallaba y las puertas del palacio. Al calor del atardecer, tras una comida caliente, se adormiló hasta que Ghuda fue a despertarlo de un puntapié.

—Tu ronda, Loco.

Borric se levantó y, con las quejas y los juramentos propios de tales hombres en situaciones similares a lo largo de la historia, asumió su puesto junto a otros dos guardias, separados cada uno de ellos por un tercio de la longitud del perímetro.

* * *

—¡Jeeloge! —exclamó Ghuda.

Borric se incorporó apoyándose en un brazo, se asomó entre Ghuda y el conductor de la carreta y miró hacia donde señalaba su amigo. Por ser el guardia de refuerzo de aquel extremo de la caravana, podía ingeniárselas para tumbarse sobre las balas de seda importada de Las Ciudades Libres y dormir al sol de la tarde. Un pueblo apareció en el horizonte cuando coronaron una colina. Parecía ser de buen tamaño. En el reino, incluso podría haber pasado por una ciudad pequeña, pero Borric había descubierto hacía tiempo que, comparado con Kesh, el reino estaba poco poblado. El príncipe volvió a echarse a dormir. Harían noche en Jeeloge antes de seguir hacia Kesh, y los guardias y los conductores de la caravana planeaban pasar una noche de juerga, jugando en el pueblo.

El día anterior habían rodeado la margen septentrional de las Guardianas, las montañas que bordeaban la Sima de Overn por el oeste. Seguían ahora el curso del río Sarné hacia la ciudad de Kesh. Aldeas y granjas salpicaban el paisaje. Borric entendía ahora por qué la de guardia de caravana en el interior de Kesh se consideraba una profesión de poco riesgo. Tan cerca de la capital del imperio, todo tendía a estar tranquilo.

—Me pregunto qué andarán haciendo esos —dijo Ghuda.

Borric levantó la mirada y vio que una compañía de hombres a caballo había montado un puesto de inspección a las afueras de la ciudad. Se movió hacia la derecha para hablar a Ghuda al oído sin que el conductor le oyera y susurró:

—Puede que me estén buscando a mí.

Ghuda se volvió hacia el joven. Sus ojos casi ardían de cólera cuando dijo:

—Qué interesante. ¿Tienes alguna otra noticia agradable que darme antes de que me lleven ante un tribunal del imperio? —El tono airado de su voz atravesaba su

murmullo—. ¿Qué has hecho?

—Dicen que maté a la esposa del gobernador de Durbin —susurró Borric.

La única reacción de Ghuda consistió en cerrar los ojos un momento y apretarse el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—¿Por qué yo? ¿Qué he hecho para molestar así a los dioses? —Mirando a Borric directamente a los ojos, añadió—: ¿Y la mataste, Loco?

—No, claro que no.

Los ojos entornados de Ghuda escudriñaron los suyos un momento. Luego dijo:

—Claro que no. —Exhaló un profundo suspiro y agregó—: En último extremo podríamos hacernos pasar por una banda de bandidos desarrapados, pero esos imperiales nos atarían como a un ave de caza lista para la mesa en menos que canta un gallo. ¿Sabes qué te digo? Si te preguntan, eres mi primo de Odoskoni.

—¿Dónde está Odoskoni? —preguntó Borric mientras los carros iban acercándose a los hombres a caballo.

—Es un pueblecito en los picos de la Tranquilidad. La ciudad más cercana es Kampari. Hay que recorrer cien millas por las Estribaciones Verdes para llegar allí, así que muy pocos van. Es poco probable que alguno de esos muchachos se haya acercado a menos de un año de marcha del pueblo.

La primera carreta aminoró la marcha y luego se detuvo y, para cuando las demás se pararon, Borric, Ghuda y los otros guardias habían saltado ya de sus respectivos carros y se habían apostado detrás del jefe de la caravana, como cabía esperar por si aquellos guardias no eran tales. Pero por el modo en que el oficial se acercó a Janos Sabér, era evidente que se trataba, en efecto, de un destacamento imperial. Aquel oficial esperaba ser obedecido al instante. Todos los hombres de la compañía lucían una espléndida túnica de seda roja y un casco metálico con una tira de piel alrededor de la base. La de aquella compañía era piel de leopardo. Llevaban una lanza y una espada al costado, y un arco colgado tras la silla de montar. Borric estuvo de acuerdo con Ghuda. Los hombres de la compañía parecían soldados veteranos.

—¿Es que en Kesh no hay soldados novatos? —preguntó a Ghuda, susurrándole al oído.

—Muchos, Loco. Los cementerios están llenos de ellos —respondió Ghuda en voz baja.

El oficial se dirigió a Sabér.

—Estamos buscando a un par de esclavos huidos de Durbin. Un joven de unos veinte años y un chico de once o doce.

Janos dijo:

—Señor, todos mis hombres son guardias de caravana y conductores. A todos los conozco o me han sido recomendados por personas a quienes conozco, y el único chico que llevamos es el pinche de cocina.

El oficial asintió con la cabeza, como si cuanto dijera el jefe de la caravana tuviera poca importancia. Ghuda se acarició la barbilla como si pensara, pero en

realidad se ocultaba la boca para susurrar a Borric:

—Es curioso que estén registrando carretas aquí. ¿Por qué querría un esclavo huido de Durbin ir al corazón del imperio, en lugar de huir de él?

Si Janos relacionó a Borric y Suli con la pareja a la que buscaban los guardias, no dijo nada. Un guardia se acercó a Borric y Ghuda. Echó un rápido vistazo a Ghuda, pero se detuvo a inspeccionar a Borric.

—¿De dónde eres? —le preguntó. Hizo la pregunta como si se sintiera obligado a cumplir con el expediente pues, ignorante de la verdad, daba por sentado que buscaban a un esclavo huido. Y le parecía muy improbable que un esclavo permaneciera tranquilamente ante él, armado y con coraza. Pero el deber exigía que preguntara.

—De aquí y de allá —contestó Borric—. Nací en Odoskoni.

Algo en su modo de hablar o en su porte despertó el interés del guardia.

—Tienes un acento extraño.

Borric contestó sin perder un instante:

—Tú acento también me suena extranjero, soldado. Todos los de mi pueblo hablan como yo.

—Tienes los ojos verdes.

De pronto, el guardia le quitó el sombrero, dejando al descubierto su pelo teñido de negro.

—¡Eh! —protestó Borric. Suli y él habían usado lo que quedaba del tinte hacía un par de días, y Borric confiaba en que las raíces rojas de su pelo no fueran lo bastante largas para delatarlo.

—¡Capitán! —gritó el soldado—. ¡Este encaja con la descripción!

Borric pensó entonces que, aunque quienes intentaban matarlo sabían que tenía el pelo rojo, la descripción del esclavo huido se habría alterado para encajar con la dada por los marineros que les habían perseguido desde el puerto. *Qué tonto he sido*, se dijo. *Debería haber buscado otro tinte*.

El capitán se acercó despacio para inspeccionar a Borric.

—¿Tu nombre? —dijo.

—Todos me llaman Loco —contestó Borric.

El capitán levantó una ceja y añadió:

—Qué raro. ¿Y eso por qué?

—Muy pocos se van de mi aldea y, antes de que yo me fuera, se me conocía por hacer...

—Locuras —concluyó Ghuda—. Es mi primo.

—Tienes los ojos verdes —dijo el capitán.

—También los tiene verdes su madre —respondió Ghuda.

El capitán se volvió para mirarlo.

—¿Siempre contestas por él?

—Siempre que puedo, señor. Como te decía, hace locuras. La gente de Odoskoni

no lo llama Loco cariñosamente. —Comenzó a hacer muecas, imitando a un hombre de pocas luces, bizqueando y sacando la lengua por la comisura de la boca.

Otro guardia se acercó, tirando del brazo de Suli.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo el capitán.

—Es el pinche de cocina —contestó Janos.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó el capitán.

—Suli de Odoskoni —contestó Ghuda.

El capitán se volvió.

—¡Silencio!

—Es mi hermano —dijo Borric.

El capitán lo abofeteó con el revés de la mano enguantada. A Borric se le saltaron las lágrimas, pero logró refrenarse, pese a su repentino impulso de ensartar con su espada al capitán de los guardias imperiales de Kesh.

El capitán agarró a Suli por la barbilla y lo miró con atención.

—Tienes los ojos oscuros.

—Mi... mi madre los tenía oscuros —tartamudeó el muchacho.

El capitán miró a Ghuda con dureza.

—Creía que habías dicho que su madre los tenía verdes.

Sin perder un instante, Ghuda contestó:

—No, verdes los tenía la madre de él —dijo señalando a Borric. Luego señaló a Suli y añadió—: La de él los tenía oscuros. Distintas madres, el mismo padre.

Otro guardia se acercó y dijo:

—Nadie más encaja con la descripción, señor.

El soldado que sujetaba a Suli preguntó:

—¿Quién es tu padre? —Suli miró a Borric, pero el soldado dijo—: ¡Contéstame!

—Suli de Odoskoni —chilló el muchacho—. Me pusieron su nombre.

El capitán golpeó al soldado.

—¡Idiota! —Señaló a Borric—. El otro ha oído el nombre.

—Capitán —dijo Borric—, llévese al chico y pregúntele el nombre de nuestro otro hermano.

El capitán ordenó que así lo hicieran mientras Borric susurraba a Ghuda:

—Va a detenernos.

—Entonces, ¿a qué viene esta tontería? —preguntó Ghuda en voz baja.

—A que nos matará en cuanto esté seguro de que tiene a la pareja adecuada.

—¿Tienen orden de mataros en el acto? —siseó Ghuda.

Borric asintió con la cabeza mientras el capitán se acercaba a ellos.

—Bueno, ¿quién es ese presunto hermano de estos dos mentirosos?

—Tenemos un hermano, Rasta, que es un borrachín —contestó Borric, rezando en silencio por que el chico se acordara del diálogo improvisado que habían mantenido justo antes de encontrarse con Salaya en Durbin.

Un momento después el soldado volvió y dijo:

—El chico dice que tienen un hermano mayor que se llama Rasta y es un borrachín.

Borric sintió ganas de besar al muchacho, pero logró refrenar su sonrisa. El capitán dijo:

—Hay algo en vosotros dos que no me gusta. —Miró hacia donde Janos Sabér esperaba—. Tú y el resto de tus hombres podéis seguir, pero a estos dos me los llevo bajo arresto. —Miró luego a Ghuda y añadió—: Traed a este también.

—Estupendo —dijo Ghuda mientras los guardias lo desarmaban y empezaban a atarle las muñecas. A Borric y a Suli también los ataron después de quitarles todas las armas, y al poco rato los tres cautivos, conducidos por traillas, trotaban tras los caballos lo mejor que podían.

* * *

El alguacil del pueblo de Jeeloge tenía una oficina en la que había un remedo de celda; esta se usaba, sobre todo, para encerrar a los campesinos y pastores pependencieros a los que se arrestaba por montar bronca. Ahora eran el capitán imperial y sus hombres quienes la usaban, para fastidio del alguacil. Era este un soldado retirado, con la barba cana y una barriga que le colgaba por encima del cinturón, poco dado a meterse en peleas. Había aceptado enseguida la exigencia del capitán de que se ausentara de allí.

Borric había oído al capitán dar instrucciones a su sargento para que enviara un correo a caballo lo antes posible a la ciudad de Kesh, preguntando qué debía hacer con los tres prisioneros. Borric solo entendió parte de la conversación, pero era evidente que las órdenes procedían de un alto mando del ejército y que se habían tomado ciertas precauciones para impedir que su búsqueda exhaustiva llamara la atención más de lo debido. Eso era lo que tenía Kesh, pensó Borric. Era una nación con tanta gente haciendo tantas cosas que una operación como aquella podía prolongarse durante mucho tiempo sin que quizá más de un ciudadano de cada cien tuviera noticia de ella. El día había pasado y la noche se hacía larga. Una hora antes, Suli se había quedado dormido. La esperanza de la cena se había desvanecido junto con el alguacil. A la guardia imperial parecía importarle muy poco algo tan trivial como el hambre de los prisioneros.

—¡Hola! —exclamó una voz alegre desde la ventana. Suli se despertó sobresaltado.

Todos miraron hacia arriba y vieron una cara sonriente en el ventanuco que había en lo alto de la celda que ocupaban.

—¡Nakor! —susurró Borric.

Indicó a Ghuda que lo aupara y, apoyándose en sus hombros, se agarró a los

barrotes de la ventana.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He pensado que quizá quisieras otra naranja —dijo el hombrecillo sonriente—. En la cárcel la comida nunca es buena.

Borric se limitó a asentir tontamente cuando el hombrecillo le dio una naranja a través de los barrotes. El príncipe se la arrojó a Suli, que la mordió con ansia y escupió la cáscara.

—Sobre eso tendremos que aceptar tu palabra —dijo el príncipe—. No se han molestado en darnos de comer.

Luego, de pronto, añadió:

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

La ventana estaba a dos metros y medio del suelo, y el hombrecillo no parecía colgarse de los barrotes.

—Eso no importa. ¿Queréis salir?

Ghuda, que empezaba a tambalearse un poco bajo el peso de Borric, dijo:

—Esa es una de las preguntas más tontas que haya hecho un mortal en los últimos mil años. ¡Claro que queremos salir!

El isalani sonrió ampliamente y dijo:

—Entonces, poneos en ese rincón y tapaos los ojos.

Borric se bajó de un salto de los hombros de Ghuda. Se acercaron al rincón y se taparon los ojos. Pasó un momento en silencio, sin que nada ocurriera. Luego, de pronto, Borric notó un golpe, como si una mano enorme lo hubiera empujado contra la pared, y una explosión lo ensordeció. Hizo una mueca y abrió los ojos. En la pared había ahora una brecha. La celda del alguacil estaba llena de fino polvillo y olor a azufre. Varios guardias se agarraban a lo que podían, mientras otros yacían por el suelo, cegados por lo que había abierto la pared, fuera lo que fuese.

Nakor estaba de pie junto a cuatro caballos, todos ellos con sillas adornadas con el escudo imperial.

—No van a necesitarlos, estoy seguro —dijo, dándole las riendas a Borric.

—Amo, yo no sé montar —dijo Suli, asustado.

Ghuda cogió al chico y lo montó en la silla del animal más cercano.

—Pues te conviene aprender deprisa. Si ves que vas a caerte, agárrate a la crin y no te caigas.

Borric ya había montado sobre su silla.

—Saldrán detrás de nosotros dentro de un momento —dijo—. Tenemos que...

—No —dijo Nakor—. He cortado todas las bridas y las cinchas de sus sillas. — Sacó, como de la nada, un cuchillo de aspecto temible para ilustrar lo que quería decir—. Pero aun así lo más sensato sería darse prisa, no vaya a ser que vengan otros, alertados por el ruido.

Nadie puso objeciones a aquello y partieron al galope, aunque Suli se aferraba al caballo como si de ello dependiera su vida. Cuando habían recorrido un trecho del

camino, Borric desmontó y le ajustó las correas de los estribos. El caballo del chico, lleno de resabios, notaba que su jinete era un novato. Borric solo podía esperar que Suli sobreviviera las veces que se cayera durante su apresurada huida.

Cuando abandonaban el pueblo de Jeeloge, que empezaba a despertar, Borric dijo a Nakor:

—¿Qué ha sido eso?

—Oh, un pequeño truco de magia que aprendí por el camino —contestó el risueño isalani.

Ghuda hizo una seña para espantar la mala suerte y dijo:

—¿Eres mago?

Nakor se rió.

—Claro. ¿Acaso no sabéis que todos los isalanis somos capaces de realizar mágicas hazañas?

Borric dijo:

—¿Es así como pudiste llegar a la ventana? ¿Flotabas usando la magia?

Nakor se rió aún más.

—No, Loco. ¡Estaba subido a la grupa del caballo!

Aliviado y feliz por su huida, Borric espoleó a su caballo y el animal partió al galope. Un momento después, oyó a los otros tras él. Pero un grito y un golpe seco les avisaron de que Suli había caído al suelo.

Dándose la vuelta para ver si el chico estaba herido, Borric dijo:

—Puede que esta sea la huida más lenta de la historia.



Jubileo



Erland guardaba silencio.

Por más que lo intentaba, no lograba asimilar la magnitud de lo que veía: el escenario de las ceremonias del primer día del septuagésimo quinto jubileo de la emperatriz. Durante siglos, los mejores ingenieros de Kesh lo habían reformado, extendido y ampliado, hasta convertirlo en el edificio más impresionante que Erland había contemplado nunca. Era un anfiteatro de dimensiones gigantescas, excavado en una ladera de la meseta sobre la que descansaba la ciudad alta, el palacio imperial, construido a base de la destreza de los artesanos, el sudor de los albañiles y la sangre de los esclavos, tan vasto que podía albergar fácilmente a cincuenta mil personas, más población de la que tenían juntas Krongor y Rillanon.

Erland indicó a sus acompañantes que caminaran a su lado; quedaba todavía casi una hora para que comenzara su papel en el drama ceremonial de la corte. Kafi Abu Harez, su guía sempiterno, permanecía a su lado para contestar a sus preguntas.

Finalmente, Erland dijo:

—Kafi, ¿cuánto tiempo se tardó en construir esto?

—Siglos, alteza —contestó el hombre del desierto. Señaló a lo lejos, a un lugar situado junto a la base de la gigantesca cuña arrancada a la meseta—. Allí, cerca del borde de la ciudad baja, en tiempos pasados, un emperador de Kesh, Sujinrani Kanafi, llamado el Benevolente, llegó a la conclusión de que la prohibición que impedía que quienes no eran de sangre pura pasaran la noche en la meseta hacía imposible que sus súbditos asistieran a algunas funciones necesarias para el imperio, particularmente a las ceremonias destinadas a ensalzar su benevolencia, así como a las ejecuciones públicas de los traidores. Tenía la impresión de que el escarmiento pasaba inadvertido para muchos, que se beneficiarían de él si lo veían con sus propios ojos.

»Así que decretó que todo lo que formaba parte de la meseta, incluida su zona más baja, formaba, en efecto, parte de la ciudad superior. Hizo luego que se construyera allá abajo un pequeño anfiteatro, unos cuatro metros por encima de donde está ahora. —Con un leve ademán, Kafi ilustró su siguiente comentario—. Se excavó entonces un tajo en la roca para poder celebrar la corte a la vista de aquellos a los que no se permitía subir a la ciudad superior.

—Y se ha ampliado varias veces desde entonces —dijo Locklear.

—Sí —repuso Kafi—. Solo la entrada se ha agrandado en cinco ocasiones. El palco imperial ha cambiado de sitio tres veces. —Señaló la extensa zona cubierta por un gigantesco dosel de fina seda, en el centro de la inmensa media luna de roca sobre la que caminaban Erland y su séquito. Kafi detuvo al príncipe tocándole ligeramente el brazo y señaló la zona privada desde donde la emperatriz contemplaba los espectáculos—. Desde ahí, La que es Kesh, colmada sea de bendiciones, verá el festival. Su trono de oro se sitúa sobre una pequeña tarima, alrededor de la cual descansan cómodamente su familia y sus sirvientes, y los de sangre real. Solo las personas de más alto rango en el imperio tienen permitido el acceso a esa zona. Entrar sin un salvoconducto imperial equivale a la muerte. Los guardias izmalis de su majestad ocupan todas las entradas.

Mientras se alejaban del palco imperial, señaló una fila de palcos, cada uno de ellos ligeramente por debajo del anterior.

—Los más cercanos a su majestad son los de más alta cuna del imperio, los que componen la Galería de Amos y Señores. —Señaló el nivel sobre el que caminaban.

—Solo en este nivel cabrían cinco o seis mil personas, Kafi.

El hombre del desierto asintió.

—Puede que más. Este nivel llega hasta abajo y abraza la planta inferior, como brazos que rodearan un cuerpo. En su extremo estaremos treinta metros por debajo del trono de la emperatriz. Vamos, permitidme enseñaros más.

El hombre del desierto, ataviado para las ceremonias con ropas del azul más oscuro y el blanco más deslumbrante, los condujo hasta una barandilla que daba sobre otro nivel. Mientras avanzaban, los nobles que precederían al séquito de Erland en la presentación ante la emperatriz pasaban a su lado apresuradamente. Muy pocos se detenían un instante para saludar al príncipe del reino de las Islas con una leve inclinación de cabeza. Erland se fijó en la media docena de túneles que se abrían al ancho pasillo de detrás de los palcos.

—Todos esos túneles no parten solo del palacio, ¿verdad?

Kafi asintió.

—Pues sí.

Erland dijo:

—Yo creía que la seguridad de la emperatriz se impondría a la conveniencia de los nobles que tienen que bajar aquí una o dos veces al año. Esos túneles son una invitación para cualquier invasor que intente entrar en palacio.

Kafi se encogió de hombros.

—Eso es superfluo, mi joven amigo. Porque has de entender que, para que un invasor amenace los túneles, primero debe apoderarse de la ciudad inferior y, si así fuera, el imperio ya estaría perdido. Porque, si la ciudad inferior cayera en manos de un enemigo, el poder de Kesh se habría convertido ya en polvo. Este es el corazón del imperio, y cien mil soldados keshianos tendrían que morir antes de que un invasor atisbara siquiera la ciudad. ¿Comprendes?

Erland se quedó pensando. Luego asintió con la cabeza.

—Supongo que tienes razón. Nosotros somos una nación nacida sobre una isla, en un mar surcado por una docena de pueblos más, así que vemos las cosas de distinta manera.

—Entiendo —dijo Kafi. Señaló la zona entre los palcos escalonados y el suelo del anfiteatro. La roca de la meseta, cortada y labrada en semicírculos decrecientes y concéntricos, formaba allí un graderío. Una docena de escaleras subían desde el suelo hasta debajo de los palcos, llenas ya hasta los topes de ciudadanos vestidos de múltiples colores—. Ahí es donde se sientan los nobles menores, los maestros de los gremios y los mercaderes influyentes de la ciudad, sobre cojines y en la roca desnuda, todo alrededor. El centro se deja despejado para los que son presentados a la emperatriz.

»Tu séquito y tú —prosiguió Kafi—, alteza, entraréis por aquí, después que los nobles de Kesh y antes que los plebeyos, como los embajadores de todas las naciones. La emperatriz os ha concedido el honor de situar a vuestra delegación delante de todas las demás, lo que equivale a reconocer que, en Midkemia, el reino de las Islas solo cede en majestad ante el imperio de Kesh la Grande.

Erland lanzó a James una mirada irónica al oír aquel comentario despreocupado, pero se limitó a decir:

—Agradecemos a su majestad la gracia que nos hace.

Si Kafi advirtió el sarcasmo, lo disimuló bien. Siguió caminando como si aquel comentario poco diplomático no hubiera tenido lugar y añadió:

—Al pueblo de Kesh se le permite presenciar las festividades desde enfrente de la entrada, desde encima de los tejados y desde otros puntos elevados.

Erland contempló la ciudad inferior, donde una hilera de soldados contenía a miles de plebeyos. Más allá de la calle que cruzaba ante el anfiteatro, la gente se agolpaba en los tejados de los edificios y en cada ventana que ofreciera un punto de observación ventajoso. Ver tanta gente apiñada en un solo sitio le pareció sobrecogedor.

Gamina, que hasta entonces había caminado en silencio junto a su marido, dijo:

—Dudo que vean mucho.

Kafi sacudió la cabeza.

—Puede ser. Claro que, antes del reinado de Sujinrani Kanafi, no veían nada.

—Mi señor Abu Harez —dijo Locklear—, antes de que continuemos, ¿podríamos

revisar el discurso que mi príncipe ha preparado para este día, para que no ofendamos a nadie inadvertidamente?

Kafi comprendió que intentaban alejarlo de allí, pero, como no había razón para negarse, acompañó a Locklear, dejando a James, Gamina y Erland relativamente solos. Varios sirvientes keshianos merodeaban por allí, ocupándose de los muchos pormenores de la ceremonia. *Algunos de ellos eran sin duda agentes imperiales*, pensó Erland al mirar a James.

—¿Qué ocurre?

James se volvió y se apoyó en la barandilla de mármol de la galería, como si contemplara el vasto anfiteatro.

—¿Gamina? —dijo suavemente.

Gamina cerró los ojos. Un instante después, su voz penetró en la mente de Erland. *Estamos siendo observados.*

Erland tuvo que hacer un esfuerzo por no mirar a su alrededor. *Eso ya lo esperábamos*, contestó.

No, mediante artes mágicas.

Erland se obligó a no maldecir. *¿Nos oyen hablar así?*

No lo sé, contestó ella. *Mi padre podría, pero hay pocos con sus poderes. Creo que no.*

James dijo en voz alta:

—Espectacular, ¿no? —Al mismo tiempo añadió mentalmente: *Voy a dar por sentado que no pueden, o que de lo contrario lo percibirías. Y no creo que vayan a relajar su vigilancia de momento, así que espero que no nos equivoquemos.*

Sí, dijo Gamina. *No sentí la magia hasta que fui en su busca. Es muy sutil. Y buena. Creo que quienquiera que la esté usando puede oírlo que decimos y quizá incluso verlo que hacemos. Pero creo que, si pudiera leer nuestros pensamientos, me daría cuenta.*

Cerró los ojos un momento, como si estuviera mareada por el calor. James la sujetó un instante. *No creo que sea una mente, o habría percibido su voluntad.*

¿Qué> quieres decir?, preguntó Erland.

Creo que nos vigila un ingenio. Tal vez un cristal o un espejo. Mi padre ha usado varios en sus estudios, a lo largo de los años. Si es así, es seguro que nos ven, y o bien alguien con mucha experiencia lee en nuestros labios, o bien nos oyen hablar en voz alta. Pero nuestros pensamientos están a salvo, estoy segura.

Bien, dijo James. *Por fin he tenido noticias de nuestros agentes aquí abajo. Pasaron un infierno para ponerse en contacto conmigo.*

—Me pregunto cuánto tiempo se supone que tendremos que estar de pie en la ceremonia —dijo Gamina distraídamente.

—Horas, sin duda —comentó James. Dirigiéndose a Erland dijo—: Nos hemos metido en un polvorín a punto de estallar. Nuestros agentes han llegado a la conclusión de que hay en marcha un complot para derrocar a la emperatriz.

—Espero mantenerme despierto. —respondió el príncipe fingiendo un bostezo. Mentalmente añadió: *¿Qué tiene eso que ver con lanzar a Kesh y al reino a una guerra?*

Si lo supiéramos, tendríamos una idea más aproximada de quién intenta poner en marcha la revuelta. Todo esto me da mala espina, Erland.

¿Por qué?

Además de los peligros obvios, esta tarde habrá en la ciudad un montón de soldados. Los dignatarios de todos los estados súbditos del imperio traerán compañías de guardias de honor. Durante los próximos dos meses, habrá dentro de los muros de Kesh miles de soldados no sometidos al mando directo de la emperatriz.

Qué encantador, respondió Erland.

—Bueno, quizá debemos descansar antes de que empiece este calvario.

—Sí —afirmó James—, sería lo mejor, creo.

Gamina les dijo mentalmente a ambos: *¿Qué debemos hacer, James?*

Esperar. Es lo único que podemos hacer, contestó él. *Y permanecer alerta.*

Kafí regresa, les advirtió Gamina.

—Alteza —dijo el hombre del desierto—, tus comentarios serán doblemente apreciados por su sinceridad y su brevedad. Tras las ceremonias de hoy me temo que comprenderéis que la economía discursiva no es un rasgo del imperio.

Erland se disponía a responder cuando Kafí añadió:

—¡Mirad! Ya comienza.

Un hombre alto, viejo pero todavía musculoso, entró en el palco imperial y se acercó a su borde. Iba vestido como todos los keshianos de sangre pura, con falda y sandalias, pero llevaba también un collar de oro macizo, que según los cálculos de Erland debía de pesar tanto como una coraza de cuero enteriza. Portaba lo que parecía ser un cayado de madera cubierto con pan de oro, con un extraño motivo dorado en la parte superior. Un halcón encaramado a un disco de oro.

Kafí dijo en un susurro, aunque a Erland le parecía imposible que alguien les oyera:

—El halcón de Kesh, la insignia real. Solo se muestra públicamente en las festividades más importantes. Para los keshianos de sangre pura, el halcón que sujeta entre sus garras el orbe del sol es sagrado.

El anciano levantó el cayado y golpeó con él la piedra, y Erland se sobresaltó al oír el ruido que hacía.

—¡Oh, Kesh, la más grande de las naciones, escúchame! —exclamó el anciano.

El anfiteatro tenía una acústica perfecta. Incluso los situados al otro lado del bulevar, sobre los tejados de los edificios, pudieron oír perfectamente al anciano cuando la algarabía de la multitud fue apagándose hasta convertirse en un murmullo.

—¡Ella ha venido! ¡Ella ha venido! ¡La que es Kesh ha venido y honra vuestras vidas con su presencia! —En ese instante cientos de keshianos de sangre pura comenzaron a entrar en el palco imperial formando una lenta procesión—. ¡Ella

camina y las estrellas se rinden ante su esplendor, porque ella es el corazón de la gloria! ¡Ella habla y los pájaros cesan en sus cantos, porque sus palabras son sabiduría! ¡Ella medita y los sabios lloran, porque su conocimiento no admite duda! ¡Ella juzga y el culpable se desespera, porque su mirada traspasa el alma de los hombres! —La enumeración de los prodigiosos atributos de la emperatriz continuó de este modo mientras en el palco real seguían entrando keshianos de sangre pura de todas las edades y rangos.

Erland creía haber conocido a muchos de los personajes más importantes del imperio, pero solo en el séquito imperial las personas a las que no conocía se contaban por docenas. Y el único con el que había hablado en más de una ocasión era lord Nirome, aquel noble recio y cómico sin pretenderlo que había salido a recibirles a la entrada de la ciudad alta como ayuda de campo del príncipe Awari. Le sorprendió descubrir que Nirome estaba emparentado con la familia real. Luego, pensándolo bien, le pareció que aquello explicaba razonablemente que un hombre tan torpe ocupara un puesto tan alto en el Gobierno. Los hombres y mujeres de sangre real siguieron entrando en el palco y ocupando sus puestos, mientras el maestro de ceremonias seguía cantando las virtudes de la emperatriz. *Impresionante*, pensó Erland, intentando establecer contacto con Gamina.

La mujer de James tocó ligeramente su brazo y contestó: *Sí. James piensa lo mismo.*

—Kafi —dijo Erland.

—¿Alteza?

—¿Se nos permitiría quedarnos aquí un rato?

—Siempre y cuando hagáis vuestra entrada a tiempo, no veo por qué no, alteza.

—Bien —dijo Erland, sonriendo al hombre del desierto—. ¿Contestarás a unas preguntas?

—Si puedo... —respondió Kafi.

Y tú podrías intervenir con lo que sabes, James, añadió Erland.

Gamina pasó el mensaje, pues James asintió ligeramente con la cabeza.

—¿Cómo es que hay tanta gente en el palco imperial y sin embargo aún no he visto a ninguno de los grandes amos y señores?

Kafi respondió:

—Solo los parientes consanguíneos de la emperatriz pueden acompañarla en el palco imperial, además de los sirvientes y la guardia, naturalmente.

—Naturalmente —repuso Erland.

Lo que significa que hay al menos cien personas con derecho legítimo y reconocido al trono, añadió James.

Siempre y cuando muera la gente adecuada en el orden preciso, dijo Erland con sorna.

Eso es, repuso James.

Cuando acabaron de entrar los familiares de la emperatriz, sonó la primera nota

discordante: de pronto aparecieron unos guerreros vestidos de negro. Llevaban turbantes negros que cubrían sus caras, dejando únicamente los ojos a la vista. Sus largas túnicas flotantes parecían pensadas para facilitar el movimiento de los cuerpos, y cada uno de ellos llevaba la funda negra de una cimitarra colgada al cinto. Erland había oído hablar de ellos: eran los guardias izmalis, los casi legendarios *Guerreros Sombra* de Kesh. Las historias que circulaban sobre ellos habían crecido hasta convertirlos en figuras casi sobrenaturales. Solo los más altos dignatarios del imperio podían permitirse aquella guardia. Se les consideraba soberbios guerreros, además de espías de exquisita habilidad... y asesinos, si ello era necesario, según se rumoreaba.

James intentó aparentar indiferencia al decir:

—Mi señor Kafi, ¿no sería lo normal que la emperatriz estuviera rodeada por la Guardia Imperial?

—Se considera más prudente utilizar a los izmalis —respondió Kafi, entornando los ojos ligeramente pero sin cambiar de inflexión—. No tienen parangón.

Lo que significa, dijo James a Erland a través de Gamina, *que la emperatriz ya no puede confiar ni siquiera en su propia guardia.*

Cuando los izmalis estuvieron en su lugar, una docena de esclavos negros, con el cuerpo recubierto de aceite, entró llevando una litera sobre la que se hallaba recostada la emperatriz. Mientras entraba el séquito imperial, el anciano del cayado dorado no había dejado de entonar una larga introducción ritual, recitando las grandes hazañas logradas bajo Lakeisha, la emperatriz. De pronto, Erland creyó percibir un cambio de tensión y comenzó a escuchar aquella salmodia.

—...Aplastó la rebelión de Kesh la Menor —proclamó el anciano. Erland recordaba, de sus estudios de historia keshiana, que más o menos en la fecha de su nacimiento todas las naciones al sur de las dos grandes cordilleras que atravesaban el continente, el Cinturón de Kesh, fueron sometidas tras veinte años de insurrección triunfante. La autoproclamada Confederación keshiana había pagado muy cara su rebelión. Miles de personas fueron ejecutadas y, por las escasas noticias que llegaban al reino, se sabía que la represión no podía compararse con ningún acontecimiento de la historia de las Islas. Ciudades enteras habían sido quemadas y su población reducida a la esclavitud. Pueblos enteros, razas, lenguas y culturas habían dejado de existir, excepto entre los esclavos. Y por los murmullos airados que podían oírse entre la multitud, y no solo entre los plebeyos de la calle, sino también entre muchos pequeños nobles sentados en la parte inferior del anfiteatro, todavía había mala sangre entre aquellos pueblos sometidos y sus gobernantes.

Gamina palideció y Kafi se dio cuenta.

—¿Se encuentra mal mi señora?

Ella se agarró al brazo de James y se tambaleó un instante. Sacudió la cabeza y dijo:

—Es el calor, mi señor. Si pudiera tomar un poco de agua...

Kafi se limitó a hacer una seña y al instante un criado apareció a su lado. Kafi le

dio instrucciones y un momento después el criado ofreció a Gamina una copa de agua fresca. Ella bebió a pequeños sorbos mientras hablaba para sus adentros con James, Locklear y Erland. *No estaba preparada para eso. Esa súbita oleada de odio y miedo. Hay muchos aquí que matarían de buen grado a la emperatriz. Y muchas, muchas de esas mentes airadas están en el palco imperial.*

James susurraba sonidos reconfortantes mientras daba palmaditas a su esposa en el brazo.

—Si crees que no vas a poder pasar todo el día aquí de pie, Gamina... —comentó Locklear.

—No, Locky, estoy bien. Solo necesito beber un poco más de agua, creo.

—Es lo más sensato —confirmó Kafi.

Erland fijó su atención en el siguiente grupo en hacer su entrada. El príncipe y las dos princesas de Kesh habían hecho acto de aparición tras su madre, y en ese momento estaban siendo anunciados los señores más poderosos del imperio.

Lord Jaka, comandante de los Aurigas Imperiales, hizo su entrada.

—¿Hasta qué punto son importantes los aurigas, Kafi? —preguntó Erland.

—No estoy seguro de entender a su alteza.

—Quiero decir que si su posición es solo cuestión de tradición o si de verdad constituyen el corazón del ejército. En el pasado, cuando nuestras naciones han tenido... diferencias, siempre nos hemos enfrentado a los temibles soldados perro.

Kafi se encogió de hombros.

—Los aurigas eran la vanguardia de los que aplastaron a la Confederación, alteza. Pero vuestras fronteras quedan muy al norte y los aurigas solo serían enviados tan lejos de la capital en caso de extrema necesidad.

Jaka es el hombre que puede hacer o deshacer cualquier intento de derrocar a la emperatriz, comentó James.

Erland asintió con la cabeza, como si meditara las palabras de Kafi. Dirigiéndose a Gamina, Locklear y James pensó: *parece muy íntegro, al menos a simple vista.*

Es un hombre importante, Erland, contestó James. *Ningún golpe de Estado triunfaría sin que él participara o fuera neutralizado.*

Kafi tocó a Erland en el brazo.

—Hablando de los soldados-perro, ahí está su señor: Sula Jafi Butar, príncipe regente de los ejércitos y gobernante hereditario de Kistan, Isan, Paji y los demás estados donde se reclutan nuestras tropas.

El hombre que entró en el palco era bastante anodino, de no ser porque parecía una versión de piel negra de un keshiano de sangre pura. Su atuendo era idéntico al de estos: falda blanca, sandalias y cabeza rasurada, pero su piel relucía como ébano al sol. La mayoría de sus acompañantes eran también negros, aunque algunos habrían podido pasar por keshianos de sangre pura para el ojo inexperto de Erland.

Erland miró a James, que contestó: *Es una incógnita, Erland. Parece abiertamente leal. Sus pueblos fueron los primeros en ser conquistados por sus*

vecinos, así que están entre las estirpes más antiguas de la nación. Solo los keshianos de sangre pura les aventajan. Aber Bukar, señor de los ejércitos, es el verdadero comandante, pero este hombre tiene mucha influencia entre los militares.

Kafi dijo:

—Quizá deberíamos empezar a bajar, príncipe Erland. Así no nos arriesgaremos a faltar a la cortesía.

—Por favor, tú primero —contestó Erland.

Un grupo de guardias rodeó a Erland y a sus compañeros, y el príncipe se sobresaltó un instante. No los había visto acercarse entre la multitud. No daban voces, ni les era preciso. La gente de la rampa de detrás de los palcos parecía sentir instintivamente su cercanía y se apartaba.

—En este estrato social —comentó James—, la gente parece estar muy atenta por si se acerca alguien de mayor rango.

—*Ma'lish*. —exclamó Kafi encogiéndose de hombros, hizo un gesto bajando las manos hacia fuera. Erland sabía que en *beni*, la lengua nativa de Kafi, aquello significaba «lo siento», pero en realidad quería decir «qué remedio». Era lo que el pueblo de lengua *beni* llamaba el *kismet* o destino, la voluntad de los dioses.

Erland oyó nombrar a lord Ravi y al mirar hacia atrás vio entrar a otro colorido grupo de hombres. Los que ocupaban las primeras filas lucían la cabeza afeitada, salvo por un mechón en la coronilla que llevaban peinado hacia arriba y erguido mediante cera o pomada. Atada con una tira de piel a aquel mechón, y entretejida con él, llevaban una mata de crines de caballo teñidas del mismo color que el pelo de quien la portaba. Los hombres iban cubiertos únicamente con un taparrabos y sus cuerpos aceitados relucían como si estuvieran húmedos. Su piel estaba tostada por el sol, pero parecía más clara que la de la mayoría de los keshianos, con un matiz rojizo. La mayoría tenía el pelo oscuro. Detrás de ellos iban hombres más jóvenes, que llevaban la cabellera larga, recogida hacia atrás imitando unas crines, pero con tirabuzones sueltos junto a las orejas. Vestían corazas de cuero de brillantes colores, muy abullonadas en la parte de arriba, de modo que parecían exageradamente anchos de hombros. Llevaban, por lo demás, únicamente unos taparrabos, en lugar de pantalones, y todos ellos calzaban botas de cuero flexible, atadas hasta la mitad de la pantorrilla.

Erland detuvo un momento a su séquito.

—¿Quiénes son, Kafi?

Kafi apenas logró ocultar su desprecio.

—Jinetes ashuntai, mi príncipe, lord Ravi es el señor de los hermanos del Caballo, una orden de caballería que desciende de los mejores guerreros de la nación de Ashunta. Se encuentran entre los pueblos más difíciles de... —Se dio cuenta de que había estado a punto de dejar escapar un juicio de valor y añadió—: Fueron conquistados con grandes dificultades, señor, y todavía se aferran con denuedo a su identidad nacional. Solo porque se les ha permitido llegar muy alto en la corte se

mantienen leales al imperio.

Y porque su ciudad-estado está en el lado equivocado del Cinturón de Kesh, añadió James con sorna. *Según nuestros informes, Aber Bukar, el general de la emperatriz, tuvo que amenazarles para que su caballería combatiera contra la rebelión confederada.*

—No veo ninguna mujer —afirmó Erland, mientras reanudaban su marcha hacia el fondo del anfiteatro—. ¿Se debe a alguna razón?

—Los ashuntai son un pueblo extraño —contestó Kafi—. Sus mujeres... —Miró a Gamina, como si no quisiera ofenderla— sus mujeres son consideradas bienes de propiedad privada. Las canjean, las compran y venden. Los ashuntai no las consideran humanas. —Si aquello le desagradaba, Kafi lo disimuló muy bien.

Erland no pudo resistirse a la oportunidad que se le ofrecía.

—¿Y no es cierto que tu pueblo también da poca libertad a las mujeres?

La piel morena de Kafi se coloreó al inundar la sangre sus mejillas.

—Eso parece, alteza, por las enseñanzas de nuestros antepasados. Pero también somos un pueblo que ha aprendido de sus vecinos, y ya no trocamos a nuestras hijas por camellos. —Miró por encima del hombro el palco donde se había acomodado el séquito de lord Ravi.

—Esos, en cambio, venden a sus hijas pequeñas y, si una mujer da problemas, son libres de hacer con ella lo que quieran, incluso matarla. Se les enseña a despreciar los sentimientos de ternura, y amar a una mujer es un síntoma de debilidad. Consideran necesario el deseo y la lujuria para engendrar hijos varones, pero el amor es... —Kafi se encogió de hombros—. Entre mi gente hay un dicho: «Hasta el hombre de más alta cuna no es más que un siervo en su alcoba». Muchos de nuestros mejores gobernantes buscaron consejo en los brazos de sus esposas, para provecho de su nación.

»Pero esos... —Miró hacia abajo—. Perdonadme. No pretendía daros un sermón.

—No —dijo Gamina—. Te lo ruego. Todo esto me parece fascinante. —Dirigiéndose a los demás, añadió—: El desagrado que siente por los ashuntai va más allá de cualquier objeción a sus costumbres sociales. Los odia.

Kafi dijo:

—Hace mucho tiempo, cuando yo era niño, mi padre sirvió antes que yo a La que es Kesh, honrada sea su descendencia. Aquí conocí a uno de los hijos de lord Ravi. Eramos niños en el palacio, eso era lo único que sabíamos. El hijo de Ravi, Ranavi, era un buen chico y solíamos salir a cabalgar juntos. En el imperio es una cuestión en disputa quiénes son los mejores jinetes, si los ashuntai o nosotros, los del Jal-Pur. A menudo hacíamos carreras a caballo por las praderas del otro lado de las puertas de la ciudad, él con su poni ashuntai, yo con mi caballo del desierto. Nos hicimos amigos, en cierto modo.

»Había una chica. Una ashuntai a la que llegué a conocer. —Manteniendo el rostro como una máscara, Kafi añadió—: Intenté comprársela, a su modo, pero Ravi

la convirtió en premio de uno de sus festivales. La ganó uno de sus guerreros y se la llevó a casa. Era su tercera o cuarta esposa, creo. —Movi6 la mano como si de aquello hiciera mucho tiempo y casi lo hubiera olvidado—. Atan a sus mujeres con colleras de cuero y las llevan con cadenas en p6blico. No les dejan vestir ropas, excepto un taparrabos, ni siquiera cuando hace fr6o. El hecho de que vayan desnudas importa poco a los keshianos de sangre pura, pero a la emperatriz, como a su madre antes que a ella, le repugna el tratamiento que reciben a manos de sus maridos, sus padres y sus hijos, lord Ravi y los dem6s son lo bastante astutos como para no granjearse la desaprobaci6n de la emperatriz, por eso nunca traen a sus mujeres a palacio. Pero no siempre ha sido as6. Se dice que el abuelo de la emperatriz ten6a una marcada preferencia por las muchachas ashuntai muy j6venes. Se cuenta que fue la disposici6n de los ashuntai a proporcionarle tantas como quisiera para su... diversi6n la que permiti6 que la Hermandad del Caballo llegara tan alto en la corte imperial.

—Sobre cosas como esa se funda la fuerza de las naciones —coment6 Locky con sorna.

—As6 es —contest6 Kafi.

Llegaron al final de la larga rampa, a cada lado de la cual una l6nea de guardias manten6a a la multitud alejada del escenario reservado a los que entraban para ser presentados ante la corte. Los guardias de Erland esperaban abajo, ataviados con el uniforme de gala del reino y luciendo la insignia de la Guardia Real del palacio de Krondor en el pecho. Erland not6, divertido, que el delegado quegano estaba tras sus hombres, enfurecido porque se diera precedencia al reino de las Islas sobre su naci6n.

Erland volvi6 a prestar o6dos al relato de Kafi.

—Ranavi intent6 robar a la chica para m6, como regalo. En su cultura tambi6n es costumbre que, si logras robarle una mujer a un rival, llev6ndotela a tu casa, puedes qued6rtela. Ranavi no hab6a cumplido a6n diecisiete a6os cuando intent6 robar a su propia hermana al hombre que la hab6a ganado en el festival. Muri6 en el intento.

Sin una nota de amargura ni de emoci6n, a6adi6:

—Esa es, como pod6is ver, la raz6n por la que me cuesta un poco apreciar las virtudes de los ashuntai. —Suavemente agreg6—: Sean cuales sean.

Gamina mir6 al hombre del desierto con simpat6a, pero no dijo nada.

Llevaban diez minutos en su sitio, esperando a subir a la entrada del anfiteatro. Nadie hab6a hablado desde que Kafi relatara la historia de su amigo. Locklear decidi6 que era hora de cambiar de tema.

—Mi se6or Kafi, ¿d6nde est6n los delegados de Las Ciudades Libres?

—Ausentes, mi se6or —contest6 Kafi—. No han mandado a nadie al jubileo. Los pueblos que anta6o formaron la Bosnia Imperial siguen sin tener tratos con el imperio.

—Las viejas rencillas tardan en morir —repuso James.

—No lo entiendo —dijo Erland—. Queg y el imperio han mantenido tres guerras desde que yo nac6, y entre las Islas y Kesh ha habido varias escaramuzas fronterizas.

¿Por qué es distinto con Las Ciudades Libres?

Mientras avanzaban en procesión, Kafi respondió:

—Quienes viven en las llamadas Ciudades Libres fueron antaño nuestros leales súbditos. Cuando tuvo lugar la primera revuelta de la Confederación, hace mucho tiempo, Kesh abandonó todas sus guarniciones al norte del Jal-Pur, dejando que aquellos colonos se defendieran por sí solos. Queg, por otra parte, se había rebelado con éxito una década antes. Es una nación revolucionaria y triunfante. Vuestro reino siempre fue extranjero, pero Las Ciudades Libres son un pueblo que fue traicionado por sus propios gobernantes. Eran granjeros y taberneros, y tuvieron que defenderse solos.

Erland pensó en esto mientras avanzaban unos pocos pasos, aguardando el momento de ser anunciados. Miró hacia la galería superior y vio que se iba llenando rápidamente, a medida que entraban los últimos señores. Bosnia, parte de la cual era ahora el ducado de Crydee, conquistado para el reino por el tatarabuelo de Erland, era un país terriblemente agreste, habitado por trasgos, trolls y por la Hermandad del Sendero Oscuro. Sin soldados, la mera supervivencia debía de haber costado años de lucha constante. Erland podía comprender por qué Las Ciudades Libres estaban aún resentidas con el imperio.

Luego oyó anunciar su nombre.

—Alteza, es la hora —recordó Kafi.

El séquito al completo echó a andar. Solo Gamina no caminaba con paso marcial cuando cruzaron el empedrado del anfiteatro. Tardaron cinco minutos en cruzar la inmensa base del cuenco, pero al fin, bajo el sol abrasador de Kesh, el príncipe de las Islas fue formalmente presentado a la emperatriz de Kesh la Grande. Y hasta ese momento Erland no comprendió plenamente lo que era un hecho desde la desaparición de su hermano: él, y no Borric, se hallaba ahora frente a la gobernante más poderosa del mundo, y tal vez algún día el sucesor de la emperatriz fuera su mortal enemigo, porque él, y no Borric, sería algún día rey de las Islas. Y nunca, desde que era un niño pequeño al que su madre estrechaba entre sus brazos, se había sentido tan asustado.

* * *

La presentación pasó en un suspiro, confusamente. Erland apenas recordaba haber sido presentado ante la corte, ni haber pronunciado las palabras que se había visto obligado a memorizar. Como nadie dijo nada, ni se rió, supuso que las había dicho adecuadamente. Tampoco recordaba qué habían dicho las delegaciones que lo siguieron. Se hallaba ahora sentado en el nivel inferior del anfiteatro, en el banco de piedra reservado para los delegados que habían acudido a desear salud y prosperidad

a la emperatriz en su septuagésimo quinto cumpleaños. Intentando concentrarse, pese a su inesperado ataque de miedo, dijo:

—Kafi, ¿por qué se celebra el festival habiendo pasado ya tanto tiempo desde Banapis?

—A diferencia de vuestro pueblo —respondió Kafi—, los keshianos no contamos la fiesta de estío como la fecha de nuestro nacimiento. Aquí, cada uno celebra su nacimiento el día que nació, si es que lo sabe. Por tanto, dado que los dioses trajeron al mundo a La que es Kesh el día quince de Dzanin, su nacimiento se celebra ese día. Será el último día del jubileo.

—Qué extraño —dijo Erland—. Celebrar tu cumpleaños el mismo día que naciste. Habrá docenas de pequeñas celebraciones cada día. Yo me sentiría engañado si tuviera que perderme la gran fiesta de Banapis.

—Son costumbres distintas —comentó Locklear.

Un sirviente, ataviado con el atuendo de los keshianos de sangre pura, apareció ante el príncipe e hizo una reverencia. Le tendió un rollo de pergamino, sellado con una cinta dorada. Kafi, que actuaba como guía oficial y experto en protocolo, cogió el pergamino. Miró el sello de cera y dijo:

—Sospecho que es personal.

Erland dijo:

—¿Por qué?

—Lleva el sello de la princesa Sharana.

Se lo pasó a Erland, quien tiró de la cinta y rompió el sello. Leyó la impecable escritura lentamente, pues nunca se le había dado muy bien la lengua culta escrita de Kesh. Mientras leía, Gamina empezó a reírse.

James se volvió bruscamente, temiendo por un instante que su esposa revelara sin darse cuenta su don para leer el pensamiento, pero Gamina dijo:

—Vaya, Erland, juraría que te estás sonrojando.

Erland sonrió mientras se guardaba el pergamino en el cinto.

—Eh... es solo el sol, creo —dijo, pero no pudo ocultar la azorada sonrisa que se negaba a dejar su boca.

—¿Qué es? —preguntó Locklear juguetonamente.

—Una invitación —respondió Erland.

—¿Para qué? —insistió Locklear—. Esta noche cenamos con la emperatriz en recepción oficial.

Incapaz de sofocar una sonrisa, Erland dijo:

—Es para... después de la cena.

James y Locklear cambiaron una mirada sagaz. Luego Locklear dijo:

—Kafi, ¿es así como los keshianos de sangre pura se... citan? Para... hacerse visitas, quiero decir.

Kafi se encogió de hombros.

—No sería la primera vez, aunque la princesa Sharana, por ser de tan alta cuna,

puede estirar los límites del... decoro más que otros, no sé si me explico.

—¿Y la princesa Sojiana? —preguntó Locklear.

James sonrió.

—Me preguntaba cuándo irías a por esa.

—¿«A por esa»? —Gamina entornó un poco los ojos.

—Es una forma de hablar, amor mío. A Locky se le conoce en la corte por intentar... eh, conocer a todas las mujeres bonitas que se cruzan en su camino.

Kafi dijo:

—Si envías una nota a la princesa pidiéndole una cita, ten por seguro que será una de tantas. Además, se dice que últimamente... pasa mucho tiempo con lord Ravi, así que imagino que tu nota sería amablemente... ignorada.

Locklear se recostó en el asiento, intentando encontrar una postura cómoda sobre la piedra, que era dura y rígida a pesar del cojín adornado que la cubría.

—En fin, tendré que encontrar un modo de conocerla, supongo. En cuanto tenga ocasión de hablar con ella...

Kafi hizo de nuevo aquel gesto que significaba «qué remedio».

>—Ma'lish.

James miró a Erland, que estaba absorto en su propio mundo. Dirigiéndose a Gamina, dijo en silencio: *Kafi se calla algo sobre la princesa Sojiana. ¿Sabes qué es?*

No, contestó su esposa. Pero tengo cierta impresión al oír mencionar su nombre.

¿Qué impresión?

De extremo peligro.



Pacto



Borric se frotó la mandíbula.

—Ojalá la gente dejara de pegarme para darme su opinión —masculló.

Ghuda, que se erguía sobre él, contestó:

—Eso, por dejarme sin mi paga. Ahora no puedo ir en busca de Sabér, con la mitad del ejército imperial buscándome, y aunque lo encontrara, dudo que me pagara lo que me debe. Y es culpa tuya, Loco.

Borric solo podía darle la razón, aunque, sentado encima de paja húmeda, en un granero abandonado en medio de un país lleno de gente que parecía empeñada en matarlo a cada paso, se sentía merecedor de un poco de compasión.

—Mira, Ghuda, te compensaré.

El mercenario se volvió para desensillar a uno de los caballos que habían robado y dijo por encima del hombro:

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cómo piensas hacerlo? ¿Vas a mandar una amable nota a la oficina de Aber Bukar, señor de los ejércitos, diciendo: «Por favor, amable señor, deje que mi amigo se vaya solo con una buena reprimenda. Él no sabía que había orden de matarme en el acto cuando me conoció.»? ¡Sí, ya!

Borric se levantó, moviendo la mandíbula para asegurarse de que no la tenía rota. Le dolía, y parecía desencajada de un lado, pero estaba casi seguro de que se hallaba intacta. Paseó la mirada por el granero desvencijado. La granja que había cerca había sido quemada, ya fuera por bandidos o por guardias, por los motivos que el imperio juzgara suficientes, pero, en cualquier caso, allí la pequeña banda de Borric podía dejar descansar a sus caballos. Como cabía esperar tratándose de la caballería, había grano en las alforjas, así que Borric se puso a dar un puñado a su montura. Suli se había sentado con mucho tiento sobre un montón de paja medio podrida, y parecía la efigie misma de la aflicción. Nakor había desensillado ya a su caballo y estaba

frotándolo con el puñado de paja más limpio que encontró. Canturreaba distraídamente una anónima tonada mientras trabajaba. Y su sonrisa no se había desvanecido ni por un instante.

Ghuda dijo:

—Cuando los caballos hayan descansado, tú y yo nos separamos. Pienso volver a Faráfra y coger un barco hasta Kesh la Menor. Allí es todo un poco menos imperial, tú ya me entiendes. Así puede que sobreviva a esto.

—Espera, Ghuda —dijo Borric.

El fornido mercenario tiró la silla al suelo.

—¿Qué? —preguntó.

Borric le indicó que se apartara de los otros y dijo en voz baja:

—Por favor. Lamento haberte metido en todo esto, pero te necesito.

—¿Me necesitas, Loco? ¿Para qué? ¿Para no morir solo? Gracias, pero preferiría morir en brazos de una puta dentro de muchos años.

—No, quiero decir que no puedo llegar a Kesh sin ti.

Ghuda elevó los ojos al cielo.

—¿Por qué a mí?

Borric dijo:

—Mira al chico. Está aterrorizado y tan maltrecho que no puede ni pensar. Puede que conociera los bajos fondos de Durbin, pero no conoce nada más. Y el isalani... en fin, no es precisamente lo que yo llamaría un tipo de fiar. —Borric se llevó un dedo a la cabeza e hizo un movimiento circular.

Ghuda miró a la desastrada pareja y se vio obligado a darle la razón.

—Bueno, eso es asunto tuyo. ¿Por qué iba a importarme a mí?

Borric se quedó pensando y no dio con una sola razón. Las circunstancias les habían unido, pero entre ellos no había auténtica amistad. El mercenario era de fiar a su modo, pero no era lo que Borric habría llamado un camarada.

—Mira, de verdad, te compensaré.

—¿Cómo?

—Llévame a Kesh, a ver a la gente con la que tengo que hablar para aclarar este lío y te pagaré más oro del que hayas visto en toda tu vida de guardia de caravanas.

Ghuda achicó los ojos mientras consideraba las palabras de Borric.

—¿No lo estarás diciendo por decir?

Borric sacudió la cabeza.

—Te doy mi palabra.

—¿Y de dónde vas a sacar tanto oro? —preguntó Ghuda.

Borric pensó en contarle toda la historia, pero no se atrevía a confiar tanto en él. Un hombre cualquiera al que se buscaba por un crimen que no había conocido era una cosa; y un príncipe al que se perseguía otra bien distinta. Aunque Borric sabía que cualquiera que conociera su identidad estaba prácticamente muerto si los guardias lo encontraban en su compañía, tal vez la recompensa tentara a Ghuda hasta

el punto de arriesgarse a probar suerte. Borric sabía por experiencia que los mercenarios no se distinguían por su sentido de la lealtad personal.

Finalmente dijo:

—Fui acusado del asesinato de la esposa del gobernador de Durbin por razones políticas. —Ghuda no movió ni una pestaña al oír aquello, así que Borric pensó que iba por buen camino; los asesinatos políticos en Kesh no parecían improbables—. Hay gente en Kesh que puede sacarme de esto, y además tienen recursos, recursos importantes. Podrían darte... —Calculó rápidamente en moneda keshiana una suma lo bastante impresionante—... Dos mil ecus de oro.

Los ojos de Ghuda se agrandaron un momento; luego sacudió la cabeza.

—Eso suena muy bien, Loco, pero también suenan bien las promesas de una puta.

Borric dijo:

—Está bien, tres mil ecus.

—¡Cinco mil! —dijo Ghuda, intentando poner al descubierto el farol de Borric.

—¡Hecho! —contestó el príncipe. Se escupió en la mano y se la tendió al mercenario.

Ghuda miró su mano tendida, que Borric le ofrecía a la manera de los mercaderes, y comprendió que estaba obligado a aceptarla o sería considerado un perjurio. De mala gana, se escupió en la mano y estrechó la del príncipe.

—¡Malditos sean tus ojos, Loco! Si esto es mentira, juro sacarte las tripas con mi espada. Si voy a morir por tonto, al menos tendré el placer de verte muerto antes de encontrarme con la diosa Muerte.

—Si lo conseguimos —dijo Borric—, morirás rico, Ghuda Bulé.

Ghuda se tumbó a descansar en la paja húmeda lo mejor que pudo.

—Habría preferido que lo expresaras de otro modo, Loco.

Borric dejó al mercenario mascullando para sí mismo y se sentó junto a Suli.

—¿Crees que podrás conseguirlo? —preguntó.

El chico dijo:

—Sí. Solo me duele un poco. Pero esta bestia tiene el lomo como la hoja de una espada. Estoy partido en dos.

Borric se echó a reír.

—Es duro, al principio. Practicaremos un poco aquí, en el establo, antes de partir esta noche.

Ghuda dijo:

—Como si fuera a servirle de algo, Loco. Vamos a tener que prescindir de esas sillas. El chico tendrá que cabalgar a pelo.

Nakor asintió vigorosamente con la cabeza.

—Sí, es cierto. Si vamos a vender estos caballos, nadie debe sospechar que son de propiedad imperial.

—¿Venderlos? —preguntó Ghuda—. ¿Por qué?

—Con el jubileo —contestó Nakor—, nos será más fácil llegar a la ciudad por el

río, remontando el Sarné en una barca alquilada. Solo seremos cuatro más, entre una multitud. Pero para viajar así hay que pagar. Así que debemos tener fondos.

Borric pensó en el poco dinero que le había quedado tras comprar su ropa y su coraza en Faráfra, y comprendió que Nakor tenía razón. Entre todos, no tenían dinero suficiente ni para pagar una comida en una posada decente.

—¿Y quién va a comprarlos? —preguntó Ghuda—. Están marcados.

—Cierto —dijo el isalani—, pero eso puede arreglarse. Las sillas, en cambio, no pueden cambiarse sin dejarlas inutilizables.

Ghuda se incorporó sobre un brazo.

—¿Cómo vas a cambiar la marca? ¿Es que llevas un hierro de marcar en la mochila?

—Llevo algo mejor —contestó el hombrecillo y, echando mano de su mochila, sacó un frasquito cerrado con un tapón. Volvió a rebuscar en la bolsa y sacó un pincelito—. Observad. —Quitó el tapón de corcho del frasco y hundió el pincel en la solución que contenía—. El hierro deja en la marca una alteración muy tosca y fácil de detectar. Esto, en cambio, es para un artista. —Se acercó al caballo más próximo—. El ejército marca a todos sus animales con el glifo del Ejército Imperial. —Empezó a aplicar fluido en el flanco del caballo, sirviéndose del pincel. Se oyó un leve chisporroteo y, allí donde el pincel tocaba el pelo, este empezaba a ennegrecerse como si lo tocara una llama—. Sujeta al caballo, por favor —dijo a Borric—. Esto no les duele, pero el calor puede ponerles nerviosos.

Borric agarró la brida y la sujetó con fuerza; las orejas del caballo se movían a un lado y otro, como si el animal intentara decidir si debía enfadarse o no.

Al cabo de un momento, Nakor dijo:

—Ya está. Ahora es el glifo de Jung Süt, mercader de caballos de Shing Lai.

Borric se acercó a mirar. La marca había cambiado y Nakor tenía razón: parecía estar hecha con un solo hierro.

—¿Conocerá alguien en Kesh a ese tal Jung Süt?

—Es improbable, amigo mío, puesto que no existe. Sin embargo, en Shing Lai puede haber un millar de mercaderes de caballos, así que ¿quién puede preciarse de conocerlos a todos?

Ghuda dijo:

—Bueno, entonces, cuando acabéis con eso y estemos listos para marcharnos, despertadme, ¿de acuerdo? —Diciendo esto, se tumbó sobre la paja húmeda e intentó ponerse cómodo.

Borric miró a Nakor y dijo:

—Cuando lleguemos al río, seguramente será mejor que nos dejes.

—Yo no lo creo —repuso Nakor con una sonrisa—. Pienso viajar a Kesh en cualquier caso. Con el jubileo será fácil ganar dinero. Habrá muchos juegos de azar y muchas oportunidades para servirme de mis pequeños trucos de magia. Además, si viajamos juntos y Ghuda y el chico van un par de horas por delante o por detrás, no

seremos esos a los que los guardias andan buscando.

—Puede ser —dijo Borric—, pero ya tienen una descripción muy precisa de nosotros tres.

—Pero no de mí —sonrió el isalani—. A mí no me vio ningún guardia cuando pararon las carretas.

Borric se quedó pensando y recordó que, cuando los guardias imperiales les habían inspeccionado, Nakor no andaba por allí.

—Sí, ahora que lo dices, ¿cómo lo hiciste?

—Es un secreto —contestó el isalani con una sonrisa afable—. Pero no importa. Lo que importa es que debemos hacer algo con tu apariencia. —Lanzó una mirada sagaz a la cabeza descubierta de Borric—. El pelo te crece sospechosamente rojo en las raíces. Así que hay que idear otro aspecto para ti, amigo mío.

Borric meneó la cabeza.

—¿Otra sorpresa de esa bolsa tuya?

Inclinándose sobre la mochila, Nakor sonrió más de lo normal.

—Por supuesto, amigo mío.



Borric se despertó; Suli lo sacudía con fuerza por los hombros. El príncipe se despejó al instante y vio que fuera estaba oscureciendo. Ghuda vigilaba junto a la puerta. Tenía la espada desenvainada. Un momento después, Borric estaba a su lado, con su arma lista.

—¿Qué sucede? —siseó.

Ghuda levantó una mano para pedirle silencio y aguzó el oído.

—Hombres a caballo —susurró. Esperó; luego levantó la espada—. Cabalgan hacia el oeste. Este granero está bastante lejos del camino. Es probable que no lo vean, pero en cuanto se encuentren con esa panda a la que dejamos a pie en Jeeloge, vendrán como moscas atraídas por el estiércol. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Borric, que había decidido cuál de los cuatro caballos era el más dócil para Suli, ayudó al muchacho a montar. Al darle las riendas, dijo:

—Agárrate a las crines con la mano izquierda si tenemos que ir a alguna parte con prisas. Y estira las piernas todo lo que puedas. Se trata de mantener el equilibrio, no de agarrarse con las rodillas. ¿Entendido?

El chico asintió con la cabeza, pero estaba claro por su expresión que la idea de ir con prisas encima de un caballo le resultaba solo algo menos aterradora que el toparse con más guardias. Borric se volvió y vio que Nakor sacaba las sillas del granero.

—¿Adonde las llevas?

El risueño isalani contestó:

—Hay un viejo montón de estiércol ahí detrás. Me parece que ahí no mirarán.

Borric tuvo que echarse a reír y un minuto después el hombrecillo, siempre feliz, regresó al granero y saltó ágilmente a lomos de su caballo, a pesar de que llevaba consigo la sempiterna mochila y el bastón. Borric sintió un olor a estiércol y dijo:

—Vaya. Si ese montón huele como tú, tienes razón. No creo que vayan a hurgar en él.

—Vamos —dijo Ghuda—. Tenemos que avanzar todo lo que podamos antes de que amanezca.

Borric hizo una seña y el mercenario abrió la puerta del granero; luego saltó a lomos de su montura. Aguijó con fuerza al caballo y partió al trote, seguido por Borric, Suli y Nakor. Borric intentó ignorar la terrible sensación de que en cada recodo del camino se ocultaba una emboscada y se concentró en una sola cosa: cada minuto que pasaba lo acercaba más a Kesh, y a Erland y a los otros.

* * *

La ciudad de Páhes era bulliciosa, pues se hallaba agazapada sobre el puente del río Sarné, donde confluían el camino que partía de Faráfra y el que acababa en Khattara, en el nordeste. Justo al este del puente, en la orilla sur del río, habían ido creciendo con los años un barrio ribereño y un inmenso almacén, junto a los cuales los conductores de tiros acercaban pesadas carretas a las barcasas y los lanchones que llevaban las mercancías al corazón del imperio. Se veían unas pocas barcas de vela de escaso calado, pues los vientos dominantes eran del oeste y la mayor parte del año, salvo cuando había crecidas, era imposible navegar río arriba, entre Kesh y Jamila y las otras ciudades que salpicaban la orilla. Y la navegación por el vasto lago, la Sima de Overn, era tan abundante como en cualquier mar de Midkemia.

Borric miró en derredor. Todavía se sentía algo estúpido con su nuevo atuendo. Llevaba el *dahá*, el traje tradicional de los bendrifíes, un pueblo de las montañas Sombra de Lluvia. La prenda consistía en una pieza de tela teñida de colores, atada alrededor de la cintura y echada luego sobre el hombro, como una toga. El brazo con el que manejaba la espada quedaba desnudo, al igual que las piernas. En vez de botas, calzaba sandalias de tiras cruzadas. Sin coraza, se sentía al mismo tiempo ridículo y vulnerable. Pero el disfraz había sido un acierto, pues los bendrifíes eran uno de los pocos pueblos nativos de piel clara que había en Kesh. El pelo de Borric había sido cortado casi a ras del cráneo y teñido con un brebaje maloliente que Nakor había conseguido la noche anterior, y era ahora de un rubio llamativo, casi blanco; peinado de punta gracias a una pomada de olor dulzón, aparecía afeitado por encima de las

orejas. Los bendrifíes eran además un pueblo altivo y distante, así que era poco probable que la actitud reticente de Borric extrañara a alguien. Borric rezaba por no encontrarse a un bendrifí tan lejos de su tierra, pues no hablaba una sola palabra de su lengua, que no estaba emparentada con la de los demás pueblos de Kesh. Aunque, mientras sufría la transformación, Suli les había revelado que sabía maldecir un poco en ghendrifí, la lengua de aquel pueblo, y Borric le había pedido que le enseñara unas cuantas frases.

Borric ignoraba de dónde había sacado Nakor aquel estafalario atuendo, pero como solía ocurrir con todo lo que ponía en práctica el isalani, había dado resultados asombrosos. El hombrecillo había conseguido al menos el doble de lo que Borric calculaba que valdrían los caballos y había logrado dar con un florete nuevo para el príncipe en aquella ciudad modesta, a pesar de que Borric no había podido encontrar ninguno en una de las urbes más grandes de Kesh. Contra lo que cabía esperar, Nakor había conseguido justo lo que hacía falta para que Borric cambiara completamente de apariencia.

Suli iba ahora vestido como un chico de los beni-sherín, una gran tribu del desierto del Jal-Pur, con una espada al costado. Llevaba una túnica y un velo que solo dejaba sus ojos a la vista y, si se acordaba de caminar muy erguido, podía pasar por un adulto de corta estatura. El muchacho se había resistido a abandonar sus viejos andrajos hasta que Ghuda lo amenazó con quitárselos a golpe de espada. Y dada la escasa paciencia que mostraba Ghuda desde su detención, Borric no estaba seguro de que fuera una broma.

Ghuda había vendido su coraza y comprado un atuendo más fino, un arnés de cuero casi nuevo y un par de brazales a juego. Su viejo casco abollado había desaparecido, reemplazado por uno similar que llevaban los soldados perro, una olla metálica con una aguja acabada en punta en la coronilla, un reborde de piel negra y una malla para proteger el cuello que llegaba hasta los hombros. La malla podía engancharse de tal modo que cubría la cara, y así era como la llevaba Ghuda de momento.

Nakor se las había ingeniado de algún modo para deshacerse de su descolorido manto amarillo y llevaba ahora uno casi tan ajado como el anterior, pero de un color melocotón a manchas. A Borric no le parecía que estuviera ni un ápice menos ridículo que antes, pero el isalani creía que bastaba con aquel cambio de atuendo y, dada su inventiva, Borric no iba a llevarle la contraria.

Nakor les había conseguido pasaje en una barcaza que se dirigía río abajo, hacia la ciudad de Kesh. Serían cuatro entre un centenar de pasajeros.

Como Borric esperaba, había guardias por todas partes. Intentaban no estorbar, pero había demasiados y pasaban demasiado tiempo escudriñando cada cara que pasaba como para que no estuvieran allí con un propósito.

Borric y Suli doblaron una esquina, caminando unos pocos metros por delante de Nakor y Ghuda, y se dirigieron a una taberna situada a escasa distancia del muelle. La

barcaza salía dos horas después. Fingirían ser viajeros obligados a matar el tiempo en compañía de desconocidos.

Pasaron junto a una puerta abierta y Suli dio un traspié.

—Amo —siseó, dirigiéndose a Borric—, reconozco esa voz.

Borric empujó al chico hacia el siguiente portal e hizo señas a Ghuda y Nakor para que siguieran adelante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Suli señaló la puerta de al lado.

—Solo he oído unas pocas palabras, pero conozco esa voz.

—¿Quién era?

—No lo sé. Deja que vuelva y quizá me acuerde. —El chico retrocedió y pasó junto a la puerta; se detuvo un momento al otro lado, dobló luego la esquina y miró hacia la calle como si esperara ver algo. Fingió luego esperar un momento, dio media vuelta, se encogió de hombros mirando a Borric y regresó. Tan pronto hubo pasado la puerta, corrió hacia Borric y dijo:

—¡Es el hombre al que oí en casa del gobernador de Durbin la noche que descubrí el complot para matarte!

Borric vaciló. Si pasaban otra vez y miraban hacia el portal, podían levantar sospechas, pero aun así quería saber quién era aquel sabueso que andaba tras sus pasos.

—Espera aquí —dijo—, a ver quién sale. Luego ve a decírnoslo a la posada.

Borric dejó al chico y se fue a reunirse a toda prisa con sus compañeros, que lo esperaban bebiendo cerveza. Se detuvo ante su mesa un momento y dijo:

—Puede que haya alguien en la ciudad que me conoce. —Se volvió y se sentó a la mesa, junto a ellos.

Un rato después, llegó Suli y se sentó a su lado.

—Era el hombre del manto negro. Lo lleva todavía, amo. Era su voz —susurró el chico.

—¿Lo has visto bien?

El chico respondió:

—Lo bastante para reconocerlo si lo veo otra vez.

—Bien —murmuró Borric, consciente de que Ghuda y Nakor estaban escuchando—. Si vuelves a verlo, avísanos.

—Hay algo más, amo.

—¿Qué?

—Lo he visto lo bastante bien como para saber que es un sangre pura.

Borric asintió con la cabeza.

—No me sorprende.

—Pero eso no es todo. Se había recogido el manto por delante y, al moverse, vi brillar oro alrededor de su cuello.

—¿Qué significa eso? —preguntó Borric.

Fue Ghuda quien contestó, siseando con rabia por encima del hombro:

—¡Significa, cabeza de chorlito, que ese sangre pura no es solo un sangre pura, sino también un miembro de la Casa Real de Kesh! Son los únicos que tienen permitido llevar el collar de oro. Puede que solo sea un primo lejano de la emperatriz, pero aun así ella le manda un regalo por su cumpleaños. ¿Se puede saber en qué lío nos has metido?

Borric guardó silencio al ver que una hosca tabernera se acercaba a ellos. Con voz ronca pidió dos jarras de cerveza y, cuando la mujer se hubo marchado, se volvió de nuevo hacia Ghuda.

—Es un lío muy retorcido y complejo, amigo mío. Ya te dije que es una cuestión política.

Cuando la tabernera les llevó la cerveza y se fue, Ghuda dijo:

—Mi querida y difunta madre quería que me dedicara a un oficio honorable, como saqueador de tumbas. ¿La escuché yo? No. Sé un asesino, como tu tío Gustav, decía. ¿Le hice caso? No. Aprendiz de brujo...

Borric intentó apreciar aquel humor patibulario, pero se descubrió cavilando sobre lo sucedido. ¿Quién intentaba matarlos a él y a su hermano? ¿Y por qué? Era evidente que aquel complot procedía de los más altos círculos del imperio, pero ¿de la familia real? Suspiró, bebió de su cerveza amarga y procuró relajar su mente mientras aguardaba el aviso de que el barco estaba listo para zarpar.

* * *

La llamada a embarcar resonó por todo el muelle y Borric y sus compañeros, así como media docena de clientes de la taberna, recogieron sus bultos y paquetes y cruzaron en tropel la puerta. Fuera, Borric vio que una compañía de guardias imperiales esperaba junto a la rampa de embarque, inspeccionando a todos los que subían al barco. Eran guardias de la Legión Interior, el cuerpo que controlaba el corazón de Kesh. Cada uno de aquellos hombres llevaba un casco metálico y una coraza esmaltada en negro. Sus faldas negras y cortas, sus grebas y brazales negros les daban un aspecto imponente. El oficial al mando de la compañía llevaba un casco coronado por una cresta de crin roja, con una cola larga que le caía sobre la espalda. Borric dijo:

—Tranquilos ahora, y comportaos como si no tuvierais nada que esconder. —Dio a Suli un leve empujón para que el muchacho avanzara como si fuera solo y luego indicó a Ghuda y Nakor que pasaran adelante. Él se quedó atrás, observando.

Los guardias consultaban de vez en cuando un pergamino: seguramente una descripción detallada de los tres. Dejaron subir a Suli a bordo sin dedicarle una segunda mirada. Pararon a Ghuda y le hicieron una pregunta. La respuesta que les dio

pareció satisfacerles y le hicieron señas de que subiera a bordo.

Luego a Borric se le heló el corazón cuando vio que Nakor se volvía y hablaba con uno de los guardias, señalándolo a través de la multitud. El guardia dijo algo y asintió con la cabeza; luego se dirigió a otro guardia. Borric sintió que se le quedaba la boca seca cuando tres guardias abandonaron la rampa y echaron a andar hacia él con decisión. Pensando que quizá necesitara sitio para escapar, avanzó hacia la rampa como si nada pasara.

Al intentar esquivar a los guardias, uno de ellos lo agarró por el brazo.

—Espera un momento, bendrifí. —No era una petición.

Borric hizo lo que pudo por fingirse irritado y desdeñoso. Miró luego al oficial de la rampa, que observaba la conversación.

—¿Qué? —dijo con toda la aspereza que pudo.

—Nos hemos enterado de que estuviste a punto de montar una pelea en la carretera de Khattara. Puede que los guardias de la caravana no pudieran mantenerte a raya, pero en el barco tendrás a seis legionarios. Un solo problema más y te echaremos al río.

Borric miró al hombre a los ojos, dejó escapar un leve gruñido, tensó los labios y dijo una de las frases que Suli le había enseñado. Se desasíó bruscamente del legionario que lo agarraba, pero cuando los tres guardias echaron mano de las empuñaduras de sus espadas, levantó la mano con la palma hacia fuera para indicar que no pretendía causar problemas.

Dándoles las palmas, intentó seguir fingiendo que era un montañés rudo y susceptible, y confió en que sus rodillas no temblaran tanto como le parecía. Embarcó entre los últimos en subir por la rampa y encontró asiento en un extremo de la ancha barcaza, al otro lado de donde se habían sentado sus compañeros. Los seis guardias fueron los últimos en subir a bordo y se colocaron en la popa, en grupo, hablando entre ellos. Borric se dijo para sus adentros que cuando llegaran a la ciudad de Kesh estrangularía de buena gana al pequeño isalani.

* * *

Un día y medio después, tras hacer tres altos en el camino, divisaron el perfil de la ciudad de Kesh. Borric, recuperado ya del susto que le había dado el isalani, se había sumido en un humor sombrío y taciturno, una pose que no le costó ningún esfuerzo mantener. La situación parecía desesperada y sin embargo debía forzarse a seguir adelante. Como su padre les había enseñado cuando Erland y él eran aún muy jóvenes, la única cosa segura en la vida era el fracaso; para triunfar, había que correr riesgos. Él no había entendido verdaderamente lo que quería decir su padre; Erland y él eran príncipes de sangre real, y en realidad no había nada que no pudieran hacer, en

virtud de lo que eran.

Ahora que la vida de su hermano, la suya propia y quizá la pervivencia del reino de las Islas estaban en juego, comprendía lo que su padre había intentado explicarles.

Al acercarse al puerto de Kesh, vio compañías de soldados en los muelles. Quizá fueran a embarcar para cruzar la Sima de Overn o remontar el río, o tal vez fueran la guardia de rutina de la ciudad, pero quizá también estuvieran vigilando a los pasajeros que llegaban a Kesh: una barrera más entre su hermano y él.

Cuando el barco enfiló el muelle, Borric se dirigió hacia los legionarios. Los guardias se preparaban para salir y, mientras el barco era amarrado al embarcadero, Borric se colocó junto al hombre con el que había hablado antes de embarcar. El guardia le echó una rápida ojeada y se dio la vuelta.

Mientras desembarcaban los primeros pasajeros, Borric no hizo nada, pero al ver que al salir los guardias los paraban para inspeccionarlos, comprendió que no podía arriesgarse a que se fijaran en él otra vez. Así, cuando llegó el momento de salir, se volvió hacia el guardia y dijo de nuevo con voz hosca:

—En Páhes te dije una grosería, guardia.

El legionario achicó los ojos al decir:

—Me lo imaginaba, aunque no hablo tu jerigonza.

Borric pisó la rampa al mismo tiempo que él y dijo:

—Vengo a celebrar el jubileo y a hacer mis devociones en el templo de Tith-Onaka. —Borric había notado que el guardia llevaba el amuleto común a los soldados que rendían culto al dios de la Guerra de las Dos Caras—. No quiero mala sangre con un soldado en un momento tan sagrado. El isalani me engañó jugando a las cartas. Por eso estaba enfadado. Acepta mi mano y perdóname por haberte ofendido.

El guardia dijo:

—Nadie debe entrar en el templo del Planificador de Batallas habiendo ultrajado a un guerrero. —Al llegar al pie de la rampa, ante los guardias que interrogaban a los pasajeros, el legionario y Borric se agarraron mutuamente el antebrazo derecho y se estrecharon las manos—. Que tu enemigo nunca vea tu espalda.

Borric dijo:

—Que entones cánticos de victoria por muchos años, legionario.

Como si fueran viejos amigos diciéndose adiós, volvieron a estrecharse las manos y Borric dio media vuelta y pasó junto a dos soldados que había en el muelle. Uno de ellos, que había observado la despedida, hizo amago de decir algo a Borric, pero se lo pensó mejor y fijó su atención en otro personaje que intentaba abrirse paso, un extraño hombrecillo isalani de Shing Lai.

Borric cruzó la calle y se detuvo para ver qué ocurría. Nakor y el guardia parecían estar discutiendo, y varios guardias se volvieron a ver qué era aquel jaleo. Ghuda apareció junto a Borric, fingiendo estar allí por casualidad. Un momento después, Suli se paró al lado de Borric. Nakor estaba ahora rodeado de guardias; uno de ellos señalaba la mochila que siempre llevaba consigo.

Por fin, como si diera su brazo a torcer, el isalani entregó la mochila al primer guardia, que metió la mano en ella. Al cabo de un momento, el guardia puso la bolsa boca abajo y luego del revés. Estaba vacía.

Ghuda dejó escapar un silbido suave.

—¿Cómo diablos ha hecho eso?

Borric dijo:

—Puede que su magia no sean simples juegos de manos.

—Bueno, Loco —dijo Ghuda—, estamos en la ciudad de Kesh. ¿Adonde vamos ahora?

Borric miró a su alrededor y contestó:

—Torced a la derecha y avanzad a lo largo de los muelles. En la tercera calle, doblad otra vez a la derecha y seguid andando hasta que encontréis una posada. Nos encontraremos en la primera que veamos. —Ghuda asintió con la cabeza y se marchó—. Suli —susurró Borric—, espera a Nakor y díselo.

El chico respondió:

—Sí, amo. —Y Borric lo dejó allí y echó a andar tranquilamente detrás de Ghuda.



La posada era un sórdido local a la orilla del río con el pomposo nombre de «Estandarte y Corona Enjoyada del Emperador». Borric ignoraba qué acontecimiento de la historia de Kesh había dado lugar a aquel extraño nombre, pero el establecimiento no tenía nada de imperial, ni de enjoyado. Era como otros tantos tugurios oscuros y llenos de humo de otras tantas ciudades de Midkemia. Las lenguas y los atuendos podían cambiar, pero los taberneros, los bandidos, los ladrones, los asesinos de todo pelaje, los tahúres, las putas y los borrachos estaban todos ellos cortados por el mismo patrón. Borric se sintió a gusto por primera vez desde que entrara en Kesh.

Al mirar a su alrededor, vio que allí predominaba el respeto por la intimidad que era propio de las fondas, semejantes a aquella, que Erland y él frecuentaban en el reino. Miró tranquilamente su jarra y dijo:

—Podemos estar seguros de que al menos uno de estos clientes es un agente imperial, o un confidente.

Ghuda se quitó el casco, se rascó la cabeza, que le picaba a causa del sudor, y dijo:

—Eso seguro.

—No nos quedaremos aquí —dijo Borric.

—Es un alivio —contestó Ghuda—, aunque me gustaría beber algo antes de que busquemos alojamiento.

Borric estuvo de acuerdo y el hombretón llamó al muchacho que servía las mesas, el cual regresó con cuatro cervezas bien frías. Borric bebió un sorbo de la suya.

—Me sorprende que esté tan fría —dijo.

Ghuda se desperezó.

—Si te molestas en mirar al norte la próxima vez que salgas, Loco, verás una diminuta cadena de montañas a las que llaman las Agujas de Luz. Se llaman así porque sus picos más altos están constantemente cubiertos de hielo y, cuando las condiciones son las adecuadas, reflejan la luz del sol con un efecto impresionante. En esta ciudad, el hielo es un negocio floreciente. El gremio de los cortadores de hielo se cuenta entre los más ricos de Kesh.

—Todos los días se aprende algo nuevo —repuso Borric.

Nakor dijo:

—A mí no me gusta. La cerveza tiene que estar templada. Esto me da dolor de cabeza.

Borric se echó a reír. Ghuda dijo:

—Bueno, ya estamos en Kesh. ¿Cómo vamos a contactar con esos amigos tuyos?

Borric bajó la voz.

—Yo...

Los ojos de Ghuda se achicaron.

—¿Qué pasa ahora?

—Sé dónde están. Lo que no sé es cómo llegar hasta allí.

Los ojos de Ghuda se convirtieron en dos ranuras furibundas.

—¿Dónde están?

—En el palacio.

—¡Por los dientes de los dioses! —estalló Ghuda, y varios clientes de la taberna se volvieron un momento para ver a qué se debía aquel revuelo. Ghuda bajó la voz hasta convertirla en un susurro, pero sin perder su tono iracundo dijo—: Será una broma, ¿no? Por favor, di que es una broma.

Borric negó con la cabeza. Ghuda se levantó y, tras guardarse la larga daga en el cinto, recogió su casco.

—¿Adonde vas? —preguntó Borric.

—A cualquier parte adonde tú no vayas, Loco.

Borric dijo:

—¡Diste tu palabra!

Ghuda bajó la mirada y contestó:

—Dije que te traería hasta Kesh. Estás en Kesh. Tú no dijiste ni una palabra del palacio. —Señaló acusadoramente a Borric y añadió—: Me debes cinco mil ecus de oro, y aún no he visto ni una moneda.

—Te lo daré —dijo Borric—. Tienes mi palabra. Pero he de encontrar a mis amigos.

—En el palacio —siseó Ghuda.

—Siéntate, la gente nos está mirando.

Ghuda se sentó.

—Pues que miren. Voy a subirme en el primer barco hacia Kimri que encuentre. Llegaré a Hamsulé y me embarcaré hacia los Reinos Orientales. Pasaré el resto de mi vida vigilando caravanas en algún país extranjero, pero estaré vivo, que es más de lo que puedo decir de ti si intentas entrar en el palacio.

Borric sonrió.

—Conozco un truco o dos. ¿Qué hace falta para que te quedes con nosotros?

Ghuda no podía creer que hablara en serio. Pasado un momento, dijo:

—El doble de lo que me prometiste. Diez mil ecus.

—Hecho —dijo Borric.

—¡Ja! —estalló Ghuda—. Es muy fácil prometer cualquier cosa cuando todos estaremos muertos dentro de uno o dos días.

Borric se volvió hacia Suli.

—Tenemos que ponernos en contacto con ciertas personas —dijo.

El muchacho parpadeó, perplejo.

—¿Amo?

—El Gremio de Ladrones —susurró Borric—. Los Burladores. La Hermandad Harapienta, o como se llame en esta ciudad.

Suli asintió con la cabeza como si comprendiera, pero su expresión demostraba que ignoraba qué era lo que Borric quería.

—¿Amo?

—¿Qué clase de pordiosero eres tú? —preguntó Borric.

Suli se encogió de hombros.

—Uno de una ciudad donde ese grupo no existe, amo.

Borric sacudió la cabeza.

—Mira, sal de aquí y busca el mercado más próximo. Encuentra un mendigo. Podrás hacerlo, ¿no? —Suli asintió con la cabeza—. Déjale una moneda en la mano y di que hay un viajero que necesita hablar con alguien de un asunto urgente, de un asunto que puede resultar de provecho a quien sepa conseguir cosas en esta ciudad. ¿Entendido?

—Creo que sí, amo.

—Si el mendigo te pregunta algo más, dile que... —Borric intentó recordar algunas historias de las que James le había contado sobre su niñez con los ladrones de Krondor y al cabo de un momento añadió—: que uno que está en la ciudad no desea causar dificultades, pero quiere llegar a un acuerdo que beneficie a todos. ¿Podrás hacerlo?

Suli repitió sus instrucciones y Borric, dándose por satisfecho, le mandó partir. Siguieron bebiendo en relativo silencio hasta que Borric vio que Nakor metía la mano en su mochila y sacaba un poco de pan y queso. Mirando fijamente al isalani, dijo:

—Eh, espera un momento. Cuando el guardia registró esa bolsa estaba vacía.

—Así es —contestó Nakor; sus dientes blancos parecían no caber del todo en su cara.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Ghuda.

—Es un truco —respondió el hombrecillo risueño, como si eso lo explicara todo.



Suli regresó al atardecer. Se sentó junto a Borric y dijo:

—Amo, me costó un poco, pero por fin encontré a uno como tú querías. Le di una moneda y le dije lo que me ordenaste. Me hizo muchas preguntas, pero yo solo repetía lo que tú me habías dicho y me negué a decir nada más. Me dijo que lo esperara y desapareció. Esperé con mucho miedo, pero cuando regresó todo fue bien. Dijo que las personas con las que deseas hablar se reunirán con nosotros, y me dio la hora y el lugar.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó Ghuda.

Suli dijo dirigiéndose a Borric:

—Al segundo toque del reloj después de la puesta de sol, en un sitio no muy lejos de aquí a pie. Lo sé porque me hizo repetir varias veces las indicaciones. Pero debemos ir al mercado y buscarlo desde allí, porque no quise decirle al mendigo dónde estábamos.

—Bien —dijo Borric—. Ya llevamos aquí demasiado tiempo. Vámonos.

Se levantaron y se fueron. Siguieron a Suli hasta la plaza de mercado más cercana. A Borric le sorprendió de nuevo el gentío que se agolpaba a su alrededor, y su diversidad. Aunque se sintiera ridículo, nadie parecía reparar en su disfraz de bendrifí. Las indumentarias, o la falta de ellas, que había visto en Faráfra eran aún más variopintas en la capital del imperio. Las pieles más negras que había visto nunca relucían al sol del atardecer cuando los cazadores de leones de las praderas herbosas pasaban a su lado. Y sin embargo había suficientes personas de tez clara como para demostrar que, a lo largo de los años, gentes que antaño vivían en el reino se habían instalado en Kesh. Muchos tenían los ojos rasgados y la piel amarillenta, como Nakor, pero sus ropajes eran distintos a los del isalani: algunos lucían chaquetas de seda y calzones hasta la rodilla, otros llevaban coraza y otros sencillas túnicas monacales. Mujeres vestidas en todos los grados, desde las más pudibundas a las casi desnudas, pasaban a su lado, y muy pocos reparaban en ellas, a menos que se tratara de una mujer extraordinariamente hermosa.

Un par de hombres ashuntai de las llanuras pasaron por su lado, cada uno de ellos llevando a un par de mujeres encadenadas; las mujeres iban desnudas y caminaban con los ojos bajos. Los ashuntai se cruzaron con un grupo de hombres fornidos, de cabello rubio y rojizo, vestidos con pieles y corazas a pesar del calor, y hubo un

intercambio de insultos.

Borric se volvió hacia Ghuda.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó.

—Son brijanenses, marineros de Brijané y de los pueblos de la costa de más allá de los montes Fierarroca. Son piratas y comerciantes que recorren el Gran Mar desde Kesh a los Reinos Orientales en sus galeras... y hasta cruzan el mar Sin Fin, según cuentan las historias. Son hombres violentos y orgullosos, y rinden culto a los espíritus de sus madres muertas. Todas las mujeres de Brijané son videntes y sacerdotisas, y los hombres creen que sus fantasmas vuelven para guiar sus barcos y consideran, por tanto, sagradas a todas las mujeres. Los ashuntai tratan a las mujeres peor que a perros. Si no fuera porque el sello de paz de la emperatriz pesa sobre la ciudad, intentarían matarse los unos a los otros nada más verse.

—Estupendo —dijo Borric—. ¿Hay muchas pendencias así en Kesh?

Ghuda contestó:

—No más que normalmente. Unas cien, poco más o menos, en cada festival. Por eso los Guardias del Palacio y la Legión Interior están por todas partes. La legión tiene jurisdicción en el interior del imperio, en toda la zona que rodea la Sima de Overn, en el interior del anillo de montañas que forman la Madre de Aguas, las Agujas de Luz, las Guardianas y las Fierarroca. Solo en las carreteras imperiales y en este tipo de festivales se impone la paz. Otras veces... —Hizo un gesto de desdén con la mano— lo mismo da una cosa que otra.

Para Borric, Kesh era un prodigio. La muchedumbre que circulaba por sus calles le resultaba al mismo tiempo conocida y extraña. La mayor parte de lo que era común a todas las ciudades le era familiar, pero aquella urbe estaba cargada de siglos de cultura extranjera.

Cuando entraron en el mercado, dijo:

—Esto es impresionante.

Ghuda soltó un bufido.

—Es un mercado de barrio, Loco. El grande está enfrente del anfiteatro. Ahí es donde van casi todos los viajeros.

Borric sacudió la cabeza. Mirando a su alrededor, dijo a Suli:

—¿Cuándo debemos irnos?

—Tenemos un rato, amo. —Mientras hablaba, comenzaron a sonar campanas y gongs por toda la ciudad, y el sol desapareció en el horizonte—. Al segundo toque de campanas, así que queda una hora.

—Bueno, entonces vamos a buscar algo que comer.

Todos estuvieron de acuerdo y partieron en busca de algún vendedor callejero cuyas mercancías no fueran demasiado costosas.



Al sonar el segundo toque de campanas de la noche, entraron en el callejón.

—Por aquí, amo —dijo Suli en voz baja.

A pesar de que era temprano, el callejón estaba desierto. El estrecho corredor estaba repleto de basuras y despojos, y el hedor era insoportable. Conteniendo las ganas de vomitar el pan y la carne grasienta que habían comido, Borric dijo:

—Un amigo me dijo una vez que los ladrones a menudo dejaban en sus rutas de escape basuras y... —pasando por encima de lo que parecía ser un perro muerto, prosiguió—: otras cosas para que a nadie se le ocurriera inspeccionarlas por casualidad.

Al fondo del callejón había una puerta de madera con cerradura metálica. Borric intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Luego, a sus espaldas, una voz dijo:

—Buenas noches.

Borric y Ghuda se volvieron y empujaron a Suli y a Nakor tras ellos. Media docena de hombres armados se acercaba a ellos desde el otro lado del callejón. Ghuda siseó:

—Tengo un mal presentimiento, Loco.

—Buenas noches —dijo Borric—. ¿Sois vosotros con quienes me había citado?

—Eso depende —contestó el que llevaba la voz cantante, un hombre flaco con una sonrisa demasiado grande para su cara. Tenía las mejillas llenas de marcas de granos, hasta el punto de que se veían desfiguradas a la luz tenue del callejón. Los que se hallaban tras él eran siluetas en sombras—. ¿Qué es lo que propones?

—Necesito entrar en palacio.

Varios hombres se echaron a reír.

—Eso es fácil —dijo el cabecilla—. Haz que te arresten y te llevarán ante el Alto Tribunal, siempre y cuando quebrantes una ley imperial. Mata a un guardia. Eso siempre funciona.

—Tengo que entrar sin que me vean.

—Imposible. Además, ¿por qué íbamos a ayudarte? Podríais ser agentes imperiales, que nosotros sepamos. No hablas como un bendrifí, a pesar de tu ropa. La ciudad está llena de agentes que buscan a alguien. No sabemos a quién, pero podrías ser tú. En todo caso —añadió, sacando una espada—, tienes unos diez segundos para explicar por qué no debo matarte y llevarme tu oro.

Mientras Ghuda y él echaban mano a sus espadas, Borric dijo:

—Para empezar, puedo prometerte mil ecus de oro si nos dices cómo entrar, el doble si nos llevas allí.

El jefe de la banda hizo una seña con su espada y sus compañeros se desplegaron, formando un muro de espadas a lo ancho del callejón.

—¿Y?

—Y traigo saludos del Hombre íntegro de Krondor.

El cabecilla guardó silencio un momento; luego dijo:

—Impresionante.

Borric dejó escapar un suspiro de tensión. Después, el jefe de los ladrones añadió:

—Muy impresionante. Porque el Hombre íntegro de Krondor lleva siete años muerto y ahora el Hombre Virtuoso gobierna a los Burladores. Tu presentación llega un poco tarde, espía. —Dirigiéndose a sus hombres, dijo—: Matadlos.

El callejón era demasiado estrecho para que Ghuda usara su espada bastarda, así que sacó sus dos dagas mientras Borric desfundaba su florete y Suli su espada corta. Formaron entre los tres una barrera y Borric se tomó un segundo para decir a Nakor:

—¿Puedes abrir esa cerradura?

El isalani contestó:

—Tardaré un segundo. —Y los ladrones se abalanzaron hacia ellos.

El florete de Borric hirió al primero de ellos en la garganta; Ghuda, entre tanto, usaba sus dos dagas para detener los golpes de la espada, más larga, de su atacante. Suli nunca había usado una espada, pero la blandía con tanta convicción que el hombre que tenía enfrente no se decidía a avanzar.

Los ladrones dieron un paso atrás al ver a uno de sus camaradas muerto. No se atrevían a probar de nuevo la punta de la espada de Borric. El callejón, lleno de gente, no daba la ventaja a nadie, pero les daba tiempo. Los ladrones podían retroceder y dejar que Borric y sus hombres se cansaran para luego abalanzarse sobre ellos, pues no tenían otro sitio donde ir; de modo que se contentaban con amagar y retirarse una y otra vez.

Nakor hurgó en su bolsa y encontró lo que estaba buscando. Borric miró hacia atrás un instante y vio que el isalani quitaba la tapa de un recipiente plano.

—¿Qué...? —comenzó a decir, y un momento después pagó el precio de su distracción cuando una espada estuvo a punto de arrancarle el brazo izquierdo. Esquivó el golpe y contraatacó, y otro ladrón quedó fuera de combate, este con una desgarradura en el brazo derecho.

Nakor se echó en la mano izquierda un montoncito de polvo blanco y volvió a cerrar el frasco. Arrodillándose ante la cerradura, el hombrecillo sopló sobre el polvo. En lugar de dispersarse al azar, el polvo dejó su mano en una fina línea, directo al ojo de la cerradura. Al pasar por ella, se oyeron unos chasquidos. Nakor se levantó con una sonrisa satisfecha, guardó su frasco y abrió la puerta.

—Ya podemos irnos —anunció con calma.

Al instante, Ghuda lo empujó sin ceremonias a través de la puerta y fue tras él, mientras Borric lanzaba un remolino de golpes que hizo retroceder a los ladrones y permitió que Suli cruzara la puerta tras el mercenario.

Luego pasó Borric, y Ghuda cerró de golpe la puerta tras él. Nakor acercó una silla grande y ornamentada, que Borric apoyó contra el pomo de la puerta,

atrancándola.

El príncipe se volvió y de pronto fue consciente de dos cosas: la primera, que una muchacha casi desnuda lo miraba con unos ojos muchos más viejos que el resto de ella, desde donde se hallaba sentada junto a una puerta, esperando a que quien hubiera al otro lado la llamara. La segunda, que un humo dulzón, inconfundible una vez olido, impregnaba el aire. Era opio, traspasado de otros olores: a semilla de julé, a hachís y a aceites de aroma dulce. Habían entrado por la puerta de atrás de una casa de placer.

Como Borric esperaba, un momento después aparecieron en el pasillo tres hombres fornidos, los matones oficiales del establecimiento, armados con porras, cuchillos y espadas en el cinto.

—¿Qué pasa aquí, escoria? —gritó el primero de ellos, con los ojos dilatados ante la perspectiva de derramar un poco de sangre gratis. Borric se convenció al instante de que, dijera lo que dijera, aquel sujeto tenía malas intenciones.

Borric apartó a Ghuda de un empujón y le hizo bajar la daga en un claro mensaje para que no iniciara una pelea. Mirando hacia atrás, dijo:

—¡La guardia de la ciudad! Están intentando abrir la puerta.

Pasó junto al primer hombre en el instante en que los ladrones comenzaban a golpear la puerta, moviendo la silla cosa de medio metro.

—¡Esos malditos ladrones! —dijo el primer matón—. Ya les hemos pagado este mes.

Borric le dio un empujón amistoso hacia a la puerta, diciendo:

—Los muy avaros vienen a por más. —Cuando otro matón intentó agarrarlo, el príncipe lo cogió del codo y le hizo volverse hacia el primero—. ¡Hay diez fuera, armados! Dicen que no habéis pagado un impuesto por el jubileo.

Varios clientes del establecimiento abrieron las puertas de sus habitaciones y se asomaron al pasillo para ver qué ocurría. Ante la visión de hombres armados, varias puertas se cerraron de golpe; luego una chica gritó y se desató el pánico.

El tercer matón dijo dirigiéndose a Borric:

—Tú, espera un momento. —Y le lanzó un golpe con su porra.

Borric apenas consiguió levantar el brazo derecho a tiempo; la porra solo golpeó su brazal izquierdo, pero aun así le entumeció el brazo hasta el codo. Como no se le ocurría otra cosa, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Redada! —Y todas las puertas del pasillo se abrieron. El tercer matón intentó asestarle otro porrazo, pero Ghuda lo golpeó detrás de la oreja con la empuñadura de su daga, dejándolo atontado.

Borric lo empujó contra un orondo mercader que intentaba marcharse con la ropa en las manos, y gritó a este:

—¡Es el padre de la chica! ¡Viene a matarte, amigo!

Los ojos del mercader se ensancharon, llenos de horror, y cruzó corriendo la puerta del establecimiento, todavía desnudo y con la ropa hecha un lío. Una mujer de

aire soñoliento, de unos cuarenta años, estaba de pie en la puerta.

—¿Mi padre? —dijo.

En ese momento, Suli chilló a pleno pulmón:

—¡La guardia de la ciudad!

Entonces la puerta del callejón se abrió de golpe y los ladrones entraron, topándose con las chicas y los chicos desnudos, los hombres drogados y dos matones muy enfadados. El alboroto que reinaba en el pasillo se redobló cuando otros dos hombretones hicieron acto de aparición preguntando qué estaba pasando allí. Borric gritó:

—¡Fanáticos religiosos! Intentan liberar a vuestros esclavos. Vuestros hombres están siendo atacados ahí atrás. ¡Ayudadles!

De algún modo, Ghuda, Suli y Nakor lograron escapar de aquel tumulto y corrieron hacia la entrada del edificio. El mercader desnudo que corría calle abajo había despertado la curiosidad de la guardia, y dos hombres armados estaban ante la puerta cuando Borric la abrió. Sin vacilar, dijo:

—¡Ay, señores! ¡Es horrible! Los esclavos de la casa se han rebelado y están matando a los clientes. Están enloquecidos por las drogas y su fuerza es sobrehumana. ¡Mandad a buscar ayuda, por favor!

Uno de los guardias sacó su espada y entró a toda prisa, mientras el otro cogía el silbato que llevaba en el cinto y empezaba a tocarlo. Unos segundos después de que se oyeran sus estridentes pitidos, diez guardias llegaron corriendo y cruzaron la puerta sin detenerse.

Dos manzanas más allá, en una oscura fonda, Borric y sus compañeros se sentaron a una mesa. Ghuda se quitó el casco y lo dejó con tanta fuerza sobre la mesa que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Señalando a Borric con el dedo, dijo:

—Si no te arranco la cabeza ahora mismo es solo porque nos detendrían.

—¿Por qué siempre tienes ganas de darme una paliza? —preguntó Borric.

—Porque no paras de hacer estupideces por las que casi me matan, Loco.

Nakor dijo:

—Ha sido divertido.

Ghuda y Borric lo miraron, perplejos.

—¿Divertido? —dijo Ghuda.

—Hacía años que no me lo pasaba tan bien —dijo el hombrecillo risueño.

Suli parecía casi exhausto.

—Amo, ¿y ahora qué hacemos?

Borric se quedó pensando un momento, sacudió la cabeza y dijo:

—No lo sé.



15

Cepos



Erland se acercó a la puerta.

Fuera había doce guardias, pero ninguno le preguntó cuál era el motivo de su visita a las habitaciones privadas de la princesa Sharana. A la entrada de la zona de recepción, Erland descubrió a lord Nirome, el noble que había actuado como maestro de ceremonias cuando el príncipe Awari salió a recibirles a las puertas de la ciudad superior.

Aquel hombre recio sonrió afablemente al hacer una reverencia y dijo:

—Buenas noches, alteza. ¿Está todo a tu gusto?

Erland sonrió y le devolvió el saludo con más deferencia de la que exigía el rango de Nirome.

—Vuestra generosidad es a veces apabullante, mi señor —contestó.

El keshiano de sangre pura miró hacia atrás y, asiendo a Erland por el brazo, dijo:

—Si pudiera hablar un instante con mi señor...

Erland dejó que lo condujera a un rincón de la habitación, fuera del alcance de la vista de los guardias y los sirvientes.

—Solo un momento —dijo—. No quisiera hacer esperar a la princesa.

—Entendido, alteza, entendido. —Nirome sonrió y algo en el interior de Erland le dijo que tuviera cuidado con aquel amistoso patán: nadie podía ocupar un lugar tan alto sin poseer una pizca de astucia—. Lo que quería decir a su alteza es que sería un acto muy generoso y amable, un gesto propio de un rey, si su alteza comunicara a su majestad imperial su deseo de ver al joven Rasajani, el hijo de lord Kiláwa, perdonado por sus ofensas. —Erland no dijo nada y, cuando se hizo evidente que no iba a hablar, Nirome agregó—: El chico es un necio; en eso estamos de acuerdo. Sin embargo, la culpa no es suya, sino de ciertos provocadores del círculo del príncipe Awari. —Mirando en derredor, como si temiera que alguien les oyera, dijo—: Si

podiera explicarme un instante... —Erland asintió con la cabeza. Nirome susurró—: Awari es el segundo hijo, nacido después de Sojana, así que en justicia debería heredar la princesa. Pero se sabe que muchos temen que haya tres generaciones seguidas de emperatrices reinantes: muchas de las naciones que componen el imperio tienen un sesgo patriarcal. De ahí que algunas almas descarriadas hayan buscado exacerbar las diferencias entre Awari y su hermana. El joven Rasajani pensó, o mejor dicho, no pensó, que así demostraría a la emperatriz que Awari no es ningún cobarde que tema a las Islas sencillamente porque insiste en que se preserve la paz entre nuestras dos naciones. Fue un acto impulsivo y estúpido, un acto imperdonable, desde luego, pero estoy seguro de que fueron otros quienes lo animaron, creyendo que sería del agrado de Awari. Si su alteza tuviera la bondad de perdonarlo...

Erland no dijo nada durante unos segundos; luego, al fin, habló.

—Consideraré la cuestión. Hablaré de ello con mis consejeros y, si estamos seguros de que mi nación no perderá prestigio por ello, hablaré con vuestra emperatriz.

Nirome lo cogió de la mano y besó su sello real.

—Su alteza es muy generoso. Quizás algún día yo tenga el privilegio de visitar Rillanon. Cuando lo haga, diré con mucho sumo gusto a todo el mundo lo generoso y sabio que es el príncipe destinado a gobernarles.

Erland, harto ya de halagos, asintió con un gesto y se alejó del orondo cortesano, avanzando con decisión hacia la puerta de los aposentos de la princesa Sharana. Tras presentarse al sirviente que aguardaba, fue conducido a la zona donde se recibía a los invitados, una estancia privada de tamaño comparable al del salón de audiencias de su padre en Krondor.

Una joven con el cabello de fuerte tinte rojizo, extraño entre los keshianos de sangre pura, se inclinó ante él y dijo:

—Su alteza desea que mi señor se reúna con ella en su jardín privado.

Erland le indicó que lo condujera hasta allí y, mientras la seguía, se descubrió admirando el grácil contoneo de sus caderas, apenas ocultas por la faldita. Sintió que se excitaba al pensar en el encuentro de esa noche y procuró concentrarse en las palabras que James le había dicho al despedirse, después de la cena. El conde de la corte de su padre había dicho:

—Recuerda que, como tú mismo, Sharana está destinada a gobernar su país, así que no des nada por sentado. Puede que parezca una chica de veintidós años, y que incluso se comporte como tal, pero tal vez sea emperatriz mientras tú vivas, y sospecho que su educación es tan extensa, si no más, que la tuya. —James había revelado un grado de preocupación poco corriente, incluso para alguien de carácter tan cauteloso como él. Y aprovechó la ocasión para decirle—: Ten cuidado. No te dejes perder por bellas promesas en unos brazos suaves, amigo mío. Esta gente tiene en el alma un instinto asesino tan grande como el de cualquier matón callejero del Barrio Pobre de Krondor.

Al llegar al pabellón de Sharana, Erland tuvo que admitir que iba a costarle un gran esfuerzo recordar aquello. La princesa yacía sobre un montón de cojines, bajo un dosel de seda; junto a ella, cuatro sirvientas estaban a sus órdenes. En lugar de la falda corta y el chaleco con que Erland la había visto vestida en público, llevaba una túnica sencilla, sujeta justo por encima de los pechos con una fíbula de oro en forma de halcón cuyo diseño era idéntico al del estandarte real de Kesh. La túnica, casi transparente, se abrió por delante cuando la princesa se levantó para darle la bienvenida, ofreciéndole una tentadora visión del cuerpo de la joven. El efecto resultaba considerablemente más poderoso que la desnudez común en palacio. Erland se inclinó ligeramente, con la deferencia que un invitado debía a su anfitrión, más que con la que un súbdito se habría inclinado ante su gobernante. Sharana le tendió la mano y él la tomó mientras ella decía con sencillez:

—Ven, acompáñame.

Erland sintió que lo asaltaba de nuevo la sensación que había tenido al ver por primera vez a la princesa. En un jardín de flores exóticas, Sharana era al mismo tiempo la más hermosa y la más rara. A diferencia de la mayoría de las keshianas de sangre pura con las que se había encontrado hasta el momento, no era delgada y de largas piernas, sino más voluptuosa. Sus piernas eran más gruesas que las de Miya, pero bonitas, y era probablemente la mujer con los pechos más grandes que Erland había conocido hasta el momento. Su nariz tenía una curiosa inclinación que, junto con sus labios carnosos, daba a su rostro una expresión mohína. Sus grandes ojos negros tenían un sesgo ligeramente extranjero, casi como los de las gentes de piel amarilla de Shing Lai que Erland había visto en la corte. Sus hombros y caderas eran anchos, su cintura estrecha y su vientre agradablemente redondeado. Erland se sentía completamente cautivado por la joven.

Cuando el silencio se hizo opresivo, el príncipe, nervioso, dijo:

—Alteza, ¿hay alguna mujer... poco atractiva en la corte?

Sharana se echó a reír.

—Claro que sí. —Su voz era dulce y femenina y su sonrisa daba vida a su rostro y hacía que el pulso de Erland se acelerara—. Pero mi abuela siente terror por la vejez y la muerte, así que por orden suya todos los que no son jóvenes y bellos se hallan relegados a los niveles inferiores del palacio. Están allí, a buen seguro. —Sharana suspiró—. Si llego a gobernar, aboliré esa orden estúpida. Mucha gente capaz y distinguida trabaja en la oscuridad, mientras que otros con menos talento pero más bellos consiguen altos cargos.

Erland no comprendía en realidad lo que la joven le decía. Tenía la mente fija en su delicioso olor, que se mezclaba con el aroma exótico de las flores del jardín.

—Eh... —dijo—. He notado que lord Nirome ha conseguido de algún modo mantenerse en la superficie.

Ella volvió a reírse.

—Nirome es maravilloso. Se las arregla para estar a bien con todo el mundo. Es

tan encantador... De todos mis tíos...

—¿Tus tíos?

—En realidad, es primo de mi madre, pero yo lo llamo tío. Cuando era pequeña, era el único que conseguía que dejara de llorar cuando me dejaban sola. Mi abuela no para de reprenderle y de decirle que haga algo con su amor por la comida para parecerse más a un cazador de sangre pura, pero lo tolera de todos modos. A menudo pienso que es el único que mantiene unido este imperio. Hace todo lo que puede por sofocar posibles conflictos. Ha intentado ser una buena influencia para mi tío Awari... —Se abstuvo de decir que la mayoría habría considerado aquello una empresa fallida.

Erland asintió.

—¿Por qué se han distanciado tu abuela y tu tío?

—A decir verdad, no estoy segura —contestó la muchacha, y tomó la mano de Erland en un gesto espontáneo y natural. Caminaron con los dedos entrelazados mientras ella decía en tono despreocupado—: Creo que es porque Awari piensa que debería gobernar en lugar de mi madre, lo cual es una idiotez. Es demasiado joven: solo tienes tres años más que yo. Es hijo del quinto o sexto marido de la abuela, creo. Mi madre es la mayor y debería ser la heredera incuestionable, pero hay algunos que temen que el imperio se convierta en un matriarcado.

Erland sintió el golpeteo de su sangre, pero se obligó a concentrarse en cuestiones políticas, lo cual le resultaba difícil teniendo en cuenta que la princesa, casi desnuda, lo rozaba constantemente.

—Entonces, eh, ¿parte de vuestros súbditos desean un gobernante varón?

—Qué tontería, ¿verdad? —Sharana se detuvo y dijo—: ¿Qué opinas de mi jardín?

—Es impresionante —respondió Erland sinceramente—. No hay nada como esto en las Islas.

—Muchas de estas flores se cultivan aquí, para los jardines imperiales, y no existen en ningún otro lugar de Midkemia. No estoy segura de cómo se hace, pero eso me han dicho. —Apretó el brazo de Erland con la mano izquierda, mientras con la diestra se agarraba a la de él. Era un gesto familiar, un gesto de amantes, y Erland se sintió al mismo tiempo excitado e incómodo.

Mientras seguían paseando por el jardín, Sharana dijo:

—Erland, hágame de tu hogar, de ese legendario reino de las Islas.

—¿Legendario? —rió el príncipe—. Para mí es corriente, mientras que Kesh es el país legendario.

Sharana soltó una risilla.

—Pero tenéis tantos prodigios... Me han dicho que habéis hablado con los elfos y que habéis luchado contra la Hermandad Oscura. ¿Es cierto?

Erland nunca había hablado con un elfo, ni luchado contra la Hermandad del Sendero Oscuro, como la mayoría de la gente llamaba a los *moredhel*, los elfos

negros, pero llegó a la conclusión de que confesarlo no serviría para embellecer la verdad en lo más mínimo. Había combatido contra trasgos en Highcastle, y los trasgos tampoco estaban mal.

Habló un poco y descubrió a Sharana fascinada por sus historias, o al menos fingía convincentemente estarlo. Al cabo de un rato, dieron la vuelta al jardín y regresaron al pabellón de la princesa. Sharana señaló un extenso lecho que había junto a sus aposentos.

—En verano, la mayoría de las noches prefiero dormir bajo las estrellas. El palacio retiene el calor.

Erland estuvo de acuerdo.

—Cuesta un poco acostumbrarse. Tener tan cerca la piscina ayuda. Me he acostumbrado a darme largos baños antes de retirarme a dormir.

Sharana se rió mientras una sirvienta retiraba las vaporosas colgaduras que protegían el lecho de los insectos voladores nocturnos.

—Miya me lo ha dicho. —Erland notó que se sonrojaba mientras ella decía—: Dice que tienes mucho... talento en algunos sentidos. Y que eres muy divertido. —Indicándole que se recostara a su lado, pasó un dedo alrededor del cuello de la túnica del príncipe—. Vosotros los hombres del norte lleváis tanta ropa... Sois casi peores que nuestros fieros piratas de Brijané, que se niegan a quitarse los mantos de pieles, a pesar de que se marean con este calor. Y creen que los fantasmas de sus madres difuntas gobiernan sus vidas, y solo toman una esposa en toda su vida. Son muy extraños. Estarías más cómodo si te quitaras algo de ropa, ¿no crees?

Erland se descubrió sonrojándose. Había supuesto, por la hora del encuentro y por sus anteriores experiencias con jóvenes de sangre pura, que la princesa tendría en mente algo más personal que una visita de estado oficiosa al pedirle que fuera a visitarla a sus aposentos, pero de pronto se sentía violento.

Advirtiendo su turbación, Sharana abrió la hebilla que sujetaba su túnica liviana y la dejó caer.

—¿Ves? Es fácil.

Erland se inclinó y le ofreció un beso, listo para retirarse si había malinterpretado las intenciones de la joven. Ella respondió con un beso apasionado y, de repente, dos pares de manos comenzaron a desvestir a Erland. Cuando este se quitó la última prenda, se dio cuenta de que todavía había cuatro sirvientas alrededor del lecho y de que las vaporosas cortinas apenas procuraban una ilusión de intimidad. Experimentó un momento de duda al ver que una de las sirvientas se hallaba apenas a unos centímetros, pero cuando la princesa lo atrajo hacia sí, no volvió a acordarse de su presencia. *Tengo que ir acostumbrándome a esta gente*, pensó antes de extraviarse en un mundo cálido y sensual. Hicieron el amor intensa y precipitadamente, como si ambos estuvieran ansiosos por satisfacerse.

Cuando estuvieron saciados, Erland se acercó a Sharana y la muchacha le pasó juguetonamente la mano por el pecho y la tripa.

—Miya me dijo que al principio eres muy rápido.

Erland sintió que se sonrojaba de nuevo y dijo:

—¿Has... has hablado con Miya de mí... con detalle?

Sharana se echó a reír y sus grandes pechos temblaron con el movimiento. Apoyó la cabeza sobre el torso de Erland.

—Claro que sí. Le ordené que me lo contara todo, todo sobre ti después de que la tomaras la primera noche.

Sin saber si quería oír la respuesta, Erland preguntó:

—Eh... ¿y qué te dijo?

Sharana comenzó a hacer cosas interesantes con su mano izquierda mientras yacía junto a él; su brazo derecho formaba un triángulo, y su cabeza descansaba sobre la mano derecha.

—Oh, dijo que eres... entusiasta... y un poco impaciente... la primera vez..., pero que la segunda merecía la pena el esfuerzo.

Erland se rió y, agarrando a Sharana, la atrajo hacia sí.

—Vamos a ver si tiene razón.

* * *

Los heraldos hicieron sonar sus largas trompetas y los tambores comenzaron a retumbar. Erland estaba sentado con su séquito en uno de los palcos que la víspera había usado la nobleza keshiana. Había sido invitado por el príncipe Awari y lord Nirome. El segundo día del jubileo de la emperatriz había previstos juegos y exhibiciones. La emperatriz podía aparecer o no en su palco privado, que estaba sobre el anfiteatro, pero los juegos continuaban como si estuviera allí. Había hombres bajos y musculosos, vestidos como sus antepasados guerreros. Cada uno de ellos llevaba un taparrabos blanco que dejaba sus nalgas al aire. Algunos lucían máscaras labradas y pintadas que representaban demonios, mientras que otros se habían pintado la cara con dibujos azules. Muchos se habían afeitado la cabeza o llevaban el pelo recogido hacia atrás en una coleta de guerrero. Instrumentos antiguos, tambores con cubierta de piel, cuernos y carracas hechas con cráneos de animales, se tocaban con entusiasmo mientras los guerreros iniciaban su ancestral competición.

Doce hombres que entonaban un extraño canto repetitivo llevaron una piedra de dos metros de altura al centro del anfiteatro. Otros les animaban con gritos, gruñidos y gestos exagerados.

Erland se volvió hacia su anfitrión y dijo:

—Me alegra tener la oportunidad de pasar más tiempo con su alteza.

Awari sonrió cortésmente y contestó:

—El placer es mío, alteza.

Lord Nirome, sentado tras Erland, junto a James y Gamina, dijo:

—Todo sea por tender puentes entre nuestras dos naciones, alteza.

Awari lo miró un momento; luego dijo dirigiéndose a Erland:

—Lord Nirome tiene razón, Erland. El poder de tu reino ha crecido sin cesar desde tiempos de tu abuelo, y ahora que esos piratas queganos han sido castigados como es debido...

—¿Piratas queganos? —lo interrumpió Erland.

Awari dijo:

—Supongo que no te ha llegado la noticia. Una flota de galeras queganas ha estado atacando Las Ciudades Libres. Incluso tuvo la osadía de asaltar algunos pueblos de la costa del reino, cerca de Vista del Questor. Tu padre ordenó a la flota del almirante Bruhall que los encontrara y los hundiera. Y eso hizo.

Nirome tomó la palabra.

—Un grupo de naves piratas fue arrastrado por una borrasca más allá de su isla, y una escuadra imperial de Durbin salió a su encuentro y también lo aplastó.

Al oír esto, James y Erland se miraron y Erland oyó mentalmente la voz de Gamina. *James está fascinado.*

¿Por qué?

En voz alta, el príncipe dijo:

—Entonces será seguro viajar por el mar Amargo durante algún tiempo. De no ser por uno o dos piratas de Durbin.

Awari sonrió con indulgencia.

—Algunas de nuestras ciudades más distantes son difíciles de controlar en ese aspecto, Erland. Si el capitán de un barco se dedica a la piratería fuera de aguas imperiales... —Se encogió de hombros como diciendo «¿qué podemos hacer?»—. Es más fácil enviar a la Legión Interior o a un ejército de soldados perro a aplastar Durbin y colgar al gobernador que sustituir a un juez corrupto en la ciudad, ¿entiendes? —El tono de la pregunta mostraba claramente que era retórica.

Entonces la voz de James llegó a Erland. *Es curioso. ¿Qué hacía una «escuadra imperial» en Durbin? Esos piratas no suelen ponerse de acuerdo en nada, y menos aún en cómo organizar diez o doce barcos para formar una escuadra.*

Gamina dijo a Nirome:

—Mi señor, ¿qué están haciendo esos hombres?

—Son de Shing Lai, Dong Tai y Tao Zi, y de otras aldeas y pueblos de la región que en tiempos antiguos se conocía como Po-Tao. Ya no son guerreros, pero siguen practicando las antiguas artes de la guerra. Esos hombres son saltamuros.

Mientras hablaba, el primer hombre de la fila corrió hacia la elevada piedra y, cuando estaba a un paso de ella, saltó todo lo alto que pudo, apoyó un pie en la pared, se impulsó hacia atrás y cayó de pie. El gentío comenzó a lanzar vítores.

—Impresionante —dijo James.

—El objetivo es saltar la tapia. Solo estaba preparándose para la tarea.

—¿Cuánto mide esa piedra? —preguntó James—. ¿Dos metros?

—Sí —dijo Awari—. Un guerrero corriente salta hasta lo alto, tocando la piedra, y luego aterriza en el otro lado. Un verdadero guerrero la salta sin tocar la piedra. En tiempos antiguos, esto servía como entrenamiento a sus soldados, para que pudieran saltar los muros defensivos de las aldeas rivales.

—Eso sí que es impresionante —dijo Erland.

Awari sonrió.

—Antes ponían lanzas a ambos lados de la piedra; así los competidores tenían un aliciente más para saltarla limpiamente. En todo caso, como iba diciendo, ahora que ese nido de piratas de Queg ha sido aplastado, confío en que las cosas se mantengan en calma en la frontera norte. No quisiera aburrirte con nuestros problemas internos, pero siendo mi madre tan mayor... —Miró un momento cuando un hombre fornido, con una máscara de demonio y una lanza en la mano izquierda saltó la piedra entre el clamor de la multitud—. En fin, la situación es tal en el corazón de Kesh que nadie saldría beneficiado si hubiera un conflicto entre nuestros pueblos. Está claro que ahora el reino es nuestro vecino más fuerte, y espero que, de aquí en adelante, sea también nuestro buen amigo.

Erland contestó:

—Mientras yo viva, espero que así sea.

—Bien —dijo Awari—. Confiemos en que vivas muchos años.

Un floreo de trompetas anunció la llegada de un miembro de la familia real, y Erland se volvió con la esperanza de ver a Sharana. Pero fue la princesa Sojiana quien entró con su séquito. Erland apenas pudo contener una carcajada de asombro. Escoltando a aquella hermosa mujer a su palco, contiguo al que ocupaban Awari y él, iba el barón Locklear.

El regocijo de James llegó tras sus pensamientos.

Vaya, parece que no hay barrera infranqueable para nuestro amigo, ¿eh?

Sí, eso parece, contestó Erland.

La princesa fue la primera en entrar en el palco. Tras ella entró Locklear, que no pudo resistir las ganas de lanzar una sonrisa a Erland. La única reacción de Gamina fue levantar una ceja y clavarle una mirada de reproche. Luego, sus ojos se agrandaron un poco y dijo dirigiéndose a James y Erland: *Locky está fingiendo.*

¿Qué?, preguntó Erland.

Intenta mantener las apariencias, pero está profundamente alterado por algo.

¿Qué es?, preguntó James.

Dice que hablará con nosotros más tarde, que ahora mismo le cuesta concentrarse. Pero está diciendo algo. Cree que Sojiana podría estar tras el atentado contra Borric en Krondor.

Erland asintió distraídamente a un comentario de lord Nirome. Dirigiéndose a Gamina y, a través de ella, a James y Locklear, dijo: *Entonces eso la convierte en principal sospechosa del ataque en el que murió Borric.*

Como si le hubiera oído, la princesa se volvió hacia él y le lanzó una mirada calculadora, como si lo comparara con los informes que sus espías le llevaban del jardín de su hija, o como si calibrara si podía servirle para su propio placer. Pero cuando le sonrió, a Erland su bello rostro solo le pareció burlón.

* * *

Las festividades continuaron y, mientras los nobles keshianos iban y venían a su antojo, Erland permaneció donde estaba. Se hallaba preocupado por cosas que unos meses antes ni siquiera habría imaginado, y deseaba poder hablar con su padre.

Las diversas exhibiciones habían tenido un carácter marcial, con guerreros de rincones lejanos del imperio que mostraban ante la emperatriz y su corte a sus mejores hombres. La última era menos una demostración de artes marciales que un ritual. Dos compañías de guerreros se enfrentaban en una competición cuyos orígenes se perdían en el tiempo. Dos aldeas habían sido elegidas por el gobernador de Jandowae para representar la Batalla de los Dragones. Cientos de guerreros portaban a la espalda dos grandes dragones, maravillosamente fabricados con sogas atadas en rollos y nudos hasta alcanzar el tamaño real de esas criaturas. Los aldeanos rivales llevaban armaduras de caña y asta de diseño centenario, que nada podían contra las modernas armas de hierro. El casco de cada hombre estaba adornado con llamativas cintas, las de un bando rojas, las del otro azules, y los dragones de cuerda lucían máscaras labradas del mismo color. A lomos de los dragones, jinetes con armaduras adornadas y pintadas de brillantes colores dirigían a sus compañías. Los dos grupos rivales levantarían aquellas inmensas criaturas, que alcanzaban fácilmente los tres metros de circunferencia en la parte más ancha del cuerpo, detrás de la cabeza, y correrían. Correrían hasta alcanzar la velocidad que consideraran suficiente para su propósito; después, cargarían, haciendo chocar a los dragones. Los dos monstruos de cuerda serían empujados ferozmente hacia arriba: la tensión entre ellos los haría subir cada vez más alto, hasta que sus jinetes estuvieran a unos quince metros del suelo. Luego, aquellas grandes figuras caerían al suelo. Al final, le habían dicho a Erland, uno de los dos jinetes conseguiría elevarse más que el otro y arrebatarse la pluma del casco, poniendo así fin a la competición.

A Erland aquello le pareció extrañamente atrayente. Los dos grupos se habían acercado media docena de veces, y un bando o el otro amagaba y luego se alejaba, esquivando el primer choque. Habían entrado en contacto tres veces ya, sin que ningún jinete consiguiera apoderarse de la pluma de su adversario antes de verse obligado a apartarse y a intentarlo de nuevo. A Erland le impresionó que pudieran saltar de aquel modo, desde una altura de unos siete metros, ataviados con armadura, y no hacerse daño.

La competición acabó por fin tras la victoria del bando rojo, y las festividades de esa tarde concluyeron. Tras un descanso para una larga siesta y un refrigerio, comenzarían los festejos de la cena. Erland estaba pensando en mandar un recadero a la princesa, pidiéndole repetir el encuentro de la víspera, cuando la voz de Gamina llegó hasta él: *A James le gustaría que cenaras con nosotros esta noche.*

Erland se había acostumbrado hasta tal punto a hablar mentalmente que casi contestó en voz alta. Disimuló fingiendo que tosía y dijo:

—Tal vez deberíamos cenar tranquilamente esta noche, mi señor conde.

James se encogió de hombros, como si aquello no tuviera importancia.

—Bueno, nos quedan cincuenta y ocho días más de festejos, así que deberíamos administrar nuestras fuerzas. Puede que sea lo mejor, después de todo.

Kafi, que se hallaba en su puesto de costumbre, dijo:

—Entonces, alteza, os deseo buenas noches y regreso a mi casa en la ciudad baja. Volveré al alba para ponerme a vuestra disposición.

—Gracias, lord Abu Harez —repuso Erland con una leve reverencia.

Mientras el séquito de Erland regresaba a sus aposentos, no se dijo nada de importancia, ni en voz alta ni a través del pensamiento. Pero, al llegar a la entrada del ala en la que se alojaban, Erland dijo:

—Supongo que a la emperatriz le apetecía pasar su tiempo en otra parte.

James se encogió de hombros y Gamina dijo:

—El festival es muy largo y ella es mayor, Erland. Puede que lo más sensato sea que solo asista a las funciones que sean absolutamente imprescindibles. En realidad, lo de hoy no hay sido muy diferente a un festival de la cosecha.

—Cierto...

La aparición de un soldado, vestido a la manera de los keshianos de sangre pura, pero sin su pintoresco tocado, cortó la conversación. Aquel llevaba un casco de aspecto funcional, y había cambiado las sandalias por botas y espinilleras. Se cubría el pecho con un peto de cuero, y una espada muy cuidada colgaba de su cinto.

—Mis señores —dijo sin esperar permiso para hablar—, La que es Kesh ordena que os presentéis ante ella de inmediato.

Erland sintió que se sonrojaba de sorpresa e irritación.

—¿Lo ordena?

James le puso una mano sobre el hombro para detenerlo e impedir que diera al guardia una respuesta precipitada.

—Te acompañamos —dijo.

Erland oyó decir a Gamina: *James dice que debe de haber ocurrido algo importante. Te pide que conserves la calma hasta que sepamos qué sucede.*

Erland permaneció en silencio mientras abandonaban el ala de invitados y desandaban el camino, dejando atrás la entrada del túnel del anfiteatro que habían usado, para adentrarse luego en el centro del palacio. Unos minutos después se les unieron numerosos nobles armados, muchos de ellos con semblante ceñudo y

preocupado.

Al entrar en el salón de audiencias de la emperatriz, la vasta cámara central del palacio, la nómina completa de Amos y Señores se hallaba presente en la galería superior que rodeaba la tarima de la emperatriz. Abajo se agolpaban los oficiales de la corte, dejando únicamente un pasillo recto hacia la tarima. Fue por ese pasillo por el que avanzaron Erland y sus compañeros.

Cuando llegaron al pie de la tarima, Erland y James inclinaron la cabeza mientras Gamina hacía una reverencia. La emperatriz dijo sin preámbulos:

—¿Le importaría a su alteza decirnos por qué acabamos de recibir noticia de que su padre ha entrado en el Valle de los Sueños al frente de su ejército del oeste?

Erland sintió que se le abría la boca y la cerró. Miró a James, cuya expresión de asombro era igual a la suya.

—Majestad, ignoro de qué estáis hablando —respondió.

La mujer que dominaba el imperio más importante del mundo arrojó al suelo un pergamino y estuvo a punto de gritar de rabia.

—Por razones que escapan a mi comprensión, tu padre hace responsable personalmente a esta corte de la muerte de tu hermano. No contento con asumir el papel de monarca y negociar algún tipo de compensación, asume el papel de padre afligido y envía a sus vasallos al campo de batalla. Tu tío Martin y sus guarniciones de Crydee, Tulan y Carse acaban de desembarcar en las costas al sureste de Shamata. Cinco mil lanceros reales de Krondor se les han unido, y según nuestros informes otros diez mil soldados de las guarniciones de Sarth, Vista del Questor, Ylith y Yabon marchan hacia el sur, acompañados por tres mil tsuranis de LaMüt. También se ha movilizado a parte de las guarniciones de Páramo Oscuro y del Cruce de Malac. ¿Quieres hacer el favor de decirme qué hacen treinta mil soldados de las Islas agolpándose en nuestras fronteras, si esto no es el preludio de una invasión?

Erland no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Si su majestad imperial me permite... —empezó James dando un paso adelante.

—¡Yo no permito nada! —gritó la anciana. Su ira se había desatado por completo—. Ese necio de Arutha está llorando a un hijo, pero al parecer olvida que tengo a otro en mi poder como garantía de su buena conducta.

La emperatriz recobró el dominio sobre su cólera y añadió:

—Id a vuestros aposentos, señores y señora. Escribid los mensajes que sean precisos esta noche. Enviadlos con toda urgencia a la frontera y rogad por que vuestro padre y príncipe haya aprendido a dominarse. O por los dioses que llorará a otro hijo como un solo isleño pise Kesh con intenciones violentas hacia mi pueblo. ¿Está claro?

—Muy claro, majestad —respondió Jimmy.

Sacó a Erland del salón casi a rastras. Durante todo el camino desde la tarima a la puerta, las miradas clavadas en ellos eran casi palpables, y no eran nada amables.

Estaban tan solos y aislados como cupiera imaginar.

A la entrada del salón real, una compañía de guardias de palacio esperaba para escoltarlos a sus habitaciones. Mientras atravesaban el gigantesco palacio, Erland envió sus palabras a James a través de Gamina: *¿Qué somos ahora? ¿Prisioneros o invitados?*

James contestó: *Las dos cosas. Somos rehenes.*

Kafi Abu Harez y lord Nirome se unieron al séquito de las Islas en el camino de regreso a sus aposentos.

—Alteza, señor y señora —dijo Kafi—, se me ha dado un apartamento para pasar la noche al pie de la ciudad baja, a pocos metros de una de las muchas entradas. Estaré esperando vuestra llamada, si me necesitáis.

Erland asintió distraídamente mientras intentaba imaginar qué podía haber impulsado a su padre a tomar aquella increíble decisión. Aunque Arutha no conociera de primera mano Kesh, como él, leía personalmente los informes de los servicios secretos, en lugar de dejárselos a Gardan o a James para que lo aconsejaran. Conocía el alcance del poder del imperio si este decidía atacar el reino. La independencia de las Islas había descansado siempre sobre un único puntal: Kesh no podía permitirse las pérdidas que sufriría de invadir una nación de un tercio de su tamaño. Y el vapuleo que el reino infligiría a Kesh a cambio de disfrutar de alguna breve victoria la haría vulnerable a las revueltas de la Confederación, o al ataque de los Reinos Orientales.

Pero nunca, en ningún momento, había temido Kesh una invasión militar por parte del reino. Las escaramuzas ocasionales por las tierras del rico valle de los Sueños se habían convertido, desde luego, en un lugar común de la historia de los dos países, pero únicamente en una ocasión había intentado Kesh anexionarse tierras del reino, cuando las fuerzas imperiales trataron de ocupar una estrecha franja de territorio al norte de los Picos de la Tranquilidad, entre las Profundidades de Taunton y el cabo oriental donde las montañas se encontraban con el mar. Luego, un ejército bajo el mando de Guy du Bas-Tyra aplastó a las tropas imperiales en las Profundidades de Taunton, poniendo fin a los intentos keshianos de apoderarse de un puerto en el mar del Reino.

Desde esa época, no se había producido ningún enfrentamiento de importancia, y el espectro de una invasión del imperio por parte del reino resultaba inimaginable, pues si invadir las Islas tendría consecuencias desastrosas para Kesh, las consecuencias de una invasión del imperio por parte del reino serían una calamidad aún mayor.

Erland volvió a fijar su atención en el presente y cobró conciencia de que lord Nirome estaba diciendo algo.

—Discúlpame, mi señor, tenía la mente en otra parte. ¿Qué has dicho?

—He dicho que sin duda su alteza deseará enviar mensajes urgentes a su padre de inmediato. Daré orden de que haya correos preparados para partir a vuestra

disposición.

—Gracias —repuso Erland.

—Mi señor —pidió James—, si pudieras procurarme una copia de vuestros últimos informes acerca de esta temible invasión, te estaría muy agradecido.

—Veré lo que puedo hacer, mi señor. Pero Aber Bukar podría considerarlo poco adecuado. A fin de cuentas, ahora sois extranjeros hostiles.

James dominó el impulso de decir algo desagradable y se limitó a sonreír.

—Gracias.

Erland oyó decir a Gamina: *James dice que aquí está pasando algo terrible.*

Desde luego que sí, respondió.

Llegaron al ala del palacio donde se alojaban y vieron que al menos en los pasadizos entre las habitaciones del príncipe y las de su séquito no había guardias.

—Por lo menos podemos visitarnos —comentó Erland.

—Sí —respondió James—. Ahora la cuestión es dónde está Locklear.

—Estará otra vez entreteniendo a la princesa Sojiana respondió Erland con agrio humor, mientras acompañaba a James y Gamina a sus aposentos.

James, que no se atrevía a hablar en voz alta, dijo: *Estoy preocupado por él. Nunca había reaccionado ante una mujer como nos mostró hoy. Está preocupado por algo, y no se preocupa fácilmente. Creo que deberíamos esperar hasta que se reúna con nosotros para decidir qué hacemos ahora.*

Erland asintió con la cabeza, sin decir nada. Preguntó a Gamina: *¿Nos están vigilando otra vez?*

Ella miró a su alrededor y dijo: *El instrumento mágico vuelve a observarnos.*

Se sentaron en el salón de recibir y James indicó a los sirvientes que pusieran unos refrigerios en una mesa cercana y les dejaran solos. Cuando se hubieron marchado, sirvió vino para los tres.

A ver si puedes averiguar quién lo controla, dijo, y Erland comprendió que Gamina había establecido de nuevo aquel extraño vínculo mental a tres bandas. Solo lo hacía cuando podía sentarse y no decir nada, pues de otro modo era un esfuerzo excesivo. La mayor parte del tiempo, en público, se limitaba a transmitir los mensajes de uno a otro.

Gamina cerró los ojos como si tuviera dolor de cabeza, se pinzó el puente de la nariz con los dedos y al cabo de un momento dijo: *No es nadie cuyas pautas de pensamiento yo conozca. Es difícil de decir sin arriesgarse a que me detecte. Solo puedo espiar unos instantes sin que la persona de que se trate me perciba.*

¿Dónde están?

Cerca, respondió ella. *El lugar más probable es un complejo de habitaciones al otro lado del jardín que da a tus aposentos, Erland.*

El príncipe asintió con la cabeza.

—Creo que voy a retirarme pronto. Ha sido un día muy inquietante.

—Sí —contestó James—. Entonces, ¿qué opinas de esta invasión?

—Esta invasión es evidentemente un sinsentido —respondió en voz alta, para quien estuviera espiándoles pudiera escucharle.

James levantó una ceja, pero le siguió la corriente.

—Yo también lo creo, pero ¿cuál es tu argumento?

—Mi padre jamás permitiría que nada, y menos aún su ira o su dolor personal, lo llevara a tomar una decisión tan precipitada y destructiva.

Lo mismo pienso yo, dijo James. En voz alta repuso:

—Entonces, ¿cuáles son las alternativas?

—Hay dos posibilidades: una, que los informes de los servicios de inteligencia de la emperatriz sean falsos, que alguien esté enviando noticias falsas acerca de preparativos militares masivos a lo largo de la frontera a fin de provocar una crisis. O que mi padre no esté congregando a los ejércitos del oeste para invadir Kesh, sino para contener la temida invasión imperial.

—Esas son las dos posibilidades obvias —confirmó James mirándole con momentáneo orgullo. En silencio añadió: *Te das cuenta, desde luego, de lo que significa la segunda opción, si es la correcta.*

¿Qué?, preguntó Erland.

Que nuestra red de correos, y más aún, nuestra red de espionaje aquí en Kesh, se ha visto comprometida.

Claro, dijo Erland, y se le marcaron los nudillos al agarrar el brazo de la silla. *Si el sistema se ha visto comprometido, entonces cualquier informe de espionaje que hayamos recibido de nuestras fuentes aquí es sospechoso. No podemos fiarnos de nada de lo que nos han dicho desde antes de que emprendiéramos este viaje.*

—Disculpa, alteza —afirmó—. Ha sido una grosería. Estoy cansado.

—No tiene importancia —contestó Erland.

Pero eso significa que estamos completamente aislados, dijo James. *Ni siquiera podemos comprobar si esa supuesta movilización es cierta o falsa.*

—Puede que estemos un poco más lúcidos si nos vamos a la cama —afirmó desesperándose teatralmente Gamina.

Es hora de hacer algo nosotros mismos, dijo James.

Erland le lanzó una mirada interrogadora. *¿En qué estás pensando?*

Hace años que no tengo que correr por los tejados de palacio buscando asesinos, pero todavía sé trepar.

Erland sonrió con sincero regocijo por primera vez desde hacía días. *Jimmy “la Mano” va a salir de su retiro.*

Algo parecido. Quiero ver quién nos está escuchando, y es mejor que lo haga solo.

Erland se puso en pie.

—Creo que voy a enviarle una nota a Sharana —dijo—. Quizá pueda interceder por nosotros ante su abuela. Ella debe de saber que no abrigamos malas intenciones hacia su nación.

James asintió con la cabeza.

—Bien. Yo voy a ponerme a escribir. Quiero enviar algunos mensajes a Shamata para averiguar qué está ocurriendo allí.

Erland se inclinó ante Gamina.

—Mi señora, confío en que mañana tu dolor de cabeza haya pasado.

—Estoy segura de que así será, alteza.

Erland se fue rápidamente a sus aposentos y allí descubrió que no hacía falta que enviara un mensaje a Sharana, pues la princesa lo esperaba tendida sobre su cama. Sus ropajes cortesanos, la falda blanca y el chaleco, estaban colocadas pulcramente sobre un diván, al pie de la cama, junto a sus joyas. Sonriendo a Erland, dio unas palmadas sobre el cojín de su lado y dijo:

—Creía que ibas a estar reunido con los tuyos toda la noche.

Erland intentó sonreír, pero lo consiguió a duras penas.

—Agradezco tu deseo de pasar tiempo conmigo, Sharana, pero ¿podemos hablar sobre este lío?

—Con tal de que vengas aquí —respondió ella con un mohín.

Erland indicó a los sirvientes que esperaran fuera y se desvistió. Apartó las cortinas que rodeaban la cama y se tumbó junto a la princesa.

—Confiaba en que tuviéramos esta noche para nosotros —murmuró.

—Claro que sí, pero...

Ella le puso los dedos sobre los labios y luego lo besó largamente, sin prisas.

—Podemos hablar después. No quiero estar sin ti un minuto más.

Erland sabía que había asuntos importantes que discutir, pero enseguida estuvo de acuerdo con la princesa. Hablarían de ello después, con más calma.



16

Al acecho



Borric miraba los fuegos artificiales.

Desde el soportal de la fonda, Ghuda, Nakor y él disponían de un buen campo de visión, pues la mayoría del gentío se agolpaba al otro lado de la plaza, que se abría sobre el vasto anfiteatro imperial. Coloridos despliegues de fuegos artificiales llenaban el cielo nocturno, para asombro de la multitud. Ghuda estaba enfrascado en sus sombríos pensamientos y Nakor contemplaba el espectáculo con el embeleso y la alegría de un niño. Borric tenía que admitir que aquel era de lejos el espectáculo más impresionante que había visto, y que sobrepasaba con mucho incluso lo mejor que el maestro de ceremonias del rey podía ofrecer en Rillanon.

Suli apareció y, deslizándose en el banco junto a Borric, cogió la jarra de cerveza que lo esperaba. Una cosa que el muchacho podía hacer mejor que cualquiera de ellos era conseguir información; tal vez fuera un mal ladrón, pero era en cambio un mendigo excepcional, lo cual significaba que era a medias un chismoso.

—Está pasando algo extraño, amo —susurró.

Ghuda pareció interesado. El mercenario estaba de mal humor desde el intento fallido de conseguir la ayuda de los ladrones de la ciudad. Estaba convencido de que dos grupos, los guardias imperiales y los ladrones, les estaban buscando y de que sus vidas se medían por minutos, o por horas a lo sumo. Se había resignado a morir sin ver una sola moneda del dinero que Borric le había prometido, y a no tener la oportunidad de disfrutarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Esta noche hay mucha gente importante yendo y viniendo por el palacio, más de lo que es normal hasta cuando hay fiestas. Y hombres a caballo con las insignias de los correos imperiales van de acá para allá por la ciudad alta. Hay muchos guardias corriendo de un lado a otro, mientras que otros no hacen nada. Es como si

estuviera pasando algo muy gordo, como una guerra, o una revuelta, o una enfermedad repentina. Pero en los sitios donde uno puede enterarse de esas cosas, entre los conductores de caravanas y los barqueros, no se sabe nada; ni en las posadas ni en los prostíbulos se habla de que haya problemas. Y hay un trajín muy extraño de sirvientes en el palacio.

Aquello extrañó a Borric.

—¿Qué quieres decir con eso?

Suli se encogió de hombros.

—Según me ha parecido entender, amo, los sirvientes que no son de sangre pura se marchan del palacio después de la cena, normalmente antes de medianoche. Pero por alguna razón muchos están volviendo a palacio desde la ciudad baja. Y en las cocinas se ven fuegos, como si se estuviera preparando gran cantidad de comida para cientos de personas. Y los que preparan los desayunos no suelen empezar hasta dentro de siete horas.

Borric meditó sobre aquello a la luz de lo que le habían enseñado sobre la política keshiana que, aunque no era mucho, incluía un hecho que concordaba con aquella noticia.

—Hay varios cientos de miembros de la Galería de Amos y Señores en la ciudad. Los que no son de sangre pura están siendo convocados a un consejo de emergencia. La comida es para impedir que pasen hambre durante las deliberaciones. Con sus comitivas, habrá varios miles de personas en la meseta que normalmente no estarían allí a estas horas. —Pensó en qué podía significar aquello—. ¿Cómo entran en la ciudad superior? ¿Por esa calle?

Suli se encogió de hombros.

—Puedo averiguarlo. —Se bajó de su asiento y se encaminó a la plaza, que estaba llena de vecinos, ahora que las festividades habían acabado. Normalmente las tiendas estaban ya cerradas a esas horas, quedaban apenas dos horas para la medianoche, pero la presencia de aquella multitud de celebrantes había hecho que muchos negocios, aparte de las tabernas, las bodegas, las fondas y los burdeles, siguieran abiertos. A Borric le parecía un poco extraño. Nunca había visto en Krongor una muchedumbre semejante, ni siquiera a mediodía; allí, sin embargo, habían pasado ya cuatro horas desde la puesta de sol.

Ghuda dijo:

—¿En qué barbaridad estás pensando, Loco?

Borric contestó:

—Depende de lo que descubra Suli. Te lo diré cuando vuelva. Tú sigue con los ojos bien abiertos por si ves a alguno de esos matones a los que dimos esquinazo en el callejón anoche.

—Conociendo a los guardias imperiales —dijo Ghuda—, todos los que estaban en el burdel y sobrevivieron a la redada seguramente estarán ahora mismo en un calabozo, mientras el comandante de la guardia decide de qué acusarles para poder

venderlos como esclavos. La justicia imperial es ecuaníme: castiga a todos por igual, sean culpables o inocentes.

El tiempo pareció arrastrarse lentamente durante los veinte minutos que Suli estuvo ausente. Cuando al fin volvió, parecía perplejo.

—Es muy raro, amo, pero parece que todas las entradas a la ciudad alta están abiertas, para que los que tengan que volver puedan hacerlo por el camino más rápido.

Los ojos de Borric se achicaron.

—¿Tantas entradas? ¿Y qué hay de los guardias?

Suli se encogió de hombros.

—No había ninguno en las cuatro o cinco puertas que he visto, amo.

Borric se levantó y se puso los guantes de piel negra que formaban parte de su disfraz. De la noche a la mañana había sufrido su tercera metamorfosis, gracias a la bolsa de Nakor y a lo que quedaba del dinero de la venta de los caballos imperiales. Ahora, su pelo corto y blanco era de nuevo oscuro, de un color castaño con matices rojizos, y llevaba coraza negra y manto del mismo color. Visto con poca atención, parecía un guardia imperial de la Legión Interior. Si uno se fijaba más, parecía otro mercenario anónimo que había acudido a la ciudad atraído por los festejos. Suli llevaba las mismas vestiduras de hombre del desierto y Nakor se había puesto una túnica azul, algo menos descolorida y manchada que las dos que había lucido antes.

Ghuda se había resistido a cambiar de coraza y de ropas, pues lo consideraba inútil teniendo tan cerca la muerte. Había comprado una túnica roja nueva, más porque Borric dejara de incordiarlo que porque creyera que ello les ayudaría a impedir que la Guardia Imperial o los ladrones les atraparan.

Cuando estuvieron todos de pie, Borric se volvió y cruzó la plaza. Abriéndose paso entre el gentío, llegaron al bulevar, que estaba aún acordonado y vigilado por guardias para impedir que los vecinos de la ciudad baja inundaran la calle, que al día siguiente se usaría de nuevo para la procesión de la mañana. Borric miró hacia el otro lado del bulevar vacío y vio docenas de edificios con luces encendidas. Muchos tenían las puertas abiertas de par en par. Un hombre cruzó corriendo la calle y un guardia se adelantó para cortarle el paso. Hablaron un instante y el soldado hizo una seña al hombre. Este siguió luego hacia una puerta por la que entró.

Suli dijo:

—Esos edificios construidos en la parte exterior de la meseta son en realidad parte del palacio propiamente dicho. Allí se alojan los sangre pura de menos rango, pero sangre pura. Y muchos de esos apartamentos tienen túneles que suben a los niveles superiores.

Borric miró a su alrededor y vio que otros guardias paraban a quienes intentaban cruzar la calle.

—En esta calle hay mucho ajetreo. Vamos a buscar otro camino.

Mientras seguía al príncipe, Ghuda dijo:

—¿Otro camino adonde?

—Ya lo verás —contestó Borric.

—Eso me temía que dijeras —respondió Ghuda.

Borric siguió el bulevar que bordeaba la gigantesca meseta, la cual dejaba en penumbra aquel barrio de la ciudad pocas horas después del mediodía. Al llegar a un lugar donde el bulevar se cruzaba con otra avenida, Borric vio lo que estaba buscando.

—¡Allí! —dijo, señalando con un movimiento de la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Ghuda.

—La esquina del fondo, guerrero —contestó Nakor—. ¿Es que no lo ves?

En la esquina más alejada se veía un gran pasadizo abierto que se adentraba en la meseta; no había guardias a la vista, pero por él entraban apresuradamente varios sirvientes. Borric miró en ambas direcciones y se metió bajo el cordón. Cruzó rápidamente la calle, esperando que alguien le diera el alto, pero su coraza negra pareció convencer a los soldados que había a media manzana de allí de que era uno de ellos. Sus compañeros iban un paso por detrás de él; daba la impresión de que Borric los escoltaba.

Al entrar por el amplio portal, vieron una rampa que ascendía hacia la oscuridad, con antorchas en las paredes, separadas entre sí por varias docenas de metros. Ghuda dijo:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Vamos a entrar en el palacio —respondió el príncipe.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó el mercenario.

—Me siento como un idiota porque no se me haya ocurrido antes. Seguidme y, hagáis lo que hagáis, aparentad que sabéis exactamente adonde vais. Si algo conozco son los palacios y a sus sirvientes. Los criados no quieren saber nada. Y eso incluye a los guardias.

Se asomó a un pasadizo lateral, un piso por encima del lugar por el que habían entrado, y no vio nada.

—Cuando uno está donde no debe, duda, mira de acá para allá y anda encogido, y cualquiera se da cuenta de que está fuera de lugar. Pero si vas mirando hacia delante, erguido y con determinación, los sirvientes y los guardias piensan que sabes dónde vas. Es raro que te paren y te interroguen, por miedo a equivocarse. No quieren que les castiguen por molestar a alguien que está donde debe estar.

»Con quien hay que tener cuidado es con los oficiales y los funcionarios de menor rango. Los oficiales suelen parar a quien no reconocen, aunque habiendo varios miles de desconocidos entrando en palacio, es improbable que lo hagan. Quien podría ponernos en apuros es algún funcionario de poca monta, muy pagado de sí mismo, que esté ansioso por demostrar lo importante que es.

Ghuda dijo:

—Eso suena muy bien, Loco. Pero también sonaba muy bien tu idea de contactar

con los ladrones.

Borric se detuvo.

—Mira, yo estoy aquí. Si tanto temes por tu vida, después de todo lo que hemos pasado, ¿por qué no das media vuelta?

Ghuda pareció pensárselo solo un instante.

—Tengo detrás de mí a la Legión Interior imperial y a los ladrones de Kesh empeñados en meterme en un agujero muy hondo, gracias a ti, Loco. Soy casi un cadáver andante. Así que puedo volver y esperar a que alguien me reconozca, o puedo dejar que me cojan aquí. Pero siempre cabe la posibilidad de que ocurra lo imposible y por fin hagas algo bien, en cuyo caso tal vez yo sobreviva y consiga mi dinero. Por eso sigo aquí.

Borric miró hacia el túnel al oír el eco de unos pasos distantes que se dirigían hacia ellos.

—¿Suli? ¿Quieres irte?

El chico estaba asustado, pero negó con la cabeza.

—Eres mi amo y yo soy tu sirviente. Iré contigo.

Borric le puso la mano sobre el hombro un momento; luego miró a Nakor.

—¿Qué me dices tú, mago?

La sonrisa de Nakor se ensanchó.

—Que esto es muy divertido.

Ghuda miró al cielo y, sin emitir sonido, pronunció la palabra «divertido». Pero no dijo nada cuando Borric les indicó que siguieran por el pasadizo.

* * *

Borric no había visto nunca nada comparable al palacio de la emperatriz. Tan grande como una ciudad, el trasiego en sus amplios corredores no era menor al de un bulevar en día de mercado. El flujo presuroso de personas en casi cada pasillo les ayudó a pasar inadvertidos. De momento, la afirmación de Borric de que si aparentaban estar donde debían nadie les interrogaría había demostrado ser correcta.

El problema era que ninguno de ellos tenía idea de adonde se dirigían. Pedir indicaciones era arriesgarse a ser descubiertos, pues todos los que estaban allí por derecho sabían adonde se encaminaban.

Llevaban ya una hora en el palacio. Se acercaba la medianoche y, aunque la jornada keshiana había acabado apenas un par de horas antes, había pasado ya la hora en que la mayoría de los ciudadanos decentes se iba a la cama.

Borric les llevó a una zona que parecía menos congestionada y les condujo luego por un pasillo lateral, hacia lo que, por su aspecto, eran aposentos privados. Borric, que esperaba que les dieran el alto en cualquier momento, se sintió aliviado cuando

entraron en un pequeño jardín desierto. Ghuda se arrodilló al borde de una fuente y bebió. Suspirando, levantó la vista y dijo:

—¿Y ahora qué?

Borric se sentó en el pretil de la fuente y dijo:

—Creo que tengo que echar un vistazo por ahí, pero no hasta que las cosas estén un poco más tranquilas. —Se quitó el manto y la coraza de cuero, diciendo—: Y si voy a moverme por ahí como quiero, esto va a tener que quedarse aquí. —Recorrió el jardín con la mirada, y se fijó en un denso seto de arbustos y heléchos que bordeaba una pared—. Si os escondéis allí, nadie os verá, a no ser que os esté buscando.

Ghuda se disponía a contestar cuando un gong resonó a lo lejos.

—¿Qué ha sido eso?

Unos segundos después sonó otro gong, y luego otro. De pronto, aquel sonido se aproximó y se oyó un ruido de gente corriendo por el pasillo. Borric agarró su armadura, corrió hacia el seto y se lanzó de cabeza hacia él. Se agachó junto a sus compañeros y dijo:

—¡Maldita sea! Me pregunto si nos estarán buscando.

Ghuda, que miraba a través del seto, respondió:

—No lo sé, pero si empiezan a peinar este jardincito, nos encontrarán. Solo hay esa salida.

Borric asintió con la cabeza.

—Esperaremos.

* * *

Erland y Sharana se despertaron al instante cuando los gongs empezaron a sonar. No estaban en realidad dormidos, sino más bien sumidos en el cálido y dulce duermevela que se apoderaba de ellos después de hacer el amor. A pesar de su apariencia voluptuosa, Sharana era una joven atlética y saludable. Dejaba exhausto a Erland cuando acababan. Pero era aquel un cansancio delicioso, y Erland no podía imaginar nada más deseable que gozar de él por mucho tiempo.

Sin embargo, la reacción de Sharana al oír los gongs disipó en un abrir y cerrar de ojos aquel estado de ánimo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

La princesa saltó de la cama y, mientras las sirvientas retiraban las cortinas, dijo:

—¡Hay que vestirse!

Mientras Erland se esforzaba por recuperar su ropa, las sirvientas llevaron a la princesa su falda y su chaleco. Al abrocharse la hebilla que sujetaba su falda, Sharana dijo:

—Es una alarma. Da la orden de cerrar la ciudad superior. Significa que sucede

algo malo.

Erland acabó de vestirse rápidamente y, cuando hubo terminado, salieron del jardín y entraron en sus aposentos. Una compañía mixta de guardias de la corte y hombres de negro de la Legión Interior esperaba a Sharana. Se inclinaron y el oficial al mando dijo:

—Alteza, tus sirvientes nos informaron de que estabas aquí cuando fuimos a tus aposentos. La emperatriz ordena que te llevemos a su presencia.

Sharana asintió con la cabeza y, cuando Erland hizo amago de acompañarla, uno de los legionarios ataviados con coraza negra dijo:

—No tenemos órdenes respecto a este, alteza.

Sharana se volvió bruscamente y exclamó casi escupiéndolo:

—¡Este! —Señaló a Borric y dijo—: ¡Es el heredero del trono de las Islas! ¡Un miembro de la realeza! —Su voz era potente, autoritaria, y su rostro se había enrojecido por la rabia. Casi chillaba al decir—: Te dirigirás a él como te dirigirías a mi tío, porque es igual a Awari en rango. ¡Es una orden!

La reacción de la joven, y la ferocidad con que la expresó, dejaron perplejo a Erland. Casi esperaba que ordenara al soldado que se humillara, pero ella se limitó a indicar con un gesto a la compañía que se moviera.

Erland notó que el oficial estaba pálido y sudoroso, y se compadeció de él. Pero cuando doblaron la esquina la voz de Sharana volvía a ser miel y vino cuando dijo:

—Supongo que tendrá algo que ver con ese desgraciado asunto del ejército de tu padre. No creo que pase nada realmente peligroso aquí, en la ciudad alta.

Erland intentó reconciliar a la muchacha dulce y sonriente que caminaba a su lado con la joven vociferante que había humillado a un oficial apenas un instante antes, y no lo logró.

Entraron en el ala del palacio que albergaba la Corte de la Luz, el salón del Gobierno. Erland no había estado nunca allí, ni siquiera cuando la emperatriz había solicitado su presencia. Antes siempre se habían encontrado en la sala de audiencias de la emperatriz.

Ahora, sin embargo, entraba en la sede del Gobierno de Kesh, en el lugar en el que nunca penetraba la oscuridad, pues el salón estaba provisto de un millar de lámparas, cada una con una veintena de grandes velas. La luz bañaba la estancia. Claro como el día, el salón estaba casi desprovisto de sombras, pues mientras que el sol entraba en otras partes por un solo lado, allí la luz procedía de veinte mil fuentes. Incluso cuando se debatían allí los asuntos de la corte, grupos de trabajadores iban bajando las lámparas y reemplazando las velas consumidas, pues la oscuridad tenía la entrada vedada en la Corte de la Luz.

Avanzaron aprisa por el largo pasillo de entrada, dejando atrás a los funcionarios de la corte y a los oficiales de la Legión Interior. A la cabeza del gentío que ocupaba la sala se hallaban los oficiales del estado mayor de las Legiones Perro de Aber Bukar. Sobre un trono laminado en oro se sentaba la emperatriz, recostada sobre

cojines hechos de un tejido de hilo de oro.

A su alrededor, sobre asientos elevados, ascendiendo en semicírculo grada tras grada, se hallaba la asamblea de los gobernantes de Kesh, la

Galería de Amos y Señores. Y mientras Erland se acercaba al trono, otros seguían entrando y se dirigían apresuradamente hacia sus asientos.

En el salón se oía el zumbido de las conversaciones en voz baja, y no hacía falta un vidente para darse cuenta de que el tono de la reunión era sombrío. Algo terrible había ocurrido, y en la estancia resonaba el eco de las conjeturas más terribles.

Cuando Sharana y Erland llegaron al pie de la tarima, el maestro de ceremonias de la emperatriz golpeó el suelo con el extremo recubierto de hierro de su gigantesco bastón. El halcón que adornaba la parte superior del bastón parecía listo para lanzarse desde el disco del sol que sostenía entre sus garras.

—¡Oíd todos! ¡Ella ha llegado! ¡Ella ha llegado! ¡La que es Kesh se sienta a juzgar!

Al instante, el silencio descendió sobre el salón. La emperatriz indicó a Sharana que subiera los doce escalones de la tarima y la muchacha así lo hizo, con una visible expresión de incertidumbre en el rostro. Era aquel un acontecimiento sin precedentes, pues, según la tradición del imperio, nadie subía al estrado imperial, excepto el maestro de ceremonias, y este se quedaba siempre un escalón por debajo, listo para pasar a La que es Kesh cualquier documento que necesitara inspeccionar. Sharana vaciló al llegar al último escalón, y de nuevo su abuela le indicó que se acercara a ella. Al llegar junto a ella, la joven cayó de rodillas. Lakeisha, emperatriz de Kesh la Grande, rodeó a su nieta con los brazos y comenzó a llorar. La sala quedó en completo silencio ante aquel espectáculo. Ninguno de los presentes había contemplado nunca nada parecido.

Al fin, la anciana soltó a su nieta, confusa y angustiada, y se levantó. Respiró hondo para dominarse y dijo alzando la voz:

—¡Sabed que se ha cometido un asesinato en esta casa! —Las lágrimas afluyeron de nuevo a su cara arrugada, pero su voz siguió siendo fuerte—. Mi hija ha muerto.

Los presentes dejaron escapar una exclamación colectiva de sorpresa. Varios miembros de la Galería de Amos y Señores se miraron como si buscaran alguna señal de que no habían oído bien.

—Sí —sollozó la emperatriz—. Me han quitado a Sojiana. La que iba a sucederme ha sido arrebatada de la luz. —La voz de Lakeisha se tornó colérica—. ¡Hemos sido traicionados! ¡Hemos acogido en esta casa a alguien que nos ha traicionado, que sirve a quienes persiguen nuestra ruina!

Erland levantó la vista del suelo del salón y, al ver que los ojos de la emperatriz caían sobre él, miró a su alrededor, buscando a sus compañeros. James y Gamina estaban al fondo de la vasta estancia, bajo vigilancia. La voz de Gamina llegó hasta él: *James dice que guardes silencio pase lo que pase. Cree que nos han...*

Antes de que pudiera acabar, la emperatriz gritó:

—Erland, príncipe de la Casa de conDoin, ¿has venido a este país con el único propósito de hacer el mal?

Erland respiró hondo antes de hablar, y con voz clara y serena dijo:

—Explícate, Lakeisha.

El uso del nombre de pila de la emperatriz no pasó desapercibido a los nobles keshianos. Erland estaba afirmando su rango como heredero del trono de las Islas. Sabía que, pasara lo que pasase, su rango y la tradición de la inmunidad diplomática le aseguraban cierta protección.

La emperatriz lo miró con ira y dijo:

—Sabes muy bien lo que quiero decir, hijo de la desgracia. Mi hija Sojiana, la que me habría sucedido en el gobierno de Kesh, yace muerta en su alcoba, como bien sabes. Muerta a manos de tu compatriota.

Erland recorrió de nuevo la sala con la mirada. No encontró la cara que buscaba, pero oyó decir a la emperatriz:

—Mi hija ha sido asesinada por un hombre que tú trajiste a esta casa, y si es posible demostrar que lo hizo cumpliendo órdenes tuyas, tu rango y tu posición no te servirán de nada.

Casi susurrando, Erland dijo:

—Locklear.

—¡Sí! —gritó la emperatriz—. El barón Locklear ha huido en medio de la noche, después de cumplir su sangrienta tarea. El palacio está sellado y la búsqueda comienza. Cuando sea traído ante nosotros, sabremos al fin la verdad de todo esto. Ahora, apártate de mi vista. Estoy harta de los hombres de las Islas.

Erland se volvió, envarado, y salió de la sala. Al cruzar el portal, James y Gamina echaron a andar tras él, rodeados de guardias. No dijeron ni una palabra hasta que llegaron a las habitaciones de James y Gamina. Erland dio media vuelta y ordenó al capitán de la guardia:

—Dejadnos. —Al ver que vacilaba, Erland dio un paso adelante y gritó—: ¡Dejadnos ahora mismo!

El capitán inclinó la cabeza.

—Mi señor —dijo, y ordenó a sus hombres que salieran.

Erland se volvió hacia Gamina y dijo en silencio: *¿Puedes encontrar a Locky?*

Gamina contestó: *Puedo intentarlo.* Cerró los ojos y estuvo inmóvil un rato; luego abrió los ojos de par en par, llena de asombro, y dijo en voz alta:

—¡Borric!

—¡Qué! —exclamó Erland.

Obligándose a hablar con el pensamiento, Gamina añadió: *Por un momento... solo por un momento, me ha parecido...* Hubo un silencio; luego prosiguió: *No sé qué era. Por un instante he detectado una pauta que me resultaba familiar; luego, justo cuando la he reconocido... cuando me ha parecido reconocerla... se ha esfumado.*

¿Esfumado?, preguntó James.

Debe de haber sido un mago. Solo un mago podría haberme ocultado sus pensamientos tan deprisa y completamente. Con una nota de tristeza dijo: No podía ser Borric, aquí no, en el palacio. Estoy cansada y preocupada. Debo de haber sentido algo familiar en esa pauta de pensamiento y he llegado a una conclusión equivocada antes de estar segura. Seguiré buscando a Locklear.

Erland y James se acercaron a un diván y se sentaron para observar a Gamina, que seguía inmóvil, con los ojos cerrados, mientras su mente escudriñaba el vasto palacio en busca de una pauta mental que reconociera como perteneciente a Locklear. Erland se acercó a James para que pudieran hablar en voz baja sin molestar a Gamina.

—¿Encontraste algo antes? —preguntó, refiriéndose a la intención de James de escabullirse y echar un vistazo por el palacio.

—Nada. Hay demasiado terreno que cubrir —susurró James—. Me costó casi un mes descubrir la mayoría de los pasadizos secretos del palacio de tu padre, y es una décima parte de éste.

Erland suspiró.

—Pensaba que quizá... encontraras algo.

James compartía su desilusión.

—Yo también.

Apenas hablaron mientras esperaban a que Gamina concluyera su búsqueda. Pasada casi una hora, ella abrió los ojos.

—Nada —dijo con calma.

—Ni rastro de él —dijo Erland en voz alta.

No, contestó ella. No está en el palacio. En ninguna parte.

Erland se recostó en los gruesos cojines.

—Creo que no hay nada más que podamos hacer esta noche, salvo esperar —dijo. Se levantó y, sin decir nada más, dejó a James y a Gamina.

* * *

Borric casi salió de un salto de detrás de los arbustos.

—¿Qué...? —comenzó a decir, pero Ghuda tiró de él antes de que los guardias de la entrada lo vieran. Unos cinco minutos después de que sonara la alarma, empezaron a entrar guardias a toda prisa, todos ellos en una sola dirección. Los había de la Guardia de Palacio, keshianos de sangre pura con sus faldas blancas, y miembros de la Legión Interior, con sus armaduras negras. A Borric solo se le ocurrió pensar que alguien había sospechado al fin del extraño grupo que vagaba por el palacio sin escolta.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó Ghuda.

Borric respondió en un susurro:

—Por un momento me ha parecido oír a alguien hablando detrás de mí.

Nakor sonrió.

—Ha sido magia.

—¿Qué? —preguntaron Ghuda y Borric al mismo tiempo.

—Magia. Alguien estaba registrando esta zona. Reaccionó por un instante al tocar tu mente.

Borric parpadeó, confuso.

—¿Cómo lo sabes?

Nakor ignoró la pregunta.

—Pero lo arreglé. Ahora no pueden encontrarte.

Borric iba a hacerle más preguntas cuando otro grupo de guardias de negro, pertenecientes a la Legión Interior, entró en el jardín y comenzó a buscar metódicamente entre los setos y los arbustos. Ghuda sacó lenta y metódicamente la espada que llevaba al hombro, listo para abalanzarse sobre el primer guardia que separara el arbusto detrás del cual se habían agazapado. Cuando los guardias estaban casi a su lado, Nakor se levantó de un salto y gritó:

—¡Eo!

El guardia más cercano estuvo a punto de caer de espaldas por la impresión, al ver saltar hacia él a aquel extraño hombrecillo, flaco y estrafalario. Luego Nakor ejecutó una pequeña danza y de pronto una docena de guardias se lanzó en su persecución.

Los ojos se agrandaron, llenos de incredulidad, mientras la escena que había contemplado la primera vez que vio al diminuto mago se repetía ante él, pues, por cerca que pareciera estar alguno de los guardias, el astuto hombrecillo se las ingeniaba para escabullirse. Primero un guardia y luego otro se abalanzaron sobre él, solo para ver cómo el flexible isalani se alejaba ágilmente de un salto, sin dejar de reír como un loco. Dos veces pasó por debajo de los brazos extendidos de un hombre, puso la zancadilla a otro y esquivó a un tercero antes de que nadie se diera cuenta de lo que ocurría. Cuando algún brazo intentaba rodearlo, caía al suelo rodando, y cuando los guardias se lanzaban de cabeza a por él, daba un brinco al aire. Cada vez que una mano intentaba cerrarse sobre él, solo encontraba vacío. Y sus gritos y su parloteo solo hacían que los guardias lo intentaran con más ímpetu, empujándolos a actuar precipitadamente.

Por fin, un sargento de la guardia comenzó a gritar órdenes y los legionarios se desplegaron para rodear a Nakor. El hombrecillo metió la mano en su mochila y sacó un objeto pequeño, del tamaño aproximado de una nuez. Cuando los guardias se precipitaron hacia él, lo arrojó al suelo.

Cuando aquel objeto chocó contra la tierra, estalló una luz blanca y cegadora, a la que siguió una nube de humo blanco, acompañada por el mismo desagradable olor a azufre que Borric había percibido en el calabozo de Jeeloge. Los guardias

parpadearon, confusos, y se quedaron quietos un momento; luego descubrieron que Nakor ya no estaba en el centro del círculo. Una risa malévolamente les hizo volverse a la vez, y allí estaba el isalani, ante la puerta del pasillo. Profirió un agudo silbido, indicó a los guardias que lo siguieran y echó a correr hacia el centro del palacio.

—¿Cómo ha hecho eso? -pregunto Ghuda.

—Debe de ser un mago de verdad —susurró Suli.

Borric se levantó.

—Volverán cuando ese sargento se acuerde de que éramos más y de que no han acabado de registrar este jardín. Tenemos que encontrar otro escondite, y enseguida. Vamos.

—Para morir lo mismo da un sitio que otro, Loco -resopló Ghuda, burlonamente.

—El objetivo es no morir, Ghuda -contestó fríamente Borric, después de mirar al mercenario un momento.

Ghuda se encogió de hombros.

—Eso no te lo discuto. ¿Adonde vamos ahora?

Borric miró hacia la puerta del pasillo y dijo:

—En dirección contraria a la que han seguido todos esos guardias. Si podemos dar un rodeo y entrar en la zona que ya han registrado, ganaremos algún tiempo.

No esperó otros comentarios; salió con calma al pasillo, como si supiera exactamente lo que hacía. Para sus adentros, deseó que así fuera.

* * *

Erland estaba solo, cavilando. Nada de aquello tenía sentido. Lo sucedido durante los dos días anteriores era tan improbable que no podía creer ni por un instante que la emperatriz pensara que había ido a su palacio con intención de armar aquel jaleo. No había motivo, razón o explicación, salvo la obvia. Quien había intentado provocar la guerra entre el reino y el imperio había vuelto a las andadas y parecía empeñado en acelerar las cosas. La única conclusión que se le ofrecía era que el arquitecto de aquel complot, fuera quien fuese, deseaba provocar la confrontación mientras todos los posibles sospechosos del imperio estaban en la ciudad con ocasión del jubileo.

Erland lamentó no conocer los nombres de quien podía desear aquella locura, pues de buena gana se lo habría enviado, a él o a ella: las mujeres de la corte eran tan peligrosas como los hombres, a la emperatriz ensartado como un ave de caza. Pensó en intentar enviar una nota a Sharana, asegurándole que no tenía absolutamente nada que ver con el atentado cometido contra su madre.

Pero se lo pensó mejor. Incluso si él mismo hubiera hundido el cuchillo o puesto veneno en la copa de Sojiana, proclamaría su inocencia. Después se le ocurrió una idea: ¿cómo había sido asesinada la princesa? Y si Locklear estaba bajo sospecha,

¿dónde se había metido? No era precisamente un ladrón en plena noche; era un par del reino, un barón de la corte del príncipe de Kronдор. Y aunque surgiera algún conflicto, alguna discusión, incluso la más acalorada, Locklear jamás haría daño a una mujer.

Erland sabía que Locklear estaba siendo el chivo expiatorio, pero ¿cómo demostrarlo?

Lady Miya entró en sus aposentos y se inclinó ligeramente.

—Erland —dijo con suavidad—, la emperatriz ha ordenado que quedes confinado en estas habitaciones.

Erland se sentó bruscamente, ofuscado por la ira.

—¡Cómo se atreve! Ni siquiera ella osaría poner en peligro la tradición de la inmunidad diplomática.

Miya fue a sentarse a su lado.

—Ha perdido a su hija. Sus consejeros la advierten de que, si te hace daño a ti o a alguno de los miembros de tu séquito sin permiso de tu rey, se arriesga a sufrir represalias y a que ningún embajador vuelva a atreverse a cruzar las fronteras de Kesh. —Suspiró y rodeó con el brazo los hombros de Erland—. Cambiará de idea dentro de un día o dos, estoy segura. Hasta entonces, eres libre de visitar a tus amigos en la otra parte de esta ala, pero no puedes salir de esta zona sin los guardias, y solo para regresar a la corte de la emperatriz, cuando ella desee volver a verte.

Erland dijo:

—¿Cómo ha sido asesinada la princesa?

Los ojos de Miya se llenaron de lágrimas, pero consiguió contenerlas al decir:

—Tenía el cuello roto.

Los ojos de Erland se achicaron.

—¿Roto? ¿Se había caído?

Miya movió la cabeza de un lado a otro.

—No. Tenía marcas alrededor de la garganta. Alguien le partió el cuello.

—Mira, esto es importante —dijo Erland—. Locklear no ha podido matar a tu prima.

Miya estudió un momento el rostro del príncipe. Luego dijo:

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Locklear no es de los que harían daño a una mujer, ni siquiera aunque tuviera motivos, salvo para defenderse. Pero mira, incluso si algo... —Erland buscó palabras con dificultad— incluso si algo le hubiera obligado a actuar... de manera tan poco propia de él... no habría estrangulado a Sojiana. Es un espadachín. Habría usado su espada, o una daga. Es un luchador consumado, pero le falta la fuerza bruta necesaria para romper un cuello. La princesa no era una mujer menuda. Y, si era como su hija, hay fuerza debajo de esa piel suave.

Miya asintió con la cabeza.

—Sojiana era más fuerte de lo que parecía. Todos... todos mis parientes del lado

de la emperatriz son así. Parecen delicados, pero no lo son. —Se quedó callada un momento; luego dijo—: Pero si Locklear no la mató, ¿quién fue? ¿Y por qué no está Locklear aquí?

Erland contestó:

—Me temo que la respuesta es la misma para las dos preguntas. Y si tengo razón respecto a lo que ha ocurrido, Locklear está en peligro... si no está ya muerto.

—Creo que conozco a alguien que puede ayudar —dijo Miya.

—¿Quién?

—Lord Nirome. Siempre está dispuesto a avenirse a razones. Y habiendo muerto Sojiana, la tensión en la Galería de Amos y Señores será aún mayor, porque, aunque la mayoría habría aceptado a Sojiana como nueva emperatriz, muchos no aceptarán a alguien tan joven como Sharana. Nirome estará ansioso por aliviar la tensión de la corte, y encontrar al asesino de la princesa será el modo más rápido de hacerlo.

—Me pregunto... —dijo Erland mientras daba vueltas a una idea—. ¿Quién apoya a Awari?

—Lord Ravi y los que temen el matriarcado. Pero muchos que apoyaban a Sojiana simplemente porque era la mayor se decantarán ahora por Awari. No se me ocurre ninguna razón por la que Awari no deba heredar.

Erland dijo:

—Ve a ver si consigues que Nirome venga a verme. Tenemos que parar esta locura antes de que se derrame más sangre.

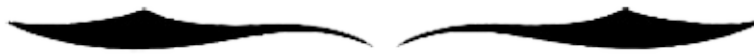
La muchacha se marchó corriendo y Erland se recostó en el asiento. Cerrando los ojos, intentó visualizar el rostro de Gamina y enviarle sus pensamientos. Al cabo de un minuto, la voz de Gamina resonó en su mente. *Sí, Erland, ¿qué ocurre?*

¿Podrías venir a mis habitaciones James y tú? Creo que me precipité al pensar en dormir. Hay algunas cosas de las que tenemos que hablar.

Hubo un momento de silencio. Luego Gamina dijo: *Vamos para allá.*



Trampas



Borric se asomó a la esquina.

Al no ver movimiento entre las sombras, indicó a sus compañeros que lo siguieran. Durante casi una hora, se habían escondido de diversas compañías de guardias que buscaban con ahínco a los intrusos. De Nakor no habían vuelto a saber nada desde que alejara al primer grupo de legionarios. Media docena de veces desde entonces habían esquivado por los pelos a otras partidas de búsqueda.

Ghuda puso la mano sobre el hombro de Borric.

—Así no vamos a llegar a ninguna parte —susurró—. Creo que deberíamos agarrar a un sirviente y averiguar dónde se alojan esos amigos tuyos. Podemos atarlo y luego enviar a alguien a que lo suelte, cuando hayas solucionado este lío en el que nos has metido. Solo estará incómodo un rato. ¿Qué te parece?

Borric contestó:

—No se me ocurre una idea mejor, así que podría ser. —Miró a su alrededor—. Y a todos nos vendría bien un descanso.

Ghuda dijo:

—Yo me sentaría un rato, eso seguro.

—Bueno, todas estas habitaciones parecen vacías. —Borric señaló la puerta más cercana y dijo—: Probemos con esa.

Abrió la puerta con todo el sigilo que pudo; era una puerta ornamentada, de caña de bambú y marfil, y crujió con estrépito cuando la empujó. Cuando la hubo abierto unos centímetros, dijo:

—Quizá deberíamos volver a esas puertas que solo tienen cortinas.

De pronto, Ghuda empujó la puerta, de tal modo que emitió un, curiosamente, leve crujido; luego Ghuda empujó a los otros dos al interior de la habitación y cerró la puerta.

Borric estuvo a punto de perder el equilibrio; cuando se dio la vuelta, el viejo luchador se llevó un dedo a los labios para recordarle que debían guardar silencio. Borric sacó su florete y Suli su espada corta, y Ghuda retrocedió y desenfundó su gran espada de mano y media. Se apartó de los otros dos para tener espacio. Borric recorrió con la mirada la habitación desierta, asegurándose de que no había nada que lo estorbara si tenía que pelear. De todas formas, poco importaba: si se veía obligado a luchar, habría un incontable número de guardias. Su única esperanza sería mantenerse vivo el tiempo suficiente para convencer a alguien de que era el otro hijo de Arutha.

Cansados, se sentaron en el suelo y estiraron los músculos agarrotados por la tensión y por las horas que llevaban en pie. Ghuda dijo:

—¿Sabes, Loco?, esto de andar merodeando por el palacio te abre el apetito. Ojalá tuviera ahora una de las naranjas de Nakor.

Borric iba a contestar cuando un sonido amortiguado atrajo su atención. Unas voces, indistintas pero cada vez más cercanas, le hicieron ponerse en pie de un salto y acercarse a la puerta. Suli se agachó bajo su barbilla para poder ver. Borric estuvo a punto de apartarlo, pero el ruido de alguien que se acercaba lo detuvo.

Dos hombres aparecieron ante su vista al pasar junto a la puerta. Uno era recio y empuñaba un bastón de mando. El otro lucía un manto negro que lo ocultaba a la vista, pero al pasar se volvió y Borric vislumbró su cara. Iban ambos absortos en su conversación y Borric oyó que el primero decía:

—... esta noche. No podemos esperar más. Si a la emperatriz se le pasa el enfado puede que busque una solución razonable. La convencí para que mandara a Awari al norte por si había problemas allí, pero ese ardid no durará mucho. Y además está ese asunto de un loco que anda suelto por palacio y al que los guardias no parecen capaces de prender. No sé qué significa, pero hay que suponer que nos traerá problemas... —Su voz se desvaneció cuando los dos hombres doblaron otra esquina.

Suli se volvió y tiró enfáticamente de la manga de Borric.

—¡Amo!

—¿Qué? —preguntó Borric, intentando aclarar un torrente de imágenes.

—Ese hombre, el flaco con el manto negro. Es el mismo que vi en la casa del gobernador de Durbin, el que llevaba el collar de oro. El que trabajaba para lord Fuego.

Borric se recostó contra la puerta y asintió con la cabeza.

—Eso tiene sentido.

Ghuda levantó su espada y susurró:

—¿Qué está pasando aquí, entonces?

—Sé por qué los problemas nos pisan los talones desde que llegamos a Durbin — masculló Borric.

—¿Qué?

—Te lo diré más tarde. Espero que hayáis descansado bien. Se acabó. Tenemos

que encontrar a ese sirviente ahora mismo.

Abrió la puerta de golpe y el chirrido de la bisagra apenas se oyó. Salió al pasillo antes de que Ghuda pudiera hacerle más preguntas. Vaciló un instante mientras los otros cruzaban la puerta y la cerraban. Les indicó que se pegaran a la pared.

En la siguiente esquina el corredor se desviaba, permitiéndoles una sola elección. Borric lo siguió. En aquella ala del palacio no ardía ninguna luz, y Borric dudaba de que fuera corriente que los nobles keshianos andaran por ahí a oscuras, así que era probable que no hubiera nadie por allí.

Al llegar al extremo de aquel pasillo, Borric se volvió y susurró:

—Viene alguien. —Indicó a Ghuda y Suli que se arrimaran a la pared y se colocó al otro lado del pasillo.

Una mujer dobló apresuradamente la esquina y Ghuda se adelantó para cortar el paso.

—¿Qué...? —comenzó a decir ella, y Borric la agarró por detrás. Era una joven ligera y atlética; Borric logró sujetarla y arrastrarla hasta la primera habitación del pasillo.

La luz de un cuarto al otro lado de la ventana iluminaba levemente la escena. Sin dejar de sujetar a la mujer, Borric le susurró al oído:

—Grita y te haré daño. Guarda silencio y no te pasará nada. ¿Entendido?

La mujer asintió una sola vez con la cabeza y él la soltó. Volviéndose de repente, ella dijo:

—¿Cómo te atreves...? —Entonces vio quién la había agarrado—. ¡Erland! ¿Qué mosca te ha...? —Sus ojos se agrandaron al ver su ropa y el pelo oscuro y corto—. ¡Borric! ¿Cómo has llegado aquí?

Durante toda la vida de Borric, James le había contado historias sobre sus días de ladrón en Krondor, y un rasgo común a sus rocambolescas anécdotas era lo que él llamaba su «olfato para los problemas». Cuando algo iba mal, James siempre lo sentía. Y por primera vez en su vida, Borric comprendió a qué se refería. Algo dentro de él gritaba que tenía frente a sí un problema.

Sacó su espada y apuntó con ella a la mujer. Ghuda dijo:

—Loco, eso no es necesario. La mujer...

—Cállate, Ghuda. ¿Cómo te llamas, mujer?

—Miya. Soy amiga de tu hermano. Se pondrá loco de contento cuando descubra que estás vivo. ¿Qué estás haciendo...? —Se echó a reír, y Borric comprendió que aquella risa era tan forzada como habilidosa, porque sonaba sincera y espontánea—. Estoy hablando por los codos. Debe de ser por la impresión de...

—Verme en el palacio —concluyó Borric.

—Vivo, iba a decir —repuso Miya.

Borric dijo:

—No lo creo. Cuando me has visto, has pensado que era mi hermano. Luego has comprendido que no lo era. Cualquiera que pensara que estaba muerto no habría

sacado esa conclusión tan rápidamente. Y no has dicho «estás vivo», has dicho «¿cómo has llegado aquí?». Eso es porque sabías que estaba vivo y aquí, en la ciudad.

La mujer guardó silencio, y Borric dijo a Ghuda y Suli:

—Forma parte de los que han intentado matarme a cada paso en el camino entre Krondor y Kesh. Trabaja para lord Fuego.

Los ojos de Miya se agrandaron un instante al oír mencionar aquel nombre, pero no dio ninguna otra muestra de reconocerlo. Dijo:

—Si grito fuerte dentro de un momento habrá aquí una docena de guardias.

Borric negó con la cabeza.

—Ya han registrado esta ala. Nos colamos por detrás de los que iban habitación por habitación. Además, están buscando a un solo hombre.

Los ojos de la joven brillaron cuando se apartó, midiendo con la mirada la distancia hasta la puerta.

—Ni se te ocurra —dijo Borric—. Podrías escapar, pero soy más rápido de lo que parezco, y tengo un metro de alcance más que tú —añadió, apuntándola con la espada.

—No saldrás de aquí vivo, ¿lo sabes? Ya no hay tiempo para explicaciones fáciles. Se ha derramado sangre y los soldados están en marcha. Tu padre está al frente de los ejércitos del oeste en el valle de los Sueños, listo para invadir Kesh.

—¿Tu padre? —preguntó Ghuda—. ¿Y se puede saber quién es cuando está en casa?

Borric dijo:

—Mi padre es el príncipe Arutha de Krondor.

Ghuda parpadeó como un búho deslumbrado.

—¿El príncipe de Krondor?

Suli dijo:

—Y yo soy su sirviente, y seguiré siéndolo cuando sea rey de las Islas.

Ghuda se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Loco... Borric... príncipe, como te llames, cuando esto acabe recuérdame que te zurre otra vez.

—Si salimos de este lío, de buena gana me quedaré quieto mientras lo haces. —Dirigiéndose a Miya dijo—: Mi padre es muchas cosas, pero no es ningún tonto. Es tan poco probable que invada Kesh con un ejército como que yo me tire a una ciénaga de arenas movedizas cargado con un yunque.

Ghuda dijo:

—Bueno, por lo que he visto, podrías hacerlo.

—Está mintiendo —dijo Borric—. Y tenemos que llegar hasta mi hermano. —A Miya le dijo—: Vas a llevarnos allí.

—No.

Borric dio un paso adelante, acercando el florete a su garganta. Al ver que Miya

no se inmutaba, dijo:

—Así que no tienes miedo a morir.

—Tú no eres un asesino —le espetó ella.

Unas manos bastas apartaron a Borric. Ghuda dijo:

—Puede que él no lo sea, zorra. —Aquellas enormes manos agarraron a la mujer por los hombros y la volvieron hacia él. Por la expresión de malestar de Miya en la penumbra, Borric adivinó que no la estaban tratando con delicadeza. Ghuda acercó la cara de la muchacha a la suya y susurró—: Pero yo soy de otro pelaje. No me gustan los sangre pura, ni sus aires de superioridad. Preferiría tener de mascota a una víbora que tocar tu piel suave. Podrías estar ardiendo y no cruzaría la calle para mearte encima. Te mataré lenta y dolorosamente, muchacha, si no nos dices lo que queremos saber. Y lo haré de tal modo que ni siquiera podrás gritar.

La calmosa amenaza del mercenario debió de sonar convincente, porque Miya apenas podía articular palabra cuando dijo:

—Os llevaré.

Ghuda la soltó, y Borric vio correr lágrimas de terror por las mejillas de la muchacha. Se enfundó el florete y sacó la daga que llevaba al cinto. Mostrándole la hoja corta, le dio un empujón hacia la puerta y dijo:

—Recuerda, no puedes escapar. Soy más rápido lanzando el puñal que tú corriendo.

Miya abrió la puerta y ellos la siguieron. Mientras caminaban, Ghuda dijo:

—¿Qué te ha hecho sospechar de ella?

—Mi olfato para los problemas.

—Yo pensaba que no tenías, puedes estar seguro —repuso el mercenario—. Me alegro de que por fin se haya despertado.

—Yo también.

—Pero ya barruntabas algo —dijo Ghuda—. ¿Qué te ha alertado?

—Iba en la misma dirección que esos dos hombres a los que he visto, y uno de ellos me puso sobre aviso.

—¿Qué pasa con él?

—Me ha estado siguiendo desde que salimos de Krondor. Y es una de las pocas personas en Kesh que podría reconocerme.

—¿Quién es? —preguntó Ghuda cuando doblaron una esquina y entraron en un corredor mejor iluminado.

Cuando aparecieron los dos primeros centinelas apostados ante las puertas de unas habitaciones, Borric se acercó un poco más a la muchacha, por si decidía huir o pedir ayuda. Dirigiéndose al mercenario, dijo:

—Era lord Toren Sie, el embajador de Kesh en la corte de mi padre.

El mercenario sacudió la cabeza.

—Es de la familia real. Hay gente muy importante que quiere verte muerto, Loco.

—Y gente muy importante que quiere saber la verdad —respondió Borric—. Eso

es lo que va a mantenernos vivos un poco más.

—Dioses, espero que tengas razón —dijo el mercenario.

Miya los condujo a través del palacio, pasando ante una serie de puertas vigiladas por guardias. Si les pareció extraño que un miembro de la casa de la emperatriz fuera escoltado por tres hombres tan estrafalariamente vestidos, los guardias lo ocultaron bien. Miya tomó un amplio corredor y pasó por delante de media docena de puertas sin vigilancia.

Al llegar al fondo del pasillo, se acercó a una puerta cerrada y dijo:

—Tu hermano está ahí.

Borric le dio un empujón.

—Abre y entra tú primero.

La mujer puso la mano en el picaporte y lo movió, empujando la puerta. Entró y abrió la puerta de par en par para Borric. Él la siguió por delante de Ghuda y de Suli.

Miya los llevó a través de una pequeña sala de recepción, hasta otra puerta donde se repitió el mismo procedimiento, pero esta vez, cuando Suli hubo pasado, Miya cerró la puerta de golpe y gritó:

—¡Es Borric de Krondor! ¡Matadlo!

Sentados en la habitación había hombres armados y vestidos con el uniforme de la guardia de los keshianos de sangre pura. Al oír a Miya, se pusieron en pie y desenfundaron sus armas.

* * *

La sirvienta anunció a lord Nirome y Erland dio permiso para que entrara. El recio aristócrata entró apresuradamente y se inclinó ante el príncipe.

—Alteza, lady Miya me ha dicho que había algo de lo que querías hablarme con urgencia. —Entonces reparó en James y Gamina, que estaban sentados frente a Erland y a los que no había visto al entrar—. Mi señor, mi señora. No os he visto al principio. Os pido disculpas.

Está ansioso por hablar contigo a solas, *dijo Gamina a Erland*. De hecho, está muy contrariado porque estemos aquí.

—¿Hay noticias del barón Locklear?

Nirome se encogió de hombros.

—De tenerlas, os habríamos avisado de inmediato. Debo haceros entender que la mayoría de los que formamos parte del consejo de su majestad no estamos tan encolerizados. Hemos perdido una prima, como mucho, mientras que La que es Kesh ha perdido una hija. Aunque madre e hija estaban a menudo en desacuerdo sobre asuntos de la corte, sus sentimientos eran fuertes. Y como sin duda te habrás repetido cien veces, todo esto carece de lógica.

—Confiaba en que dijeras eso —repuso Erland.

—Soy un hombre pragmático, alteza. Desde que formo parte de la Galería de Amos y Señores, a menudo he hecho el papel de conciliador, dado que, como sin duda habrás notado, hay pueblos muy diversos en nuestro imperio. Kesh es una nación plural, con una historia muy distinta a la de vuestro reino. Vosotros erais un pueblo corriente en la antigüedad. Dentro de vuestras fronteras, entre vuestros súbditos, solo hay dos grandes pueblos, el de Yabon y nuestros antiguos compatriotas de Crydee, mientras que Kesh es una nación de mil lenguas y costumbres.

Está intentando ganar tiempo, dijo James a través de Gamina.

¿Por qué?

Gamina respondió: *Quiere hablar contigo a solas... No, quiere que te quedes solo... Su mente trabaja a toda prisa... Está pensando en...* De pronto, Gamina se puso pálida. Un segundo después James se levantó casi de un salto, con la espada en la mano. Lord Nirome advirtió algo por la expresión de Erland, o por el ruido que hizo James al levantarse, y se volvió bruscamente, levantando su bastón en un gesto defensivo.

—¿Qué ocurre? —dijo Erland.

Gamina contestó:

—Borric está vivo. Está aquí, en la ciudad, en alguna parte. Nirome quiere llevarte a un lugar en el que sus amigos puedan matarte.

Erland se quedó pasmado un momento.

—¿Qué?

La cara de Nirome se había puesto cenicienta.

—¿Qué... qué dice la señora?

James respondió:

—Mi esposa tiene ciertos talentos, mi señor. Y entre ellos está el de percibir la falsedad. Ahora, dinos, ¿cuál ha sido tu papel en el asesinato perpetrado esta noche?

Nirome avanzó hacia la puerta y James le cortó el paso. Erland sacó su espada y dijo:

—¿Dónde está mi hermano?

Nirome buscó una salida y, al no ver ninguna, pareció marchitarse a ojos vista.

—Piedad, mi señor príncipe, piedad. Confesaré, pero tienes que prometerme que intercederás por mí ante la emperatriz. Mi papel ha sido muy pequeño, para promover las ambiciones de Awari. Fue él quien tramó la muerte de su hermana, y quien planea matarte y casarse con Sharana.

—¿Con su propia sobrina? —dijo Erland.

James blandió un poco su espada.

—Ya se hizo otras veces, en las primeras dinastías del imperio. Si había problemas sucesorios, los aspirantes se casaban con un primo, o incluso con un hermano o una hermana para reforzar su derecho al trono. Y como la emperatriz tiene tantos parientes, muchos keshianos de sangre pura son primos.

—Así es afirmó Nirome-. Pero si queremos salvar a vuestro amigo, hemos de darnos prisa. Está prisionero en uno de los niveles inferiores del palacio y se encuentra herido.

James miró a Gamina.

No sé. respondió ella

¿Qué?, preguntó Erland.

Es muy listo y tiene una mente muy ágil. Puede que no sepa que puedo leerla superficie de sus pensamientos, pero sospecha que hay algún tipo de magia de por medio, y hace que su mente repita una y otra vez lo que nos ha dicho. Hay indicios de otras imágenes y de algunas emociones... Está mintiendo sobre el papel que ha tenido, pero no sé hasta qué punto. Debéis desconfiar de él.

—¿Qué es eso de que Borric está vivo? -preguntó Erland.

—Se cree que así es -contestó Nirome-. Un esclavo escapó unos días después de ser llevado a Durbin por unos bandidos del desierto. Se cree que mató a la esposa del gobernador de Durbin para enmascarar su huida. Su descripción concuerda con la de tu hermano.

Está... ocultando algo. Pero lo que ha dicho es más o menos cierto.

Tenemos que encontrar a alguien en quien podamos confiar, añadió Erland.

Una sirvienta se acercó a la puerta y Erland se distrajo un momento. Nirome lanzó un golpe con su bastón de mando y esquivó la estocada de Erland más aprisa de lo que cabía esperar por su peso.

—¡Trae a los guardias! —gritó a la chica. Y siguió sacudiendo el bastón de un lado a otro.

La muchacha dudó solo un instante; luego echó a correr, llamando a los guardias a gritos. James agarró a Nirome del brazo y el bastón le golpeó el hombro. Erland se adelantó de un salto y, asiendo el bastón, obligó a retroceder al orondo cortesano. Cuando levantaba la espada, amenazante, los guardias entraron en la habitación.

Al instante, espadas y lanzas apuntaron a James y Erland, y el capitán de la guardia, ataviado con la falda blanca de los keshianos de sangre pura, gritó:

—¡Rendid las armas o morid!

Erland pensó un instante en resistirse; luego dio su espada a un guardia.

—Necesito mandar recado a la emperatriz inmediatamente. Ha habido una vil traición.

Los guardias agarraron a James y Erland por los brazos.

—¿Los matamos? —dijo el capitán.

Nirome respondió:

—Todavía no. Llevadlos al ala vacía y, por vuestras vidas, no dejéis que nadie os vea. Tengo que encontrar a Miya y a Toren Sie. Luego nos reuniremos con vosotros.

De pronto, Erland comprendió que aquel hombre grueso y de maneras obsequiosas había apostado guardias leales al príncipe Awari alrededor de aquella ala del palacio. Así había podido asesinar a la princesa Sojiana y echar la culpa a

Locklear.

—Tú mataste a Sojiana —dijo Erland—. Y a Locklear.

La actitud de Nirome cambió: en lugar del sicofante zalamero, se convirtió en un hombre de expresión severa y llena de arrojo y determinación. Cogió una nuez de la mesa y la aplastó con una sola mano delante de la cara de Erland.

—Estúpido muchacho. Te has metido en asuntos que escapan a tu comprensión. —Observó al príncipe—. Si tu hermano hubiera tenido a bien morir en Kronдор y tu padre hubiera mandado mensajes amenazantes a la emperatriz, nada de esto habría sido necesario. Si cooperas y no armas escándalo, te mandaré gustosamente a casa, con tu padre, vivo y de una sola pieza. No tengo deseo alguno de vérmelas con un reino airado, y en cuanto la emperatriz acceda a nuestros planes, no te necesitaremos.

Dirigiéndose al capitán de la guardia, dijo:

—Llevadlos abajo y no perdáis de vista a la hechicera. Es de Stardock y tiene el poder de adivinar lo que uno piensa, si no se anda con cuidado. —Miró a Gamina y añadió—: Puede que tengamos que quedarnos con ella. El suyo podría ser un don muy ventajoso. Pero si alguno de ellos causa problemas, matadlos.

Los soldados obedecieron sin vacilar y un momento después los sacaron a los tres del apartamento, asegurándose de que no tuvieran ocasión de escapar.

* * *

Los guardias dudaron un momento, sorprendidos por la inesperada orden de Miya. Borric no se lo pensó un instante; reaccionó. Arrojó su puñal al primero que se levantó, clavándose en el pecho. Otro cayó de una estocada impetuosa que despejó de golpe varios metros, y tres más se retiraron a toda prisa al tiempo que sacaban sus armas.

Un grito sofocado y un espeluznante crujido convencieron a Borric sin necesidad de mirar de que Ghuda había silenciado a la mujer que los había llevado hasta allí rompiéndole rápidamente el cuello. Luego el mercenario dijo:

—Aparta, Loco.

Borric comprendió que Ghuda había desenfundado su espada bastarda, cuyo uso requería más espacio que el florete o la espada corta que llevaba Suli. Estaba preocupado por el chico, pero no podía prestarle atención. En ese momento había tres guardias furiosos intentando matarlo.

Paró con el puñal la embestida de uno de ellos, hirió a otro en la garganta con el florete y esquivó la estocada de un tercero agachando la cabeza. Oyó detrás de sí un estrépito y un grito que se cortó de repente, y comprendió que Ghuda había eliminado a otro guardia. Habían caído ya cuatro y seguían sin hacer intentos de organizarse. Borric arremetió con más ímpetu. Lanzó una feroz estocada a la cabeza de uno de los

guardias y le cortó una oreja. El hombre cayó, gritando de dolor, incapaz de defenderse, y Borric lo mató con el puñal mientras seguía lanzando estocadas al que quedaba.

Oyó el ruido que hacía el acero al atravesar carne y hueso, y dedujo que Ghuda había matado o dejado fuera de combate a un quinto guardia. Detuvo un golpe que le había lanzado a la cabeza el hombre al que se enfrentaba y lo atravesó con el florete.

Se volvió rápidamente y descubrió que Ghuda estaba pateando a un hombre en la entrepierna mientras intentaba sacar su espada bastarda del guardia al que acababa de ensartar. En un rincón, Suli blandía frenéticamente su espada corta, intentando mantener a raya a dos hombres. Pero un tercero se acercaba a él por la izquierda, y Borric se subió a una mesa, saltó y cayó a tiempo de matarlo por la espalda. Hirió luego a uno de los dos hombres que acechaban a Suli. Pero cuando aquel cayó, el otro lanzó una estocada y el muchacho dejó escapar un grito.

Borric arremetió con el filo de su florete, hundiéndolo al menos siete centímetros en el cuello del guardia que había herido a Suli. El guardia profirió un ruido lastimoso, parecido al chillido de un ratón, y se desplomó. Después, se hizo el silencio.

Borric apartó a uno de los guardias muertos, que yacía encima de Suli, y se arrodilló junto al chico, que estaba cubierto de sangre e intentaba en vano cerrar la herida abierta en su estómago. Borric había visto heridas como aquella en el campo de batalla y sabía que la vida del muchacho se extinguiría unos minutos después.

Sintió una fría certidumbre que nunca antes había experimentado y agarró la mano del chico. Suli respiraba agitadamente y sus ojos comenzaban a empañarse. Su cara tenía un tono cerúleo. Intentaba hablar. Por fin dijo:

—¿Amo?

—Estoy aquí, Suli —contestó Borric, sosteniéndole la mano.

—¿He sido tu sirviente? —preguntó el muchacho con voz queda.

Borric le apretó la mano con fuerza y dijo:

—Has sido un buen sirviente.

—Entonces quedará escrito en el Libro de la Vida que Suli Abul fue el sirviente de un gran hombre, el sirviente de un príncipe.

Sus dedos inermes resbalaron de la mano del príncipe.

—Sí, pequeño mendigo. Has muerto sirviendo a un príncipe. —Borric había visto muertos otras veces, pero nunca tan jóvenes. Un sentimiento de impotencia por haber sido incapaz de proteger al muchacho se apoderó de él. Estuvo arrodillado un minuto, convencido de que, si se le hubiera ocurrido algo, si hubiera sabido qué hacer o qué decir, Suli no estaría muerto.

Ghuda dijo:

—No podemos quedarnos aquí. Hay doce cadáveres en el suelo. En cuanto entre alguien se armará la gorda. ¡Vámonos!

Borric se levantó y se puso en marcha. Sabía que tenía que encontrar a su

hermano o a la emperatriz en los minutos siguientes. Fuerzas hostiles se movían en el interior del palacio de Kesh, y no podía fiarse de nadie.

Deshicieron a toda prisa el camino que habían seguido, hasta llegar al pasillo guardado por centinelas. Borric saludó inclinando la cabeza y pasó tranquilamente junto a un par de centinelas, entrando en otro pasillo en penumbra. Luego, cuando habían recorrido la mitad del oscuro corredor, oyó voces y murmullos que se acercaban. Se escondieron ambos en el hueco de una puerta y un par de hombres pasaron a toda prisa ante ellos.

La voz del hombre grueso que Borric había visto unos minutos antes dijo:

—Maldición, esto empieza a desmandarse. Se suponía que Awari no debía enterarse tan pronto de la muerte de su hermana. Averigua quién lo ha avisado y mátalos. Tenía que estar a medio camino, marchando contra el supuesto ejército invasor de Arutha, cuando se enterara. —Los ojos de Borric se agrandaron. ¡La princesa Sojiana había muerto! Tal vez el ajeteo que reinaba en palacio se debiera a eso. Quizá estuvieran buscando al asesino de la princesa y no a cuatro vagabundos sin nombre que se habían colado allí. Borric indicó a Ghuda que lo siguiera; esperaron unos instantes y cruzaron luego velozmente el pasillo perpendicular, manteniéndose lo bastante cerca de los dos hombres como para oírlos hablar. El gordo seguía quejándose.

—Awari es un imbécil con mucha soberbia. No hay duda de que regresará a la ciudad mañana mismo. Y si se presenta en los aposentos de la emperatriz y exige que se reconozcan sus derechos al trono estando ella tan furiosa por la muerte de Sojiana, nos enfrentaremos a una rebelión abierta. Hay que conseguir que siga marchando con el ejército hacia el norte. El isleño tiene que parecer culpable. ¿Dónde lo tienes?

Contestó una voz que Borric conocía bien.

—En un granero, cerca de las habitaciones de los criados, en los niveles inferiores —dijo Toren Sie.

—Trasládalo a algún cuarto del servicio que esté vacío y deja luego que los guardias lo encuentren. Di al capitán que informe de que lo encontraron y lo mataron porque se resistió al arresto, y haz correr entre la Galería el rumor de que ha sido asesinado para que no hablara. Luego, haz que el capitán que lo encontró muera misteriosamente. Denunciaré el complot ante la Galería. Al ser los primeros en lanzar acusaciones, apartaremos las sospechas de nosotros momentáneamente. Para cuando empiecen a hacerse preguntas, será ya demasiado tarde.

—Pero ¿no exculpará eso a las Islas?

—No —contestó el recio keshiano—, pero hará que todo el mundo se pregunte quién lo sabía, quién intervino y hasta dónde llegaba la conspiración. Todos los rivales de la Galería se convencerán de que sus adversarios están aliados con las Islas. Lo único que necesito es que durante los próximos dos días reinen la confusión y la incertidumbre. Necesito tiempo para asegurarme de que los que apoyan a Sharana y a Awari estén igualados en la Galería.

Los dos hombres llegaron a la puerta de la habitación de la que Erland y Ghuda habían salido y siguieron hasta otra situada al fondo del pasillo.

—¿Y dónde está Miya? —preguntó el gordo al volverse para abrir la puerta. Pareció divisar a las dos figuras que los seguían, pues gritó—: ¿Quién anda ahí?

Borric se adelantó, saliendo de la penumbra, y vio a los dos hombres ante la puerta. El más delgado exclamó:

—¡Tú!

Borric sonrió con acritud mientras levantaba la espada y dijo:

—Ghuda, tengo el honor de presentarte a lord Toren Sie, embajador de su majestad, la emperatriz de Kesh, en la corte del príncipe de Krondor.

El otro se volvió como si se dispusiera a refugiarse en la habitación, y Ghuda le cortó el paso.

—A ese —añadió Borric— no lo conozco, pero por su ropa es indudable que es otro miembro de la Casa Real de Kesh.

Toren Sie dijo:

—Si grito, habrá aquí docenas de guardias en cuestión de segundos.

—Grita —replicó Borric— y estaréis muertos cuando lleguen.

Toren Sie lo miró con ira.

—¿Qué esperas conseguir?

Borric se movió de modo que la punta de su florete quedara al nivel de la garganta del embajador y contestó:

—Una audiencia con la emperatriz.

—Imposible.

Borric movió la punta de la espada, y un dramático silbido sonó bajo la barbilla de Toren Sie.

—No sé del todo qué está pasando aquí —dijo—, pero sé que, si vivimos para llegar hasta la emperatriz, es probable que acabes siendo hombre muerto. Si tienes alguna esperanza de eludir ese destino, será mejor que empieces por contarme lo que quiero saber.

El gordo dijo:

—Te diremos lo que desees saber. Pero estaremos mejor dentro de esta habitación. Podemos sentarnos como personas civilizadas.

Sin aguardar respuesta, abrió la puerta y solo la rápida reacción de Ghuda impidió que la cerrara ante ellos. El corpulento mercenario la empujó y consiguió abrirla un poco; luego, de pronto, la resistencia cesó y Ghuda estuvo a punto de caer al suelo. Borric agarró a Toren Sie por el collar de oro y retorció este hasta cortarle la respiración. Cruzó la puerta detrás de Ghuda, tirando del keshiano, y entró a tiempo de ver al gordo corriendo con inesperada velocidad hacia la puerta del otro lado de la sala de recepción del complejo de habitaciones. Ghuda llegó a la puerta en el momento en que el keshiano la cruzaba gritando:

—¡Matadlos!

Borric no vaciló: golpeó con fuerza al embajador a un lado de la cabeza con la empuñadura de su espada. El embajador cayó al suelo, inconsciente, y Borric corrió hacia la puerta siguiente.

Cuando llegó a ella, encontró a Ghuda pasmado y al gordo suspendido medio metro por encima del suelo. En la habitación, una docena de guardias con el uniforme de la Legión Interior y un par de soldados de sangre pura yacían en el suelo. Inconscientes a su lado estaban el conde James, lady Gamina y Erland.

Sentado sobre una gran mesa redonda estaba Nakor, que hacía extrañas muecas y profería sonidos incomprensibles mientras señalaba con dos dedos al hombre que flotaba. Al ver a Ghuda y a Borric, dejó de farfullar y exclamó:

—¡Borric! ¡Ghuda! —Al instante, el orondo keshiano cayó al suelo con estruendo y Ghuda lo agarró por el cuello.

Borric se acercó a sus amigos y dijo:

—¿Qué has hecho, Nakor?

—Me estaba divirtiendo con los guardias, jugando al gato y al ratón, y se perdieron. Así que fui a buscarlos. Te vi, o eso pensé, escoltado por unos guardias, y se me ocurrió preguntarte de dónde habías sacado ropas tan espléndidas y dónde habías dejado a mis amigos Ghuda y Suli. ¿Dónde está Suli?

Ghuda miró a Borric, que dijo:

—Suli ha muerto.

—Es una pena —contestó el hombrecillo—. Era un buen muchacho y habría sido un buen hombre. Seguramente lo será la próxima vez que gire la Rueda. ¿Este es tu hermano? —preguntó, señalando a Erland.

—Sí —contestó Borric—. ¿Qué les has hecho?

—Oh, entré en la habitación y todos se pusieron como locos. Algunos no se alegraron mucho de verme, y yo empezaba a cansarme del juego, así que los dejé inconscientes. Suponía que llegaríais tarde o temprano. ¿Y lo ves? Tenía razón.

De pronto, la tensión estalló, y Borric y Ghuda rompieron a reír.

—Sí, tenías razón. —Descubrieron que no eran capaces de parar de reír, y el hombrecillo sonriente parecía disfrutar tanto como ellos de aquella alegría. Al fin, con lágrimas corriéndole por la cara, Borric dijo—: ¿Los has dejado a todos inconscientes? ¿Cómo lo has conseguido?

Nakor se encogió de hombros.

—Es un truco.

Borric se rió de nuevo.

—¿Y ahora qué?

Nakor metió la mano en su mochila y respondió:

—¿Queréis una naranja?



—Nunca pensé que te diría esto —dijo Erland—, pero te he echado de menos.

Borric asintió con la cabeza.

—Lo mismo digo. Ahora, ¿qué vamos a hacer con este lío?

James intentaba sacudirse los efectos del hechizo de Nakor; Gamina, por su parte, apenas estaba consciente. Ghuda vigilaba a los guardias, que empezaban a revivir, y parecía dispuesto a partir en dos a cualquiera que se meneara, así que se quedaron quietos y no dieron problemas.

Erland había sido el primero en volver en sí, por ser el más joven, según decía Nakor. Los hermanos se habían contado lo que sabían y habían llegado a la conclusión de que había habido allí numerosas falsedades.

—Tal vez, si pudiéramos hablar directamente con la emperatriz... -propuso James

—¿Cómo? —preguntó Borric.

—Gamina —respondió Erland.

Borric lo miró sin comprender.

—Puede hablar con el pensamiento -añadió su hermano-, ¿recuerdas?

Borric asintió con la cabeza; luego se puso colorado.

—Podía haberle pedido auxilio cuando entré en el castillo y me habría oído.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó James mientras Gamina comenzaba a espabilarse.

Borric sonrió, avergonzado.

—No se me ocurrió.

—¿Y cómo pudiste ocultarte a ella hoy, cuando tropezó contigo por casualidad?

Borric señaló a Nakor con el pulgar.

—Él lo notó y la bloqueó de alguna manera.

—¿Eres mago? -preguntó James.

Nakor hizo una mueca desagradable.

—No. Isalani. Los magos son hombres sombríos que trabajan en cuevas y hacen cosas terribles y serias. Hacen magia a lo grande. A la gente no le gustan los magos. Yo solo hago unos cuantos trucos que hacen reír a los demás. Eso es todo.

—Por el aspecto de los guardias y de nuestro gordo amigo -expuso James, una vez que Gamina se hubiera despertado por completo-, no son malos tus trucos, ni siempre divertidos.

La sonrisa de Nakor se hizo más amplia.

—Gracias —contestó—. Se me da bastante bien lo que hago, y a mí me pareció muy divertido.

—¡Estás vivo! —exclamó Gamina al ver a Borric.

—Eso parece —contestó él, riendo.

Gamina le dio un abrazo.

—¿Cómo es, entonces, que no te encontré en el desierto?

La mirada de Borric mostró que no la entendía. Luego pareció comprender por fin.

—Claro. Ese maldito manto que gané antes de que nos fuéramos. Los traficantes de esclavos me tomaron por un mago y me pusieron unos grilletes que, según parece, impiden que los hechiceros utilicen sus poderes.

—¡Bah! —dijo Nakor—. Eso no pasa si el mago sabe lo que hace.

—Puede ser -afirmó James-. En cualquier caso, ahora la pregunta es cómo salimos de aquí y llegamos hasta la emperatriz.

—Debería ser fácil —dijo Nakor—. Solo tenéis que seguirme. Y traed a estos amigos.

Ghuda había desarmado a los doce guardias y metido a rastras a Toren Sie, todavía inconsciente, en la habitación. Con cuatro hombres armados: Borric, Erland, James y Ghuda, los catorce cautivos no parecían inclinarse por causar problemas.

—En cuanto veamos otra compañía de guardias -les advirtió Nirome-, os harán prisioneros. Los hombres leales a Awari controlan todo este sector del palacio.

Nakor sonrió.

—Puede ser.

Cuando llegaron al pasillo ocupado, donde empezarían a pasar ante docenas de guardias, Nakor hurgó en su mochila y sacó algo de ella. Borric y Ghuda ya casi estaban hastiados de la bolsa, pero todos los demás quedaron asombrados. Porque, cuando el pequeño isalani sacó la mano, encaramado sobre ella había un halcón de pintas rojas y amarillas, el ave real de Kesh, el símbolo más sagrado y reverenciado del poder de la emperatriz. Era un pájaro que se creía casi extinto: en las cuadras imperiales solo quedaban tres hembras. El halcón chilló y extendió las alas, pero siguió prendido a la muñeca del hombrecillo mientras este avanzaba por el corredor.

Los guardias junto a los que pasaron se limitaron a mirar boquiabiertos el espléndido pájaro. Nakor iba diciéndoles al pasar:

—Por favor, venid con nosotros. Tenemos que ver a la emperatriz.

No importaba lo que dijeran Nirome o Toren Sie: los guardias parecían quedar hipnotizados al ver al halcón. Comenzaron a seguir a los isleños y a sus cautivos y poco después, al entrar en el salón de la emperatriz, una comitiva de doscientos guardias seguía a Nakor y a sus compañeros.

—¿Qué es esto? -preguntó el maestro de ceremonias.

—Los príncipes Borric y Erland de las Islas desean ver de inmediato a su majestad -respondió Erland, adelantándose con Borric-. Queremos hablarle de una pequeña traición.

* * *

La Galería de Amos y Señores en pleno se hallaba reunida en sesión extraordinaria cuando aquella extraña procesión entró en el salón. Nakor iba a la cabeza, con el halcón insolentemente posado en su brazo. Cuando al fin llegaron a la tarima, se inclinaron y Lakeisha se levantó a medias de su trono.

—¿Qué disparate es este? —Sus ojos recorrieron al grupo y de pronto cobró conciencia de que Borric estaba junto a su hermano—. Tú..., a menos que me equivoque, se supone que estás muerto.

Nirome intentó hablar.

—Majestad, estos criminales...

—Es de mala educación hablar antes de que te den permiso —afirmó Ghuda apoyando la hoja de su espada sobre el hombro del gordinflón. Y dirigiéndose a la emperatriz, añadió—: Disculpa, madrecita. Continúa, por favor.

Lakeisha pareció intuir que algo misterioso estaba a punto de desvelarse y prefirió no darse por ofendida.

—Gracias —repuso con sorna, y dijo a Nakor—: Empecemos por ti, hombrecillo. Sabrás que poseer un halcón real se condena con la muerte.

Nakor sonrió.

—Sí, emperatriz. Pero yo no poseo este pájaro. Solo le he procurado transporte hasta tu augusta presencia. Te traigo tu regalo de cumpleaños. —Sin esperar permiso, el audaz hombrecillo subió a la tarima y se acercó al trono. Los dos guardias izmalíes vestidos de negro intentaron impedirle el paso, pero él se desvió al llegar al trono. Tras este se hallaba el símbolo del sol, vacío. Puso el pájaro sobre él y el halcón batió las alas.

—Solo un macho puede posarse sobre el sol real, isalani —afirmó la Emperatriz.

—Nakor lo sabe, emperatriz. Este es un chico. Engendrará muchos polluelos para ti. Lo atrapé la pasada primavera en las montañas al oeste de Tao Zi. Y había más. Si mandas a tu halconero imperial, podrá traerlos a las cuadras. Y la raza revivirá.

Desde la muerte de su hija, la emperatriz no había sonreído. Ahora sonrió. Algo en las palabras del hombrecillo la había conmovido. Sabía que Nakor no hablaba únicamente de aquel raro pájaro, sino también de la Casa Real de Kesh.

—Es un regalo de deslumbrante esplendor.

Nakor se detuvo junto al trono antes de bajar los escalones, se inclinó y dijo:

—Serías muy sabia si creyeras a los gemelos, porque esos dos de ahí... —señaló a Nirome y Toren Sie— son hombres muy malos.

—Príncipe Erland —ordenó la emperatriz después de contemplar el espectáculo—, ¿por qué no comienzas para que podamos aclarar este lío?

* * *

Erland y Borric mantuvieron en suspenso a todos los presentes en la sala mientras entretejían sus relatos, intentando explicar lo ocurrido desde el ataque en el desierto. Hablaron sin interrupción durante casi un cuarto de hora. Al concluir la narración de los acontecimientos que habían culminado con su llegada a la sala, Erland dijo:

—Y lo que por último me convenció de que Nirome era quien había matado a Sojiana fue que aplastara una nuez con la mano. A Sojiana le rompieron el cuello. Solo alguien con las manos muy fuertes podría haberlo hecho. Locklear es un espadachín magistral, pero no tiene tanta fuerza. —Señalando a Nirome, añadió—: He ahí al asesino. Ese es el misterioso lord Fuego.

La emperatriz se levantó y dijo:

—Mi señor Nirome...

Pero desde la puerta se oyó un grito.

—¡Madre!

El príncipe Awari entró, seguido por una docena de oficiales del ejército, entre ellos lord Ravi y Jaka. Se detuvo ante el trono, inclinó la cabeza y dijo:

—¿Qué es esa terrible noticia sobre Sojiana?

La emperatriz estudió un momento el semblante de su hijo. Después respondió:

—Eso intentamos explicar. Quédate y guarda silencio un rato. Esto también atañe a tu futuro. —Volvió a posar la mirada en Nirome y dijo—: Me disponía a preguntar, mi señor Nirome, qué tienes que decir respecto a esas acusaciones.

El grueso cortesano contestó:

—Madre de todos nosotros...

—Por favor —lo interrumpió la emperatriz—, me desagrada profundamente ese título. Sobre todo, ahora.

—Majestuosa señora, ten piedad. No hice sino lo que me pareció mejor para el imperio, que era dar a vuestro hijo precedencia. Pero nunca quise que nadie saliera herido. Los atentados contra la vida del príncipe Borric fueron solo una estratagema para impedir que los isleños llegaran a la ciudad. Solo queríamos distraer a los seguidores de Sojiana haciendo que fijaran su atención en el norte. Por eso falsificamos los informes acerca de que los isleños se preparaban para invadirnos. ¡Pero yo no tuve nada que ver con el asesinato de tu hija! Era Awari quien quería librarse de su rival.

El príncipe Awari se puso lívido y sacó a medias la espada de su vaina antes de que lord Jaka lo detuviera, posando la mano sobre él. La emperatriz gritó:

—¡Ya basta! —Recorrió la sala con la mirada y dijo—: ¿Hay algún camino para llegar a la verdad de este asunto? —Dirigiéndose a los gemelos, añadió—: Vuestros argumentos son convincentes, pero ¿dónde están las pruebas?

Miró a Gamina.

—¿Dices que puedes leer el pensamiento?

Gamina asintió con la cabeza, pero Nirome gritó:

—¡Es la esposa de un extranjero, majestad! ¡Mentiría para ayudar a su marido y

servir a los intereses de las Islas!

Gamina parecía a punto de responder, pero la emperatriz dijo:

—Dudo de que me mintieras, querida mía. —Hizo un ademán, abarcando toda la galería que ascendía por encima de ella—. Pero dudo que otros estén dispuestos a creerte. Por si no lo has notado, la situación es bastante tensa.

Un capitán de la guardia, ataviado con la coraza de la Legión Interior, entró precipitadamente en la sala y susurró algo al oído del maestro de ceremonias. Este, a su vez, hizo un gesto pidiendo permiso para acercarse a la emperatriz. Esta dio permiso y él se acercó apresuradamente a la tarima.

Cuando hubo acabado de transmitirle el informe del capitán, la emperatriz dijo:

—Bien, ahí lo tenéis. Hemos tenido noticia de que dos compañías de la Guardia Real se han encastillado en un ala del palacio, en franco desafío a las órdenes de deponer las armas, y por toda la ciudad se mueven grupos de hombres armados.

»Nos enfrentamos a una rebelión armada en nuestra propia ciudad —dijo, levantándose de su trono—. El Sello de la Paz Imperial descansa sobre Kesh, y el que primero saque la espada o cuyo séquito saque la espada, ese, sea de baja cuna o el más noble señor, será condenado a muerte. ¿Ha quedado claro? —Esto último iba dirigido a lord Ravi, que permanecía inmóvil.

La emperatriz volvió a sentarse y dijo:

—De nuevo me enfrento a la traición y la deslealtad, pero no tengo medios de discernir la verdad.

Nakor se aclaró la garganta con mucha intención.

—¿Sí? —preguntó Lakeisha—. ¿Qué ocurre?

—Emperatriz, los isalani tenemos un método muy antiguo para determinar la verdad de una cosa.

—Me gustaría saber cuál es.

Nakor sonrió y dijo a Ghuda:

—Trae a ese señor tan gordo aquí, delante de la tarima. —Cuando el mercenario obedeció, Nakor puso su mochila en el suelo y comenzó a hurgar en ella. Al cabo de un momento, exclamó—: ¡Ah! —Y sacó algo.

Todos los que se hallaban cerca retrocedieron instintivamente, pues sostenía en las manos una cobra de deslumbrante belleza y proporciones imposibles. La serpiente tenía cerca de dos metros de largo y era tan gruesa como el antebrazo de un hombre. Las escamas de su lomo eran doradas como el oro batido, y el interior de su caperuza y su garganta eran del verde de la esmeralda más vivida y oscura. Unos ojos como ópalos de fuego, de un negro azulado animado por una llamarada roja que danzaba en ellos, contemplaban a la multitud, que farfullaba, atónita. Una lengua roja como la sangre entraba y salía de su boca. Luego abrió las fauces, profiriendo un siseo amenazante, y dejó al descubierto dos espantosos colmillos de marfil. Se retorció y siseó de nuevo cuando Nakor la puso en el suelo, delante de Nirome. El cortesano retrocedió hacia los escalones de la tarima mientras Nakor decía:

—Esta es la Serpiente de la Verdad de Sha-shú. Mentir ante ella es abrazar la muerte. —Y añadió con una nota de alegría, dirigiéndose a Nirome—: Es muy doloroso.

La serpiente se deslizó hasta los pies de Nirome y se alzó, de modo que pareció mirar a los ojos al recio cortesano keshiano. La ancha caperuza se desplegó y chispas plateadas bailaron sobre su lomo dorado.

Nakor dijo:

—La serpiente no atacará si dices la verdad. Una falsedad y morirás. No avisa. Es infalible.

Nirome apenas podía moverse. Estaba hipnotizado por la serpiente que, erguida, se contoneaba ante él. Luego, cuando la cobra estaba apenas a medio metro de distancia, dijo:

—¡Basta! ¡Lo diré todo! Yo planeé esto desde el principio.

Varios miembros de la Galería empezaron a hablar en susurros. La emperatriz dijo:

—¿Cuál ha sido el papel de Awari en todo esto?

Nirome, cuyo miedo se había convertido en ira, se volvió para mirarla.

—¡Awari! Ha sido un necio y un fanfarrón. Pensó que solo me proponía apoyar sus derechos al trono. Iba a culparlo de la muerte de Sojiana, o al menos a hacer que recayeran tantas sospechas sobre él que nadie lo aceptara como heredero al trono.

—Entonces —dijo la emperatriz, recostándose en su trono—, pondrías a Sharana en mi lugar. Pero ¿por qué?

Nirome contestó:

—Porque Ravi y sus aliados no aceptarían otra emperatriz. Las naciones del sur están dispuestas a rebelarse una vez más y, con el paso del Cinturón de Kesh en poder de los hermanos del Caballo, Kesh la Menor se perdería para siempre. Y lord Jaka y los demás keshianos de sangre pura jamás aceptarían un consorte que no fuera de sangre pura. Así que solo quedaría una solución.

Lakeisha asintió con la cabeza.

—Obviamente. Casar a Sharana con un posible heredero. Y hacer emperador a su marido tras mi muerte. —Suspiró—. ¿Y quién mejor que lord Nirome, el Gran Conciliador? El único miembro de la Galería sin enemigos. El único capaz de hablar por igual con los de sangre pura e impura.

La emperatriz se cubrió la cara con las manos y por un momento pareció que lloraba. Cuando al fin apartó las manos, sus ojos estaban, en efecto, enrojecidos, pero no se veía ni rastro de lágrimas.

—¿Cómo hemos llegado a esto? Que esta conspiración sea para su propio engrandecimiento, y no para el bien del imperio... —Suspiró sonoramente y dijo—: Mi señor Ravi, ¿habría funcionado ese plan?

El gran maestro de los hermanos del Caballo inclinó la cabeza.

—Señora, me temo que el traidor estaba en lo cierto. Hasta esta noche, creíamos

que el príncipe, tu hijo, era el responsable de la muerte de Sojiana. No habríamos aceptado a Sharana como nuestra señora, pero tampoco habríamos permitido que alguien que hubiera derramado sangre real mandara sobre nosotros. Nirome habría sido la alternativa lógica.

La emperatriz pareció perder su fuerza y se hundió en el trono.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Todo se precipita hacia el abismo! Todo temblaría al borde del caos, si no fuera por la buena fortuna que trajo a estos dos muchachos a nuestra corte.

Erland dijo:

—Majestad, ¿puedo pedirte un favor?

Lakeisha contestó:

—Parece que tú has sido tan engañado como todos los demás, príncipe Erland. ¿Cuál es tu deseo?

—Una pregunta para Nirome —dirigiéndose al tembloroso señor-. Locklear ha sido acusado del asesinato de Sojiana. He dicho que solo un hombre con gran fuerza en los brazos y en las manos podría haberle roto el cuello de esa forma. ¿La mataste tú y culpaste a mi amigo?

—Sí -mustió Nirome después de mirar a la serpiente suspendida en el aire.

—¿Dónde está Locklear? -preguntó James.

Nirome intentó hundirse aún más en los escalones de piedra.

—Está muerto —contestó—. Su cuerpo está escondido en un granero, en los niveles inferiores.

Los ojos de Gamina comenzaron a llenarse de lágrimas, y James y los gemelos quedaron abatidos por la noticia. Sabían que lo más probable era que Locklear hubiera sido asesinado, pero hasta oír la noticia se habían aferrado a la esperanza de que estuviera vivo. Borric fue el primero en hablar.

—Majestad, sé que Kesh no ha tomado parte en el asesinato de uno de nuestros embajadores. El reino de las Islas no exigirá reparaciones. —Habló con calma, pero los que se hallaban cerca de él vieron que sus ojos se iban llenando de lágrimas.

La emperatriz se levantó y se volvió para mirar a la Galería reunida.

—¡He aquí mi sentencia! —señalando a Nirome, añadió—: Sus palabras han condenado a este hombre. —Se volvió para mirar al traidor y dijo—: Nirome, tú ya no eres señor. Has confesado tu maldad y debes morir por esto.

—Exijo mi derecho a morir por mi propia mano -expuso el recio cortesano rígidamente.

—¡Tú no exiges nada! —le espetó la emperatriz—. Desde este momento no perteneces a nuestra sangre. No habrá para ti una muerte dulce, no te sumirás en el ebrio olvido de un veneno amable, ni te cortarás las muñecas en un baño de agua caliente para dejarte arrastrar suavemente hacia el sueño eterno.

»En tiempos antiguos se decretó un castigo para los que traicionaban a sus reyes y reinas. Hace siglos que no se dicta, pero ahora se dictará. Nirome, este va a ser tu

destino: pasarás en una celda esta noche, para que reflexiones sobre tus malas acciones y tu muerte inminente, y cada vez que el reloj marque el cuarto de hora, un guardia te repetirá esta sentencia en voz alta, para que no descanses. Luego, al amanecer, serás llevado al templo y allí la guardia leerá tu sentencia ante el sumo sacerdote de Guiswa, para que el Cazador de las Rojas Fauces sepa que no mereces un lugar en la Cacería Eterna. Serás luego conducido al pie de la meseta y desnudado por completo. Una docena de guardias de sangre pura te azotará y te hará correr por la ciudad. Si cayeras, te aplicarán brasas ardientes en las nalgas hasta que te levantes y eches a correr de nuevo. En las puertas de la ciudad, serás colgado en una jaula y tu sentencia será leída por guardias cada hora, para que todos los que pasen conozcan tus crímenes. Hasta al más bajo se le ofrecerán varas de bambú con las que atormentarte, para que sientas la ira de los que traicionaste, y sin embargo aguantarás y nadie te ofrecerá una muerte piadosa. Cuando estés próximo a morir, serás sacado de la jaula y revivido con agua agriada con vinagre y pan cubierto de sal. Serás conducido con correa y brasas ardientes hasta el borde de la Sima de Overn, hasta las ciénagas donde cazaban los primeros reyes de los de sangre pura. Allí se te hará beber el vino amargo de la traición y comer la carne podrida de la deslealtad. Después, se te cortará el miembro viril. Y por último serás atado y arrojado al pantano, donde los cocodrilos de la Sima devorarán tu carne.

»Tu nombre será tachado de todos los decretos reales y los anales del tiempo que viviste entre nosotros para que nadie vuelva a pronunciarlo. En su lugar, se escribirá «uno que traicionó a su nación» y desde este día el nombre de Nirome quedará prohibido para los hijos de los de sangre pura. Con el tiempo, hasta los dioses olvidarán quién fuiste. Y en el negro vacío de lo innombrable y lo olvidado, tu alma soportará el confinamiento eterno, sola.

»¡Este es mi decreto!

El maestro de ceremonias dijo alzando la voz:

—¡La que es Kesh ha hablado! ¡Ahora, hágase su voluntad!

Los guardias se adelantaron, pero vacilaron al acercarse a la cobra. Nakor hizo un gesto para indicarles que la serpiente no les tocaría, y agarraron a Nirome, aterrorizado.

—¡No! —gritaba cuando se lo llevaron a rastras de la sala, y sus gritos retumbaron por los pasillos.

La emperatriz dijo a Toren Sie:

—Tú, que fuiste antaño mi amigo, confiesa los nombres de todos los que han tomado parte en esta conspiración y quizá sea piadosa contigo y te conceda una muerte rápida o incluso el destierro. Si no, seguirás los pasos de tu amigo en la humillación y el dolor.

—Su majestad es misericordiosa -afirmó Lord Toren Sie inclinándose-. Lo revelaré todo.

Cuando se lo llevaban, la emperatriz hizo una seña a Nakor.

—Haz algo con eso.

—¿Esto, emperatriz? —preguntó el mago, acercándose rápidamente. Alargó la mano y cogió a la cobra por el medio, y, cuando se irguió, solo tenía entre las manos un largo cabo de cuerda—. Esto no es más que un trozo de cuerda.

La enrolló y volvió a guardarla en su mochila. Erland tenía los ojos como platos.

—Solo es un truco -afirmó Borric.



Triunfo



El sirviente inclinó la cabeza.

Borric, Erland y sus compañeros entraron en un jardincillo, y el sirviente les indicó que se sentaran sobre los mullidos cojines que rodeaban una mesa magnífica, cubierta con toda clase de manjares y vinos escogidos. Ghuda y Nakor eligieron, respectivamente, una jarra fría y una jarra tibia de cerveza, y los invitados empezaron sin sus anfitriones.

Cuando entró la emperatriz, llevada en una silla, todos hicieron amago de levantarse. Ella les indicó con un gesto que siguieran donde estaban.

—Son tan pocas las veces en que puedo permitirme un poco de informalidad, que disfruto mucho de ellas. Sentaos, sentaos. —Los criados que llevaban la silla la colocaron a la cabecera de la mesa baja y quitaron los largos palos que usaban para transportarla.

Sharana entró un momento después y fue a sentarse entre su abuela y Erland. Sonrió a Borric, que la miraba con abierta admiración. El príncipe se había puesto su ropa, sacada de las bolsas que los bandidos no les habían robado en el desierto. Tenía el pelo de su color natural: el tinte había desaparecido gracias a una sustancia maloliente que le había dado Nakor. Ghuda y el pequeño mago lucían finas túnicas proporcionadas para la ocasión por el servicio de la emperatriz.

—Quería que tuviéramos una pequeña charla informal antes de volver a este asunto tan penoso del jubileo. No puedo creer que todavía tengamos que soportar cuatro semanas y media de festejos.

—Me sorprendió un poco que ordenaras que continuasen, majestad -comentó Erland.

La anciana sonrió.

—El complot de Nirome no sería nada comparado con los problemas que habría

si intentara cancelar las festividades, Erland. Los Amos y Señores tal vez deseen tierras o poder, pero la gente corriente del imperio solo quiere diversión. Si intentáramos quitársela, habría sangre en las calles. Tú pareces un tipo bastante corriente, Ghuda Bulé. ¿No es así?

Ghuda, incómodo por estar tan cerca de personas tan importantes y poderosas, contestó:

—Sí, majestad. La mayoría de los hombres no da problemas si tiene comida que echarse a la boca, un tejado sobre la cabeza, una buena mujer de vez en cuando y un poco de diversión por el camino. Si no, siempre hay jaleo.

La emperatriz se echó a reír.

—Un filósofo. Y muy serio. —Dirigiéndose a los otros, añadió—: Ni siquiera ha notado que me estaba divirtiendo con él. —Suspiró—. Creo que tal vez haya perdido el sentido del humor.

—Bueno, entonces -dijo mirando a Ghuda-, ¿cuál será tu recompensa por haber ayudado a salvar nuestro imperio?

—Le prometí diez mil ecus de oro, majestad -respondió Borric, viendo a Ghuda terriblemente azorado.

—Hecho —dijo ella—. Y otro tanto de nuestro tesoro. ¿Qué te parecería quedarte aquí y ayudar a dirigir mi Legión Interior, Ghuda? Me hacen falta oficiales, y más que me harán falta cuando Toren Sie confiese.

—Lo siento, majestad -contestó Ghuda sonriendo debilmente, incomo por rechazar tal oferta-, pero creo que voy a coger el dinero y a abrir una posada, en Jandowae, quizá. Allí hace buen tiempo, y no hay mucho alboroto. Contrataré a un par de sirvientas guapas y puede que hasta me case con una de ellas y tenga hijos. Me estoy haciendo viejo para andar por ahí corriendo aventuras.

—Envidio tus modestas ambiciones, guerrero -afirmó la emperatriz sonriendo calurosamente-. Te irá bien contando tus historias en la taberna por las noches. Pero estoy en deuda contigo y, si alguna vez necesitas un oído atento en la corte, avísame y te escucharé.

—Majestad -murmuró Ghuda inclinando la cabeza.

—¿Y tú, hombrecillo? —dijo ella a Nakor—. ¿Qué podemos hacer para agradecerte tu papel en todo esto?

—¿Podrías darme un caballo? -preguntó el isalani después de limpiarse de espuma la boca con el dorso de la manga-. ¿Un caballo grande y negro, quizá? ¿Y un fino manto azul para ponérmelo cuando lo monte?

La emperatriz se rió.

—Mil caballos, si eso es lo que quieres —dijo.

Nakor sonrió.

—No, con uno valdrá, gracias, emperatriz. Es difícil cabalgar más de uno a la vez. Pero un hermoso caballo negro y un gran manto azul harían de mí de nuevo Nakor *el Jinete Azul*. Y eso estaría bien.

—¿Algo más? ¿Oro? ¿Un puesto en la corte?

Nakor metió la mano en su mochila y sacó un mazo de cartas.

—Mientras tenga mis cartas no necesito oro -afirmó mientras la barajaba-. Y, si aceptara un puesto en la corte, no tendría tiempo para montar mi caballo negro. Gracias, emperatriz, pero no.

—Los dos personajes más refrescantes y originales que han entrado en palacio en toda mi vida -afirmó la emperatriz después mirar a ambos-, y no puedo conservar a ninguno a mi lado. Muy bien —dijo con un atisbo de humor—. Pero si tuviera la edad de Sharana, encontraría un modo de hacer que os quedarais.

Todos se rieron al oír aquello.

—Lord James -continuó la emperatriz-, lamento llevar la conversación a asuntos más serios, pero hemos encontrado el cuerpo de vuestro compañero. Prepararemos al barón Locklear para su regreso a Kronдор y una guardia de honor lo acompañará hasta los estados de su padre en Finisterre. El imperio está dispuesto a asumir cualquier reparación que exija vuestro rey. Era un noble del reino y nuestro invitado; su seguridad estaba en nuestras manos y permitimos que le hicieran daño.

—Creo que tanto el príncipe Arutha como el rey lo entenderán. —respondió James. Se quedó pensativo un momento—. Sabíamos, al venir aquí, que habría riesgos. Es el precio que pagamos por nuestros privilegios.

La emperatriz le lanzó una mirada penetrante.

—Vosotros, los isleños, sois gente extraña. Os tomáis muy a pecho vuestra noción de las obligaciones de la nobleza y la Gran Libertad.

James se encogió de hombros.

—La Gran Libertad da incluso a los de nacimiento más humilde derechos que ni los nobles pueden saltarse. Ni siquiera el rey está por encima de la ley.

—*Brr* —dijo la emperatriz, fingiendo un escalofrío—. Me estremezco solo de pensarlo. La idea de no poder ordenar lo que se me antoje me resulta... extraña.

Borric sonrió.

—Nosotros somos distintos. Erland y yo, cada uno a su modo, hemos aprendido muchas cosas al venir aquí, al estar entre extranjeros. —Mirando a la hermosa princesa, cuyo fino vestido no ocultaba nada de su belleza física, añadió con sorna—: Aunque sospecho que, se mire por donde se mire, las lecciones de mi hermano han sido de lejos las más placenteras.

Erland dijo:

—¿Qué va a pasar ahora? Quiero decir contigo y con tu hijo.

La emperatriz respondió:

—Awari siempre ha sido un cabezota. Por eso no es el hombre adecuado para dirigir Kesh cuando yo muera.

James miró a Sharana.

—Entonces, ¿la princesa será nombrada heredera?

—No —repuso la emperatriz—. A pesar de lo mucho que la quiero, Sharana no

tiene temperamento para gobernar. Quizás aprendería lo suficiente, si yo viviera otros veinte años, pero dudo que sobreviva diez. —Sharana hizo intento de protestar, pero la emperatriz la atajó con un gesto—. Ya basta. Tengo setenta y cinco años y estoy cansada. No sabe uno lo cansado que es hasta que ha tenido sobre los hombros el peso de más de cinco millones de personas todos los días durante cuarenta y siete años. Subí al trono cuando era más joven que tu madre, a la que los dioses den paz. Tenía veintiocho años cuando el corazón debilitado de mi madre se agotó. —Había una nota de amargura en el aire cuando la emperatriz hizo una pausa—. No, cuando nombre un heredero, no le haré ningún regalo. —Mirando a Borric, Erland y James, añadió—: Si tuviera a alguno de vosotros aquí, no tendría ni la mitad del miedo que tengo por el futuro de mi pueblo. —Señaló a Erland y dijo—: Si pudiera conservarte aquí conmigo, muchacho, y nombrarte sucesor y casarte con Sharana... Eso sí que sería un buen lío. —Se echó a reír, pero la cara de Erland demostraba que el asunto no le parecía cómico.

—Niña, llévatelo y habla con él -ordenó Lakeisha, notando su inquietud-. Vais a pasar unas semanas más juntos y tenéis que llegar a un acuerdo. Vamos, idos.

Sharana y Erland se levantaron y se fueron.

—Sharana solo puede casarse con un keshiano de sangre pura -afirmó la emperatriz-, o habría una revolución aquí, en la meseta, y Awari sería nuestro próximo emperador. Tal y como están las cosas, apenas tenemos apoyos.

—Entonces -indagó James, después de pensar lo que conocía de la corte-, ¿vas a casarla con Diigaí?

Los ojos de la emperatriz se redondearon, llenos de evidente placer.

—Eres listo. Ojalá pudiera tenerte aquí, pero estoy segura de que tu rey pondría objeciones. —Miró a Gamina y añadió—: Con una dama a tu lado que puede leer el pensamiento de aquellos con quienes negocias, ¡qué tesoro serías, mi señor James! Debo recordar prohibiros la entrada en el imperio de por vida. Sois demasiado peligrosos para permitirnos volver.

James no logró descubrir si bromeaba o no.

—Sí —prosiguió ella—. Voy a casarla con el hijo mayor de lord Jaka. Ningún keshiano de sangre pura, aparte de Awari y de un puñado de sus más ardientes seguidores, quizá, se opondrá a que Diigaí sea el próximo en sentarse en el Trono de la Luz. Y con el sabio consejo de su padre, gobernará con prudencia. —Miró hacia el lugar por el que habían desaparecido Erland y Sharana-. Todo acabará bien, creo. —continuó. Dirigiéndose a Borric, añadió—: Sé que, cuando te conviertas en gobernante de las Islas, tendrás a tu lado a un hermano que siempre recordará esta corte con algo de cariño. Y en Diigaí, Kesh tendrá un gobernante que se sentirá en deuda con vuestra casa. —Borric inclinó la cabeza, agradecido. James le había contado lo sucedido con Diigaí y el león, y la parte que Erland había tenido en ello.

—Espero que, mientras yo reine en las Islas -contestó Borric-, Kesh nos considere su amistoso vecino del norte.

Lakeisha tamborileó con los dedos sobre el brazo de su silla y respondió:

—Yo también lo espero. Temo que tendremos problemas con nuestros súbditos más rebeldes del sur del Cinturón. Kesh la Menor soporta mal su yugo.

—Si me permites un consejo, majestad —dijo James—, libérales del yugo. Hay muchos hombres capaces que entregarían su vida por ti si fuera preciso y a los que, por no ser de sangre pura, se les niegan los puestos más altos de la corte. No ha habido nunca al servicio de Kesh un hombre más vigoroso y una mente más brillante que tu difunto embajador, Hazara-Khan, y el hombre que ha sido nuestro guía últimamente, lord Abu Harez, me recuerda mucho a él. Es una lástima limitar los servicios que un hombre así podría prestaros solo por su ascendencia.

—Puede que tengas razón -respondió la emperatriz-. Pero hay límites, mi señor. Las viejas costumbres se resisten a desaparecer, y hay hombres de sangre pura a mi servicio que preferirían morir antes que ver tales cambios. Y en este momento nuestra posición no es la mejor, que se diga. Ignoro hasta qué punto estaba mi hijo aliado con Nirome, pero si de veras ignoraba lo que Nirome estaba haciendo aparentemente en su favor, fue porque prefirió estar ciego, sordo y mudo.

»No, los cambios revolucionarios están descartados.

—Queda advertida, entonces -aseveró James-. Temo que la revolución sea la única alternativa.

La emperatriz guardó silencio largo rato.

—Meditaré sobre ello -afirmó-. Todavía no estoy muerta. Tal vez aún haya tiempo.

Todos callaron alrededor de la mesa. Confiaban en que así fuera.

* * *

Erland apretó con fuerza la mano de la muchacha al decir:

—¿Qué quiere decir tu abuela con eso de llegar a un acuerdo?

—Sabe cuánto disfruto teniéndote en mi cama -le respondió Sharana-. Pero tengo que pasar menos tiempo contigo en público.

—¿Por qué?

—Voy a casarme con Diigaí, el hijo de lord Jaka. La abuela lo ha decidido. Los señores más rebeldes tendrán a un hombre por gobernante y los keshianos de sangre pura tendrán su emperador. Ya sabes, Diigaí y yo somos primos, así que todo queda en la familia.

Erland apartó la mirada un momento.

—Sabía que era imposible que siguiéramos juntos, pero por alguna razón...

—¿Qué?

—Te quiero, Sharana. Siempre te querré.

La muchacha le hizo volverse y lo besó apasionadamente.

—Yo te tengo mucho cariño, Erland. Será agradable saber que estás tan cerca del trono de las Islas cuando me sienta junto al emperador.

Erland se sintió decepcionado porque sus palabras no hubieran despertado una respuesta más entusiasta.

—He dicho que te quiero.

—Sí —dijo Sharana, con sus grandes ojos fijos en él—. Te he oído.

—¿No significa eso nada para ti?

—Claro que sí. Es muy agradable. Acabo de decirlo. ¿Qué esperabas?

—¿Agradable? —Erland se apartó de ella un momento; sentía gélidos pinchazos en el estómago—. Nada, supongo.

—Basta ya -afirmó haciéndole volverse de nuevo-. Estás muy raro. Has dicho que me quieres. Yo he dicho que te tengo cariño. Es todo muy agradable. Actúas como si pasara algo malo entre nosotros.

—No, no pasa nada malo -contestó riéndose Erland-. Solo que la mujer a la que amo va a casarse con otro.

—Dices «la mujer a la que amo» como si no fueras a amar a nadie más respondió Sharana.

—Eso es lo que siento.

—Pues es una tontería, Erland. —La joven tomó su mano y la puso sobre su pecho—. Siente mi corazón. ¿Notas su latido?

Él asintió, y notó que se acaloraba al sentir la suavidad de su cuerpo.

—Aquí dentro hay sitio para mucha gente. Quiero a mi abuela, y quería a mis padres cuando vivían. Incluso quiero a mi tío, aunque a veces sea tan raro. He querido a otros chicos antes que a ti y querré a más en el futuro. Los seres a quienes queremos no se quitan nada los unos a los otros. ¿Es que no lo ves?

Erland sacudió la cabeza.

—Supongo que nuestras costumbres son demasiado distintas. Vas a casarte con otro y sin embargo hablas de otros amores.

—¿Y por qué no? Seré emperatriz y querré a todo aquel a quien juzgue digno de mi amor. Diigái hará lo mismo. Muchas mujeres de sangre pura querrán acostarse con él. Tener un hijo del emperador es algo muy especial.

Erland se echó a reír.

—Creo que no os entiendo. Pero de todas formas no os causaré dificultades a Diigái y a ti.

Ella pareció asombrada.

—¿Dificultades? No sé qué quieres decir. Tendré que pasar algunas noches con él para que se acostumbre a la idea de ser el esposo de la nieta de la emperatriz. Y, si va a ser nombrado heredero, debo presentarme en público con él. Pero mientras estés con nosotros casi todas mis noches serán para ti. Si todavía quieres pasarlas conmigo.

Erland no recordaba haberse encontrado nunca con un dilema tan arduo.

—No sé -respondió riéndose-. Pero creo que me costaría trabajo mantenerme apartado de ti.

Ella se movió sensualmente bajo su mano, se frotó contra él y lo apretó con fuerza contra su cuerpo.

—Eso me parecía. —Lo besó y dijo—: Dime, ¿os parecéis mucho tu hermano y tú?

Él dio un paso atrás y soltó una carcajada.

—En casi todo. Pero hay ciertas cosas que no compartiremos.

Sharana hizo un mohín.

—Es una lástima. Podrían haberseme ocurrido algunas posibilidades interesantes.

* * *

En las puertas de la ciudad de Kesh, la guardia montada estaba lista. Borric, Erland y su séquito bajaron a caballo por la última avenida, hasta el borde de la ciudad. Junto a la puerta, la jaula metálica que había albergado a Nirome colgaba vacía como lúgubre recordatorio de la suerte que esperaba a los traidores. El noble había estado colgado allí casi dos días, soportando las pullas y los desaires de todo aquel que, al pasar, decidiera pararse a participar en su tormento. Y había muchos que se regocijaban ante la idea de ver a un noble de sangre pura caer tan bajo.

Casi mil personas habían llenado las calles cuando lo sacaron de la jaula y lo obligaron a comer pan salado y a beber vinagre mezclado con agua. Después, fue conducido a golpe de látigo, como una bestia, hasta las ciénagas de la ribera de la gran Sima de Overn. Allí fue mutilado y arrojado a los cocodrilos entre los vítores de cientos de vecinos. Erland y Borric habían declinado la invitación de asistir al espectáculo. El príncipe Awari, en cambio, había estado presente; quizá, nadie lo sabía, para ver cómo se hacía justicia; o quizá para oír si Nirome incriminaba a más seguidores suyos. Existía la firme sospecha de que el orondo aristócrata había muerto callando muchos secretos.

Al llegar a las puertas de la ciudad, Diigaí, recién nombrado príncipe, esperó en su carroza, con Sharana a su lado. La muchacha llevaba ahora la falda corta y el collar de oro de su rango, y aguardaba formalmente junto a su futuro esposo. Detrás, filas y filas de nobles keshianos esperaban para decir adiós a los invitados de la emperatriz.

Lord Jaka se adelantó y detuvo su carroza junto a la de su hijo. Erland se paró y dijo:

—Buenos días, mis señores, príncipe y princesa.

Sharana le sonrió con afecto.

—Buenos días, alteza.

Borric dijo:

—Nos complace que hayáis tenido a bien venir a vernos partir.

Diigái respondió:

—Eres muy cortés, alteza. Esperamos que la amistad que hemos empezado aquí continúe.

—Te echaré de menos -afirmó Sharana-, Erland.

—Yo también te echaré de menos, princesa respondió ruborizándose.

—Y aunque nos hayamos conocido poco -afirmó después de un rato Sharana-, también te echaré de menos a ti, Borric.

Erland achicó los ojos y se volvió para mirar a su hermano.

—¿Qué...?

—Adiós, queridos amigos. —se despidió Borric. Y espoleó a su caballo. Al instante, los doce guardias del palacio de Krondor se pusieron en marcha y Erland quedó atrás.

—¡Espera un momento! —gritó y, aguijando a su caballo, partió en pos de su hermano—. ¡Quiero hablar contigo!

Mientras la compañía se ponía en camino, James se volvió y vio que Nakor se acercaba a él, montado a caballo.

—Nakor, ¿vienes con nosotros? -pregunto James al dejar atrás las puertas de la ciudad y enfilar el camino de Khattara.

El hombrecillo sonrió.

—Os acompañaré un tiempo. Temo que Kesh sea muy aburrido sin Borric y su hermano. Ghuda ya se ha ido a Jandowae, a construir su posada. Se siente uno solo cuando no conoce a nadie.

James asintió con la cabeza.

—¿Qué me dices de Stardock? ¿Has pensado en ir allí?

—¡Bah! ¿Una isla de magos? ¿Qué diversión puede haber allí?

—Quizá necesiten a alguien que les enseñe a divertirse.

—Puede ser. Pero no creo que esa persona sea Nakor *el Jinete Azul*.

James se echó a reír.

—¿Por qué no vienes con nosotros hasta Stardock, pasas allí unos días y luego decides?

—Tal vez. Pero no creo que vaya a gustarme.

James se quedó pensando un rato y empezó a convencerse de algo.

—¿Conoces a Pug *el Mago*?

—Pug es famoso. Es un hechicero muy poderoso. Nadie ha tenido sus artes desde Macros *el Negro*. Yo solo soy un pobre hombre que sabe algunos trucos sencillos. No me gustaría aquello, ¿sabes?

James sonrió.

—Pug me dijo una cosa. Dijo que, si alguna vez tenía que hablar por él, de su parte, que la dijera.

—¿Y crees que es algo que me convencerá para ir a Stardock? —preguntó el hombrecillo—. Debe de ser algo milagroso.

—Estoy convencido de que de alguna forma Pug sabía que me encontraría contigo, o con alguien como tú, alguien que tendría una idea de la magia muy distinta a la de los moradores de Stardock, y me parece que él creía que eso era importante. Creo que por eso me hizo memorizar estas palabras: no hay magia.

Nakor se echó a reír. Parecía sinceramente divertido.

—¿Pug *el Mago* dijo eso?

—Sí.

—Entonces —repuso Nakor—, es un hombre muy listo para ser un mago.

—¿Irás a Stardock?

Nakor asintió con la cabeza.

—Sí. Creo que tienes razón. Pug quería que fuera allí y sabía que tendrías que decirme eso para convencerme.

—Mi padre a menudo sabía cosas antes que los demás —confirmó Gamina, quien calbagaba en silencio junto a su marido. Creo que sabía que, dejada a su aire, la Academia de Magos se aislaría y se volvería introspectiva.

—A los magos les gustan las cuevas —repuso Nakor.

—Entonces, hazme un favor —rogó James.

—¿Cuál?

—Dime qué significa «no hay magia».

Nakor contrajo la cara, concentrado.

—Parad —dijo. James, Gamina y él apartaron sus caballos de la fila y se detuvieron al borde del camino, más allá de los límites de la ciudad. Nakor hurgó en su mochila y sacó tres naranjas—. ¿Sabes hacer juegos malabares?

—Un poco —contestó James.

Nakor le lanzó las tres naranjas.

—Pues hazlos.

James, que siempre había tenido una destreza rayana en lo sobrenatural, cogió las naranjas, las lanzó al aire y comenzó a jugar con ellas mientras sujetaba a su caballo, lo cual no era hazaña pequeña. Entonces Nakor dijo:

—¿Puedes hacerlo con los ojos cerrados?

James intentó imprimir a sus malabarismos un ritmo lo más regular posible y cerró los ojos. Tuvo que obligarse a no abrirlos. Sentía a cada instante que la siguiente naranja no iba a caer en la palma de su mano izquierda.

—Ahora, hazlo con una mano.

James abrió los ojos y las naranjas cayeron al suelo.

—¿Qué?

—He dicho que hagas juegos malabares con una mano.

—¿Por qué?

—Es un truco. ¿Es que no lo ves?

—No estoy seguro —repuso James.

—Los malabarismos son un truco. No son magia. Pero si uno no sabe cómo hacerlos, lo parecen. Por eso la gente echa monedas a los malabaristas en las ferias. Cuando seas capaz de hacerlos con una mano, estarás aprendiendo algo. —Nakor espoleó a su caballo y añadió—: Y cuando puedas hacerlos sin usar las manos, comprenderás lo que quiso decir Pug.

* * *

Arutha y Anita se hallaban de pie ante sus tronos cuando sus hijos entraron en la corte de Kronador. En los cuatro meses transcurridos desde su marcha, el príncipe y la princesa de Kronador habían sentido dolor y alegría por la noticia de la pérdida de Borric y su regreso. Y sentían dentro un vacío semejante al que había dejado el barón Locklear en la corte.

Los gemelos se detuvieron ante sus padres y se inclinaron formalmente. Arutha sintió que algo en ellos había cambiado, aunque no acertó a decir qué era. Había mandado al sur a unos crios para tratar con Kesh, y habían vuelto dos hombres jóvenes. Ahora eran seguros de sí mismos, cuando antes habían sido descarados; decididos, cuando habían sido impetuosos; y en sus ojos había un eco de dolor por haber visto el resultado de actos crueles y odiosos. Arutha había leído los informes llevados por los mensajeros antes del regreso de los príncipes, y ahora los entendía.

Para que todos pudieran oírle, dijo:

—Nos complace que nuestros hijos hayan vuelto. La princesa y yo les damos la bienvenida a nuestra corte.

Después bajó de la tarima y abrazó a Borric y luego a Erland. Anita fue detrás y los abrazó con vehemencia, demorándose un poco al pegar su mejilla a la de Borric. Después, Elena y Nicholas fueron a saludarles, y Borric abrazó con fuerza a su hermana y dijo:

—Después de las mujeres de la corte de Kesh, eres una joya sencilla y rara.

—¡Sencilla! —exclamó ella, empujándolo—. ¡Esa sí que es buena! —Sonriendo a Erland, dijo—: Tenéis que contármelo todo sobre las damas de la corte de Kesh. Todo. ¿Cómo visten?

Borric y Erland cambiaron una mirada y se echaron a reír. Borric dijo:

—No creo que vayas a empezar una nueva moda aquí, hermanita. Las damas keshianas apenas llevan ropa. Y aunque a Erland y a mí nos parecía muy atractivo, creo que, si padre te viera vestida a la manera de Kesh, te haría encerrar en tu habitación de por vida.

Elena se sonrojó.

—Bueno, tenéis que contármelo todo, de todos modos. Vamos a celebrar la boda

del barón James y quiero algo diferente.

Nicholas había esperado en silencio junto a su padre, y Borric y Erland repararon en él al mismo tiempo.

—Hola, hermanito —dijo Borric. Se inclinó y apoyó las manos sobre las rodillas para poder mirarlo a los ojos—. ¿Estás bien?

Nicholas le echó los brazos al cuello y comenzó a llorar.

—Dijeron que estabas muerto. Yo sabía que no podía ser, pero eso decían. Pasé mucho miedo.

Erland sintió que se le saltaban las lágrimas y, cosa rara en él, atrajo a Elena hacia sí y la abrazó de nuevo. Anita lloraba de alegría, igual que Elena, y hasta a Arutha le costó mantener los ojos secos.

Pasado un momento, Borric levantó al niño en brazos y dijo:

—Ya basta, Nicky. Estamos los dos bien.

Erland dijo:

—Sí. Y te hemos echado de menos.

Nicholas se limpió las lágrimas y dijo:

—¿De verdad?

—Sí —contestó Borric—. En Kesh conocí a un niño que solo era un par de años mayor que tú. Él me hizo comprender cuánto echaba de menos a mi hermanito.

—¿Cómo se llama? —preguntó Nicholas.

—Se llamaba Suli Abul —respondió Borric mientras una lágrima rodaba por su rostro.

—Qué nombre tan raro —dijo Nicholas—. ¿Qué le pasó?

—Ya te hablaré de él.

—¿Cuándo? —preguntó Nicholas con la impaciencia propia de un niño de siete años.

Borric bajó al chico.

—Puede que, dentro de un día o dos; saquemos una barca fuera del puerto y vayamos a pescar. ¿Te gustaría?

Nicholas asintió enfáticamente con la cabeza y Erland le revolvió el pelo.

Arutha indicó con un gesto a James que se apartara de los demás y, cuando se hubieron alejado un poco, se les unió el duque Gardan.

Arutha dijo:

—Antes de nada, mañana quiero hablar contigo largo y tendido. Pero, por tus informes, creo que estamos en deuda contigo.

James contestó:

—Hice lo que había que hacer. En realidad, casi todo el mérito es de los chicos. Si Borric hubiera vuelto a Krondor en lugar de arriesgar su vida intentando alcanzarnos, o Erland no hubiera descubierto tan rápidamente algunas estratagemas muy ingeniosas... ¿quién sabe qué habría pasado?

Arutha puso la mano sobre su hombro.

—Se ha convertido en una broma entre nosotros que algún día serás duque de Krondor, ¿no es así?

James sonrió.

—Sí, pero sigo queriendo el puesto.

Gardan, cuyo rostro apergaminado reflejaba incredulidad, dijo:

—Después de todo lo que has pasado, ¿sigues queriendo sentarte a la derecha del poder?

James miró los rostros felices de la corte y respondió:

—No hay otro sitio donde prefiera estar.

—Bien —dijo Arutha—. Porque tengo algo que decirte. Gardan va a retirarse por fin.

Los ojos de James se agrandaron.

—Entonces...

—No —dijo Arutha—. Voy a ofrecerle el puesto de duque de Krondor al conde Geoffery de Ravenswood, que sirve en Rillanon con el consejero principal de Lyam.

James entornó los ojos.

—¿Qué estás diciendo, Arutha?

El príncipe esbozó su sonrisa ladeada y James sintió que se le helaba el estómago.

—Cuando los festejos de tu boda acaben, mi querido Jimmy —dijo—, tu esposa y tú marcharéis a Rillanon. Vas a ocupar el puesto de Geoffery como segundo en el mando del duque Guy de Rillanon. —Sonrió, una de las raras ocasiones en que James le había visto esbozar una franca sonrisa—. Y quién sabe. Cuando Borric sea al fin rey, tal vez te haga duque de Rillanon.

James indicó con un gesto a su mujer que se acercara, le rodeó la cintura con el brazo y dijo con una pizca de socarronería:

—Amos Trask tiene razón, ¿sabes? Le quitas a la vida su chispa.